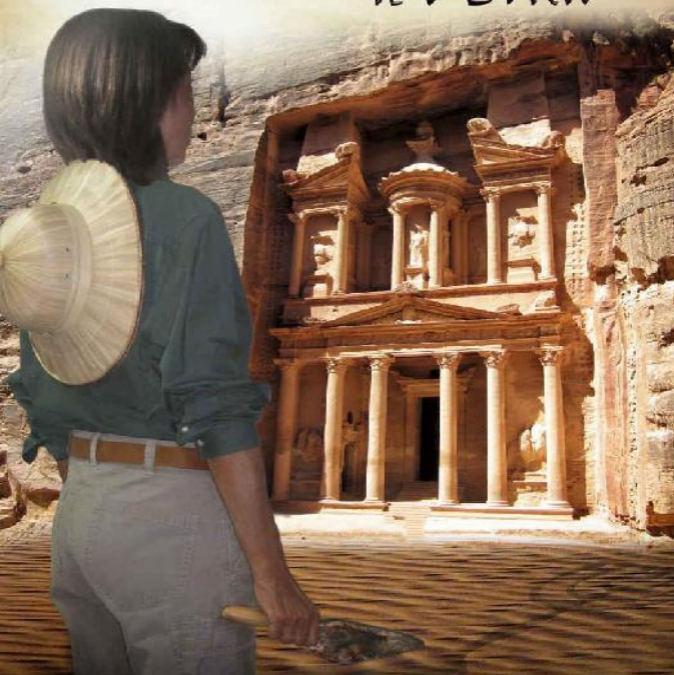


CARLOS DÍAZ DOMÍNGUEZ

LA MENORAH DE PETRA



La menorah de Petra

En 1967 Araceli Artigas es seleccionada para formar parte de un grupo de arqueólogos que, financiados por la UNESCO, van a realizar la excavación más importante efectuada hasta la fecha en la ciudad jordana de Petra.

A medida que transcurren los días, la convivencia en el grupo de los investigadores elegidos se irá tensando a la vez que iremos conociendo su pasado, sus auténticas personalidades y las verdaderas razones que los han llevado a viajar a Oriente Próximo.

Pero ni Araceli ni el resto de sus

compañeros saben que sus vidas están a punto de sufrir un trascendental giro: la Guerra de los Seis Días, la contienda que más ha marcado el conflicto árabe-israelí, está a punto de estallar.

Buscaremos las respuestas en las arenas del desierto y en los intrincados callejones de Jerusalén, y las hallaremos en La menorah de Petra.

La menorah de
Petra

Carlos Díaz Domínguez

Título original: *La menorah de Petra*

Autor: Carlos Díaz Domínguez

Diseño de portada: Mari Carmen López Pérez

Maquetación: Cita Franco

1ª Edición — Noviembre 2016

© Carlos Díaz Domínguez

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización previa y escrita del titular del copyright, la reproducción total o

parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Este libro está dedicado a
Carmela.
Amiga, presente, historia.

Situación en abril
de 1967



Glosario

Abaya. Túnica usada por las mujeres árabes.

Aisha. Quinta y última oración diaria de los musulmanes. Coincide con la aparición de las primeras estrellas.

Al Khazneh. Uno de los monumentos más grandes de Petra, y quizá el más reconocido. Se cree que se trataba de un monumento funerario.

Al Uzza. Diosa nabatea de la fertilidad.

Arak. Bebida alcohólica de consumo extendido por El Líbano, Siria, Jordania, Israel, Irak y Palestina.

As salam u alikum. Saludo

árabe, cuya respuesta es *U alikum as salam*.

Asalá. La oración, uno de los cinco pilares del Islam.

Asr. Tercer rezo del día para los musulmanes. Se realiza entre el cenit del sol y el ocaso.

Bekishe. Prenda larga que utilizan determinados judíos durante el Shabat u otras festividades religiosas.

Betilo. Piedra sagrada de forma rectangular sin adornos ni imágenes que representaba a los dioses nabateos.

Casus belli. Expresión latina que hace mención a la circunstancia que supone la causa o pretexto para iniciar una confrontación bélica.

Cavea. Galería de un teatro

romano.

Dabke. Baile popular árabe ejecutado entre de 6 a 15 bailarines.

Daff. Instrumento musical similar al pandero.

Dhuhr. Segundo rezo del día, cuando el sol está en su cenit.

Dreidel. Perindola de cuatro caras con la que se juega en determinadas fiestas judías.

Dushara. Dios supremo nabateo.

Ed-deir. Monumento de Petra. Al igual que *al-Khazneh*, se encuentra tallado en la roca. Se conoce con el sobrenombre de *El Monasterio*.

Fajr. Primera oración del día. Suele celebrarse hora y media antes de que salga el sol.

Falafel. Croquetas redondas de garbanzos. Muy extendidas por todo el Próximo y Medio Oriente.

Faldellín. Falda corta, superpuesta a otra prenda.

Foul de habas. Plato de origen egipcio consistente en habas con ajo, zumo de limón, comino, sal y tomate.

Haganah. Organización judía de autodefensa fundada en 1920.

Hatikvah. Himno sionista.

Hiyab. Pañuelo con el que las mujeres musulmanas se cubren parte de la cabeza.

Hiposcenio. Muro delantero que separaba la orquesta del teatro.

Irgún. Organización extremista judía.

Kanun. Instrumento musical de cuerda, similar a una pequeña arpa de sobremesa, extendido por el Medio Oriente.

Kardo maximus. Eje principal de una ciudad romana.

Katsa. Oficial del Mossad.

Khol. Maquillaje específico, negro, muy denso, que se aplica en la línea de los ojos.

Kibbutz. Fue uno de los pilares de la creación del Estado de Israel. Son comunas agrícolas, siendo la primera en formarse en 1910.

Kipá. Casquete usado por los varones judíos para orar.

Knafa. Pastel de queso.

Kneset. Parlamento israelí.

Kosher. Carne purificada por un rabino.

Kristallnacht. Noche de los cristales rotos. Fue el 9 de noviembre de 1938 y se considera el inicio violento de la persecución de los judíos alemanes.

Kufiya. Pañuelo con el que los árabes se cubren parcialmente la cabeza.

Kofta. Típica comida campesina compuesta de carne de cordero triturada hecha al horno con salsa de sésamo o estofada con tomates y cebollas.

Lebensraum. Espacio vital. Principio nazi según el cual los alemanes necesitaban un territorio mayor para poder vivir y desarrollar plenamente sus potencialidades como pueblo.

Maghrib. Cuarto y penúltimo rezo del día. Se celebra después de la puesta de sol.

MAPAI. Partido laborista judío.

Masbaha. Pequeño rosario utilizado en los rezos musulmanes.

Mashui. Verduras estofadas con arroz y carne.

Memuneh. Nombre que recibe el director del Mossad.

Menorah. Candelabro hebreo de siete brazos.

Mensaf. Plato tradicional de la cocina jordana cuyos ingredientes principales son cordero, arroz y yogur.

Molink. Abreviatura de *Moscow Link*, el también llamado «Teléfono Rojo», la línea directa que unía los

despachos presidenciales de Washington y Moscú.

Mossad. Servicios secretos israelíes.

Motab. Altar-plataforma.

Mshawi. Cualquier comida al horno o parrilla, especialmente el pollo y el cordero.

Mukhabarat. Nombre que recibían los servicios secretos jordanos.

Mulhid. Infiel, ateo.

Mushabbak. Buñuelos.

Nay. Instrumento musical de viento, similar a una pequeña flauta.

Ninfeo. Templo dedicado a las ninfas.

Orchestra. En los teatros griegos y romanos el lugar destinado a

la ubicación de los músicos.

Pravda. Periódico editado en la Unión Soviética. Significa: *La verdad*.

Proscenio. Pequeño muro situado entre la *orchestra* y el *pulpitum*.

Pulpitum. En los teatros antiguos el tablado donde los actores representaban la obra.

Rababa. Instrumento musical de una sola cuerda que se toca con un arco.

Salam. *Paz* en árabe.

Sayanim. Colaborador del Mossad. Rango inferior a *Katsa*.

Scaenae frons. Lugar donde se ponían los decorados en los teatros griegos y romanos.

Shalom. *Paz* en hebreo.

Shisha. Pipa de agua.

Shofar. Cuerno de carnero.

Shtreimel. Sombrero de piel, cilíndrico, muy voluminoso.

Siq. Desfiladero formado por un tremendo movimiento de tierra. Es la entrada a Petra por el este.

Stern. Grupo extremista judío formado en 1940.

Shukran. *Gracias*, en árabe.

Surah Al-FatiHa. Oración musulmana que se recita ante un cuerpo fallecido.

Talit. Manto israelí utilizado en la oración.

Wadi-Musa. Río, normalmente sin agua, que atraviesa la ciudad de Petra. También es el nombre que recibe el poblado situado al este de la capital

nabatea.

Wadi rum. Desierto jordano ubicado al sur del país.

Zob. Túnica empleada por los hombres.

Zurna. Instrumento musical de viento, similar a una flauta con la boca muy ancha.

Preludio

Los potentes faros del *jeep* taladraban la noche como dos dagas que se clavaran en la incertidumbre que envolvía a sus cuatro ocupantes.

La mujer mantenía el semblante sereno, aunque no podía evitar la inquietud ante el anunciado encuentro con Alí.

—¿No nos habremos pasado? — quiso saber.

—Todavía no hemos llegado a *Wadi rum*. A partir de entrar en el desierto tendremos que cubrir media hora de camino —respondió el conductor, en inglés pero con fuerte

acento árabe.

A lo lejos, el grupo distinguió los haces de dos linternas que dibujaban círculos en sentidos opuestos.

La cara de Rachel se iluminó al encontrarse delante de la menorah. Repasó el surco que el grabador dejó en su día y volvió a dibujar las curvas de los brazos, de la base y de la caña principal.

—Eres una rata, Alí Ben Mahmoud.

—Me halagas, *Mulhid*. Las ratas son seres inteligentes. Ojalá poseyera todos sus atributos —afirmó el árabe, a la vez que mostraba una boca por donde

asomaban varios dientes de oro.

1. Segóbriga

A Araceli le encantaba trabajar en Semana Santa, a pesar de tener que sacrificarse y no poder acompañar a su padre a presenciar la procesión del Divino Cautivo, por quien su difunta madre profesaba una gran devoción. La primera vez que acudió a unas excavaciones en un yacimiento arqueológico, en su época de estudiante, había sido en verano. En aquel momento se juró que, si algún día llegaba a ser directora de una campaña, aquel sudor, pesado y espeso, no volvería a ensuciar su cuidada tez. Como así sucedió.

De exquisita educación y rápido

aprendizaje: matrículas de honor en el Liceo Francés, excelente amazona, diez años de piano y una de las pocas mujeres que habían pisado un campus universitario, a sus treinta y cinco años Araceli vivía exclusivamente consagrada a la arqueología, algo que jamás entendió su padre, Dionisio Artigas, abnegado político del Régimen y procurador en Cortes por el Tercio Familiar.

Profesora en la Universidad de Madrid, la doctora Artigas había conseguido, por su valía y experiencia, que le concedieran la dirección de una campaña arqueológica en Segóbriga, en la provincia de Cuenca. El director científico del yacimiento romano había

confiado en ella para continuar los trabajos de desescombro del teatro, la construcción más meridional de las halladas hasta ese momento en la ciudad.

Se encontraba al frente de un grupo de dieciséis alumnos, casi todos varones, que habían sacrificado sus vacaciones universitarias a cambio de cubrir sus cuerpos y sus ropas de polvo y suciedad, pero ganar para sus mentes experiencia, sabiduría y, por qué no decirlo, revestir sus vidas, lineales y previsibles, de una pátina de aventura.

—¡Vosotros dos! —gritó Araceli —, agarrad esos picos y ayudadme en este silo.

Los dos muchachos se acercaron

a la zona donde se encontraba el *pulpitum* occidental, y que la intuición de la doctora decía que podía haber algún resto digno de estudio.

Con cuidado, Araceli y un alumno empezaron a picar mientras que el segundo estudiante retiraba con un viejo cogedor la arena que iban extrayendo. Pidió la colaboración de otros dos jóvenes y ella se marchó a consultar un plano de Segóbriga que había levantado un topógrafo hacía unos meses.

Media hora después, uno de ellos no pudo reprimir sus nervios y soltó un chillido que sobresaltó a todo el grupo:

—¡Profesora!, ¡profesora! —el

joven estaba temblando.

Araceli corrió hacia donde se encontraba el muchacho.

—¡Mire lo que hay aquí! —el estudiante no podía ocultar su emoción.

La doctora se arrodilló y hurgó con sus manos en la tierra, al principio con más brío y después con mayor detalle. No cabía duda alguna, lo que acababan de sacar a la luz era el trozo de un faldellín perteneciente al uniforme de un guerrero romano. La profesora continuó con ahínco la tarea, hundiendo todavía más sus manos en el hueco que acababa de horadar. La excavación quedó paralizada. Todos los alumnos dejaron lo que estaban haciendo y corrieron al silo. Se quedaron en

círculo, sorprendidos ante el hallazgo y, más todavía, ante la actitud de la historiadora, que se había abstraído del mundo y a la que solo importaba continuar recuperando una pieza que se adivinaba como una de las más importantes descubiertas hasta ese momento en Segóbriga.

—Dejad las herramientas y continuad con las manos —ordenó.

Se puso en pie mientras observaba a cuatro jóvenes que se arrodillaban para imitarla en sus movimientos, y a otros dos que ayudaban con sendos cepillos a limpiar la arena que, cada vez con menor espesor, todavía cubría el pétreo ropaje del guerrero.

Dos horas después, extenuada y feliz, Araceli Artigas contemplaba en compañía de todos sus alumnos la imponente escultura de un miembro de las legiones romanas esculpido, casi con total seguridad, como ornamento del teatro.

—Debieron colocar la pieza aquí, en el silo, cuando perdió su función decorativa. Imagino que a alguien se le ocurriría que una pieza tan valiosa no debía quedar al descubierto.

—¿Por qué, profesora? — preguntó uno de los jóvenes.

—Porque el mármol era un bien demasiadopreciado como para abandonarlo, ya que mucha gente machacaba las piezas para usarlo como

cal y emplearlo en la construcción — explicó, sin dejar de mirar el hallazgo en ningún instante.

Aunque en menor medida, todos los alumnos compartían con la doctora la importancia del descubrimiento, y sabían que era algo que tendrían que incluir en sus historiales académicos a la vez que daría para contar cuando regresaran a sus casas, después de la campaña.

—Seguiremos mañana, que ahora toca descansar y digerir. Voy a avisar a la Guardia Civil para que esté al tanto del descubrimiento. Hasta que venga una pareja, ¿os importa a vosotros dos quedaros para no dejar solo a nuestro guerrero? —pidió a los dos

estudiantes que más la habían ayudado.

Camino del autobús que los había conducido al yacimiento, Araceli se acercó a una alumna y la agarró por el hombro.

—Se ve que está usted muy contenta.

—Ya lo creo, la pieza que hemos encontrado tiene mucho valor, es posible que sea la más grande de todas las halladas hasta el día de hoy en Segóbriga.

—Va a pasar usted a la historia, profesora —conjeturó la joven, impresionada por ser testigo de un momento así.

—Quién quiero que pase a la historia es este yacimiento, no yo.

Nosotros somos personas de paso. Después de mí, y de todos vosotros, vendrán otros a continuar con esta labor de desenterrar la historia que no todo el mundo comprende.

—¿Quién puede no comprender esto? —se extrañó la alumna, una joven de veinte años que ya había convertido la arqueología en su gran pasión.

—Quienes manejan el dinero. Siempre andan racaneando los fondos y conseguirlos a veces cuesta más trabajo que excavar un teatro romano entero.

—Guerreros incluidos —apostilló la joven, sonriendo.

—Sí, guerreros incluidos —la doctora se sentía feliz. Se hallaba en su medio ideal y rodeada de un grupo de

alumnos interesados. No podía pedir más a la vida.

La conversación había impedido a Araceli fijarse antes en el vehículo que se encontraba aparcado junto al autobús que los trasladaba a Uclés, donde se ubicaba la pensión. Sabía perfectamente a quien pertenecía. Para ella era un coche inconfundible.

—¿Ocurre algo, profesora? — preguntó extrañada la alumna.

—No, no pasa nada —balbució la arqueóloga—. Id subiendo —ordenó al grupo.

Ricardo se apeó del Lamborghini y esperó la llegada de Araceli.

—¿Por qué has cambiado la

expresión que traías cuando venías hablando con esa chica? —inquirió Ricardo Zalvidegoitia—. Te estaba observando.

—A lo mejor habrá sido por algo que he visto —respondió con sequedad.

—Lo único que hay aquí que puede no gustarte es el autobús —el hombre mostró una sonrisa socarrona—. A mí tampoco me gusta. Tiene pinta de ser muy incómodo.

—No te hagas el gracioso, Ricardo.

El hombre la miró fijamente mientras se mordía el labio inferior.

—Lo otro que puede haberte disgustado es verme a mí.

Después del violento silencio que se instaló en la conversación, el hombre continuó hablando:

—¿Ha sido un día especial? Te noto distinta —opinó, mientras se aproximaba a Araceli.

—No te acerques, Ricardo. No sé si te has dado cuenta de que nos están mirando todos los alumnos por las ventanillas.

—Claro que me he dado cuenta. Si no fuera porque están ellos, te daría un beso. Si me dejas...

La mujer no supo qué decir. Ricardo le provocaba una reacción única. No había otra persona en el mundo capaz de ahogarla sin tocarla, de robarle las palabras sin sacar las manos

de los bolsillos, de ponerla nerviosa con la mirada hasta llegar a enmudecerla y casi sonrojarla.

—¿Vas a pasar la noche en la fonda? —preguntó, ante la falta de reacción de Araceli.

—Sabes que me alojo con ellos. Me gusta compartir toda la campaña con mis alumnos.

—¿Y sabes que hará dos o tres años abrieron un Parador a cien kilómetros de aquí? Dicen que las camas tienen dosel de madera.

—No empieces con eso ahora, Ricardo. Ya te dije la última vez que no volvería a pasar una noche contigo.

—Nunca te he oído quejar.

Araceli, nerviosa, se repasó las

yemas de los dedos con los pulgares.

—¿Por qué no las pasas con tu novia?

—Ahora soy yo quien te pide que no empieces con eso. No tiene nada que ver.

—Todo tiene que ver, no te hagas el cínico conmigo.

—Algún día hablaremos de eso, Araceli, pero no ahora, no es el momento ni el lugar. Dime, ¿qué te parece la propuesta? —nada más formular la pregunta, el hombre encendió un cigarrillo.

La arqueóloga miró al suelo e intentó tomar fuerzas para mostrar una excusa.

—En esos hoteles no dejan

entrar a personas que van tan sucias como voy yo ahora.

Con ese pretexto tan débil, Ricardo supo que ya había vencido. Procuró que no se notara su indiscutible triunfo y siguió peleando por el encuentro propuesto, aunque ya sabía cuál sería el resultado final de la batalla.

—Si quieres, yo os sigo en el coche, recoges tus cosas y te duchas en el castillo.

—¿En el castillo?

—El Parador de Turismo de Alarcón se encuentra dentro de un castillo restaurado —aclaró Ricardo, con una sonrisa impregnada de malicia—. Te pones cómoda y después te invito

a cenar, si me dejas.

—Voy a manchar el cuero de tu coche.

—Sabes que no me importa.

—He de avisar a la Guardia Civil para que vengan a vigilar el hallazgo que hemos descubierto — Araceli no paraba de aducir excusas, unos pretextos que ni ella llegaba a creerse.

—Espero a que avises a la Guardia Civil. Seguro que llegaremos a tiempo de cenar.

Araceli lo miró con la máxima frialdad que pudo reunir, pero con bastante poca convicción.

—No, Ricardo, no voy a ir contigo. Esto no tiene ningún sentido. Ya

te dije que no volvieras a verme.

—He recorrido muchos kilómetros para venir hasta aquí. Quizá eso quiere decir algo, ¿no?

La doctora guardó silencio.

—No te preguntes si tiene o no sentido. Solo quiero que te preguntes si te apetece verme, nada más. Si me dices que no quieres cenar conmigo, ahora mismo regreso a Madrid.

La arqueóloga vio caer uno a uno los ladrillos del muro que levantaba cada vez que el vasco le proponía algo, fuera lo que fuese.

Una hora después de haber llegado a Uclés, y tras acudir al Cuartel de la Benemérita para dar cuenta del

hallazgo, Araceli se subió al deportivo de Ricardo maldiciéndose por ser tan débil, odiándose de nuevo por ser el ocasional juguete de un hombre que desconocía el significado de la palabra *compromiso*, consciente de la vida que llevaba en manos de una persona que solo la quería para enseñarle camas nuevas y de la que lo único que resplandecía de él era la pulida chapa de su coche.

Tan caprichoso, arrogante y vanidoso como imprescindible para ella.

2. París

La distancia que recorrió Laurent Didot desde su despacho en la Sorbona hasta la sede de la UNESCO se le hizo eterna. El catedrático de historia antigua de la Universidad de París acababa de recibir la llamada más esperada y, por mucho que ya hubiera cumplido los sesenta y cuatro años, no fue capaz de esperar un taxi. Si las fuerzas le hubieran acompañado, habría ido corriendo, ansioso por recibir los detalles de la inmensa tarea que tendría la responsabilidad de dirigir.

—Está esperándome mister Michael Connolly —anunció, jadeando,

en la recepción del magno edificio construido hacía menos de diez años en la plaza de Fontenoy, en París, y que servía de sede del organismo internacional encargado de velar por la educación, la ciencia y la cultura en el mundo.

Minutos después el responsable de historia antigua de la UNESCO recibía a Laurent en la misma puerta del ascensor.

—Mike, Mike, dime que esta vez es verdad —le urgió el profesor francés.

—Ven, dame un abrazo.

Los dos amigos se fundieron en un solo cuerpo. Ambos habían trabajado con perseverancia durante casi un lustro hasta conseguir que el famoso comité

otorgara la aprobación del proyecto que, con tanta profesionalidad, detalle y pasión, había preparado el catedrático de historia antigua de una de las universidades con más prestigio de la vieja Europa: la parisina Sorbona.

Michael Connolly intentó que su visita se tranquilizara.

—Laurent, por fin lo tenemos. La UNESCO ha entendido la importancia que tuvo Petra hace dos mil años, y está dispuesta a desvelar los secretos que todavía esconde aquella civilización.

—Poco, casi nada se sabe de los nabateos —aseguró el profesor, algo más calmado—. Mike, hasta hace pocas décadas nadie los había estudiado, es más, hace ciento cincuenta años nadie

conocía su existencia.

—Lo sé, y ya te has encargado tú de convencer a este organismo para que llegaran los fondos. Te puedo asegurar que en todos los años que llevo en este cargo nunca antes había conocido a alguien que pusiera tanto empeño en conseguir materializar un proyecto.

—A ver, ¡cuéntame!, ¿cómo ha sido el proceso? —pidió Laurent Didot—. ¿Quién más ha apoyado mi propuesta?

—No te lo vas a creer, Laurent.

El profesor se encogió de hombros.

—Los israelíes —afirmó el ejecutivo de la UNESCO, sin rodeos.

—¿Que los israelíes han

apoyado unas excavaciones en un país árabe? Francamente, Mike, no me lo creo —el francés mostró escepticismo en su rostro.

—Pues ha sido así. Y puede haber muchas razones: querrán que los árabes no estén tan aislados, que no es bueno tener al enemigo encerrado en sí mismo, que diluyan sus preocupaciones, que vean que son importantes para Occidente... Ten en cuenta, Laurent, que todo este tipo de organizaciones, como nosotros, o la ONU, o la OCDE, poseen un marcado carácter occidental, tanto en la composición de sus miembros como en la ubicación de las sedes.

—Pero aun así, Mike, me resisto a creer que los israelíes quieran que

vaya dinero para Jordania, un país árabe.

—No creas, el asunto tiene más lógica de la que pueda parecer. Primero, Jordania es el menos árabe de los *países árabes*, como decimos nosotros; y si no, pregúntaselo a Nasser, que les odia y que ha insultado públicamente a Hussein. Y luego —continuó el funcionario—, que no se está aprobando una dotación presupuestaria para comprar armas. Los fondos asignados vamos a emplearlos en adquirir carpas, palas, andamiajes, cepillos... poca guerra se puede emprender en pleno 1967 con ese *armamento* tan poco sofisticado, ¿no te parece? Será que Europa está en deuda con los árabes por

el reparto de Palestina aprobado en la ONU gracias a nuestros votos.

—¡Pero eso fue hace casi veinte años! Bueno, ¡cuéntame!, ¿cuánto dinero han asignado? —quiso concretar el catedrático, al que no le interesaban las razones que habían movido a los políticos a facilitar el cumplimiento de uno de sus grandes sueños.

Michael abrió una carpeta y comenzó con la relación de los gastos aprobados. La cara del viejo profesor iba transformándose a medida que enumeraba las distintas partidas.

—¿Y de personal? ¿Cuántos han aprobado?

El funcionario norteamericano de la UNESCO rebuscó entre los

documentos hasta encontrar el importe de la dotación que cubría los gastos de los profesionales asignados.

—Se ha aprobado una composición de cinco especialistas. Tú serás el director científico, y tendrás a tu cargo cuatro arqueólogos. Luego está la parte técnica —siguió enumerando Michael—, restauradores, epigrafistas, sismólogos, conductores, mecánicos y todo el material que pediste.

—¿Todo? —se sorprendió el profesor.

—Sí, Laurent, todo, incluido el juguete que solicitaste —confirmó, sin ocultar una mueca de sonrisa.

—¿Y personal de apoyo?

—Para el trabajo de campo

dispondrás de varias personas, estudiantes de la Universidad de Ammán y peones. También tendréis a vuestro servicio el área logística: carpas, herramientas, cocinas, camareros, víveres en abundancia... Hacía tiempo que estábamos esperando esta noticia, Laurent, y ha llegado en el mejor momento.

El francés se recostó satisfecho en su asiento y contuvo las ganas de llorar. Desde que visitara la capital de los nabateos, hacía más de veinte años, no había dejado de pensar en aquellas imponentes construcciones excavadas laboriosamente sobre la roca, las cuidadas canalizaciones para el agua en un entorno donde su aprovechamiento

significaba elegir entre la plácida vida sedentaria o la incómoda trashumancia, los innumerables misterios que todavía continúan enterrados bajo toneladas de arena y la esencia de una cultura desaparecida como si el desierto la hubiera engullido en una sola digestión.

Por eso desde aquellos días no cejó en mover todas las influencias que estaban a su alcance para profundizar en el conocimiento de aquel pueblo, su modo de vida, sus dioses, sus relaciones de vecindad y todo aquello que supusiera desvelar los enigmas sobre su origen y sobre su ocaso.

—Laurent, quiero que hablemos de la composición del equipo. ¿Te cuento lo que se ha hablado?

—Por favor, Mike —las palabras del anfitrión hicieron regresar al francés del viaje mental que había emprendido por el desierto jordano, algo que realizaba muy habitualmente.

—Como te he dicho, el director científico serás tú y tu equipo de arqueólogos estará constituido por cuatro personas. Dado el carácter de esta institución, sabes que es costumbre que su composición sea multinacional. Por tanto, hemos pensado que esté formado, en primer lugar, por un experto local. Se habló de Abdallah Obeidat. ¿Qué te parece?

—El mejor —el francés ratificó la elección, con alegría—. No hay nadie en toda Jordania que conozca mejor

Petra que mi colega y amigo Abdallah. Sabes que es profesor en Ammán y que también es autor de numerosos libros sobre la arqueología de su país. Conoce Petra, la que puede conocerse —aclaró—, como si fuera su casa, y su colaboración va a resultar fundamental. Ya me imaginaba que si alguna vez los del comité de proyectos se decidían a asignar fondos para excavar Petra contaríamos con él. Perfecto. A ver, dime en quién más habéis pensado.

—No se ha pensado otros nombres, Laurent, se ha pensado en otros países, que no es lo mismo.

El francés frunció el ceño.

—No quiere imponerse desde aquí a los integrantes de la expedición,

por lo que se ha acordado que sean los propios países elegidos quienes nombren al experto que viajará a Ammán para ponerse a tus órdenes. Y que estarán a la misma altura jerárquica que Obeidat.

—¿Y qué países son esos? —al francés le pareció una extraña manera de designar a un equipo técnico, pero respetó la decisión de la UNESCO.

—Después del representante local, se ha decidido que la expedición la completen un italiano, un ruso y un compatriota mío.

—¿Un ruso?

Michael se removió en su sillón. Ya imaginaba que el profesor Didot iba a extrañarse con dicha elección.

—Sí, Laurent, se ha decidido que en esta expedición os acompañe un ruso.

—Pero eso es absurdo, en la Unión Soviética no hay restos romanos de interés, jamás llegaron tan lejos. Los soviéticos son dueños de muchas cosas, hasta de grandes influencias diplomáticas, por lo que veo, pero no aportan nada en unas excavaciones en Petra. Lo de Italia, lo entiendo — prosiguió razonando el catedrático de la Sorbona—. Es más, son los primeros que tienen que estar allí. Seguro que enviarán a un arqueólogo que va a proporcionarnos gran información que aprovecharemos sobre el terreno. Tampoco entiendo que tengáis que venir

vosotros. Los norteamericanos no sabéis lo que es una excavación arqueológica en vuestro país.

—Tú lo has dicho, Laurent, en nuestro país, pero sabes que Washington está comprometido en numerosos yacimientos fuera de los Estados Unidos. El Congreso ha aprobado y sigue aprobando cuantiosas partidas para ello, y quieren estar en Petra. La campaña que vais a emprender va a hacer historia y desean ser testigos privilegiados, no enterarse después por la televisión.

—Siempre el dinero, Mike — concedió el catedrático, resignado.

—Sí, siempre el dinero — aseveró el funcionario de la UNESCO

—, nada nuevo.

—¿Cuándo nos ponemos en marcha?

—Ya está aprobada la liberación de los fondos. Hoy se cursarán las invitaciones a las delegaciones de los países que te he dicho.

El francés asintió con un sentimiento entrecruzado de satisfacción y preocupación. Había conseguido lo que llevaba tanto tiempo anhelando, fondos para organizar una mastodóntica expedición a Petra, el lugar más fascinante sobre la tierra donde la relación entre lo mucho que hubo y lo poco que ha permanecido es mínima. Hace dos mil años Petra era el mayor centro caravanero de Oriente y,

paradojas del destino, ahora no era más que un conjunto de construcciones olvidadas y escamoteadas por la arena del desierto. El profesor también se mostraba inquieto al pensar en la torre de Babel en que iba a constituirse aquel grupo humano, con una mezcla de idiosincrasias demasiado dispares. «Un ruso, un americano, un italiano, Abdallah y yo... ¡Que Dios, o Alá, o los dos nos pillen confesados»!, deseó el director científico.

3. Estambul

A pesar de que la mujer hablaba árabe con fluidez, como todos los *katsas* del Mossad, aquel sonido se le asimilaba al de un lastimero llanto, una súplica al infinito. La llamada a la oración que realizaba el almuédano desde el alminar era la incómoda melodía que la acompañaba, a las horas más insospechadas, desde que había llegado a Estambul. Incluso de noche, como se encontraba en ese momento.

—Parece que no hay hora del día en la cual no haya uno de esos cantando. ¿No se cansarán? —preguntó el hombre que la acompañaba.

—¿Quién, el almuédano o los fieles? —respondió la mujer.

La israelí bajó los prismáticos y aprovechó para sentarse en uno de los bolardos del pequeño muelle que se asomaba, tímido, al Bósforo, a doscientos metros al norte de la mezquita Ortakoy. Consultó el reloj y miró de nuevo a su compañero de misión.

—Donovan, ponte cómodo e intenta relajarte.

—No puedo relajarme —repuso, sin poder ocultar su nerviosismo—, me irrita escuchar ese cántico desde las iglesias.

—Mezquitas —corrigió la mujer—. Y no cantan, recitan.

—Me da igual cómo se llamen aquí, no dejan de ser iglesias; y también me da igual lo que digan.

—Una cosa es que no sea tu religión y otra muy diferente es que no la conozcas, y más si estás trabajando en un país aliado.

—Turquía no es aliado nuestro —recordó Donovan.

—Pero no es un enemigo. Conozco muy bien las relaciones internacionales norteamericanas. Dicen varias veces que Dios es inconmensurable, que no hay otro Dios que Dios, que Mahoma es el enviado de Dios...

—¡Por favor, no me lo repitas ahora tú también!

—Aprende árabe y así te integrarás mejor en su cultura —le aconsejó la mujer, que mantenía el semblante y el ánimo tranquilos—. Está llamando para la primera oración del día, la *fajr*.

—¿Desde cuándo tiene interés el Mossad en integrarse en la cultura árabe? Me dejas extrañado con esa afirmación.

—Tenemos que integrarnos en la cultura del enemigo para evitar que el enemigo nos desintegre. Que no se te olvide Donovan. Por eso me interesa tanto lo árabe, porque al enemigo tienes que conocerlo mejor que a tu sombra. Es la única manera de descubrir sus puntos débiles y actuar sobre ellos.

A orillas del mar, la temperatura había descendido hasta el nivel de la incomodidad. Rachel contempló la multitud de pequeñas embarcaciones que surcaban las aguas.

La pareja se quedó sentada y en silencio. La mujer volvió a mirar la hora y el hombre aprovechó para observarla. La CIA le había pedido al agente Donovan que colaborara con el Mossad en una misión muy concreta y sumamente novedosa. Nunca hasta ese momento la agencia de inteligencia norteamericana iba a llegar tan lejos como en la acción que estaba a punto de llevar a cabo en Estambul. A pesar de la oscuridad, pero gracias al tiempo que llevaban sin recibir el dañino impacto de una fuente

luminosa, las pupilas de Donovan se habían agrandado hasta asimilarse a las de un búho. Así pudo observar la incontenible belleza de su compañera de misión, nada menos que una *katsa* del Mossad, la agencia de inteligencia israelí, la gran aliada y colaboradora de la CIA. Era una mujer que ya había cumplido los cuarenta años, calculó el norteamericano con acierto, de hombros anchos, «seguro que a la medida de su responsabilidad», imaginó. A pesar de la gorra que ocultaba parcialmente su largo pelo rubio, advirtió que su cara era redonda pero muy atractiva, con unos pómulos algo salientes y unos labios gruesos. Si hubiera tenido más luz habría apreciado con mayor detalle la

profundidad de sus ojos azules. El resto del cuerpo era atlético, de alguien que lo ha cuidado y fortalecido. Finalizó la observación con las botas. Calculó que aquel cuerpo de un metro ochenta de estatura debía calzar un cuarenta o un cuarenta y uno.

La mujer se ajustó los auriculares y presionó varias veces y con distintas intensidades el pequeño mando que guardaba en uno de sus bolsillos. Al recibir respuesta, el hombre no pudo por menos que sonreír.

—¿Morse?

—Sí, Donovan, es morse.

—Pensaba que el Mossad poseía herramientas de comunicación más sofisticadas.

—El morse sigue siendo una de las herramientas de comunicación más útiles que existen. Un emisor, un receptor y un código que, si se encripta, solo conocen dos personas. No puede haber nada más sencillo. Se puede usar a grandes distancias, de día o de noche, con luces, con sonidos eléctricos, con los dedos, con los brazos... sus posibilidades son infinitas, y lo puedes utilizar delante del enemigo sin que este se entere. No me digas que no es algo sumamente eficaz. No todo lo antiguo se ha quedado inservible —aseguró la mujer.

Volvieron a quedarse en silencio. El norteamericano, nervioso, consultó de nuevo la hora en su reloj de pulsera.

—Son las cuatro y media.

—¿A ti no te han enseñado a esperar?

—No puedo evitarlo. Estamos a diez metros de algo que no tiene justificación —el hombre señaló con la cabeza la pequeña embarcación que tenían amarrada a su lado.

—Lo sé. Nada de lo que hacemos tiene justificación, no hace falta que me lo recuerdes —corroboró la agente israelí.

Una emisión de diez puntos interrumpió la conversación. La mujer levantó la mano para mandar callar a su compañero. Después de las primeras señales, el emisor lanzó un conjunto de puntos y rayas que fue interiorizado por

la *katsa* del Mossad, sin tomar nota alguna.

—Me confirman que acaba de entrar en el Bósforo y que lleva una velocidad de diez nudos. Por tanto, estará aquí en... —consultó su reloj y realizó el cálculo mental— setenta u ochenta minutos, máximo.

Un sudor helado recorrió el cuerpo de Donovan.

—Ya será de día —supuso el norteamericano.

—Vamos, no vas a decirme ahora que te pones nervioso.

El agente de la CIA prefirió no responder y optó por otear el horizonte con sus potentes prismáticos.

—Todavía no puedes verlo. Está

demasiado lejos.

—¿No nos equivocaremos?

—No nos equivocaremos,

Donovan, tienes que estar tranquilo. Uno de mis *sayanimes* en Odessa me corroboró el cargamento y el que me ha comunicado la posición está junto al faro de Rumeli Feneri, en la entrada occidental al estrecho.

—Estás muy segura de tu equipo.

La mujer prefirió no responder. Se quedó mirando al fondo del canal, aunque sabía que todavía quedaba mucho tiempo para que apareciera la negra silueta del mercante ruso. Se volvió a perder en el momento y en el lugar, y en la multitud de minúsculas luces que se distinguían desde su

posición, tanto las ubicadas en Europa, a su izquierda, como las pertenecientes a edificaciones asiáticas, a la derecha.

Setenta y dos minutos después de haber recibido el mensaje codificado, por la profundidad de los prismáticos de la israelí y acompañado de la claridad que ya se había hecho presente en el cielo, apareció la imponente silueta que estaba esperando. La luz verde a estribor, las otras bombillas que todavía iluminaban la cubierta, la serena navegación del carguero...

—¡Ahí está!

—¿Seguro que es él? —preguntó inquieto el norteamericano.

—Salvo que los soviéticos hayan botado otro buque de las mismas

características y lo hayan bautizado con el mismo nombre, sí, es ese, el *Bogoraz*. Vamos, Donovan, ha llegado tu momento.

—Ayúdame —pidió a su compañera.

El agente de la CIA, con la colaboración de la espía israelí, soltó los dos amarres que sujetaban la embarcación al muelle y, a continuación, extrajo de su bolsa un mando del tamaño de dos cajetillas de tabaco. Extendió la antena que se escondía en uno de los laterales. Accionó el botón rojo y este se iluminó. Despacio, movió una de las pequeñas palancas hacia delante y la embarcación, que hasta ese momento había permanecido dormida a su lado,

se puso en marcha. Con ayuda de otro mando, viró su rumbo y la colocó enfilando al carguero.

—Espero que tengas buena puntería —deseó la mujer.

—No hay problema. En la cabeza hay un giróscopo magnético. El proyectil se redirigirá automáticamente al objetivo. Esto es algo más sofisticado que el morse pero igualmente efectivo, como tú dirías.

La agente del Mossad permanecía pegada a sus prismáticos mientras la embarcación soviética continuaba su navegación por el Bósforo rumbo al mar de Mármara. El corazón retumbaba en el interior de su pecho y sintió frío. Procuró que sus brazos no

temblaran.

—¿A qué esperas?

—A que sea el momento adecuado. Será tan solo cuestión de unos segundos —calculó el norteamericano, que sostenía con pulso firme el pequeño transmisor. Curiosamente, la tranquilidad se había apoderado de su ser. Justo en el momento más crítico, la templanza y la frialdad habían convertido al nervioso hombre en el calculador espía de la CIA.

Después de un lapso indeterminado, Donovan, por fin, accionó la palanca que se escondía bajo una cubierta de plástico. Silenciosamente, un torpedo surgió de las entrañas de la pequeña embarcación

y avanzó muy despacio hacia el mercante.

La israelí intuyó la estela del proyectil e imaginó lo que sucedería instantes después. El norteamericano contempló con orgullo patrio cómo el artefacto se reorientaba automáticamente al centro del objetivo. Abrió bien los ojos y esperó.

En el momento en que el torpedo alcanzó al mercante se produjo una explosión que tiñó de amarillo, rojo y fuego el centro de uno de los estrechos más famosos y transitados del mundo. La *katsa* del Mossad se quitó violentamente los prismáticos de la cara para contemplar, en toda su magnitud, la belleza de la obra que acababa de

realizar junto a su equipo y gracias a la colaboración de la agencia norteamericana. Donovan no pudo ocultar la excitación que le produjo el momento y miró a su compañera, que ofrecía un rostro iluminado con los colores de la victoria. La agarró por el cuello y le dio un apasionado beso en la boca. La israelí se apartó de él y le propinó una fuerte bofetada. Donovan la encajó con entereza. Consciente de lo que acababa de hacer, y arrepentida, la espía tiró los prismáticos al agua y agarró la cabeza del americano con las dos manos. Donovan nunca había recibido un beso así, tan fogoso como inesperado. Mientras, en el carguero soviético se sucedían las explosiones,

una tras otra y a lo largo de toda su eslora, por el interior y por la cubierta. Cada nueva deflagración suponía un impulso adicional para la pareja, como si aquel sonido fueran campanadas arrítmicas que les invitaban a la pasión y el vigor.

El agente de la CIA apartó la cabeza de la israelí.

—Espera, que todavía no hemos terminado —el hombre mantuvo la concentración que requería la ocasión.

Volvió a hacerse con los mandos del pequeño emisor y se aseguró de que la embarcación que había servido para ocultar el torpedo se encontrara, por lo menos, a veinte metros del muelle donde se hallaban ellos.

—Mira ahora. Esto ha sido una idea mía.

El americano levantó otra tapa de plástico transparente y accionó un nuevo botón. Una pequeña explosión en la proa de la embarcación provocó que esta fuera sumergiéndose lenta pero inexorablemente. En tres minutos, la barca que había portado el mortífero torpedo fue engullida por las aguas dejando la escena sin rastros. Entretanto la tripulación del *Bogoraz* intentaba inútilmente abandonar un barco que se había convertido en una antorcha, y que solo el mar apagaría, a medida que fuera hundiéndose.

Dos días después, el *Pravda*

informaba del desgraciado accidente que había sufrido un carguero soviético en las aguas del estrecho del Bósforo, en las proximidades de Estambul. El origen de la tragedia tuvo lugar en el fuego que se inició en la sala de máquinas por causas desconocidas. Toda la tripulación había fallecido —especificó el diario—. El mercante había zarpado del puerto de Odessa, en la península de Crimea, y viajaba rumbo a la isla de Creta con un cargamento de trigo.

El rotativo ocultó que la verdadera carga del buque eran aviones Mig-15 y Mig-21, y carros de combate T-54 y T-55, los cuales se estibaban en unas bodegas que jamás confirmarían ni desmentirían noticia alguna. El

periódico también silenció que el verdadero destino del navío era el puerto egipcio de Port Said.

4. Madrid

El hombre abandonó el lecho para prepararse un cubalibre con las bebidas del mueble bar. Mientras, ella aprovechó para acurrucarse en la cama y cerrar los ojos. Se encontraba bien así, sola y aislada, aunque fuera momentáneamente, del mundo que la rodeaba y en el que alguien la había colocado sin pedirle permiso. Eso creía, por lo menos como autojustificación.

El motel Osuna era un lugar tranquilo, algo alejado de la capital, un remanso de paz y discreción ubicado a pocos metros de la carretera de Barcelona. Aunque los clientes

habituales eran turistas que visitaban la ciudad, también había otros que lo frecuentaban para ganar unas horas de esparcimiento bajo un halo de complicidad y de furtivo secreto.

Ese era el caso de Ricardo Zalbidegoitia, hijo del fundador y dueño de la próspera fábrica de componentes eléctricos *Generadores Zalbidegoitia*, con sede en la localidad guipuzcoana de Andoain. La vida de Ricardo era envidiada por casi todos los que le rodeaban, en especial por sus hermanos mayores que, a diferencia de él, se encontraban completamente comprometidos con el negocio familiar. *Richy*, como le llamaban de pequeño, aprendió a vivir sin trabajar, y eso le

concedía tiempo para muchas cosas, entre otras para viajar y seducir almas solitarias. Con dinero y crédito en los mejores restaurantes, siempre al volante de los coches más llamativos, impecablemente vestido, Ricardo disfrutaba de la vida como si sus días estuvieran contados.

Aunque mantenía un noviazgo oficial y casi eterno con una señorita de San Sebastián, *Richy* frecuentaba continuamente la capital del Estado buscando oportunidades de negocio para la industria familiar, en teoría, y víctimas para sus conquistas, en la práctica. También viajaba con frecuencia al extranjero aprovechando la innovadora visión de negocio de su

padre, que había aprendido que el futuro de su empresa se hallaba más en la floreciente exportación que en el débil, por lo menos hasta ese momento, mercado nacional. Todo aquello que fueran ferias, congresos, encuentros con empresarios suponían nuevas ocasiones para explorar restaurantes de reciente apertura, lugares de alterne desconocidos y, por supuesto, otras caras que admirar y otros cuerpos que degustar.

En una de las habituales visitas a Madrid conoció a Araceli Artigas, una atractiva arqueóloga que asistió en compañía de una amiga a la inauguración de una exposición de óleos en una galería de la calle Ayala, en

pleno barrio de Salamanca.

Allí se encontró con ella y con la falda de su traje de chaqueta, uno o dos centímetros más corta de lo que fijaban las costumbres más tradicionales, con su media melena de peluquería reciente y sus graciosas mechas en el pelo, su mirada avispada, su boca recién pintada y muy apetecible, y sus zapatos acharolados con un poco de tacón, el suficiente para darle a su estampa un aire más distinguido y seductor. Aquella mujer era menuda, estrecha de hombros, con unos pechos que se intuían escasos y con unas manos muy toscas, como si realizara frecuentemente trabajos de albañilería. Pero *Richy* no reparó únicamente en las manos. En la anatomía

de la desconocida destacaba sobre todo la cara, ligeramente redonda y con unos ojos negros cargados de personalidad e inteligencia.

Ricardo no se fijó en ningún cuadro de aquella exposición. La verdadera obra de arte se encontraba con un vaso en la mano, charlando con alguien que huyó cuando él apareció.

El fluido conversar del vasco, sus cuidadas maneras, su exquisita educación, su indudable atractivo personal hicieron estragos en una Araceli que se encontraba sola, que había salido recientemente de una relación difícil y que carecía de persona alguna con quien compartir sus inquietudes. Había sido una víctima

demasiado fácil.

Y eso Araceli lo sabía, claro que lo sabía. Desde la cama, entreabrió los párpados y vio el perfil de Ricardo, sentado en el sillón con el vaso en la mano y mirando la televisión, en calzoncillos, exhibiendo un cuerpo perfecto embellecido por la cadena de oro que ella le compró, el propio de alguien que solo se dedica a cultivar el culto a su imagen. Volvió a cerrar los ojos y se dio cuenta, de nuevo, otra vez, otra maldita vez, de la vida que llevaba, y se preguntaba por qué el destino se portaba tan mal con ella.

Dejó el vaso sobre la mesita y se acercó a la cama. Besó a Araceli en la sien, con suavidad, muy despacio, con

mimo. Ella sintió de nuevo su aroma, su olor corporal, el sudor que le había provocado. El hombre buceó con sus manos por debajo de las sábanas y buscó los frescos y tiernos pechos de su amante. Los tanteó, jugueteó con sus pulgares en los pezones y la volvió a besar, esta vez en la boca. Cuando entendió que había llegado el momento, se acercó a su oído y susurró:

—¿Me permites que me meta otra vez? —preguntó cínicamente—. Aquí fuera hace frío. Si quisieras cobijarme...

Y Araceli cayó, como se cae cuando se ha perdido el sentido del equilibrio, cuando se sabe que se esfumó el último asidero y no hay lugar

en el mundo donde poder recuperar la verticalidad. Araceli cayó, aun sin moverse de su cama.

5. Ammán

Era algo bastante habitual que el rey Hussein de Jordania pernoctara fuera de su palacio presidencial. En más ocasiones de las que le hubiera gustado a Zeid Rifai, su secretario personal, el monarca hachemita pasaba la noche en alguna de las mansiones que la Corona poseía diseminadas por las afueras de la capital del renombrado Estado de Jordania.

Tal y como acostumbraba, el Rey regresó a Palacio al volante de uno de los deportivos que solía pilotar, europeos en su mayoría. Siempre conducía él y nunca se dejaba

acompañar de su servicio personal de seguridad. Así se sentía más libre, especialmente cuando vivía noches como la de aquel día, veladas donde las horas se espaciaban y parecían no tener fin.

Zeid, que había pasado la noche en vela, lo recibió en la puerta de sus estancias particulares.

—Buenos días, Majestad.

—¿Se ha levantado la Reina? — quiso saber el monarca, hablando en voz baja, como solía ser habitual en él.

—Parece ser que todavía no, Majestad. Son las ocho de la mañana, es pronto. ¿Desea que me informe?

—No, Zeid, voy a descansar un poco. No le digas nada.

—Como ordene Su Majestad.

—¿Tenemos algún asunto urgente?

—Urgente no, Majestad, excepto pormenores de lo de la UNESCO y Petra. Cada vez nos llegan más detalles del proyecto. ¿Tendría unos minutos para despacharlos?

El Rey extrajo del bolsillo de su camisa un paquete de Chesterfield, lo que significaba el beneplácito a la petición de su hombre de confianza.

La pareja entró en el despacho del monarca y el ayudante comenzó a exponer toda la información recibida en Palacio relativa al proyecto aprobado, los medios de los que iba a disponerse y las personas que lo ejecutarían. Después

de hablarle de los técnicos, locales en su mayoría, y de los materiales que llegarían a Jordania para servir de apoyo a la excavación, entró a detallar la nacionalidad del equipo de arqueólogos seleccionados. El monarca pegó sobre su mesa un golpe a puño cerrado.

—¿Un ruso? ¡Ni hablar! — aseguró, categórico y rabioso.

—Todavía no han especificado el nombre del profesional asignado por Moscú, Majestad.

—Me da igual. No quiero ver a un ruso rebuscar en mi Historia. Me parece muy bien que Nasser obedezca al Kremlin como si fuera la mascota de Kosyguin, pero este país no tiene nada

que agradecer a los soviéticos. Ni hablar, Zeid, ni hablar —zanjó, con aspavientos y sin dejar opción.

El secretario mantuvo un respetuoso silencio. La reacción de su Rey no había sido habitual. El monarca solía comportarse comedido en la crítica y moderado en sus juicios.

—Entiendo que venga un italiano —prosiguió el rey Hussein, algo más calmado después de dar un par de caladas a su cigarrillo—, ya que Petra acabó siendo una ciudad plegada a los intereses de Roma, y ya sabemos que cuenta con vestigios romanos de gran valor, y seguro que habrá muchos más por desenterrar. Y también me parece lógico que venga un americano. Ellos

mueven los intereses del mundo occidental y su presencia hay que considerarla imprescindible. Ahora bien, un ruso, nunca. Si quiere venir a nuestro país, que sea a costa de su bolsillo, como cualquier turista; pero aquí, como un desconocido que mete las narices en mi pasado, no, Zeid, no.

El secretario abrió los brazos e inclinó ligeramente la cabeza en señal de sumisión.

—Majestad, ¿y qué decimos a París? No deberíamos entorpecer la labor de la UNESCO —opinó el primer ayudante, modoso y con respeto—. Han sido muchos años los que se han necesitado para llegar a este momento. ¿Ofrecemos alguna alternativa?

—Sí, la alternativa es que con un director científico y tres arqueólogos será más que suficiente para dirigir las excavaciones, al margen de toda la pléyade de profesionales que has detallado. Me ha parecido que hablabas de cerca de cien personas.

—Como ordene, Majestad.

Zeid estaba a punto de abandonar el despacho cuando el Rey volvió a hablar:

—Espera, también puedes hacer una cosa —el monarca se llevó la mano a la barbilla y miró con detenimiento a su secretario—. ¿Y si le hiciéramos un favor a mi amigo Franco?

—¿Un español? —extrajo en consecuencia, a modo de pregunta.

—Sí, un español. Seguro que Franco me lo agradecerá. Podremos decir en París que mejor que un ruso será un español, ya que en este país es donde hay más restos romanos después de Italia. Roma conquistó la península ibérica de principio a fin, mientras que jamás estuvo en parte alguna de la Unión Soviética. No hay otro país más adecuado. No me negarás que es un ofrecimiento concordante desde el punto de vista histórico. Está absolutamente justificado —el monarca se convenció cada vez más de su propio razonamiento—. Diles que la aportación de un especialista español será valorada por nosotros como la más importante asistencia técnica que podemos recibir

del extranjero. Y que en Francia no se olviden que Petra está en Jordania, y en Jordania mando yo, no la UNESCO. Envía también un cable a Madrid y solicita a su mejor hombre. Prepara además un telegrama para El Pardo y dile a Su Excelencia que en aras al buen entendimiento existente entre ambos pueblos... Bueno, de protocolo tú sabes más que nadie.

—Como ordene, Majestad.

—Ahora mismo, Zeid.

—Como ordene, Majestad — repitió servilmente el secretario particular.

—Y si no hay nada más urgente, voy a dormir un rato. Di que no me molesten, y a Su Majestad la Reina le

dices, si pregunta por mí, que he pasado toda la noche trabajando en mi despacho, y que nos veremos a la hora de la comida.

—Como ordene, Majestad.

6. Roma

El religioso leía atentamente el expediente que acababa de entregarle Giuseppe Scaloni. Con frecuencia se ajustaba el puente de las gafas y proseguía escrutando cada folio donde se recogía algo que era totalmente novedoso para el Vaticano.

—Veo que la UNESCO no ha reparado en gastos —presumió el invitado.

—No todos los fondos van a dirigirse a América del Sur o a Europa —justificó el anfitrión—. Parece que esta vez los políticos han fijado sus ojos en Oriente Próximo.

—El Islam está ganando terreno —aseveró Antonio María Comboni.

—No creo que la Santa Sede deba verlo así. Monseñor, todos saben que Petra supone un verdadero arsenal de información cultural y es lógico que se quiera averiguar el verdadero alcance del pueblo nabateo.

—Nosotros pensamos que los fondos deben destinarse a las investigaciones de la fe católica. No creo que los musulmanes puedan enseñar algo de provecho al mundo occidental.

—Monseñor, la UNESCO la conforman muchos más países, al margen de los occidentales —Scaloni intentaba hacer razonar a su invitado.

—Claro, y hay que tener a todos contentos, ¿no? —conjeturó, con cinismo.

—Supongo que será así, son los vientos que soplan en este momento —imaginó Giuseppe Scaloni, diplomático italiano que acababa de recibir el encargo de la UNESCO de nombrar a un arqueólogo para que colaborara con Laurent Didot en la campaña que estaba organizándose en Petra.

Los dos hombres se habían dado cita en uno de los edificios que poseía el ministerio de cultura italiano, próximo a la Piazza Venezia. Scaloni y Comboni se profesaban mutuo respeto pero guardaban las distancias en todo momento pues cada uno representaba

unos intereses que en ocasiones eran bien divergentes.

—¿Y por qué se muestra el Estado italiano tan generoso con el Vaticano, *signore* Scaloni? No siempre se percibe el mismo aire colaborativo.

El funcionario que había recibido al representante católico se inclinó sobre la mesa de su despacho.

—Porque somos vecinos, Antonio María, porque Roma es el único lugar donde conviven dos sedes de estado, y sabemos que hay aspectos, temáticas, áreas de interés que a veces son más apreciados por una nación que por otra. El gobierno de Saragat no tiene especial interés en la zona. Italia no está comprometida ni con el desunido mundo

árabe ni con los incipientes y prepotentes israelíes, o israelitas, o como se quieran llamar. Todo eso se lo dejamos a los británicos, a los franceses o a los norteamericanos. No se nos ha perdido nada ni en Petra, ni en Jordania ni con los nabateos. Pero pensamos que el Vaticano sí puede tener un vivo interés en conocer de primera mano lo que pueda descubrirse allí —supuso Scaloni.

—Le doy totalmente la razón, Giuseppe —reconoció el religioso—. Su Santidad el Papa Pablo VI es tremendamente inquieto en la aventura del saber, del conocimiento de nuestra religión y de las otras creencias, y sí, tenemos un marcado interés por

averiguar todo aquello que suceda extramuros de nuestra Santa Sede.

—Nos han pedido un nombre desde París —continuó el funcionario italiano—. Petra fue anexionada a la jurisdicción de Roma y hace muchos años se encontraron allí numerosos restos de esa civilización. Nuestros ancestros ya estuvieron trabajando y luchando en aquellas tierras. Como se puede imaginar, en Italia tenemos verdaderas legiones de investigadores, arqueólogos, profesores, especialistas en la cultura romana, pero se ha pensado que el Vaticano tendría más interés en Petra que el gobierno italiano, y de ahí el ofrecimiento. Eso sí, Antonio María, la respuesta tiene que dármela lo antes

posible.

—¿Lo antes posible? Eso, ¿qué significa?

—Significa minutos, por lo menos me tiene que decir ahora si mandarán ustedes a un hombre suyo o tenemos que ser nosotros quienes enviemos a un compatriota, como ha pedido la UNESCO. En ese caso tendríamos que ponernos inmediatamente con el proceso de selección, pero pienso que la Santa Sede desaprovecharía una excelente oportunidad.

Antonio María Comboni se recostó sobre su asiento y volvió a ajustarse las gafas. Lentamente, como era su forma de actuar y de expresarse,

tomó de nuevo el expediente y lo abrió al azar. Repasó un par de folios y se imaginó lo que aquello suponía. El Estado italiano le proporcionaba un asiento en primera fila, una selecta fila de tan solo cinco butacas, para presenciar la película del descubrimiento definitivo de los orígenes de Petra, la ciudad que un día fue el centro del tránsito de mercancías más importante de Oriente. Era un ofrecimiento demasiado valioso como para rechazarlo, aunque todavía no tuviera un candidato.

—Giuseppe, diga a París que ha encontrado a su mejor hombre. Será un hombre italiano, eso se lo aseguro, pero no diremos a nadie que es un religioso.

Imagino que en eso estaremos totalmente de acuerdo. No creo que a su gobierno le interese reconocer ante la UNESCO que han declinado el ofrecimiento y que han transferido la plaza concedida al Vaticano, ¿verdad? Además, eso se traduciría en París como una desatención y provocaría la lógica exclusión de futuros procesos en los cuales ustedes sí pueden estar interesados.

—Eso por supuesto, Monseñor. La verdadera identidad de su hombre ha de permanecer oculta en todo momento.

Se despidieron en la puerta. Giuseppe dio la mano al Monseñor aunque este hizo ademán de mostrarle su anillo para que el italiano se lo besara.

—Aunque dicen que los vecinos se llevan mal, veo que en esta ocasión no es así —rubricó Comboni, satisfecho—. El Vaticano recordará siempre este ofrecimiento; y le puedo asegurar que aunque los hombres tenemos muy mala memoria, Dios la tiene muy buena.

7. Ammán

Abdallah Obeidat esperaba paciente a que el DC-8 de Air France tomara tierra en el aeropuerto de la capital jordana. No veía a Laurent Didot desde hacía dos años, aunque mantenían frecuente comunicación por carta. La Universidad de Ammán realizaba pequeñas campañas de excavaciones en Petra, y siempre que se realizaba un hallazgo, por pequeño que fuera, el profesor de historia lo ponía en conocimiento de Didot, al que ya consideraba no solo su maestro, sino también su amigo.

Después de los saludos, tan

efusivos como acostumbraban, el jordano le llevó a su casa, donde le tenía preparado un pequeño agasajo.

—Abdallah, la UNESCO ha sido compasiva conmigo —comenzó razonando el doctor francés en su idioma, el cual era conocido por el anfitrión a la perfección pues había vivido algunas temporadas en París, junto al profesor Didot—. Antes de que mis ojos se cierren para siempre ha tenido piedad y va a permitirme profundizar en la auténtica pasión de mi vida.

—¡No digas eso, Laurent! A medida que vas cumpliendo años tienes más ganas de vivir y de seguir aprendiendo —repuso el árabe.

—No te creas, ya lo voy notando. Los próximos que cumpliré serán sesenta y cinco años, y en mi casa dicen que estoy loco por embarcarme en esta nueva aventura.

—Nueva y fascinante, Laurent. La más fascinante de todas. Además va a dotar a mi país de una notoriedad internacional de la que ahora carece. Es lo mejor que nos ha pasado a los jordanos.

La mujer de Abdallah irrumpió en el salón donde se encontraban su marido y su invitado, sentados en el suelo y descalzos, portando una bandeja metálica con una tetera, dos tazas labradas y unos dulces de pasas y miel, de inmejorable aspecto.

—Gracias, Fatina. ¿Los has cocinado tú? —preguntó cortésmente el profesor francés.

Después de escuchar la traducción de su marido, la mujer asintió sin pronunciar palabra alguna. La esposa del historiador jordano llevaba una abaya y se cubría parcialmente la cabeza con una hiyab que solo dejaba al descubierto una cara en la que destacaban sobremanera unos profundos ojos pintados de negro. A Laurent siempre le pareció una mujer extremadamente guapa.

La vivienda del profesor jordano era muy sencilla. El salón tenía un sofá viejo que nunca usaban para sentarse, algo que al francés le resultaba

incomprensible. El resto del mobiliario lo formaba un conjunto de cojines tirados por doquier a lo que había que añadir una pequeña mesita tallada en madera. Las paredes estaban cubiertas con unas alfombrillas almohadilladas ideadas para apoyar la espalda. Como le sucedía a la mayoría de los hogares orientales, la casa de Abdallah también carecía de televisión, aunque no así de libros. Poseía varias estanterías muy nutridas, algo bastante poco habitual para las viviendas de los jordanos y de los árabes en general.

Mientras degustaban el té, los dos amigos departieron sobre asuntos generales.

—¿Y cómo están las cosas por

aquí? Poco se habla en los periódicos franceses de Jordania.

—La atención de esta zona se centra en la frontera norte israelí, la que comparte con Siria. Los judíos están utilizando una táctica muy antigua pero que sigue siendo efectiva: provocan a los sirios, les van ganando terreno y, cuando estos reaccionan, entonces claman públicamente que están siendo atacados, que los árabes no respetan los acuerdos de la ONU... Son muy listos, Laurent. Los árabes nos enfrentamos a personas extremadamente astutas. Pero esta es una zona tranquila —afirmó Abdallah—. Si no fuera por la presencia de los *invasores*, aquí viviríamos en paz entre todos los pueblos que la

habitamos.

—¡Caray, Abdallah! Imagino que cuando hablas de invasores te refieres a los israelíes.

—Sí, y no. Sí, efectivamente estoy refiriéndome al Estado de Israel, pero no necesariamente a los judíos.

—Explícate, por favor.

—Laurent, lo que no saben los occidentales es que la convivencia entre musulmanes y hebreos ha sido pacífica durante cientos de años. Hemos sabido convivir respetando nuestras procedencias y nuestras costumbres, con especial consideración a las creencias religiosas —precisó Abdallah—. Pero desde finales del pasado siglo, y especialmente a principios de este y por

culpa de los ingleses, el enfrentamiento ha sido constante, y todos vemos a Israel como el verdadero enemigo de los árabes.

—Desde París las cosas se ven de otra manera. Todos hemos sido testigos de la tragedia del pueblo judío durante la Segunda Guerra Mundial.

—¿Y el partido que le han sacado a ello, Laurent?

—¡Por favor, Abdallah! Los campos de concentración y las cámaras de gas están ahí, no puede negarse su existencia —recordó el francés.

—Claro que no puede negarse su existencia. Nadie lo pretende. Los nazis asesinaron a varios millones de judíos. Eso sí, Ben Gurion ha sabido sacarle

partido ante la opinión pública, y ha conseguido crear la necesidad de fundar un estado tan irreal como el de Israel. ¿Sabes cuántos millones ha pagado el gobierno de Alemania Federal al Estado de Israel por indemnizaciones procedentes del holocausto?

Laurent se encogió de hombros. Se arrepintió de haber sacado el tema.

—Ochocientos veintidós millones de dólares pagaderos en catorce años desde 1952. Terminaron el año pasado.

—Algo había oído, pero no sabía que había sido tanto dinero — confesó el francés.

—Los muertos no resucitan, desgraciadamente. Por tanto, ¿sabes

dónde ha ido la mayor parte de ese dinero? A armas —el jordano se respondió a sí mismo—. He de reconocer, Laurent, que tu gobierno tiene en el Estado de Israel a un magnífico cliente. Imagino que sabrás dónde compran armas los judíos de Ben Gurion y de Golda Meir.

Afortunadamente para el francés, la conversación se vio interrumpida por la llegada al salón de una pequeña de unos cuatro años, que corrió a abrazar al anfitrión. Abdallah la besó en la frente.

—Noura, ¿por qué no saludas a nuestro invitado?

La niña miró al francés y sintió rubor. Se escondió en el pecho de su padre.

—Tienes una familia fantástica, Abdallah.

—Lo sé, Laurent. Bueno, ¿nos ponemos en marcha? Nos espera la Universidad.

El árabe ayudó a su invitado a ponerse en pie y ambos abandonaron la casa camino del coche del jordano. Se levantó un poco el zob y arrancó para adentrarse en el complicado tráfico de Ammán, plagado, más que de automóviles, de vehículos de tracción animal.

Media hora después, ambos se encontraban inclinados sobre una mesa, con varios planos de la ciudad de Petra sobre los que se habían dibujado

múltiples curvas de nivel, números y símbolos, y donde solo había pintados una serie reducida de edificios, como el *al-Khazneh*, *Ed-deir* y las Tumbas Reales.

—Debería ser una campaña de varios meses, Abdallah, y tenemos que ser capaces de luchar contra el peor de vuestros enemigos. Ya ves en qué época del año nos encontramos. El verano nos va a pillar entre medias.

—El calor no va a ser obstáculo, Laurent —tranquilizó el jordano, perfecto conocedor del problema que apuntaba el director científico—. Los peones con los que vamos a trabajar son de aquí, y están acostumbrados a nuestro clima. Y también vendrán estudiantes,

alumnos míos que estarán encantados de participar en esta campaña única. Además, todo depende de cómo manejemos el tiempo.

—Claro. Empezaremos cuando despunte el alba, quizá un poco antes. Mínimo vamos a poder sacar al día cinco o seis horas de trabajo de campo —calculó Laurent.

Ambos historiadores iban apasionándose cada vez más con el proyecto.

—Situaremos una base logística en Maan, desde donde nos surtirán de víveres y donde estableceremos la base sanitaria.

—¿Y dónde tienes pensado que pernoctemos, también en Maan?

—No, dormiremos en la misma Petra —concretó el que sería el director científico—. Entre los enseres que van a traernos vienen varias carpas grandes, con equipamientos higiénicos, camas, mesas, sillas, grupos electrógenos, depósitos...

Los ojos del jordano brillaban como si fueran dos lámparas de gran potencia.

—No termino de creerme que la UNESCO haga esto por Jordania.

—Ha sido un gran logro, y ahora hay que aprovecharlo. Tenemos que conocer de una vez por todas la verdadera historia de la ciudad de Petra y de sus habitantes.

El sonido del almuédano llegó

hasta el despacho de Abdallah. El jordano consultó su reloj:

—Es la llamada a *Asr* —el musulmán se azoró.

—Por el sonido, parece que la mezquita está muy cerca. Acude a tu rezo que yo te espero aquí, si no te importa —Laurent conocía perfectamente las costumbres religiosas y no quería poner a su amigo en un compromiso.

Abdallah estuvo tentado de darle las gracias pero pensó que no había razón alguna para agradecer a un cristiano, como era su amigo francés, que permitiera a un musulmán cumplir con uno de los cinco preceptos de su religión.

8. El Pardo

El Consejo había sido agotador, como era habitual. A Franco le gustaba que sus ministros debatieran entre sí, confrontaran opiniones, discutieran incluso, para al final tomar él la decisión que tenía pensada previamente.

Y el de aquel viernes no fue una excepción.

Cansado y con un incipiente dolor de cabeza, Fernando Castiella alcanzó a Manuel Lora-Tamayo cuando este se encontraba camino de su coche oficial, en la explanada que se abría delante del palacio de El Pardo.

—Manolo, antes de que te vayas,

querría comentarte algo.

—Dime Fernando —respondió el titular de Educación.

—Hemos recibido en el Palacio de Santa Cruz un ofrecimiento desde París, de la UNESCO. Han aprobado la mayor partida presupuestaria que se ha destinado hasta la fecha a un país de Oriente Próximo para realizar una excavación arqueológica. Ha sido concretamente en Jordania.

—Me parece muy bien, Fernando. Pero eso, ¿qué tiene que ver con nosotros? Jordania está muy lejos. Ya ayudamos en Egipto cuando lo de la presa de Asuán —le refrescó Lora-Tamayo.

—Sí, sí tiene que ver. Deja que

te explique. Se va a crear un equipo multinacional de arqueólogos, y el rey Hussein quiere que uno de los integrantes sea español. Un profesor de historia antigua o un catedrático de cultura romana... un experto —resumió el ministro de Asuntos Exteriores.

—¿Se lo has comentado a Su Excelencia? —quiso saber el ministro de Educación y Ciencia.

—No, todavía no. Cuando vaya a hablar con él preferiría darle ya un nombre. Había pensado que tú podrías decirme el candidato. Dime, ¿te viene a la cabeza así, de inmediato, alguien?

—Fernando, no sé —dudó el ministro de Educación—, tendría que pensarlo —reconoció. Había sido un

Consejo muy largo y su ánimo lo acusaba.

—Es que me han urgido. Parece ser que los otros tres arqueólogos elegidos van a llegar a Ammán en breve, y el español no puede retrasarse.

Manuel Lora-Tamayo se mantuvo pensativo durante unos instantes.

—Pues mira, sí, tengo a alguien —afirmó, con satisfacción.

—¿Ves? Ya sabía que no tardarías en darme un nombre —a pesar del cansancio, Fernando Castiella mostró una amplia sonrisa—. A ver, ¿quién es?

—Se llama Araceli Artigas.

—¿Araceli, una mujer?

El ministro de Exteriores frunció

el ceño.

—Conozco en profundidad a su padre, Dionisio Artigas —explicó Manuel Lora-Tamayo, para justificar su rápida elección—. No sé si te suena. Es procurador por el Tercio Familiar, un hombre totalmente afecto a nuestro Régimen y alguien de absoluta confianza —Castiella se encogió ligeramente de hombros—. Es de los pocos amigos que nunca me ha pedido un favor. Te estoy hablando de su hija, la única hija que tiene. La conozco muy bien porque voy a su casa un par de veces al año, y es una mujer encantadora, doctora en historia, profesora, ha escrito libros, hasta creo que ha dirigido excavaciones arqueológicas... Ahí tienes a la persona

que buscas.

—No sé, Manolo, una mujer en un país árabe... —Castiella vaciló—. Ya sabes cómo son allí con las mujeres.

—Fernando, pero ¿te han dicho expresamente que no pueda ser una mujer?

—No, claro que no. Pero es que allí las mujeres no ocupan cargos.

—Tampoco en España, y eso no quiere decir que no haya excelentes profesionales, como el caso que te digo. Recuerda el nombre: Araceli Artigas.

—No sé lo que opinará Su Excelencia sobre ello —titubeó Castiella—. El caso es que me dijeron que en el equipo multinacional ya va a ir una mujer, una norteamericana.

—¡Pues ya está, Fernando! Araceli Artigas, no pienses más. Veo que no va a ser la única. Hazme caso. Habla varios idiomas. Es soltera y debe de pasarse todo el día encerrada en las bibliotecas de la Universitaria. Seguro que está disponible para trasladarse a Jordania.

—Hablaré con Su Excelencia. Me has convencido —el titular de Exteriores sonrió de nuevo—. Comunícaselo tú a tu amigo porque la incorporación ha de ser inmediata. Quieren que esté en Ammán en menos de una semana.

—Esto es como si la militarizáramos —opinó distendidamente Lora-Tamayo.

—¡Hombre, no digas eso, ni que
la mandáramos a la guerra!

9. Tel Aviv

En algún lugar de la avenida Profesor Yehezkel Kaufmann de la ciudad de Tel Aviv, el comité de Seguridad Nacional había estado reuniéndose con periodicidad semanal, pero desde hacía dos meses dicho lapso se había acortado hasta situarlo en tres o cuatro encuentros por semana.

Lo presidía Levi Eshkol, primer ministro israelí y antiguo colaborador de David Ben Gurion, y siempre asistían, entre otros, Yitzhak Rabin, jefe del Estado Mayor; Golda Meir, ejecutiva del MAPAI, partido laborista en el gobierno; el general Ariel Sharón y el

hermético Meir Amit, director del Mossad desde hacía cuatro años.

La sala se ubicaba en el sótano del edificio, y todos los presentes aguardaban pacientes y en silencio a que los tres guardias que acababan de entrar en la estancia finalizaran su trabajo. Uno de ellos sujetaba a un inquieto pastor alemán que olisqueaba el escaso mobiliario del local, y otros dos policías escrutaban las paredes, las lámparas, la mesa, los cuadros... con unos sensores muy aparatosos y llenos de cables. La habitación la dominaba una amplia mesa de madera, oval, alrededor de la cual se sentaban todos los asistentes. Detrás del primer ministro, y colocada en el centro de la

pared, una bandera con la Estrella de David, recién bordada con los colores del *talit*, les recordaba a todos por qué tenían que luchar y, llegado el momento, por qué tendrían que morir. A ambos lados se alzaban retratos de Nathan Birnbaum, Theodor Herzl, Nathan Mayor Rothschild, Yossi Harel y Chaim Weizmann, todos ellos personas que habían conseguido con su talento, dinero, arrojo o influencias facilitar el sueño sionista de poseer un estado judío soberano.

En la pared contraria habían colocado una menorah de gran tamaño con sus siete velas encendidas y, pegado al símbolo judío por antonomasia, un mapa donde se dibujaba el actual Estado

de Israel y una parte importante de los países vecinos: El Líbano, Siria y, especialmente, Jordania y Egipto, con la península del Sinaí incluida.

—Nosotros nos vamos. Todo está correcto.

—Gracias, teniente —
correspondió Levi Eshkol.

Una vez que el oficial, los dos ayudantes, todos ellos protegidos por unos aparatosos chalecos antibalas, y el perro abandonaron la sala, cerraron la puerta, momento en el que una luz situada en la parte superior de la entrada dejó de estar en rojo para pasar a ofrecer el relajante color verde. Los asistentes a la reunión podían estar tranquilos de que, no solo la sala se

hallaba libre de todo tipo de aparatos de escucha o artefactos explosivos, sino que en la puerta habría varios hombres armados con rifles automáticos dispuestos a asegurar la confidencialidad y seguridad del corazón ejecutivo hebreo.

—De lo que no podemos dudar es de que los suministros soviéticos a Egipto no paran de incrementarse —empezó asegurando el primer ministro.

—Bueno, gracias a los hombres de Meir Amit, afortunadamente no todos llegan a sus destinos —señaló el jefe del Alto Estado Mayor.

—A los hombres y a alguna mujer —puntualizó el director de los servicios secretos israelíes.

—Meir, tienes que felicitar a las personas que participaron en lo de Estambul. Fue una acción certera, limpia y extremadamente eficaz —le pidió Levi Eshkol.

—Cumplieron su obligación, tanto nuestra *katsa* como los *sayanimes* que la ayudaron —la intervención de Meir Amit fue tajante.

—Incluidos los chicos del Tío Sam —apuntó Ariel Sharón.

—La CIA colabora activamente con nosotros siempre que se lo solicitamos —concedió el responsable del Mossad.

—Johnson es un hombre muy inteligente y sabe de parte de quién tiene que estar —reconoció Sharón, aún con

cierto sigilo.

—Si no fuera por los votos de nuestros compatriotas, difícilmente los demócratas llegarían a la presidencia. Conozco muy bien a la sociedad norteamericana —aseguró Golda Meir, la dirigente del MAPAI, después de expulsar el humo del cigarrillo—, a lo largo de mi vida he vivido en ese país en varias ocasiones, y puedo asegurar que Lyndon Baines Johnson ocupa el despacho oval gracias a nosotros, los judíos.

—En cualquier caso —recondujo el primer ministro Eshkol—, los egipcios, los sirios y en menor medida los jordanos no paran de rearmarse. La Unión Soviética está

apoyando demasiado, y demasiado a la luz, a los árabes, y todos nosotros sabemos para qué guerra están preparándose.

—También nosotros estamos preparándonos para la misma guerra, aunque contamos con menos medios — confesó el general Ariel Sharón.

—Menos medios y menos efectivos. En caso de una conflagración abierta, nosotros llevaríamos las de perder —Yitzhak Rabin se mostró convencido.

—Por eso la conflagración nunca será abierta. Estamos trabajando para ello —Meir Amit quiso tranquilizar a los presentes.

Después de degustar una taza de

café de la bandeja que les habían colocado en el centro de la mesa, Levi Eshkol pidió de nuevo a Amit que volviera a participar en la reunión informando sobre el asunto de Petra.

—Por favor, Meir. Cuéntanos lo de la UNESCO y el yacimiento de Petra.

El jefe de la inteligencia israelí comenzó a trasladar los datos que habían llegado a su poder sobre los preparativos de los movimientos jordanos en Petra. Les habló de los fondos de la UNESCO, del equipo multinacional que estaba conformándose y del fin que buscaba esa campaña sin precedentes.

Golda Meir expresó sus recelos sobre las consecuencias de la

información que la estaban suministrando:

—No me gusta que un grupo de jordanos y de extranjeros estén trabajando, con maquinaria que no controlamos, a la puerta de nuestro país con el pretexto de realizar unas excavaciones que, cuando menos, hay que calificarlas de inusuales y, por tanto, sospechosas.

—No parece que sea un pretexto, pero opino lo mismo que usted. De hecho, estoy dispuesto a tomar medidas —prometió el jefe del Mossad.

—Me extraña que no las haya tomado ya —observó Rabin.

—Quizá me he expresado mal. Realmente, ya las he tomado. Por eso

precisamente sé lo que están tramando. Lo que me falta es precisamente saber quiénes lo están tramando. De momento tengo el nombre de un francés y de un jordano. Y casi seguro el de una norteamericana. Pero el equipo lo forman cinco personas y hay dos que todavía faltan por nombrar.

—Pues entérese, Meir, entérese —le dijo Golda Meir en un tono que sonó a exigencia.

—Claro señora Meir. Hay que convertir la oportunidad árabe en una oportunidad hebrea.

—¿Y no será que están buscando petróleo? —planteó Rabin, como una duda abierta— No me extrañaría que estuvieran realizando una prospección

encubierta.

—No, eso es imposible — afirmó Meir Amit, el director del *Instituto*—. Se han realizado estudios y en esa zona de Jordania no hay yacimiento alguno. Lo sabemos con absoluta certeza.

—¿Por qué están tan seguros? — quiso saber la señora Meir, a quien irritaban las demostraciones categóricas de conocimientos del *memuneh* del Mossad.

—Porque quienes hicimos prospecciones veladas en la zona y en los alrededores fuimos nosotros, y nuestra gente no halló absolutamente nada de petróleo.

Más tarde, todo el grupo

continuó analizando la situación que estaba dándose en la frontera siria, donde no paraban de sucederse ataques árabes a los kibbutzs situados más al norte, en las proximidades del lago Tiberiades, el llamado por todos Mar de Galilea.

10. Madrid

Dionisio Artigas habría deseado que ese día no figurara en el calendario. El teléfono había sonado muy temprano para anunciarle la llegada de un motorista con una carta remitida desde la calle Alcalá, concretamente desde la sede del ministerio de Educación y Ciencia. El ministro, que le había telefoneado personalmente, le había contado que aquella era una magnífica oportunidad profesional para su hija, que iba a hacer historia, que había sido la elegida entre un sinfín de candidatos todos ellos muy preparados y que tenía que sentirse muy orgulloso de que

Araceli tuviera que ponerse inmediatamente rumbo a Ammán.

Se hallaba sentado en la biblioteca de su vivienda de la calle General Mola, entre Ayala y Hermosilla, donde padre e hija ocupaban un piso de más de trescientos metros. A media tarde, Araceli entró en su casa procedente de la Universidad. La expresión de su padre le anunció la gravedad del momento. Se sobresaltó.

Araceli había sido la única hija de un matrimonio que se quebró con el fallecimiento de la esposa en una trágica noche del año cuarenta y ocho. Dionisio llevó la viudedad con estoicismo de puertas hacia fuera y con absoluta dedicación a su hija en el seno de su

casa. Fue el gran apoyo durante su adolescencia y juventud, y el guardián de sus secretos, incluidas sus desavenencias amorosas. Alguna vez recordaba el día que le contó entre lágrimas que el hombre con quien llevaba ocho años de noviazgo tenía que casarse precipitadamente con una chica de su pueblo.

A partir de ahí, su hija sufrió un profundo cambio de personalidad. Se consagró más todavía a sus *libros de piedras*, como él llamaba a toda la bibliografía que poseía sobre arqueología, e hizo de esa ciencia un mundo cerrado al exterior que solo rompía con salidas a yacimientos, algún paseo con amigas solteras, como ella, y

con esas otras escapadas secretas de las que nunca le contaba detalle alguno. Él ya no podía exigirle nada. En enero había cumplido treinta y cinco años y era obvio que estaba viviendo su vida.

Dionisio pidió a su hija que se sentara y le entregó la carta que no había soltado de su mano.

La profesora tomó la misiva y la leyó despacio. Al terminar, miró a su padre extrañada y volvió a leerla, como si no la hubiera entendido a pesar de estar escrita con una redacción sencilla e inequívoca.

—¿Te habían adelantado el contenido?

Dionisio asintió.

—¿Qué te parece?

—Me parece una oportunidad fantástica, hija —respondió rápidamente, con un discurso que había preparado a lo largo del día—. Jordania tiene que ser un país fascinante, el guardián de los Santos Lugares, y Petra, lugar que jamás había oído antes, seguro que te encantará. Tienes que ir y traerme fotos para que pueda seguir poniéndolas en este salón. Esta carta me ha hecho muy feliz —el hombre intentaba que no se notara su cinismo, pues él no quería que Araceli viajara a Jordania. El extranjero le parecía muy peligroso—. Me llamó el ministro para adelantármela y le di las gracias en tu nombre y en el mío por haber pensado en ti. Es un regalo que no puede despreciarse.

Además, la UNESCO dota muy generosamente estas colaboraciones, según me ha dicho don Manuel.

Al terminar la frase, su boca marcó una sonrisa. A cada uno le pareció de una manera. A su padre de lelo, a su hija tierna y comprensiva.

Araceli se recostó en el sillón y volvió a leer la carta, que ya casi se sabía de memoria. No podía creer que la UNESCO la hubiera elegido a ella para formar parte de un selecto grupo de arqueólogos que lideraran la mayor investigación que jamás se había realizado en la capital de los nabateos. Pero tampoco era ninguna ingenua y sabía que el hecho de que ella fuera la elegida obedecía a las relaciones de su

padre con el Régimen, y más concretamente con Manuel Lora-Tamayo.

Araceli pensó en Petra, la lejana e inaccesible Petra. El gran sueño de cualquier arqueólogo. Una civilización que surgió desde las más profundas arenas del desierto y que se desintegró sin razón aparente.

—Parece ser que si aceptas, mañana tienes aquí el visado, una cantidad de dinero para los primeros gastos y el billete para Ammán con escala en Londres. Tengo que confesar —continuó el padre— que cuando me dijeron el nombre del país fui corriendo al atlas para saber dónde se encontraba. Sabía que estaba cerca de Israel, pero

no lo ubicaba exactamente. Tienes un padre muy ignorante —reconoció, con cierta vergüenza.

Araceli se levantó y se arrodilló junto a las piernas de su padre.

—Papá, no quiero dejarte solo.

—No vas a dejarme solo, cariño —el hombre estaba visiblemente emocionado y pedía fuerzas a Dios para no ser débil y caer en el llanto, que era justo lo que más le apetecía en ese momento—. Observa este salón. Está lleno de marcos con fotos tuyas y de tu madre las cuales miro todos los días, y no solo una vez. Además estoy muy atareado con los trabajos en las Cortes. Es posible que regreses en verano. Podremos ir juntos a Luarca, si quieres.

—Claro que quiero, papá.

—Pues entonces iremos —

resolvió Dionisio.

Araceli acarició la mano de su padre y lo miró con aquella cara que tan bien conocían los dos.

—¿Qué te pasa? Parece que no termino de verte decidida.

La hija se levantó y se sentó en un sillón orejero de cuero negro que hacía pareja con el que ocupaba su padre.

—Que estamos a menos de dos meses de terminar el curso y que voy a dejar plantados a mis alumnos. Aparte que estoy dirigiendo dos tesis doctorales y repasando las galeradas de un libro que van a publicar sobre Segóbriga.

—No tienes que preocuparte por eso —Dionisio intentaba minimizar los problemas que encontraba su hija. Quería animarla porque temía que andara buscando excusas para no marcharse de su casa, para no dejarle solo—. Nadie es imprescindible y seguro que la facultad sabrá salir del contratiempo que supondrá tu ausencia. Respecto a la publicación, ¡qué decirte! Si se retrasa unos meses, tampoco creo que pase nada.

Araceli acarició el brazo de su padre y le dio un beso en la mejilla. Era el hombre más bueno que había conocido en su vida.

Se levantó y se acercó a la ventana. Miró a un adolescente pasear

un perro negro por el bulevar de la calle y después posó sus ojos en una de las numerosas fotos a las que se había referido su padre; y consideró que su marcha a Jordania iba a poner fin a la relación con Ricardo. «Seguro que para cuando regrese ya se habrá encaprichado de otra. ¡Mira, una ventaja del viaje a Petra que no había descubierto antes!», pensó inesperadamente.

11. Ciudad del Vaticano

El sacerdote Giampiero Ferrini nunca había subido a un coche oficial. La llamada del día anterior, en la que le anunciaron que irían a buscarlo a su parroquia en la Vía Casilina en un Fiat 2300 a las tres en punto, le dejó tan sorprendido que no supo si aquello era el inesperado anuncio de un premio que lo encumbraría al terreno divino, o de una sanción que lo hundiría en el más tormentoso de los infiernos. Pero después, y con más calma, pensó que no había razones ni para la preocupación ni para la alegría. Su vida se movía dentro de la rutina más absoluta en la cual era

imposible pecar para que lo expulsaran del clero o dar razones a las generaciones venideras para canonizarlo.

Ferrini había nacido hacía cuarenta años en Conegliano, en el Véneto, en el seno de una familia de siete hermanos, y entró en el seminario sin haber cumplido todavía los catorce años, a poco de finalizar la guerra mundial contra el fascismo en la que falleció su padre. Desde bien pequeño sintió fascinación por la figura de Jesucristo, su capacidad para amar a sus semejantes y su espíritu de sacrificio, y por los hechos que conformaron la *Historia Sagrada*. Conocía detalladamente todos los capítulos de la

Biblia donde se nombraban los lugares en los que el hijo de Dios había evangelizado a la incrédula población de Palestina, pero nunca había viajado a Oriente. Al margen de latín y de griego antiguo, Giampiero poseía también nociones de hebreo y de árabe, y así se convirtió en una verdadera referencia frente a sus compañeros en todo lo que suponía la interpretación de la historia anterior a Jesucristo. Ello le llevó dos veces a la Universidad. La primera como estudiante, la segunda como profesor después de obtener el doctorado, actividad que compaginaba con la función pastoral en su parroquia de Santa Elena. Pero en esta segunda labor solo estuvo dos años. La causa

que argumentó para abandonar las aulas como docente fue que la preparación de los exámenes le generaba un grado de estrés que le impedía la concentración y el correcto desempeño de sus funciones, tanto las universitarias como las evangelizadoras. Pero la razón real era otra, una razón callada y secreta, una razón que ocultó hasta a su confesor. El motivo de la renuncia a seguir impartiendo clases en *La Sapienza* fue conocer que sus limitaciones como hombre derivaban de su condición de sacerdote. Tuvo suerte en el hallazgo: no soportaba la presencia femenina, le alteraba las pulsaciones, le provocaba sudores, a veces escalofríos. Se veía forzado a cubrirse de un acerado escudo

de manifiesta hostilidad hacia ellas como medida de protección ante su impronta, lo que lo llevó a convertirse en alguien hosco y hasta maleducado.

Esa manera que tenían de mirarle cuando impartía clase, o eso al menos le parecía a él, le impedía concentrarse y frenar su desasosiego continuo, y le llevaron a renunciar a esa faceta de vida mundana y encerrarse en el estudio, en la escritura de artículos históricos que publicaba con regularidad en revistas profesionales y, lo mejor de todo, en sus oraciones. Gracias a las donaciones de muchos fieles, que conocían su especialidad y querían ayudarlo, poco a poco fue haciéndose con una biblioteca especializada que era la envidia de la

mayoría de los centros educativos de Roma.

Demasiada publicidad para el hombre que lo había citado. Monseñor Antonio María Comboni era de los que pensaba que la labor moralista ha de ser más discreta y menos expuesta al conocimiento público.

Pero Comboni era un hombre muy inteligente y sabía que no podía rechazar el ofrecimiento que le había realizado el Estado italiano por medio de Giuseppe Scaloni, y también estaba convencido de que la persona que eligiera tenía que estar dotada de los máximos conocimientos en la materia, al margen de ser alguien joven y en buena forma física como para participar

activamente en una campaña arqueológica que con seguridad sería muy dura y sacrificada. Para moverse con soltura por el desierto, aguantar largas jornadas de trabajo bajo el sol, sufrir las incomodidades de una vida en tienda de campaña y fuera del hábitat natural de los hombres de las ciudades o de los pueblos no valía cualquier sacerdote.

Conocimientos y capacidad física eran dos virtudes que reunían muy pocos siervos de Dios, quizá Ferrini era el único.

Después de acceder a la Ciudad del Vaticano por la entrada de Santa Ana, en la vía de Porta Angélica, el vehículo oficial circuló por el interior

del país más pequeño del mundo hasta detenerse junto a una escalinata que daba acceso a uno de los muchos edificios administrativos que jalonan el recinto papal. Un hombre de mirada severa y vestido con traje azul oscuro y corbata negra salió a su encuentro y lo condujo ante Antonio María Comboni.

A Giampiero el despacho del Monseñor le pareció inmenso. Solamente lo ocupaba una persona, y esta se encontraba detrás de una mesa de ágata con patas de lapislázuli apoyadas sobre bases doradas. La habitación tenía dos ventanales al fondo y cuatro al lado izquierdo, todos ellos cubiertos por unas telas muy oscuras, desplegadas, que provocaban que, a pesar de la hora del

día, Comboni tuviera que utilizar luz artificial para trabajar. A la derecha se levantaba una biblioteca de gruesos y rancios volúmenes, apiñados sobre anaqueles de madera de caoba. El suelo era de madera y emitía un pequeño chirrido cada vez que se pisaba sobre él.

Aquel era un lugar tan suntuoso como oscuro y, lo peor, tenebroso. Se asimilaba a la antesala de una cripta, de una tumba, un lugar donde la vida no había llegado a entrar.

—Ave María Purísima —saludó el recién llegado, más que respetuoso, acobardado.

—Sin pecado concebida —respondió el anfitrión, con su voz blanda

y aterciopelada, a la vez que levantó la mano ofreciendo su anillo. Giampiero lo besó con disciplina. Después, Comboni le indicó en tono imperativo que se sentara.

El párroco y doctor en historia nunca antes había entrado en la Ciudad del Vaticano y solo conocía de su interior lo que era accesible para el turista. Jamás había pisado con anterioridad una estancia así.

—Giampiero, ¿has participado alguna vez en una excavación arqueológica? —la pregunta de Comboni fue directa, sin mediar preámbulo alguno.

—Sí, excelentísimo Monseñor. En mi época de estudiante colaboré en

varias campañas en Herculano y también trabajé en Lecce.

—¿Y de Petra? ¿Qué puedes decirme de Petra? —inquirió monseñor Comboni, mientras se ajustaba el puente de las gafas.

—¿Petra, la capital de los nabateos? Tengo dos libros en inglés que me regaló un alumno. Me parece un lugar fascinante aunque, claro, no lo conozco —se justificó el párroco, encogiéndose de hombros—. Fue descubierta en mil ochocientos doce por Johann Ludwing Burkardt que se hizo pasar por beduino para conseguir llegar a un lugar del que había oído...

El anfitrión levantó lentamente la mano en un ademán de pedir silencio.

—Veo que lo conoces, y me alegra. Dime, ¿estarías dispuesto a participar en una misión del máximo interés para nuestra Iglesia la cual no va a estar exenta de peligros e incomodidades?

Giampiero volvió a encogerse de hombros. No sabía a qué se refería el hombre que lo había citado en tan relevante lugar y a quien nunca antes había visto, pero corrigió su reacción inicial de duda con una aseveración categórica:

—Yo soy un siervo de Jesús, y estoy dispuesto a obedecer en todo lo que mande nuestra Santa Madre Iglesia.

El anfitrión asintió con aire de satisfacción; le gustaba la sumisión que

mostraba el hombre elegido.

—Ruego tu máxima atención.

Monseñor Comboni comenzó con las explicaciones. Le contó lo de los fondos de la UNESCO, lo de la expedición multinacional, lo de las excavaciones de Petra. A medida que iba escuchando, el sencillo párroco de la iglesia de Santa Elena no terminaba de comprender su presencia en el Vaticano.

—El gobierno italiano nos debe algunos favores —terminó contando— y, para que nos entendamos, nos ha cedido su plaza. En vez de incorporarse un experto italiano va a incorporarse un experto vaticano. Y la Divina Providencia ha pensado en ti, Giampiero

Ferrini, para que seas nuestros ojos y nuestros oídos, para que tus manos sean nuestras manos, para que lo que allí se descubra sea también nuestro descubrimiento. El Vaticano no puede permanecer ajeno a un suceso así. No nos gusta el desarrollo que en los últimos tiempos está alcanzando el Islam —aseguró Comboni, siempre con su aburrido hilo de voz, monótono y artificial—. Con la independencia que están consiguiendo numerosos países de África y de Asia, la aviesa y equivocada fe en Alá está avanzando frente a la religión verdadera, aquella que ve en Jesucristo al único salvador de los hombres. Su Santidad el Papa Pablo VI nos traduce los deseos de Dios y por eso

se muestra muy interesado por todo lo que ha oído sobre estas excavaciones en Petra. Lógicamente se encuentra al corriente de esta operación. Pensemos que aquella tierra acoge los restos de los Cruzados que entregaron su vida por la fe en Jesucristo, y está muy cerca del Santo Sepulcro, el epicentro de nuestras acertadas creencias.

—Excelentísimo Monseñor, es para mí un honor que Roma se haya fijado en mí y desee que yo represente a nuestra fe en aquellas tierras tan enfrentadas a nuestras creencias. Yo no voy a compararme con Él, pero Cristo también tuvo que predicar en entornos hostiles, y acabó entregando su vida por ello.

—Nosotros no queremos que entregues tu vida y menos que te compares con el hijo de Dios, Giampiero. Lo que queremos es que trabajes con ese grupo de profesionales, que seas uno de ellos, y que permanezcas con los ojos muy abiertos para saber qué aparece allí. La Iglesia vería muy bien que se demostrara que el nabateo no fue un pueblo tan árabe como nos quieren hacer creer. Ya sabes que siempre se asocia lo árabe con lo musulmán, y eso no nos interesa.

—Haré lo que se me pida —
ratificó el doctor en historia.

—Lo sé, Giampiero, lo sé y lo sabemos. Pero hay algo más.

El anfitrión guardó un calculado

silencio. Quería inquietar a su visita con su mirada y su actitud, y lo estaba consiguiendo.

—Dígame, excelentísimo Monseñor —los ojos de Ferrini estaban abiertos al nivel de sus expectativas y de su capacidad de entrega.

—Nadie tiene que conocer tu condición de religioso. Tú eres un ciudadano italiano que trabajas para el Estado italiano, y nadie tendrá que saber que eres un sacerdote al servicio del Vaticano. Invéntate una existencia previa, unos antecedentes, una familia, lleva la vida que llevaría cualquier profesor de historia. Mézclate con tus futuros compañeros pero que no te descubran. No queremos que se sepa

que es la Iglesia Católica y no el Estado italiano quien va a investigar en un país cuya religión oficial es el Islam. Nuestra premisa es la discreción.

Giampiero asintió sin saber cuál tenía que ser su actitud como seglar. Había entrado en el seminario cuando era un adolescente, un niño en definitiva, y había visto la vida desde la perspectiva del sacerdocio, pero jamás se había paseado ante la sociedad sin el alzacuellos que le protegía de la realidad y que le marcaba como un hombre consagrado a Dios.

—Dime una última cosa, Giampiero, ¿por qué dejaste de dar clases en la Universidad? ¿Qué ocurrió en *La Sapienza*?

Ferrini se incomodó visiblemente con la pregunta. Sospechaba que era intencionada.

—No soportaba la tensión de las clases y los exámenes —respondió, sin vacilar—. No me encontraba capacitado para emitir juicios sobre quién tenía que suspender y quién tenía que aprobar una asignatura. Para juzgar, ya está Dios.

A Giampiero le pareció que la sonrisa que mostraba Antonio María Comboni contenía cierto aire de hipocresía.

—Ten cuidado en Jordania —le recomendó paternalmente—. El mundo exterior está lleno de pruebas que los sacerdotes no siempre somos capaces de superar. Estamos poco acostumbrados a

las relaciones humanas, es posible que hasta les tengamos miedo. Nos movemos mejor entre las relaciones divinas. Quizá por eso el Vaticano es un lugar tan hermético. No lo olvides, Giampiero. Y si tienes dudas, piensa en Él, que también las tuvo y fue capaz de superarlas.

El párroco besó de nuevo el anillo de monseñor Comboni y juró absoluta fidelidad a la orden recibida y sacrificio máximo para cumplir con la misión encomendada.

12. Washington

Los edificios de los memoriales se encontraban atestados de gente: turistas norteamericanos, visitantes europeos, viajeros asiáticos y niños en jornada escolar dispuestos a recibir las explicaciones de los profesores sobre la historia de su país, y la importancia de las personas o de los hitos que habían marcado el devenir de los Estados Unidos de América: Jefferson, Lincoln, el Holocausto, la Segunda Guerra Mundial, la Guerra de Corea...

Un hombre vestido con una extravagante camisa de cuadros verdes y azules, y los ojos cubiertos con unas

aparatosas gafas de sol caminaba junto al borde del lago que construyeron delante del memorial. En su pecho colgaba una Nikon y en la mano portaba un plano turístico. Se detuvo y enfocó los peldaños que dan acceso a la edificación que alberga la colosal estatua del presidente Lincoln. A modo de catalejo, barrió con el objetivo toda la escalinata hasta que se detuvo en una figura sentada en el cuarto escalón, que lo saludó con un movimiento de la mano que sostenía un diario. No llegó a hacer foto alguna y optó por seguir caminando hasta situarse en el tercer escalón y a dos metros del supuesto desconocido.

—Algún día deberían publicar en algún periódico local los contactos

que se mantienen en esta ciudad — propuso el recién llegado.

—Esto se ha convertido en el destino preferido de muchos de vosotros. Te recuerdo que nosotros ya estábamos aquí.

—Eso no es cierto —repuso el hombre de la cámara de fotos—. Siglos atrás, tampoco vosotros estabais aquí. En Washington solo había praderas e indios.

—Los indios de las películas son de la costa oeste —le rectificó—. ¡Apréndete bien nuestra historia!

—Los americanos habéis formado un país artificial —le acusó el hombre del tercer escalón.

—Veo entonces que los israelíes

nos habéis copiado a la perfección, solo que varios siglos después.

—Nosotros habíamos estado en Palestina hace más de dos mil años — recordó el recién llegado.

—Sí, pero después os marchasteis, aunque ahora parece que queréis volver. Dime qué queréis.

—Petra —contestó secamente el hombre de la máquina de fotos, cuyo puesto oficial era el de agregado comercial de la embajada de Israel en Washington.

—Os vemos muy alterados con lo de Petra. Parece que la aprobación de fondos por parte de la UNESCO ha puesto nervioso a alguien en Tel Aviv — dedujo el hombre del periódico, agente

de la CIA.

—Lo que nos pone nerviosos es que un montón de gente se ponga a revolver su pasado a nuestro lado. Petra está a cien kilómetros del Mar Muerto y a veinticinco de nuestra frontera, y eso es demasiado cerca para nosotros. Nos incomoda. Cada vez nos gusta más guardar distancia con los enemigos.

—¿Y qué podrían encontrar los árabes para que os incomode?

—Ni te puedo contestar porque no sé la respuesta ni debería hacerlo si la supiera. Yo cumplo órdenes, como tú, como todos —al terminar la sentencia, tomó la máquina de fotos e hizo como si fuera a sacar una instantánea al obelisco, al otro lado del estanque.

—¿Y qué queréis que el Tío Sam haga por vosotros?

—Queremos participar en esa expedición —la petición del israelí no pudo ser más explícita.

—¿Participar? No te hagas la víctima. Estoy convencido de que ya tenéis a gente de vuestra organización infiltrada entre quienes van a viajar a Petra. ¿Cómo los llamáis?, ¿*sayanim*?

—No se trata de tener a algún *sayanim* como dices. Tel Aviv quiere introducir a un *katsa* entre los arqueólogos que van a dirigir las excavaciones.

—¡Caray, a todo un *katsa*!, ¡nada más y nada menos! ¿Tanto os interesa?

—No se quieren escatimar

medios —argumentó el hebreo, miembro a su vez del Mossad.

—Pues lo que pides es muy difícil. Tengo entendido que ya están asignadas todas las plazas para ese viaje. El equipo director lo forma el francés, un jordano, un italiano, una española que ha entrado a última hora y nuestra arqueóloga, que puedo asegurarte que no es ninguna espía, es arqueóloga de verdad. Es la titular de Berkeley.

—¿Y tiene familia esa arqueóloga? —preguntó maliciosamente el israelí, que conocía a la perfección la composición del cuadro técnico de la expedición.

—No lo sé. Supongo. ¿Qué

queréis, hacer una *visita* a esa familia?
—sondeó irónicamente el
norteamericano.

—Podría tener un padre o una madre que caiga enfermo súbitamente. ¿Dónde está ella ahora?

—Creo que volando —dudó—. No sé si salía hoy rumbo a Ammán.

—Pues muy sencillo, cuando llegue a su hotel se va a encontrar con un telegrama que le habréis mandado vosotros en el que le diréis que tiene que regresar urgentemente al aeropuerto y recoger un billete de vuelta a Estados Unidos, ya que su padre, madre, marido, hijo... quien sea, se ha puesto enfermo de gravedad.

El agente de la CIA lo miró con

recelo.

—Vosotros, los del Mossad, siempre estáis pidiendo favores.

—Nada más regresar —continuó, como si no le hubiera escuchado—, se informa a la UNESCO de que esa arqueóloga no va a retornar a Jordania por problemas personales y que va a ser sustituida por otra colega, de igual o mayor capacidad.

—No me digas que también vosotros tenéis expertos en historia antigua.

—El Mossad tiene una división propia de arqueología. Hay mucho desierto y mucha arena a nuestro alrededor como para que todo eso no nos interese.

—Por lo que veo —extraño en conclusión el agente de la CIA—, tenéis todo pensado. Incluso hasta la persona. ¿A que he acertado?

—Claro, de hecho, ya está aquí, en Estados Unidos. Y dispuesta para volar a Ammán. Es la directora de esa división de la que acabo de hablarte. Al margen de ser una de nuestras mejores *katsas*, es una experta en arqueología e historia antigua. Además, ha trabajado con vosotros recientemente —apostilló—. Bueno, vosotros habéis trabajado con ella.

El norteamericano frunció el ceño en señal de desconocimiento.

—Estuvo en Estambul —reveló el israelí.

—¿En lo del *Bogoraz*?

El del Mossad no respondió e hizo ademán de sacar una fotografía.

—Se llama Rachel Azikri, aunque en su pasaporte norteamericano, el que usará, figura el nombre de Linda Cobb.

El hombre del periódico lo abrió y simuló que leía. Al cabo de dos minutos levantó la vista para mirar al infinito.

—Sabes mejor que yo que la zona se está radicalizando.

—Sé, mejor que tú —puntualizó el israelí—, que el acoso al que los árabes someten a nuestro pueblo está incrementándose hasta límites insostenibles, que será lo que has

querido decir, supongo.

—A nosotros tampoco nos apetece que pueda descubrirse algo en Petra que pueda afectarnos y que nadie nos lo cuente. Y el momento es muy delicado. Sabes que la VI Flota se encuentra en el Mediterráneo. El apoyo del Kremlin a la causa árabe es creciente, y la Casa Blanca está muy preocupada. Bastante tenemos ya con Vietnam como para buscar un segundo frente contra los soviéticos.

—Si ocurre algo de relevancia nosotros os lo contaremos. Y respecto al imperio marino ambulante que tenéis, sí, lo sé. Siempre hay gente que cuenta cosas al Mossad. Tenemos oídos en medio mundo.

—Mentira. Las tenéis en el mundo entero. Levantas una piedra y salen cuatro judíos.

—Ya sabes, la diáspora.

Volvieron a quedarse en un silencio que rompió el norteamericano.

—A veces me pregunto cuántos encuentros como este tendrán lugar a diario en esta ciudad. Seguro que algún egipcio estará ahora mismo entrevistándose con algún enviado de Moscú o de Vietnam del Norte.

—¡Qué quieres, Washington es la capital del espionaje! —exclamó el israelí, satisfecho.

Un grupo de escolares subió correteando los peldaños que conducen a la estatua de Lincoln, momento que

aprovechó el del Mossad para levantarse y, sin mediar palabra, dirigirse al estanque donde enfocó con su cámara a dos patos que nadaban silenciosos por su superficie.

13. Ammán

El taxi estacionó en la terminal de *Salidas* del aeropuerto de Barajas. Un hombre se acercó, solícito, dispuesto a cargar con las dos maletas que portaba la viajera. Padre e hija anduvieron detrás del mozo camino del mostrador de embarque. Al llegar, Araceli facilitó al empleado su pasaporte, el billete y el visado que le habían expedido en la embajada de Jordania en Madrid. Se giró hacia su padre, que la miraba con gesto grave.

—¿Vas a acordarte de tomar las pastillas por la noche?

El hombre no respondió.

—Recuerda que el próximo jueves tienes cita con don Rafael. Yo no voy a poder recordártelo. Le he dicho a Flora que te ponga poca sal en las comidas, que a veces a la mujer se le olvida.

—Te voy a echar de menos Araceli, mucho —Dionisio no había escuchado ni una sola palabra.

La mujer abrazó a su padre con intensidad.

—¿Puede poner las maletas en la cinta? —pidió el hombre de la British Airways.

—¡Cuídate! A mí en Madrid no va a pasarme nada, pero tú vas a una zona que... no sé —el hombre se sinceró, no podía mantener por más

tiempo una postura fría e insensible ante el destino que aguardaba a su hija.

—No pasa nada, papá. Si hay problemas en el extranjero será en Vietnam o en China —Araceli intentaba tranquilizar a su padre. Nunca antes le había visto tan preocupado—. O si me apuras en Cuba o en Grecia, pero Jordania es un país muy tranquilo, el más tranquilo de Oriente Próximo.

Cuando recibió la carta, Dionisio se informó sobre la zona y conocía el matiz que apuntaba su hija, y no era precisamente tranquilidad lo que le generaba saber que su pequeña iba a viajar a un lugar que, aunque pasivamente, se encontraba rodeado de enemigos por todos los puntos

cardinales: por el oeste, el Estado de Israel; por el norte y este, Siria, Iraq y Arabia Saudita, estados musulmanes plegados a los intereses del peor de todos: Egipto. Gamal Abdel Nasser, su presidente, bebía los vientos de Moscú y de su primer ministro, Alexey Kosyguin, y alimentaba una continua hostilidad contra el estado hebreo que nadie sabía dónde terminaría.

La despedida constituyó un momento demasiado intenso para el circunspecto político madrileño. Abrazó a su hija sabiendo que se separaba de ella un dos de mayo sin conocer la fecha de regreso.

—Araceli, que Dios te bendiga
—fueron las únicas palabras que

alcanzó a pronunciar, perceptiblemente emocionado.

Majestuoso, seguro de sí mismo, el avión despegó rumbo a Londres donde esperaba a la profesora una escala de tres horas hasta embarcar en otro vuelo, esta vez con destino a Ammán.

Fue al surcar el cielo cuando Araceli empezó a darse cuenta de lo que dejaba en la capital. Renunciaba a una casa de la que no se había apartado jamás excepto las noches que había pernoctado en la carpa de algún yacimiento arqueológico o en la cama de algún buen hotel donde la llevaba Ricardo. También fue consciente de que se separaba de un hombre para quien en

ocasiones era hija y en otras esposa, a quien quería pero también a quien cuidaba.

Pero lo más importante era que dejaba atrás a alguien como Ricardo Zalbidegoitia, de profesión narciso, una persona que la manipulaba a su antojo y, lo peor de todo, por quien se dejaba manejar como si le robara la fuerza, la personalidad, la energía vital.

En el momento que se abrieron las puertas del vestíbulo del aeropuerto internacional de Ammán, la profesora de arqueología fue consciente de que había llegado no ya a un país o a un continente desconocido, sino a una galaxia muy distinta a la suya. La mayoría de las

mujeres vestían abayas y los hombres zobs blancos, marrones, beis, negros, grises... No vio a nadie que vistiera colores alegres. Ella, con su traje de chaqueta granate y su blusa blanca, supo que era el centro de las miradas. Se constituía en un objeto raro y hasta incómodo para aquella colectividad en la que parecía no tener cabida.

De pronto hubo algo que le provocó un vuelco en el corazón. Un hombre de edad indeterminada, vestido con un zob marrón hasta el suelo, tocado con un pequeño fez granate, muy moreno y con bigote y perilla canoso, portaba un folio con su nombre y apellido. Allí, a miles de kilómetros de su certidumbre figuraba un *Araceli Artigas* que significó

para la profesora un oasis dentro de un desierto de inseguridades.

—Yo soy Araceli Artigas —se dio a conocer al hombre.

Este, sin mediar palabra, corrió a por la maleta más voluminosa de las dos que llevaba la española y le pidió, con un gesto de la cabeza, que lo acompañara al exterior.

Caminando a la rápida velocidad que marcaba el jordano llegaron al aparcamiento donde el hombre abrió el maletero de su vehículo.

El aeropuerto de Ammán se encontraba próximo a la capital. No obstante el viaje al hotel fue algo complicado, incómodo y, para los ojos de la madrileña, peligroso. El vehículo

fue sorteando a más velocidad de la esperada toda clase de coches pequeños, animales de tiro, niños que correteaban al lado de la calzada, grupos de personas que cruzaban las calles sin respetar ni hacerse respetar ante el tráfico y todo un parque móvil que se movía sin más reglas que el azar y las costumbres. Si había señales, Araceli no las vio. Si había semáforos, Araceli no se fijó. Si había agentes de la autoridad, Araceli no los reconoció.

—¿Adónde vamos? —preguntó la pasajera, en español.

Ante el silencio recibido volvió a formular la pregunta en francés, idioma que hablaba a la perfección, y también en inglés, lengua en la que se

manejaba con soltura. Después probó fortuna, por agotar todas las posibilidades, en latín y en griego antiguo. Resignada, se dejó caer en el asiento y prefirió matar el tiempo del trayecto viendo las tiendas atiborradas de artículos en el exterior y las pobladas aceras por donde la llevaba aquel conductor desconocido.

El Hércules Intercontinental era uno de los mejores y más modernos hoteles de Ammán. Construido hacía tan solo tres años, el establecimiento se encontraba al sur de la Ciudadela y a quinientos metros del teatro romano. Un joven, también vestido con un zob, esta vez blanco y perfectamente lavado y planchado, le abrió la puerta del coche y

ayudó al conductor a introducir las maletas hasta la recepción, donde la saludó un hombre con traje oscuro que mostró una amplia sonrisa:

—Bienvenida a Ammán, señora Artigas —la cumplimentó, en inglés.

—¿Cómo sabe quién soy? —quiso saber Araceli, desconcertada porque no había llegado a abrir la boca.

—Creo que no me equivoco. Usted ya es muy famosa en Jordania.

El hombre buscó un periódico por el mostrador y le enseñó, orgulloso, la primera página.

Estupefacta, la española contempló una serie de cinco fotografías de mediano tamaño. En una figuraba ella, en una imagen extraída de la solapa

de uno de sus libros publicados. No conocía a ninguna de las otras cuatro personas. No pudo obtener más información del diario porque todo estaba escrito en árabe.

—Ustedes son los cinco miembros de una expedición que va a realizar unas excavaciones en la joya de nuestro país, Petra. ¿Verdad? El periódico informa de los trabajos que van a llevar a cabo. Veo que la fotografía no hace justicia con usted. Es mucho más bella de lo que puede apreciarse en este diario —afirmó el recepcionista, en un mesurado halago que no resultó empalagoso. Araceli agradeció el cumplido sin apartar los ojos del periódico que sostenía.

Con sumo interés fue escrutando las caras de las personas que todavía no conocía pero con las que, suponía, viviría uno de los periodos más emocionantes de su vida. La fotografía situada a la izquierda era la de un hombre mayor, con barba cana perfectamente recortada: el profesor Laurent Didot, alguien de quien había leído numerosos artículos y varios libros. Algunos de ellos, incluso, reposaban en la amplia biblioteca de su casa madrileña. La siguiente instantánea correspondía a la de un hombre con zob, cara fina, pelo corto y bigote espeso. Por la manera de vestir indudablemente era Abdallah Obeidat, el colega local. El profesor jordano se mostraba serio,

incluso triste. Dedujo que no era una persona muy fotogénica. La tercera era ella, situada en el centro del grupo. La cuarta era la imagen de otra mujer. Por exclusión, tenía que ser la norteamericana, la profesora de Berkeley.

La última fotografía pertenecía a un hombre de edad similar a la suya, posando desde la cintura. Vestía una chaqueta que le caía con acierto sobre un jersey de cuello cisne. El abundante pelo estaba peinado a raya, impecable. Recordaba a un actor de una serie norteamericana de televisión. También por exclusión, Araceli dedujo que era el representante del gobierno italiano.

—Si quiere, puede quedarse con

el periódico. Imagino que le gustará tenerlo. No todos los empleados del hotel hablan inglés, pero los que conocen el idioma, o yo mismo, podemos traducirle el contenido cuando desee.

La profesora española asintió, todavía perpleja por lo que tenía entre sus manos. Nunca antes había salido su foto en un periódico.

—Por cierto, han dejado algo para usted.

El recepcionista hizo entrega de un sobre blanco donde podía verse escrito su nombre con una impecable caligrafía. Lo abrió sin esperar a subir a su habitación.

Era una nota que le enviaba el

profesor Didot, en la cual le daba la bienvenida a Ammán y la citaba para el día siguiente a las diez de la mañana en la Universidad. *Un coche pasará a recogerla por su hotel media hora antes. Espero que pueda descansar. Seguro que el viaje ha sido agotador* — Terminaba diciendo la misiva, en francés.

14. El Cairo

A pesar de que habían transcurrido ya varios días desde el terrible suceso, el rostro del presidente egipcio recordaba con precisión la amarga tragedia que supuso para sus intereses el ataque mortal sufrido por un carguero ruso en el Bósforo, aunque lo que menos le importaba eran las vidas de los marineros soviéticos. El material militar que ahora descansaba a más de trescientos metros de profundidad en la situación más humillante, esto es, intacto y sin haber entrado en combate, retrasaba los planes del ambicioso, hasta llegar al delirio, Gamal Abdel

Nasser.

El funcionario soviético que se había reunido con él en el palacio Koubbek, sede de la presidencia de la República Árabe Unida, no sabía qué explicación dar.

—Aquí hemos perdido todos, que no se le olvide —recordó el invitado.

Después de que un hombre bajito, vestido con un zob grisáceo, tradujera la afirmación del ruso al árabe, el presidente egipcio bramó con furia.

—¡Diga a su gobierno que no voy a pagar nada por ese material que ahora está en el fondo del mar! Mi compromiso era poner el dinero cuando

la mercancía estuviera en los muelles de Port Said, no antes. Si ustedes hubieran sabido conservarla bien, ahora no tendríamos este retraso.

Después de la correspondiente traducción, el ruso repuso:

—Mi gobierno no tiene la culpa de lo sucedido en Estambul. Hasta allí no alcanza la jurisdicción soviética. Esa mercancía la pagaremos entre los dos países implicados. Ustedes y nosotros.

Anticipando la reacción de su presidente, el medroso traductor egipcio tragó saliva y puso en palabras árabes lo que acababa de escuchar.

Nasser dio un fuerte puñetazo en la mesa.

—¡Ni hablar! ¡No pagaremos

nada!

El ruso, que había mantenido una actitud educada y comedida, no esperó a la traducción y saltó sobre la mesa para propinar a la misma una fuerte palmada, que provocó que los dos guardaespaldas del presidente egipcio abandonaran la postura de firme y se acercaran veloces adonde se encontraba su amo. Lo mismo hicieron los hombres que acompañaban al soviético. Este miró al traductor y le amenazó mostrando una agria expresión de furia contenida y de rabia mal disimulada:

—Diga a su jefe que si no está conforme con lo que digo, que la próxima vez pida aviones, carros, cañones antiaéreos, camiones, munición,

pilotos, instructores, estrategas y vendas y gasas a Washington. A ver qué le dicen —la cara del soviético se había enrojecido por la ira, y las venas del cuello se habían tensado hasta marcarse con claridad.

El intérprete temió por su vida cuando fue traduciendo al árabe, muy despacio, extremadamente pausado, las palabras que acababa de pronunciar el invitado. Temía que su jefe la emprendiera con él, en calidad de mensajero incómodo.

Uno de los asesores de Nasser que asistía a la reunión medió en la discusión.

—Presidente, el suceso del Bósforo fue algo absolutamente

inesperado —comenzó exculpándose—. Nadie podía imaginar que los americanos o los israelíes, o ambos, fueran a dispararnos nada menos que un torpedo. No sé si obtuvieron la colaboración del gobierno turco. Es posible. Desde luego, lo que no podemos es buscar otra fuente de suministros. Y estos señores —indicó a los rusos con un movimiento de cabeza— saben muy bien que eso es verdad. Estamos obligados a llegar a algún tipo de acuerdo.

—Egipto es un país llamado a ser el gran líder del mundo árabe, pero hoy es un país pobre —reconoció Nasser ante su asesor—. No tenemos el petróleo de nuestros vecinos ni los

recursos naturales de los soviéticos. El Nilo no da para alimentar a un pueblo, por mucho que aporte la nueva presa de Asuán, y, a la vez, luchar contra Israel y todo el imperio norteamericano que lo apoya. Si los soviéticos quieren estar presentes en esta parte del planeta tendrán que hacerlo con todas las consecuencias. Vamos, Achmed, tradúcele a este hombre lo que acabo de decir —ordenó al intérprete.

—Saldaremos las cuentas con el próximo envío, que ya está en camino —confirmó el soviético, después de escuchar la traducción—. Esta vez no habrá contingencias. Hemos tomado precauciones y se ha cubierto la ruta completa de los cargueros con

numerosos efectivos de apoyo. Son dos buques, y por tanto el riesgo es doble.

Después de las despedidas del séquito ruso, y mientras atravesaban las estancias del palacio Koubbek camino de la salida, el hombre que había llevado el peso de la negociación se dirigió hacia uno de sus compañeros y le interrogó, con voz medida y sin casi mover la boca:

—¿Qué tal le han traducido a Nasser?

—Bien, el intérprete ha transmitido perfectamente el sentido de la conversación —aseveró el traductor subrepticio que llevaba la comitiva soviética.

Una vez se quedaron solos, Nasser ordenó a sus tres consejeros que tomaran asiento y despidió a los guardaespaldas y al intérprete.

—Señores, estamos a tres de mayo y lo de Estambul veo que no va a retrasar en exceso nuestros planes. ¿Seguimos manteniendo el calendario?

—Creo que sí, presidente —respondió uno de sus hombres de confianza—. Una vez que haya llegado el material desde Odessa, evaluaremos la situación con Siria y con El Líbano, aunque no creo que podamos contar con mucho apoyo por parte de estos últimos.

—Por la impresión que tengo de Marruecos y Argelia —supuso el presidente—, veo difícil conseguir su

apoyo real y efectivo. Me temo que será algo testimonial.

—Demasiado lejos, todavía demasiado unidos con Francia —razonó el asesor de más edad, en alusión al escaso compromiso práctico de los países del Norte de África contra el estado hebreo.

—Sobre todo lo primero —aseguró Nasser.

—¿Y Jordania? ¿Qué ocurre con Hussein? —preguntó otro asesor.

—Ese lo único que quiere es lamer el culo a los americanos y acostarse con la primera que encuentra —sentenció despectivamente el presidente egipcio—. O buscar en la arena de su desierto. Imagino que todos

ustedes estarán enterados de lo de Petra y de la que va a montar allí. No sé con cuántos fondos van a ayudarle los de la UNESCO para que desentierre aquello. Debería destinarlos a luchar contra los israelíes, que los tienen mucho más cerca que nosotros y comparten una frontera más extensa.

El líder árabe acarició su grueso bigote, pensativo.

—Si vamos a entrar en guerra contra Israel, Siria y nosotros no somos suficientes. Nadie quiere que suceda como en las dos guerras anteriores. Hussein tiene que estar a nuestro lado. Hay que convencerle —reafirmó el asesor más caracterizado—. Se está mostrando tan reacio como su abuelo en

el año 1948.

Nasser miró a los asistentes y comenzó a sonreír. La sonrisa continuó para dar paso a una risa, al principio comedida, después a una más amplia para terminar en una sonora carcajada.

Todos se miraron sin saber qué podía habersele ocurrido al caudillo de todos los árabes.

Después de recuperar la compostura, Nasser pidió a todos los presentes que abandonaran la estancia.

Una vez se quedó solo, tomó el teléfono e hizo una llamada.

15. Ammán

Tal y como le habían anunciado, a las nueve y media de la mañana un Chrysler moderno y limpio esperaba a Araceli a las puertas del hotel.

El chófer uniformado abrió la portezuela y la reverenció en silencio. El vehículo volvió a hundirse en el denso tráfico reinante hasta que, veinte minutos después, estacionó en la entrada de la Facultad de Historia, por lo que dedujo la española, ya que la rotulación de la fachada venía escrita en árabe.

El conductor, muy servicial, le pidió con un gesto de la mano que la acompañara y ya dentro del vestíbulo le

indicó hacia dónde tenía que dirigirse.

—Camine por este pasillo y llame a la tercera puerta de la izquierda —consiguió explicar en un inglés bastante mal construido pero suficiente para hacerse entender.

Araceli se había vestido esa mañana con unos pantalones blancos de hilo, muy ligeros, y una camisa caqui que le llegaba por debajo de la cintura. Portaba una carpeta con documentación que le habían enviado a Madrid y un bolso de paja muy amplio. Se protegía los ojos con unas gafas de sol que se sujetó en el pelo cuando entró en el interior del edificio. Llamó con los nudillos a la puerta que le habían indicado y escuchó una palabra que no

entendió. Aun así, y con decisión, abrió la puerta.

Laurent Didot y Abdallah Obeidat levantaron la cabeza a la vez. Ambos se encontraban consultando un plano que ocupaba la mayor parte de una amplia mesa.

—Señorita Artigas, bienvenida a Ammán —saludó el francés, en su idioma.

—Perdón, profesor —repuso Abdallah, sonriente—, quien tiene que dar la bienvenida a la señorita Artigas a Ammán soy yo. Tú si acaso tendrás que darle la bienvenida a la expedición.

Los dos arqueólogos se acercaron a la española.

—Tenía muchas ganas de

conocerte, profesora Artigas —confesó el director científico—. Tengo en mi casa el libro de tu tesis doctoral. Lástima que no sepa español. Seguro que me fascinaría.

—Ya veo que tengo una razón para aprender tu idioma —dijo, diplomático, el profesor jordano—. ¿Te apetece un té? Nos lo acaban de traer y todavía está caliente. Si prefieres, podemos ofrecerte también café con cardamomo. La universidad no tiene el servicio de tu hotel pero siempre hay algo para cumplimentar a nuestras ilustres visitantes.

La madrileña conocía la obra de Didot y estrechar su mano fue para ella un momento muy señalado e intenso.

Eran varios los títulos que se habían traducido al español y que utilizaba como referencias para sus alumnos. Pocos autores estaban tan versados en el mundo romano oriental como él. De Obeidat solo tenía referencias, ya que su obra solamente estaba publicada en árabe.

—Si te parece, señorita Artigas —opinó Laurent—, esperamos al profesor Ferrini. Veo que no ha sido tan puntual como tú. A quien tendremos que esperar más será a la profesora Cobb. Ayer nos comunicaron que, desgraciadamente, la primera arqueóloga elegida por el gobierno norteamericano, la doctora Bárbara Jones, ha tenido que regresar

urgentemente a su país por un problema familiar. Espero que no sea de tanta gravedad como nos han asegurado en un primer momento.

—Lo que digas, profesor. Si me permitís la pregunta, ¿qué estabais viendo?

—Como no puede ser de otra manera, consultábamos un plano de Petra —informó el profesor jordano, mientras se lo enseñaba—. Estamos realizando una primera lectura del yacimiento.

Araceli se acercó a la mesa y la primera impresión que tuvo fue la confirmación de que la expedición iba a contar con una cifra de fondos hasta ahora desconocida en campañas de ese

tipo. No se trataba de un plano como le había indicado Abdallah, sino de una composición fotográfica. Así se lo hizo saber.

—Efectivamente, profesora — confirmó Abdallah—. He hablado con poca precisión y ruego me disculpes. Es un conjunto de fotografías aéreas tomadas a mil quinientos metros de altitud.

La madrileña se concentró en las fotos y voló a la misma altura que lo había hecho la avioneta que obtuvo las instantáneas. Con el dedo índice comenzó a repasar el *Siq* y así llegó a la explanada donde se levanta el *al-Khazneh*, el auténtico tesoro de Petra, por lo menos de la Petra que había sido

descubierta hasta el momento. Después continuó hacia el norte. Mientras, los otros dos profesores la contemplaban con una mezcla de envidia por la imaginación que estaba desarrollando, de curiosidad por cuál sería la siguiente evolución que marcaría su dedo y, por qué no decirlo, de extrañeza por esa actitud ausente que acababa de adoptar.

El silencio se rompió con otro golpe de nudillos en la puerta. Abdallah dio permiso pero esta vez en dos idiomas consecutivos, en árabe y en francés.

El sacerdote Giampiero Ferrini hizo su entrada en la estancia. Se había vestido con unos pantalones claros, unos zapatos negros sin calcetines y cubría su

torso con una camisa blanca. No podía ocultar su nerviosismo, a pesar de la sonrisa que mostraba.

—Profesor Ferrini, adelante — pidió el director científico, siempre hablando en su idioma—. Espero que hayas tenido un buen viaje.

El párroco italiano entró en la estancia medio acobardado. Le asustaban los espacios desconocidos y el trato con gente nueva. Sabía que tenía que enfrentarse a ese momento pero no se había preparado lo suficiente. La primera persona en la que se fijó fue en el que parecía el anfitrión, porque era quien le había permitido el paso. La impresión inicial de Laurent Didot fue muy positiva. Con esa barba blanca, esa

sonrisa franca, se sintió un poco menos incómodo a medida que transcurrían los segundos. Abdallah Obeidat también se dirigió hacia su encuentro. El italiano correspondió aunque no le gustó el jordano, pues era una persona muy distinta a él, a su mundo, a su cultura y, lo peor de todo, a su religión. Le supuso musulmán y sintió una sensación desagradable cuando estrechó la pequeña mano del árabe. Su cara alargada, su fino bigote, su extrema delgadez, la oscuridad de su tez era una apariencia muy distinta a la suya. Forzó una sonrisa de compromiso.

—Me tienes que disculpar, Araceli, tenía que haber comenzado con tu presentación —se excusó Laurent ante

su falta de tacto—. Profesor Ferrini, esta es nuestra profesora española, la doctora Araceli Artigas.

La madrileña se acercó al recién llegado pero esquivó la mano que le mostraba el sacerdote. Como era habitual entre colegas, le dio un par de besos que ruborizaron al italiano.

— Giampiero, ¿cuándo has llegado? —se interesó la arqueóloga.

Había llegado el momento de comenzar a hablar. Procuró que su voz no sonara nerviosa.

—Anoche, muy tarde —el sacerdote no ofreció más detalle.

—Es posible que hoy hayamos quedado demasiado pronto. Deberíamos haberte dejado descansar más —el

profesor francés omitió expresar la opinión que le merecía el semblante del italiano, con una tez demasiado blanca, como si hubiera vivido encerrado en una cueva.

—No, está bien. Así nos ponemos a trabajar cuanto antes.

—Acércate, voy a enseñarte estas fotos, para que vayas entrando en ambiente.

Mientras el párroco se apoyaba en la mesa para consultar las fotografías aéreas de Petra, Araceli pensó en lo extraño que le resultaba el profesor italiano. Era un hombre guapo como pocas veces había visto, moreno, de pelo fuerte, negro y abundante, y pobladas cejas, pero le pareció

excesivamente cohibido sin que hubiera razón aparente, ya que allí todos eran profesores de universidad y personas acostumbradas a tratar con colegas.

Abdallah también se sorprendió del hermetismo de Giampiero pero no quiso extraer conclusiones precipitadas. Era una persona que acababa de llegar a un país nuevo, de rodearse de compañeros desconocidos, y todo ello contribuía a que lo acusaran su cuerpo y su semblante.

En tanto Laurent y Giampiero continuaban consultando las fotos, la española y el jordano se dirigieron a la mesita donde estaba la tetera y varios vasitos metálicos.

—¿Conoces

Jordania,

profesora? —se interesó Abdallah.

—No, nunca antes había estado ningún país —reconoció la madrileña.

—Tengo entendido que eres una autoridad en la cultura romana. Tu aportación en la expedición va a resultar clave.

—No creo, profesor Obeidat. Seguro que soy yo quien va a aprender mucho de todos mis colegas.

—Mejor llámame Abdallah, profesora.

La española dudó de la frase que le vino a la cabeza y pensó en filtrarla, pero prefirió ser espontánea.

—Te llamo Abdallah si tú me llamas Araceli.

Continuaron hablando sobre

Petra y sobre la arqueología jordana.

—Lo que me encantaría sería conocer Gerasa —admitió la española.

—Es una ciudad increíble. Tiene dos teatros muy bien conservados.

—¿Está muy cerca de Ammán, no?

La conversación se vio interrumpida por Laurent Didot.

—Tenéis que disculparnos al profesor Ferrini y a mí. Hemos empezado viendo las fotos de Petra y hemos pasado a hablar de Italia, y ese siempre es un tema de conversación inagotable —el sacerdote sonrió con apatía—. He de comunicaros que la campaña va a empezar con dos días de retraso. El material está a punto de

llegar al puerto de Aqaba. Me han asegurado que en cuarenta y ocho horas estará a nuestra disposición, parte en Maan y parte, la más importante, en la propia Petra. Por tanto creo que no tiene sentido que nos desplazemos ahora hasta el sur. Propongo, de momento, que permanezcamos en Ammán hasta que nos confirmen que todo está preparado. Además, mañana por la tarde llegará la profesora Cobb. Linda Cobb vuela desde Nueva York a Jordania vía Amsterdam. Me parece que sería una falta de cortesía que comenzáramos a planificar la campaña sin su presencia. ¿Qué os parece?

Todos los asistentes dieron la razón al profesor francés, pero uno de

ellos vio en aquel retraso una oportunidad que no podía desaprovechar.

—Araceli —la llamó Abdallah, cuando estaban abandonando la sala—. Antes me has dicho que te gustaría conocer Gerasa. Ya que no nos vamos a marchar todavía de Ammán, ¿qué te parece si te recojo mañana temprano y nos vamos al yacimiento? Me encantaría enseñarte la ciudad y aprender de ti.

A la española se le iluminaron los ojos. Gerasa era una de las ciudades romanas más importantes de todas las que se conservan en Oriente Próximo, y la posibilidad de visitarla junto a un experto local era una oportunidad única.

—Estaré encantada, Abdallah.

16. Ammán

En el momento en el que le dijeron a Araceli en la recepción del hotel el precio de una llamada telefónica a España y la demora que llevaba, pidió que le prestaran papel y bolígrafo para enviar un telegrama a su padre e informarle de que había llegado perfectamente a Jordania y que todo estaba discurriendo según lo previsto.

Hasta las ocho y media de la mañana del día siguiente que había quedado con Abdallah, tenía casi un día por delante para explorar una ciudad como Ammán, tan enigmática y seductora como sugería su posición en

los mapas. Acompañada exclusivamente por su bolso y guiada por un pequeño plano que le habían facilitado en la recepción del hotel, la profesora madrileña se adentró en el centro histórico de la capital jordana, en las proximidades del zoco. Nunca antes había experimentado una sensación de bullicio como aquella. Entrar en las estrechas callejuelas de Ammán, plagadas de gente vestidas con prendas hasta el suelo, fueran zobes o abayas, le causó una honda impresión. Las mercancías que voceaban los comerciantes se exponían en amplios sacos de arpillera: berenjenas, alcachofas, garbanzos, pimientos, zanahorias, especias, cuando no

corderos, pollos o gallinas. O incluso animales vivos, como tortugas o conejos. En otros establecimientos se vendían artículos de confección, expuestos en barras muy altas. La calle era un comercio entero.

Llegó a la altura de la mezquita de al-Hussein e hizo intención de entrar, pero un hombre se lo impidió. Araceli preguntó en francés y en inglés, pero aquella persona solo soltaba exabruptos en árabe. No consiguieron comunicarse pero la española fue consciente de que no le permitían el acceso.

—Solamente dejan entrar a quienes profesan la religión musulmana —oyó que la decían, en francés.

Se volvió y se encontró a un

hombre sonriente, muy bien parecido, algo más joven que ella, vestido según los usos occidentales.

—Es una pena que no puedas pasar porque es una verdadera preciosidad, la más hermosa de Ammán —puntualizó el desconocido.

—¿Quién es usted? —preguntó Araceli sumamente extrañada, mientras retrocedía imperceptiblemente unos centímetros.

—Yo soy Patrash Pasha, profesora Artigas —sonrió a la vez que marcaba una ligera reverencia.

No hizo falta que Araceli abriera la boca. El desconcierto en su rostro era patente.

—La conozco por el periódico

—explicó, para intentar tranquilizar a su interlocutora—. El otro día publicaron su foto. Además, en Ammán se ven muy pocas mujeres vestidas como usted. Me tiene que permitir presentarme. Al margen del nombre que le he dicho, que no sé si será capaz de repetir —volvió a sonreír—, mi profesión es la de fotógrafo. Trabajo para el Ministerio de Asuntos Exteriores y voy a acompañarles a todos ustedes a Petra.

—Perdón, pero no entiendo, señor Patrash Pasha —Araceli pronunció perfectamente el nombre.

—Ya sabemos que la expedición la compone un director científico, *monsieur* Didot, y cuatro arqueólogos directores, entre los cuales se encuentra

usted. No sé si le han contado que vamos a desplazarnos a Petra también un equipo de ochenta personas, entre restauradores, epigrafistas, topógrafos y hasta militares. También irá algún oficinista para controlar los temas de logística y, por supuesto, el más importante de todos después de usted, claro, el mejor fotógrafo de toda Jordania y parte de Oriente Próximo, como dicen ustedes, los occidentales. Como ve, hay jordanos que no tenemos tomada la medida a la moderación.

La madrileña se quedó desconcertada.

—Y toda esa gente que dice que va a venir, ¿de qué países son?

—Creo que todos somos

jordanos. Créame, somos muy capaces de seguir órdenes, que es lo que haremos.

El fotógrafo miró su reloj.

—Se acerca la hora de comer.

Aquí comemos mucho antes que ustedes, en España.

—¿Conoce mi país?

—Estuve en dos ocasiones, siempre acompañando a nuestro Rey. Le encanta España y ha estado allí varias veces. Para mí es un honor poder viajar a su tierra. Eso sí, no he conseguido aprender ni una palabra de español. En todos los lugares adonde me llevaron mis compatriotas de la embajada hablaban francés o inglés. Va a tener que perdonarme.

Araceli no imaginaba que iba a encontrarse en Ammán con alguien tan singular en plena calle, con tanta verborrea y tan dicharachero.

—Conozco un lugar donde nos darán de comer. Seguro que le gusta. Nuestros menús no son amplios pero sí muy apetecibles.

La española lo miró sin saber qué responder. El hombre mostró una sonrisa franca y ella entendió que sí, que había salido de su casa para vivir una pequeña aventura y que no tenía nada que perder con lo que le proponía.

—¿Está muy lejos?

El árabe sonrió de nuevo.

—A cinco minutos a pie — concretó, siempre ofreciendo un rostro

afable—. Si tuviéramos que ir en coche tardaríamos media hora. Ya ves cómo está el tráfico en Ammán — sorpresivamente, pasó a hablarle en un tono más familiar.

Patrash llevó a la profesora española a un restaurante que se encontraba al oeste de la Ciudadela, conjunto histórico que presidía la ciudad desde una de sus colinas más altas.

El fotógrafo habló a un camarero que, como todos los comensales, vestía un zob hasta los pies. Señaló una mesa vacía donde dos sillas parecían esperarlos.

—¿Te gusta este sitio?

—Sí —respondió con sequedad.

Seguidamente le preguntó algo que le

rondaba por la cabeza desde hacía unos minutos—. Oye, una pregunta, ¿por qué tú no vistes con zob, como casi todos los hombres en Jordania?

—Tú lo has dicho, Araceli, casi todos los hombres. Es una prenda muy cómoda y una gran parte de los árabes la llevan simple y llanamente por vagancia. Yo la llevo muchas veces, pero también me gusta vestir al estilo occidental. Ya te he dicho que he viajado por Europa y me siento cómodo así.

No habían terminado de hablar cuando la mesa se llenó de pequeños platos.

—Aquí no hacemos como vosotros, en España, que servimos un primero, y luego un segundo. El árabe

pone todo a la vez en la mesa.

La comida ofrecía un espléndido aspecto: tomates aliñados con aceite, remolacha partida mezclada con cebolla, un pequeño cuenco con hummus y albóndigas fritas de pasta de garbanzos que Patrash le explicó que recibían el nombre de falafel. También le contó que ellos no tomaban carne de cerdo.

Instantes después llegó el camarero con dos tortas de pan ácimo dobladas sobre el antebrazo y dos botellas de Coca-Cola.

—Nosotros no bebemos alcohol. Nos lo prohíbe nuestra religión.

—Y cuando estuviste en España, ¿tampoco bebiste alcohol? —inquirió

Araceli, con un aire malintencionado en su pregunta.

El jordano sonrió.

—Los que somos musulmanes, lo somos en un país árabe y también en un país cristiano. En eso no hay diferencias. Bueno, cuéntame de tu vida. Para que te haya elegido la UNESCO, debes ser una eminencia, ¿no?

Sin saber muy bien la razón, Araceli se sentía cómoda con aquel hombre tan hablador como cautivador. En algunos aspectos le recordaba a Ricardo, en ese verbo y en esa capacidad para envolverla con una conversación amena y hasta seductora. Sin tapujos, le fue detallando su historial académico y profesional. Quince

minutos después, cuando ella había terminado con el relato y la pareja con la comida, fue la española la que pidió que le contara lo que sabía sobre el lugar que sería su hogar durante las próximas fechas.

—¿Que si conozco Petra? Sí, claro. He estado varias veces y es un lugar fascinante. No hay nada en el mundo como aquello, y eso que todavía no se ha desenterrado ni la décima parte de lo que tiene que haber —estimó el árabe—. Las paredes de la roca están llenas de agujeros como si fueran habitaciones. Hay quienes dicen que eran tumbas y quienes aseguran que eran viviendas. Eso lo tendréis que averiguar vosotros, los expertos. Yo me quedo con

el tesoro, el *al-Khazneh*. Es inaudito, no entra en cabeza humana cómo y por qué se construyó una verdadera maravilla a base de cincelar una roca de arenisca. Araceli, cuando lo conozcas te sentirás tan atraída por nuestro pasado como todos los que pisaron antes que tú esas mismas arenas —aseguró el jordano, que había puesto especial interés en transmitir a la profesora española la singularidad del lugar.

Sin darse cuenta, Araceli escuchaba a Patrash Pasha con la cabeza apoyada en una mano y la boca entreabierta.

—¿Y qué dicen las leyendas sobre Petra? — la madrileña ya no sabía si lo que quería era escuchar más

historias sobre la capital de los nabateos o simplemente deseaba oír a su ameno e interesante interlocutor.

—Decir, decir, dicen muchas cosas. Lo más llamativo es lo del tesoro.

El jordano sacó una cajetilla de Winston y ofreció a su invitada, que declinó con un gesto de la mano. Encendió el cigarrillo con un *Cartier*. La española entendió que aquel hombre manejaba dinero.

—¿Por qué es lo más llamativo? ¿Porque no se sabe ni cómo ni para qué se esculpió?

—No, porque la leyenda dice que aquella fachada guarda en su interior un verdadero tesoro de monedas de oro y joyas.

—¿Monedas de oro y joyas? —
repitió Araceli, mecánicamente y como
si no hubiera entendido a la primera.

—Cuando lleguemos allí,
acuérdate de mirar el remate que hay en
lo más alto. Está desfigurado por los
balazos que ha recibido. Dicen que los
beduinos gastaron toda su munición en
disparar a aquello, que parece una urna,
para hacerlo estallar y conseguir que el
oro saltara por los aires.

Después de aquella historia,
Patrash continuó con otras que versaban
sobre los dólmenes aparecidos, de la
orientación de los betilos que se
encontraban por doquier... Araceli
perdió la noción del tiempo.

—Creo que te estoy aburriendo

—pensó el fotógrafo en una suposición perfectamente calculada.

Aquella afirmación fue inequívoca para la española. Ahora tenía la certeza de que se encontraba junto a alguien que sabía manejar a la perfección las situaciones con el sexo contrario. Estaba convencida que, cuando le dijera cuál iba a ser su próximo movimiento, el jordano se le insinuaría.

—Patrash, voy a tener que marcharme. Tengo cosas que hacer en el hotel.

El hombre se irguió en su asiento pero mantuvo la expresión afable que se había instalado en su cara desde el principio.

—Siento no poderte llevar, pero no he traído coche. Ammán, como toda Jordania, es un lugar seguro, pero te aconsejo que no salgas sola por la noche. Si quieres, puedo acompañarte a tu hotel, pero ya que estoy por aquí, voy a aprovechar para hacer unas gestiones. Cuando nos marchemos a Petra no sé cuántos días vamos a estar secuestrados allí.

Contrariada por la reacción del fotógrafo, aunque no estaba dispuesta a invitarlo a su habitación, Araceli agradeció la comida y las leyendas que la había contado sobre Petra.

—Nos vemos pronto, Patrash.

—Pasado mañana, me han dicho —especificó.

Se volvieron a dar la mano y
ambos enfilaron rumbos contrarios.

17. Ammán

El regreso al Hércules Intercontinental resultó a la arqueóloga española igual de entretenido que el camino de ida. El sol todavía calentaba con fuerza la pesada y arenosa atmósfera por lo que Araceli anheló regalarse una buena ducha cuando llegara a su habitación. Le apetecía quedarse cómoda, limpia, y con tiempo para examinar la numerosa información que le habían enviado a Madrid y que casi no le había dado tiempo a consultar.

Acababa de abrir el grifo cuando escuchó el sonido del teléfono. Se sobresaltó. No esperaba llamada alguna.

Lo descolgó preguntando en inglés.

—Hace un rato hablábamos en francés pero, si quieres, podemos hablar en inglés, no tengo problemas. Eso sí, ya te he dicho que no sé español, aunque es posible que tú me enseñes algo.

Araceli se quedó pegada al aparato. Aquella voz y, sobre todo, aquella locuacidad solo podía tener un dueño:

—¡Patrash! ¿Qué haces llamándome a la habitación? —preguntó desconcertada.

—¿No puedo? —oyó que le respondían.

La madrileña casi tartamudea.

—Sí, claro que puedes pero, ¿qué haces llamándome a la habitación?

—¿Siempre haces las preguntas dos veces?

Intentó recomponerse, aquel hombre era tremendo. Se habían despedido hacía tres cuartos de hora y le había dicho que tenía que quedarse a hacer unas gestiones cerca del restaurante. Entonces, ¿qué hacía llamándola ahora?

—Quiero proponerte algo.

—¿Dónde estás? —quiso saber la arqueóloga española.

—A cinco metros del mostrador de la recepción de tu hotel.

Araceli se desplomó sobre el primer sillón que encontró.

—Si estás pensando en que te invite a subir, estás muy equivocado —

le quiso dejar claro.

—No era esa mi propuesta. Cuando te vi en la calle me pareció que tenías interés en entrar en una mezquita, y he pensado que puedo ayudarte.

—¿Cómo? Me dijiste que solamente podían entrar musulmanes.

—¿Te parece que es un asunto para hablar por teléfono? ¿Por qué no bajas y te lo explico?

Araceli se quedó con el auricular en la mano, inerte.

—Me iba a duchar.

—Te espero abajo en media hora. Estaré en la cafetería tomándome un té. ¿Qué te parece?

Después de prestarle conformidad, temió que Patrash se

convirtiera en un nuevo Ricardo. No, ella ya había aprendido demasiado de la vida como para caer en la trampa que le tendiera el primer tunante profesional que se le apareciera.

No fue media hora, sino tres cuartos de hora lo que tardó en ducharse y componerse. Cuando el jordano la vio entrar en la cafetería, impresionado, se levantó raudo para cumplimentarla.

—*Estás muy guapa.*

Araceli se sorprendió gratamente:

—¿No me habías dicho que no sabías español?

—Y no sé, nada más que esa frase y alguna otra similar, muy cortitas. Oye, ¿siempre vas tan guapa?

La española sonrió. Le hizo gracia la manera que el árabe tenía de adularla. Araceli llevaba una falda larga azul combinada con una blusa de igual tonalidad y, para complementar, se había anudado al cuello un pañuelo multicolor. Calzaba unas sandalias blancas que se había comprado expresamente para el viaje a juego con un bolso que se le antojó.

—Bueno, ya estoy aquí. Dime, ¿de qué manera vamos a entrar en una mezquita si está reservada a los musulmanes?

—Ahora hablamos de eso — Patrash consultó su reloj—. Veo que tenemos tiempo.

—¿Tiempo... para qué? —aquel

hombre la desconcertaba cada vez más.

—Ven, vamos a sentarnos, que en este hotel preparan el té con una hierbabuena magnífica. ¿Te apetece uno?

La pareja tomó asiento en uno de los amplios sofás del salón, donde un par de hombres, ataviados con trajes regionales, tocaban unas melodías relajantes. Uno acariciaba las cuerdas de un *kanun* mientras que otro soplabá una *nay*.

Después de encender un nuevo cigarrillo, el fotógrafo comenzó a hablar:

—Dime, ¿qué sabes de nuestra religión?

—He de confesar que muy poco, Patrash. En España la mayoría de las

personas creyentes somos católicas, y la gente que profesa otras religiones no hacen ostentación de ello.

—De las tres religiones monoteístas más importantes del mundo, la nuestra es la más reciente.

Patrash Pasha continuó relatando a Araceli quién era Mahoma, cómo y dónde se le apareció el arcángel Gabriel y de qué manera le encomendó que, a partir de ese momento, se dedicara a transmitir el mensaje de Alá a los hombres de la tierra.

—Nuestra religión se basa en cinco pilares. ¿Sabes alguno?

Araceli negó con la cabeza.

Después de hablar de cuatro fundamentos del islamismo, el árabe

llegó al que en ese momento tenía más interés para los dos.

—La oración, la *asalá*, es el momento en el que los musulmanes nos hermanamos, sin distinciones económicas ni culturales, nos reunimos en la mezquita y damos gracias a Alá por todos los bienes que nos regala. Es un momento de corta duración pero de máxima intensidad, y ese es el que quiero que veas.

—Pero, ¿cómo?

—¿Confías en mí?

La arqueóloga no supo qué responder. El corazón le dictaba que dijera que sí, que mucho, que se encontraba muy a gusto con él, pero la cabeza le ordenaba que guardara las

distancias, que aquella era una persona que acababa de conocer y de la que no sabía nada.

—Según para qué —Araceli optó por ofrecer una respuesta ambigua y expectante.

—Bueno, no sé todavía si confías en mí, pero quiero hacerte musulmana por unos minutos. Quiero que vengas a casa de un matrimonio amigo y pedirles que te dejen una abaya.

—¿Una abaya? ¿Para mí? —la española tomó el vaso del té y bebió un largo trago. La proposición no podía ser más disparatada.

—Nos vamos en mi coche. Cerca de la mezquita al-Hussein viven estos amigos, subimos a su casa, te

dejan una abaya y entramos en la mezquita. Tú te quedas detrás, con las mujeres, y yo delante, junto a los hombres, como siempre hacemos los musulmanes. Nadie te reconocerá. Es imposible.

La expresión de Araceli no podía ser de mayor asombro.

—La otra alternativa es que ahora subas a tu habitación, enciendas la televisión y te mueras de aburrimiento. Tú eliges. Yo conozco las mezquitas, yo conozco Ammán por la noche, yo conozco donde te voy a llevar después... ¿Conoces tú todo eso? —la pregunta denotaba el arrollador carácter de quien la formulaba.

La española sabía que Patrash

tenía razón, que la vida se creó para ser vivida y que si no aceptaba riesgos sería mejor que se enterrara inmediatamente. Además, se había planteado dotar al viaje a Jordania de lo mismo que hacían sus alumnos con la asistencia a las campañas arqueológicas, de una pátina de aventura, y si en vez de ser una pátina era una gruesa capa, mejor todavía. Sí, ya tenía una edad en la que no podía desaprovechar la oportunidad de vivir nuevas experiencias. Atrás había quedado la monótona vida en Madrid, atrás había quedado su relación con Ricardo y atrás había quedado la Araceli aburrida y remilgosa.

—¿Estoy bien así para ir a casa de tus amigos?

—Estás perfecta —concedió el fotógrafo, mientras se ponía en pie y tendía la mano a Araceli.

Salieron a la calle y se encaminaron hacia el Ford del jordano, aparcado junto al hotel.

—Estaremos allí en diez minutos.

La forma de conducir de Patrash hizo que el tiempo se acortara, o por lo menos eso fue lo que le pareció a la arqueóloga. Estacionaron al lado de un edificio grisáceo, de aspecto terroso y con unas ventanas tan sucias que los cristales parecían opacos.

—Es aquí. Acompáñame —le pidió, señalando las empinadas escaleras interiores—. Deja que vaya yo

primero.

La casa se situaba en la segunda planta. Patrash llamó a la puerta con los nudillos y profirió una frase en árabe. Miró a la española y sonrió.

Se abrió la puerta y una mujer, completamente de negro, les indicó que pasaran con un movimiento de la mano. El fotógrafo habló con ella y después la anfitriona se marchó hacia el interior.

—Me ha dicho que no tardará ni cinco minutos.

Sin que hubiera una razón objetiva de por medio, Araceli se sentía cómoda y segura con Patrash, incluso en aquel lugar, sucio, extraño y con un tinte hostil.

La mujer apareció con una bolsa

de papel de donde extrajo una abaya negra. Se la mostró. Araceli la tocó y comprobó que era de buena calidad y limpia, algo que la satisfizo especialmente.

—Yo os voy a dejar. Te espero abajo, Araceli. No tardes —rogó a la madrileña—, dentro de unos minutos llamarán a nuestra cuarta oración del día. Ese será nuestro momento.

Cuando se quedaron solas, la mujer le colocó la abaya por encima de su blusa y de su falda y le indicó por señas que se guardara el pañuelo del cuello en su bolso. Después la árabe tomó otro pañuelo que hacía juego con la abaya y la ayudó a colocárselo a modo de una hiyab. Le indicó que se

mirara en un espejo. En unos instantes, la católica española daba la apariencia real de una musulmana jordana. Estaba terminando de colocarse el pañuelo cuando se escuchó flotando en el ambiente la llamada a la oración por parte del almuédano. La mujer apremió a Araceli para que saliera de la casa.

—Estás preciosa —reconoció el fotógrafo—. Tienes los ojos más bonitos que he visto en mi vida.

18. Ammán

Caminaron a buen paso hasta la entrada de la mezquita al-Hussein. Patrash le pidió que fuera detrás de él, a metro y medio o dos metros de distancia, para no levantar sospechas y parecer un auténtico matrimonio musulmán. A Araceli le pareció divertido pasar al lado del mismo señor que hacía unas horas le había impedido entrar en el recinto sin que ahora le mostrara prohibición alguna. Tal y como habían convenido, ella se quedó en la parte trasera, junto al resto de mujeres, y el jordano se adelantó hasta la zona donde se ponían los hombres. Con

habilidad logró quedarse en la última fila y así le fue más sencillo seguir los pasos de la ceremonia sin causar extrañeza a las verdaderas orantes.

Le resultó una experiencia intensa, similar al momento en el que el sacerdote cristiano eleva la Sagrada Forma, instante sublime donde solo se escucha la campanilla del monaguillo. Los musulmanes le parecieron un pueblo muy piadoso que profesaba por la oración un recogimiento mucho mayor del que ella conocía. La impresión que tuvo fue que los fieles acudían al acto exclusivamente movidos por el deseo de servir a su dios, y no por convencionalismos sociales.

La madrileña se mezcló con los

feligreses cuando iban abandonando el recinto, acomodando incluso su paso al de las musulmanas que habían acudido a la mezquita a practicar su rezo. La pareja volvió a reencontrarse unos metros calle abajo, siguiendo la pauta que había dictado Patrash.

—¿Qué te ha parecido? —le preguntó en voz baja el jordano, ya que no quería que nadie escuchara su conversación.

—Me ha encantado. Aunque no he entendido el idioma, me ha resultado un momento de máximo respeto y recogimiento.

—Así aprendes algo más de nuestro pueblo, para que cuando regreses a España hables de nosotros

con propiedad, como espero lo hagas de la *kofta* a la que voy a invitarte.

—¡Qué estás diciendo! — exclamó sorprendida la española, a la vez que no podía reprimir la sonrisa.

—Si te gusta la carne, no me digas más.

—¿Pero voy así?

El fotógrafo se detuvo y la contempló de arriba abajo, despacio, y después le tomó de la mano:

—Tienes unos ojos muy bonitos, pero prefiero verte como has bajado de tu habitación del hotel. Estabas guapísima. Ven —resolvió, con decisión—, vamos a devolverlo.

El restaurante se encontraba muy

cerca del teatro romano. A Araceli le encantó la *kofta*, ya que el cordero era una de sus comidas favoritas. La sorprendió gratamente la condimentación y le pareció que la salsa de yogur le daba un sabor cremoso muy apetecible. Al finalizar con los dulces, el camarero les llevó dos té con hierbabuena y una *shisha*. El hombre la encendió, aspiró fuertemente varias veces y después entregó una boquilla nueva a Patrash, que se lo agradeció en árabe, como se había comunicado todo el tiempo con él.

—Dicen que fumar *shisha* después de la cena es muy saludable. Toma —la ofreció, con determinación.

—¿Yo? ¡Qué estás diciendo!

Nunca he fumado.

—Son de agua. Les ponen en la parte de arriba unas pastillas con sabores. Están muy buenas; esta sabe a menta. Prueba.

—Que no pruebo, ya te he dicho que nunca he fumado.

El jordano le ofreció de nuevo la pipa pero esta vez no utilizó las palabras para invitarla, sino que prefirió utilizar la fuerza de la mirada. Resultó más eficaz. La española sujetó el latiguillo y aspiró. En el centro del recipiente fluyeron las burbujas y por su boca salió el vapor de agua. Le hizo gracia y repitió la operación nuevamente.

—Veo que vas a querer

fumártela entera. ¿Quieres que pida otra para mí?

La complicidad se había instalado entre aquellas dos personas, ambas lo sabían, y disfrutaban del momento. Después de seguir haciendo la digestión de la pesada cena con otros dos té, y apurando la pipa de agua, el jordano lanzó la última proposición del día.

—Hay veces que la noche puede hacerse muy larga —sugirió Patrash.

Fue ahí cuando Araceli se dio cuenta de que había dado demasiados pasos en una dirección y que ahora iba a ser difícil recular, pero no quería tener con el fotógrafo una relación íntima.

—Me tengo que retirar. Mañana

he quedado temprano y necesito descansar. Desde que he llegado a Ammán no he parado de conocer lugares nuevos.

—Lo sé. Pero antes de marcharte, tenemos que hacer algo. ¡Vamos!

Sin pedirle permiso, salieron a la calle y la pareja volvió a subirse al coche del jordano.

—¿Y adónde nos dirigimos ahora? Te he dicho que quiero regresar a mi hotel —la madrileña se inquietó. Su ansiedad se incrementó con el silencio del árabe.

El coche solo recorrió doscientos o trescientos metros. Patrash apagó las luces y estacionó el vehículo

en el centro de lo que parecía una explanada. La iluminación de las calles era muy escasa y la visibilidad exterior prácticamente nula. Se apearon los dos. Lo único que se distinguía con nitidez era una calle con par de semáforos por donde circulaba un intenso tránsito de vehículos.

—Tienes que prometerme que vas a quedarte aquí cinco minutos, de espaldas a la dirección de donde veníamos. Será lo último que te pediré esta noche. Después te llevo a tu hotel.

Sin esperar la conformidad de la arqueóloga, el jordano salió corriendo y se dirigió a uno de los semáforos. Araceli vio que hablaba con varios conductores. Siguiéndole a él, cuatro o

cinco se apartaron de la calle por donde circulaban y se dirigieron con sus vehículos, y con las luces apagadas, hacia donde se encontraba ella. Sintió un poco de miedo. No sabía qué significaba eso.

El fotógrafo pidió, a chillidos y en árabe, a todos los conductores que se alinearan y que se quedaran en paralelo respecto a su Ford. Les pidió que encendieran las luces. Él también prendió las de su coche.

—Ahora, por favor, date la vuelta.

Despacio, la española se fue girando, muy lentamente. Sintió que la emoción embargaba todo su ser.

—Señora arqueóloga de la

UNESCO, tengo a bien presentarle el teatro romano de Ammán, creo que el más importante que se encuentra al este del Mar Muerto.

A pesar de la escasa luz que proporcionaban los faros de los cinco coches que iluminaban el milenario monumento, la madrileña se hizo perfecta idea de la grandiosidad del lugar.

—¡Es maravilloso! —consiguió decir, conmovida.

—No sé cuántas plazas tenía.

—Te lo digo yo. Aquí entraban siete mil espectadores —precisó, sin dejar de admirar la escena.

El teatro se encontraba abandonado. No tenía vallas protectoras

ni había sufrido restauración alguna. Las lluvias, el viento, el sol y el olvido estaban haciendo mella en un monumento que estaría llamado, algún día, a convertirse en el símbolo de la capital de Jordania.

Al regresar al hotel, y desde el asiento del conductor, Patrash lanzó una nueva oferta:

—Antes te he dicho que iba a ser lo último que iba a pedirte esta noche. Te he engañado. Quiero que me invites a tomar el último té del día en tu habitación.

Araceli se retiró imperceptiblemente hacia la puerta.

—No Patrash. Hoy me lo he pasado muy bien contigo y agradezco lo

que has hecho por mí, adónde me has llevado y lo que me has enseñado. Pero no, no puede ser.

—¿Por qué? ¿No te caigo bien?

—No es eso, de verdad —la profesora empezaba a sentirse incómoda—. Es que las mujeres españolas somos de una determinada manera. Tienes que entendernos.

—Pero España está muy lejos.

—No, Patrash. No lo estropeemos. ¿Quieres?

Antes de salir del vehículo, se oyó la voz del conductor, que la solicitaba de nuevo:

—¿No vas a darme un beso de despedida?

19. Gerasa

La primera duda que le asaltó a Araceli cuando entró en el coche de Abdallah era si podía haber un objeto móvil más sucio. El conductor se dio cuenta:

—Jordania es arena y polvo. Tres cuartas partes de nuestro país son desierto, y mi coche es un coche jordano —aseguró, sonriente.

La española mostró una mueca de compromiso.

—¿Qué tal has descansado? —se interesó el profesor.

—Muy bien. Me metí pronto en la cama —mintió, pero no le apetecía

dar explicaciones sobre su vida.

Entre tirones, frenazos y volantazos, el vehículo fue abandonando Ammán poco a poco para encaminarse hacia el norte del país, donde a menos de cincuenta kilómetros les aguardaba la incomparable belleza de la ciudad romana de Gerasa.

Durante el trayecto el conductor fue detallando a su invitada las penurias económicas por las que atravesaba el país, que impedían que se destinara presupuesto alguno no ya a la investigación, sino incluso a la conservación del patrimonio histórico de Jordania.

—El rey Hussein no encuentra dentro de sus arcas hueco para nuestros

proyectos. Solo piensa en cubrir sus lujos y en fortalecer nuestro ejército. Desde que tenemos a Israel como vecino, hace casi veinte años, se han disparado los gastos militares de todos los países limítrofes. Aquí hay gente de toda Europa haciendo negocio, como sucedió en 1948.

La profesora madrileña apoyó las palabras de su colega.

—No creas que eso que dices es patrimonio exclusivo vuestro. En España también tenemos fuertes limitaciones económicas para las excavaciones arqueológicas. La cultura no debería tener límites pero, desgraciadamente, nosotros mismos se los vamos poniendo.

—Pero en nuestro caso, en Jordania, tenemos el problema añadido de los refugiados palestinos. Desde que se produjo la partición del país, y Occidente se quitó de encima el problema judío robándonos a los árabes algo que a ellos no les correspondía, este país se ha llenado de decenas de miles de personas que han perdido todo y que cuentan inútilmente los días para regresar a sus casas y rehacer sus vidas, aunque sepan que jamás sucederá. Y mantenerlos cuesta mucho dinero, dinero del que Jordania carece.

Las palabras de Abdallah sonaban tranquilas, como si estuvieran siendo pronunciadas por un cronista aséptico que no pone entonación

especial en sus vocablos, quizá por el cansancio de tanto repetir e interiorizar el problema.

Mientras escuchaba, Araceli procuraba agarrarse a lo que podía porque el viaje era una sucesión de pequeños incidentes que iban solucionándose de forma casi milagrosa: niños que se cruzaban por la calzada, vehículos que aparecían desde cualquier esquina, animales que caminaban por el centro de la carretera sin evolución previsible... Notó que empezaba a marearse. Abdallah se percató de ello y le ofreció una pausa.

Entraron en un lugar similar a un bar, a la salida de una pequeña población, y el jordano pidió dos té

con abundante azúcar. La arqueóloga fue escrutada con intensidad por los parroquianos que poblaban el establecimiento. Todos eran hombres.

—Ya me fijé ayer. ¿Por qué no hay mujeres en los bares?

—Porque las mujeres tienen que estar en casa, cuidando a los hijos, haciendo las faenas propias, pendiente de las personas mayores... —el jordano respondió con naturalidad, sin pretender justificar un ápice la actitud de sus correligionarios—. No creo que tengan tiempo para entrar en un bar.

—Perdona la pregunta, Abdallah. Tú, ¿estás casado?

El árabe contestó con una afirmación, seca y cortante. Después se

dirigió a la barra y hurgó en un pequeño bolso que colgaba de su cuello, de donde sacó unas monedas con las que pagó la consumición.

El aparcamiento construido a la entrada de la ciudad romana no era más que una amplia explanada terrosa y vacía de vehículos excepto tres taxis, varios coches particulares y un autobús de turistas.

La pareja entró al recinto a través del majestuoso Arco del Triunfo situado en el extremo sur del conjunto. Araceli se sorprendió por la grandiosidad del monumento y el magnífico estado de conservación del mismo. Se paró para admirarlo con

tranquilidad. Sacó de su bolso una máquina de fotos y buscó el mejor encuadre. Abdallah la observaba a varios metros de distancia. La madrileña llevaba una falda larga, gris, y una blusa blanca sin mangas. Calzaba unas sandalias planas y llevaba cubierta la cabeza con un pañuelo. Por cómo había vestido el día anterior y cómo vestía ahora, no cabía duda de que la española era una mujer que sabía adecuar su indumentaria al lugar por donde iba a moverse.

Camino del teatro la pareja anduvo por una larga avenida. El cicerone señaló a su izquierda:

—Creemos que aquí se encuentra enterrado un hipódromo. Mira,

¿ves el contorno de aquellas piedras?

Araceli volvió a clavarse las gafas de sol sobre su pelo y se colocó la mano como si fuera una visera, para poder admirar con mayor detalle lo que le decía su exclusivo guía.

En una hora habían recorrido el teatro sur, la plaza oval y se habían adentrado en el *kardo maximus*. La madrileña era presa de una emoción continua. Se sentía fascinada por cada columna que tocaba, por cada piedra que pisaba y por cada instantánea que tomaba.

Pararon en un puesto ambulante donde vendían baratijas, tales como postales, ceniceros, colgantes y también té.

—¿Te apetece descansar? —
propuso el profesor.

—¿Por qué no me hablas de tu familia? —pidió Araceli, con una humeante infusión en la mano.

—¿Quieres que te hable de mi familia? ¿De cuál de ellas?

La mujer se extrañó con la pregunta.

—¿Es que tienes varias familias? ¿Tú eres de los que tiene cinco o seis mujeres? —la pregunta llevaba un claro tinte hostil.

—El Corán solo nos deja tener cuatro esposas. Ningún musulmán puede tener más de cuatro —confirmó de nuevo—, pero yo solo tengo una, para eso sí tengo una mentalidad muy

occidental. Me ha dado tres hijos y Alá quiso bendecir nuestra unión con un varón como primogénito.

—¿Por qué es bueno que el primero sea un varón y no una mujer?

—Porque un varón afianza la continuidad de la familia —explicó el jordano— y nos ayudará cuando nosotros ya no podamos valernos por nosotros mismos.

—Y eso mismo, ¿por qué no puede hacerlo una mujer?

—Porque por la ley de Alá la mujer pasa a ser familia de la familia de su marido, no de la de sus padres. Mis dos hijas dejarán de pertenecer a mi familia cuando contraigan matrimonio. Lo sabemos todos. Nos seguiremos

viendo, me darán nietos que querré como a mi vida, pero pertenecerán a las familias de sus maridos.

Araceli asintió. No conocía esa explicación.

—De todas maneras, ¿por qué me has dicho que qué familia? —la española retomó la pregunta inicial de Abdallah.

—Si quieres, buscamos una sombra y te cuento cosas de mi historia, si te apetece escucharla.

La pareja se dirigió al templo de Artemisa y buscó refugio junto a una de sus milenarias columnas de piedra levantada, sección a sección, en un desafío a la estabilidad, a la gravedad y al historial sísmico de la zona.

—Te he dicho que yo soy jordano pero no es así —comenzó contando a la madrileña—. Yo no nací en Jordania. Vine al mundo en Palestina, en el mismo suelo que ahora ocupan los que se creen con derecho a usurpar lo que no es suyo.

—Israel —Araceli pronunció el nombre del Estado como si hubiera sido una conclusión lógica, sin añadir emociones.

—Sí, Israel. Allí nací yo, en una casa palestina con unos padres palestinos que antes habían ocupado mis abuelos palestinos y, a su vez, anteriormente mis bisabuelos palestinos. Y así, siglo tras siglo. Y un mal día, en Nueva York se juntan unos señores y

dicen que ese terreno, que les es tan lejano como a mí me resulta ajeno Atenas o Manila, va a pasar a pertenecer a un país que no existe, a un país que se han inventado para albergar a un pueblo que nadie quiere. Llegaron a decir que podían instalarse en Argentina, y hasta llegué a leer que podían haberse ubicado en Uganda, pero los británicos permitieron que se asentaran donde ellos quisieron, y quisieron aquí, en la tierra de nuestros antepasados. ¿Tú conoces la Declaración de Balfour?

Araceli negó con la cabeza.

—Ya me lo imaginaba. Sin haber terminado todavía la Primera Guerra Mundial —relató el jordano, que cada vez ponía más vehemencia en sus

palabras—, Balfour, el secretario de exteriores británico del momento, publicó un manifiesto en el cual se mostraba partidario de la creación de *un hogar para todos los judíos del mundo* —la última frase la vocalizó con una pronunciada dosis de sorna—. Y, claro, ante esa perspectiva comenzaron a llegar a Palestina judíos de todos los lugares, y a partir de la llegada de Hitler al poder...

El profesor guardó silencio. Cada vez que recordaba aquellos sucesos se sentía embargado por una sensación de indescriptible desasosiego.

—No, Abdallah, tengo que confesar que no conocía estos detalles.

—No te preocupes, en Jordania

también tenemos censura. Quienes hemos viajado algo sabemos lo que es una dictadura y cómo los tiranos manejan la historia, a su antojo; y Franco no creo que quisiera hablar de todo esto, supongo que le incomodará y querrá quedar bien con todos. Y para eso, lo mejor es no criticar a nadie. Pero fíjate cómo sería el flujo inmigratorio — prosiguió el arqueólogo—, que de tantos judíos que llegaron a Palestina acabaron creando, en el año 1937, la Comisión Peel, llamada así por otro británico, William Peel, que propuso la partición real del estado palestino en dos. Una de ellas sería para los judíos.

La española se mantuvo impasible escuchando la historia de

Abdallah Obeidat.

—Por eso odio a los británicos, los odio con todas mis fuerzas, por jugar a ser dioses, por disponer de las tierras ajenas sin respetar ni las raíces de sus habitantes ni sus creencias religiosas. Odio el día que nos engañaron haciéndonos creer que estaban de nuestro lado.

La ira de Abdallah era patente, y sus razones no podían estar más justificadas.

—Pero esto no ha acabado, Araceli —continuó—, ni ellos ni nosotros estamos conformes con esta situación. Las reivindicaciones de Tel Aviv no cejarán, mínimo, hasta que no conquisten la margen occidental del

Jordán y los Altos del Golán. Buscan agua y la encontrarán, parece que no les basta con los trasvases ilegales que hacen continuamente. Pero sobre todo, lo que anhelan es nuestra tercera ciudad santa. Quieren Jerusalén.

—Pero de Jerusalén ya tienen una parte —repuso la profesora, con acierto.

—Tienen una parte, como muy bien dices, la occidental, pero ellos quieren la Ciudad Vieja. Dicen que es su lugar santo y porque así nos quitan a nosotros lo que legítimamente nos pertenece, desde el principio de los tiempos, Araceli, desde siempre. La mezquita de la Roca es el lugar desde el cual el profeta Mahoma ascendió a los

cielos a lomos de Buraq, su yegua blanca. Es el tercer lugar más importante del Islam, después de la mezquita del Profeta en Medina y de la Ka'ba en La Meca.

Abdallah se quedó mirando al infinito. Lentamente, se metió la mano por debajo del zob, desde el cuello. Sacó algo que pendía de un pequeño y fino collar de cuero. Araceli reconoció el objeto, pero desconocía su significado. Ante el pesado silencio que se había abierto entre los dos, la madrileña dijo lo que veía:

—Una llave.

—Sí, esto que llevo colgado del cuello es una llave. ¿Verdad que parece algo insignificante? A ojos de

cualquiera, seguro que lo es, pero no a los míos.

La profesora se sentía incómoda. Además, el calor empezaba a hacer mella en su ánimo. Y lo que estaba escuchando, también.

—Es la llave de mi casa, de nuestra verdadera casa, en Safed. Ya te he dicho que soy palestino. Cuando los israelíes nos echaron de nuestra casa, en el año 1948, nos dieron unas horas para abandonarla. Yo tenía entonces diecinueve años y lo recuerdo como si fuera ahora mismo. Cuando mi padre terminó de guardar lo que pudo en un carronato en el que nos trajo a Ammán, mi madre cerró la puerta con llave y me la entregó: «Algún día tendrás que

volver a traernos a esta casa, que siempre será nuestra, me recordó. Quédatela tú, como primogénito».

Abdallah acarició la llave con mimo y después volvió a guardársela.

—Por eso también digo que soy jordano, porque en Jordania, el país más hospitalario de la tierra, hemos encontrado nuestro hogar. Aquí pude estudiar y soy feliz en esta nación que ya la considero mía también.

Al meterse en la cama aquel día, Araceli Artigas se encontraba sobrecogida con dos pensamientos que no podía quitarse de la cabeza: la grandeza que tuvo en su tiempo la ciudad de Gerasa y la escalofriante

historia que le había narrado Abdallah.
Una historia casi tan antigua, o más,
como la propia Gerasa.

20. Tel Aviv

Muy pocas personas de Israel conocían la verdadera identidad de S, el director del Mossad. A diferencia de otros destacados compatriotas, como David Ben Gurion, que había nacido en Polonia, o Golda Meir, que vino al mundo en Ucrania, Meir Amit, el jefe de los servicios secretos israelíes, vio la luz cerca del lago Tiberiades, en un kibbutz de Palestina, la tierra que siempre fue de los israelíes aunque los árabes eso no lo comprendan.

Ahora se encontraba solo en su despacho de Tel Aviv, absorto, a través de los cristales antibalas de su ventanal,

ante la vista del mar Mediterráneo, el mismo que trajo a los fenicios, a los griegos, a los romanos y también a los traidores británicos, y el mismo que condujo a la mayor parte de las personas que ahora confiaban ciegamente en él y en su *Instituto*, que era como se conocía a los servicios de inteligencia israelíes.

Regresó a su mesa y apartó los periódicos que le habían llevado esa mañana, tanto los locales como los foráneos, no sin antes leer los titulares. Esa tarde tenía de nuevo reunión con el Alto Mando y necesitaba recopilar la máxima información posible sobre los elementos clave de la actualidad general.

En esos momentos, uno de los

colectivos más valiosos que poseía el Mossad eran los *katsas* infiltrados en las bases aéreas egipcias. Con tesón, a veces mediante el soborno y en otras ocasiones gracias a la extorsión, los hombres de Meir habían reclutado a agentes para que les surtieran de información que se convertiría en vital llegado el momento. *S* sabía las costumbres de los técnicos de radar, de los pilotos, de las personas que abastecían las aeronaves... Conocer en detalle los hábitos de una base militar era un activo de incalculable valor. Meir sabía perfectamente que las fuerzas israelíes eran inferiores, tanto en número de efectivos humanos como materiales. En el primer caso, la

proporción era absolutamente disparatada, y es que Israel no se enfrentaba a un solo enemigo, sino a todo un modo de vida representado por numerosas naciones todas ellas encabezadas por Egipto y el pretencioso Nasser.

Respecto a los materiales, Israel se surtía de proveedores en Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia, pero los árabes contaban con el incondicional y nada solapado apoyo soviético, aunque él y sus hombres, a veces en colaboración con los socios americanos, se encargaban de que no todas las ayudas comunistas llegaran a los puertos egipcios, como recientemente había sucedido en el Bósforo con el *Bogoraz*.

Una acción de la que se sentía especialmente orgulloso. Se imaginaba al KGB teniendo que elaborar atolondradamente una nota de prensa con la noticia de la explosión fortuita y consiguiente hundimiento de un buque lleno de grano... Meir disfrutaba con eso como si fuera un crío travieso.

Y, recordando lo del Bósforo, también pensó en su *katsa* Rachel Azikri, una de sus preferidas quizá porque la consideraba como una hija profesional. Sabía que acababa de llegar a Ammán para incorporarse inmediatamente a la expedición de la UNESCO. Amit tenía que conocer qué labor concreta iba a desarrollar aquel grupo tan numeroso de personas, la

mayoría jordanas, a una distancia tan escasa de sus legítimas fronteras. Confiaba en la audacia, determinación, compromiso e inteligencia de Rachel. Conocía sus antecedentes a la perfección y, con ellos, sus tragedias familiares.

Azikri había nacido en Alemania, cerca de Múnich. Sus padres, unos comerciantes de tejidos, vivieron la Kristallnacht, la deportación y la tortura en el campo de concentración de Dachau. Su salud no les permitió celebrar el fin de aquel túnel inmensamente largo y jalonado de cadáveres que fue la Segunda Guerra Mundial; un túnel con la boca de salida muy estrecha. La pequeña Rachel sí fue

testigo de la liberación del campo. Dentro de un programa de ayuda a la población europea damnificada, los Estados Unidos de América la subieron junto a muchos niños más en un carguero que partió desde Hamburgo rumbo a Nueva York, donde comenzó una nueva vida, que no una nueva religión. Rachel siguió siendo judía. Estudió en la universidad y participó desde bien joven en encuentros reivindicativos de la causa israelí con la sociedad norteamericana, tanto anteriores como posteriores a la proclamación del nuevo estado judío, en 1948. En una de aquellas reuniones, concretamente en 1957, conoció a Golda Meir, por cuya personalidad sintió auténtica

fascinación. Le encantaba su manera de hablar en las conferencias y actos propagandísticos y recaudatorios para el pueblo hebreo, de su secular persecución, del hogar que *les esperaba en la casa que siempre fue suya*, como llamaba a Palestina. Un día alguien la entrevistó y un año después entró a formar parte del *Instituto* como *sayanim*, en labores de vigilancia pasiva, correo, custodia de información y protección de personalidades. En 1964, con treinta y nueve años, pasó a ser uno de los treinta y dos *katsas* del Mossad, el máximo orgullo para cualquier israelí.

Y ahora *S* le tenía asignada una misión sencilla pero de extrema

importancia. La situación con los países limítrofes se había agravado y no se recordaba una tensión similar desde el año 1956, cuando aconteció la segunda gran derrota de la Media Luna a cargo de las tropas de la Estrella de David. Meir Amit no sabía qué iban a encontrar en Petra, pero había que tener cintura para decidir qué hacer con la información que fuera obteniéndose y cómo utilizarla en apoyo a las tesis sionistas. Y eso Rachel lo sabía hacer como nadie. La toma de decisiones autónoma era una de sus virtudes profesionales más destacadas.

Uno de los tres teléfonos que tenía en su mesa emitió un sonido peculiar, era la manera de

diferenciarlos. Levantó el aparato y le comunicaron que la profesora Linda Cobb acababa de aterrizar en el aeropuerto de Ammán. «Tan cerca de tu casa y tan lejos, Rachel», pensó, dada la apariencia de norteamericana que tenía que ofrecer su *katsa* a lo largo de toda la misión.

21. Ammán

Araceli se fijó en la mujer rubia que acababa de bajar a la recepción del hotel. Llevaba pantalón vaquero bastante ajustado, una camisa blanca un tanto estrecha, un pañuelo azul anudado al cuello y calzaba unas sandalias con algo de tacón. Le pareció alguien con marcado estilo, a pesar de su vestimenta informal. Imaginó que era una turista esperando a algún grupo. La española se sentó en uno de los sofás y miró el reloj. Supuso que llegarían para recogerla de un momento a otro.

No se equivocó. El mismo hombre que había acudido a buscarla

dos días antes hizo su entrada en el vestíbulo y buscó con la mirada. Antes de que Araceli se pusiera en pie, la desconocida ya se había dirigido, rauda, al recién llegado. La profesora vaciló hasta que se decidió a acercarse también al chófer y la supuesta turista.

—No sé si se conocen —dudó el conductor.

—Usted debe ser la profesora Araceli Artigas, ¿no? Yo soy la profesora norteamericana Linda Cobb, de la Universidad de Cornell. Encantada —saludó sonriente, mientras le estrechaba la mano.

Las dos mujeres acompañaron al chófer al exterior.

—Veo que la UNESCO quiere

ahorrar gastos —extrajo en conclusión la israelí, ya dentro del coche—, aunque me parece una buena idea que compartamos coche, así nos vamos conociendo. Creo que vamos a pasar juntas muchos días.

—Sí, eso parece —confirmó Araceli.

—¿Así que eres española? Yo conozco España, estuve varias veces, tanto cuando era estudiante como después.

A la madrileña se le iluminó la cara. Le hacía ilusión que en aquel lugar tan lejano alguien conociera su tierra.

—¿Y qué conoces de nuestro país?

La doctora Linda Cobb contó

que había estado en Mérida, en Sagunto y en Cartagena.

—Yo me hice arqueóloga después de visitar Itálica —confesó Araceli.

—¿Y por qué? —a la agente israelí le interesaba ganarse la confianza de la española, y para ello sabía que no hay mejor receta que hacerle hablar y permitir que contara sus pequeñas historias personales, aunque a ella le resultaran indiferentes.

—Porque aunque nací en Madrid, en 1936 mi familia tuvo que mudarse a Sevilla, ya sabes, por la guerra que hubo en mi país —la espía asintió—. Y un día, cuando tenía siete u ocho años, me llevaron a visitar

aquellas ruinas. Durante muchas noches fue lo único con lo que soñé. A partir de ahí... hasta ahora —sonrió mostrando un cierto aire melancólico.

—Y dime, ¿tienes alguna especialidad? Por cierto, si quieres hablamos en inglés o en francés. Como desees.

Rachel ocultó que conocía a la perfección tanto el alemán como el hebreo y el árabe. En principio, no guardaba lógica que una ciudadana norteamericana nacida a mediados de los años veinte hablara alemán y menos todavía que dominara el hebreo o el árabe. Eran datos que siempre omitía.

En los quince minutos que restaban para llegar a la Universidad, la

israelí formuló a la española una batería de preguntas precisas que la condujeron a la conclusión de que Araceli Artigas era lo que decía ser, una auténtica especialista en arqueología romana. «Vamos a ver qué resultan ser los otros tres miembros de la expedición», pensó por sí, como ella, también podían estar ocultando otras personalidades bajo la falsa apariencia de unos inocentes arqueólogos.

Araceli condujo a Rachel por el pasillo que conocía de la visita anterior y llamó a la misma puerta, aunque esta vez la franqueó sin esperar respuesta. El francés se alegró de la llegada de las dos mujeres puesto que ya habían arribado tanto el profesor italiano como

el anfitrión local.

Comenzaron con las presentaciones. La manera que tuvo Rachel de saludar a Laurent condujo al francés a la deducción de que aquella mujer era alguien extraordinariamente desenvuelta. Le dio la mano con autoridad, algo a lo que él no estaba acostumbrado. Abdallah no podía reprimir el odio que sentía por todos los norteamericanos que conocía. La saludó con frialdad. El francés se percató del detalle.

Quien peor se sintió fue Giampiero. El italiano no podía imaginar que iba a compartir una estancia de tantos días con una mujer como aquella, alguien de amplia sonrisa,

con una boca tan atrayente que procuró no mirarla cuando le dio la mano, tibia y flácida. Araceli se percató inmediatamente de que el arqueólogo italiano se había impresionado con la llegada de la nueva mujer a la campaña.

—Señores, creo que ya estamos listos para comenzar la expedición — proclamó, henchido de orgullo.

Les pidió que se sentaran.

—Estamos seguros de que la llegada al grupo de la profesora Cobb va a suponer un aporte de experiencia primordial. Entre todos vamos a descifrar qué nos ocultan todavía esas arenas que excavaremos para descubrir no ya la historia de este país —apuntó, mirando ostensiblemente a Abdallah—,

sino también la historia de Oriente Próximo y del Mediterráneo.

El profesor Didot era muy amigo de pronunciar discursos grandilocuentes, y palabras y afirmaciones ampulosas y recargadas, pero estaba dotado de una asombrosa facilidad de expresión oral, era ameno, animoso y entusiasta, y eso siempre lo agradecían todas las personas que trabajaban con él.

Después de explicarles brevemente cómo se organizaría el viaje a Petra, les informó que en unos minutos iban a reunirse en el paraninfo de la Universidad con el resto de miembros del equipo.

—No quiero que os aprendáis sus nombres —les previno, sonriendo

—, sino que ellos os conozcan. Vosotros cuatro, junto a mí, sois el centro de esta expedición y todos los integrantes tienen que saber a la perfección quién es el profesor Ferrini, el profesor Obeidat y las profesoras Cobb y Artigas. Por tanto, ¿estáis dispuestos a comenzar la campaña?

Las dos mujeres y Abdallah asintieron con entusiasmo. Giampiero no movió los músculos de su cara.

—Pero antes, he de daros una noticia, una importante novedad. Anoche recibí una llamada en el hotel, era de Zeid Rifai. Imagino que tú, Abdallah, sí sabrás quién es.

—El secretario de Su Majestad el rey Hussein, ¿no? —respondió el

profesor jordano.

—Correcto. Me llamó, muy atento, y me informó que Su Majestad estaría encantado si podemos hacerle un hueco en nuestras agendas ya que tiene mucho interés en invitarnos a cenar esta noche en Basman.

Cada uno de los arqueólogos mostró una expresión diferente. Abdallah de sorpresa, el italiano de incomodidad, la israelí de expectación, y Araceli de alegría. Desde que había llegado a Jordania todo estaba resultando novedoso e inimaginable, y lo último que pudo suponer cuando su padre le mostró la carta que se había recibido del ministerio era que, tan solo días después, iba a estar cenando con un

rey en su palacio.

—Nos pasarán a recoger por nuestro hotel a las ocho de la noche. Os ruego puntualidad.

Después de que todos asintieran, el francés dio una pequeña palmada:

—¡Vamos!, ¡a trabajar!

Los cinco arqueólogos salieron en silencio de la sala y se encaminaron por otro de los largos pasillos. Giampiero, que iba en último lugar y a un par de pasos de las dos profesoras, notaba que sus piernas habían perdido tono, y parecían ahora frágiles, como dos vigas de madera corroídas por la carcoma. Entretanto, Araceli y Rachel charlaban animadamente. La española se encontraba muy cómoda en el entorno

universitario y la israelí se amoldaba con facilidad a los distintos roles que tenía que interpretar, como la buena actriz que se consideraba ser.

—Dejadme que entre yo primero —pidió Abdallah, al llegar al destino.

El paraninfo de la Universidad de Historia de Ammán era una luminosa estancia, de planta semicircular, con ocho o diez gradas para poder acoger a un centenar de alumnos. En la pared frontal, y debajo de una fotografía del rey Hussein, habían colocado un encerado, y una amplia mesa de madera con cinco sillas dispuestas a modo presidencial. El auditorio estaba prácticamente lleno.

Araceli sintió de nuevo que

había regresado a su facultad y que se enfrentaba a sus alumnos. Tuvo una sensación extraña pero muy agradable. El asiento central lo ocupó Laurent, y Rachel y la española se sentaron a su lado. En los extremos se acomodaron Giampiero y el profesor jordano.

Mientras el francés hablaba, en su idioma y realizando paradas continuas para que Abdallah fuera traduciendo al árabe, la madrileña aprovechó para escrutar al público que allí se encontraba. Una parte importante del mismo eran jóvenes que rondarían los veinte años. Supuso que serían alumnos de la Universidad. En las primeras filas, sin embargo, había un grupo de hombres de edad más similar a

la de ellos que imaginó serían los especialistas, los restauradores o los topógrafos. A partir de la mitad de las filas, y hacia el final de los asientos, se distinguía una serie de personas que prestaban menor interés y que parecían los peones que se emplearían en las excavaciones. Para una actividad como la que les esperaba, esto es, cargar con piedras, llevar carretillas o utilizar la pala y el pico, el gobierno jordano había proporcionado personas fuertes y jóvenes. Excepto la profesora norteamericana y ella, no había más mujeres en el paraninfo que una señora de unos cincuenta años, muy gruesa y con unas gafas muy aparatosas que, unido a su hiyab, llegaban casi a ocultar

su rostro por completo.

Pero no todo el mundo era desconocido. A un lado de la sala, y escuchando intermitentemente cómo el profesor Didot hacía una exposición de la importancia que depararían para la historia de Jordania las excavaciones que comenzarían al día siguiente, y las jerarquías que se observarían durante la campaña, Patrash Pasha hacía fotos continuamente, tanto a los miembros de la mesa como a cada fila de asistentes. En uno de los momentos, guiñó discretamente un ojo a Araceli que le correspondió con una mueca cómplice. Se veía que, a pesar de haberle negado el beso de despedida, el jordano no le guardaba rencor.

Al terminar su intervención, todo el salón prorrumpió en una intensa ovación que el director científico agradeció levantándose y saludando con pequeños movimientos de cabeza. Después, y una vez finalizada la sesión, el profesor francés se acercó a los cuatro arqueólogos directores:

—Camaradas, espero que nuestras vidas tengan un antes y un después a partir de mañana. Será por la edad —bromeó—, pero nunca antes me había hecho tanta ilusión comenzar una campaña arqueológica.

—Creo hablar por boca de todos, profesor —supuso Abdallah—, que nosotros albergamos esas mismas sensaciones.

—Ya sabéis que hoy tenemos una cena muy especial —Laurent abandonó el rostro afable por otro más trascendente—. Me parece un gran detalle por parte del Rey. Aprovechad esta tarde por si queréis hacer alguna compra, pues donde vamos no podréis comprar absolutamente nada, excepto alguna postal o un paquete de diapositivas.

Tanto la profesora Cobb como Araceli sonrieron. A la española le apetecía que en la expedición también hubiera otra mujer, la hacía sentirse algo más respaldada y segura. Además, había entrado en buena sintonía con la norteamericana.

Antes de que el grupo se

disolviera, alguien se acercó a la profesora Artigas:

—Si vas a tener la tarde libre, podría enseñarte el zoco —sugirió Patrash a la madrileña.

Araceli se acercó unos centímetros y susurró, casi a voz en cuello.

—Ya te dije ayer que tú vas muy deprisa.

El fotógrafo sonrió.

—La vida, que es muy corta.

—En la vida, como dices tú, hay tiempo para todo. Hoy sí que no puedo —resolvió, con decisión—, tengo que hacer cosas en el hotel.

Mientras el grupo se dirigía lentamente a la puerta de entrada, la

norteamericana se acercó al profesor italiano. Tenía ganas de conocerlo, tanto por motivos profesionales como personales:

—Profesor Ferrini, ¿no va a ser todo esto muy emocionante? —Rachel prefirió adoptar el papel de mujer entusiasta—. Yo todavía estoy en una nube, no termino de creermelo que vayamos a cenar esta noche con el rey Hussein...

Giampiero se encontraba sumamente contrariado con esa cena. No le apetecía nada ya que no sabía si tendría que hablar, si el monarca le preguntaría; también desconocía cuál era el comportamiento que esperaban de él. Lo suyo era la vida pastoral y dedicar

horas al estudio. Nada más. Jamás iba al cine o al teatro, no tenía televisión, escuchaba poco la radio y, más allá de sus misas en Santa Elena, solamente tenía contacto con el mundo exterior cuando visitaba algún museo o las librerías Cesaretti o Tara. Y aquella cena formal con el Rey de Jordania y con sus compañeros de campaña se le antojaba como una especie de test social que no sabía si aprobaría. Además, la presencia de la norteamericana le incomodaba. Y mucho.

—Esto es algo muy importante, no cabe duda —repuso Giampiero, con un semblante más que serio, tenso.

—Dime, ¿tú has trabajado en excavaciones arqueológicas?

—Sí, en Herculano y en alguna otra, hace mucho tiempo.

—¿Y esto será muy difícil? — preguntó Rachel Azikri, con intención.

—Supongo que el profesor Didot lo tendrá muy estudiado. Para mí es algo impensable dirigir un equipo tan amplio —Giampiero no supo cómo había sido capaz de hablar tanto. Temía que la causa de la locuacidad fuera la presencia de la mujer.

Llegaron al vestíbulo de la Universidad.

—Esta tarde tengo que comprar ropa y me da un poco de miedo ir sola. Me han asegurado que Ammán es una ciudad muy tranquila pero, no sé — vaciló intencionadamente—, toda esa

gente... vestida así, tan rara... ¿Te importaría acompañarme? —el dardo de la israelí no pudo ser más directo.

Giampiero la miró sumamente extrañado. No podía creer que la vida le pusiera delante tan pronto una prueba como aquella.

—Es que he de terminar con el equipaje. No me ha dado tiempo de desempaquetarlo por completo y ya tengo que guardarlo otra vez en la maleta —el hombre, nervioso, se contradecía.

Rachel giró unos grados la cabeza y guardó silencio. Su expresión ejercía una mayor capacidad de súplica que si se hubiera puesto de rodillas.

—Está bien —concedió

Giampiero, sin saber muy bien por qué había accedido—. Estaré en la recepción del hotel a las cuatro en punto, pero no podemos estar mucho tiempo. Ya has oído lo que nos ha dicho el profesor Didot de la puntualidad.

La israelí comprobó que el dardo que le había lanzado no solo había sido directo, sino que también había sido eficaz.

Después de despedirse de todo el mundo, Patrash se dirigió a un lugar en la Universidad donde se había dado cita con un hombre con zob marrón y capucha. Delante de él, rebobinó el carrete de su máquina de fotos y se lo entregó.

—Date prisa, esto tiene que estar en la embajada norteamericana en menos de media hora. ¡Vamos!

22. Ammán

Tan puntual como le había pedido Giampiero, Rachel llegó al vestíbulo del hotel a las cuatro. La judía llevaba unos pantalones anchos, negros, y una blusa también negra con más escote del que le gustaría al mojigato italiano. Se sintió violento cuando salieron a la calle y se detuvieron en la entrada.

—He preguntado en la recepción dónde podía comprar ropa occidental y me han indicado que hay una tienda a un cuarto de hora del hotel. ¿Vamos?

Hasta donde recordaba, Giampiero nunca había caminado por la

calle con una mujer que no fuera familiar, y ahora se encontraba en un país musulmán, vestido como un seglar y con una compañía femenina que era mirada por todos los hombres con los que se cruzaba.

—Aquí no deben estar muy acostumbrados al turismo. ¿Te has dado cuenta? Da la impresión de que soy la única mujer que está ahora mismo en las calles de Ammán.

—Quizá sea por como vas vestida —supuso el arqueólogo. Giampiero hubiera dado cualquier cosa por encontrarse en Roma, vestido con su anhelado alzacuellos y sintiéndose un ser invisible y anónimo.

Rachel frenó en seco y se miró

de arriba abajo:

—¿Qué pasa, no voy bien? — preguntó, sonriendo.

El italiano prefirió no responder y pidió continuar andando. La israelí intuyó que su compañero de campaña iba a ser alguien muy divertido. Le extrañaba que con su edad tuviera tan poca experiencia con las mujeres a juzgar por su introvertido comportamiento.

—La llamada para este viaje llegó tan de improviso que no me dio tiempo ni para comprarme algo adecuado para trabajar todos los días en el desierto. Espero que me ayudes a elegir lo que mejor me siente —le pidió, con un punto de picardía que él no

captó.

Entraron en una tienda que tenía unos escaparates enormes abigarrados tanto de ropa de mujer como de hombre, aunque en lados separados. Nada más entrar, un hombre muy moreno prohibió al italiano entrar en la zona de las mujeres.

—Es mi marido —reivindicó ella para sorpresa del párroco.

El dependiente le repitió que no podía pasar. Si acaso, le dejaría que ella saliera con lo que fuera probándose.

—¿Te quedas con mi bolso? —propuso, para azararlo un poco más.

Los minutos fueron pasando y con ellos la tranquilidad del arqueólogo. No podía entender que una mujer tardara

tanto tiempo en probarse la ropa y que quisiera comprarse tanta. Cada diez minutos salía con un conjunto nuevo: una falda larga hasta los tobillos color marfil, otra negra que hacía juego con la blusa con la que había salido del hotel, un vestido rojo chillón demasiado ceñido para los ojos del párroco, un conjunto de pantalones color tierra a juego con una camiseta de tirantes, otro de pantalón blanco con peto que acompañó con una camisa de manga larga azul claro. Con este último conjunto la israelí quiso jugar más todavía con su acompañante:

—No sé qué tal me queda. Mira, ¿no me está un poco justo?

La mujer se dio la vuelta con las

manos en los bolsillos. A Giampiero le costó trabajo articular palabra.

Hora y media después de entrar, Rachel guardó toda la ropa en una maleta que también compró y aceptó el ofrecimiento del gerente de llevarle las cosas al hotel. Pagó con dólares y preguntó si conocían alguna tetería cercana.

—¿Te apetece? Tienes que dejarme que te invite. Te has portado muy bien conmigo y no te has quejado nada a pesar de lo que he tardado.

—Vamos donde gustes —respondió el italiano.

El establecimiento en el que entraron era un lugar muy escaso de luz, donde el humo del tabaco asemejaba una

neblina baja. En el techo dos ventiladores de grandes aspas se movían lentos. Ambos sintieron una fuerte sensación de calor.

Los sentaron a cada uno en un puf y les sirvieron dos téis ardiendo. El local solo estaba ocupado por dos o tres matrimonios occidentales y algún jordano solitario. A falta de otros estímulos, todos se fijaron en los recién llegados.

—¿Te importa hablarme de ti?
No me has contado nada.

—Mi vida no tiene interés, Linda. Soy un modesto profesor de instituto en un barrio sencillo de Roma, pero alguien fascinado por la antigüedad y por la historia.

—¿Puedo preguntarte si estás casado?

—Sí —respondió instintivamente el párroco, intentando que sus palabras no desfilaran lentas y temblorosas—. Mi mujer se llama Simona.

—¿Y tenéis hijos?

—No, todavía Dios no nos ha dado ese regalo.

A Rachel la extrañó la manera que tuvo el historiador italiano de justificar su falta de descendencia.

—Imagino que dices eso porque lleváis ya mucho tiempo casados, ¿no?

—Diez años —especificó Giampiero.

—Pues para llevar diez años

casados, tu anillo todavía conserva mucho brillo.

El párroco se miró el que le habían procurado en el Vaticano y lamentó no haber reparado en un detalle así. No supo qué responder, lo que hizo sospechar a la *katsa* del Mossad.

Después estuvieron hablando sobre Petra, lo que conocían del lugar por referencias y de las expectativas que se le abrían a cada uno con esta campaña. Ahí el italiano se transformó en otra persona. Cuando hablaba de yacimientos arqueológicos, de historia, de costumbres, Giampiero dejaba de ser un hombre cortado y pusilánime y pasaba a convertirse en un tertuliano ameno y muy documentado.

—Vamos a tener que marcharnos —planteó la arqueóloga, lamentando cortar la agradable conversación que mantenía con su compañero.

Regresaron al hotel y se despidieron en la recepción.

—Muchas gracias por acompañarme. No me apetecía entrar sola en una tienda de ropa aquí, en Ammán. Eres todo un caballero. Tu mujer tiene que estar encantada contigo.

A Giampiero le costaba trabajo mirar directamente a los ojos de Rachel. Desprendían una fuerza que le superaba. La israelí, decidida, se acercó a la cara del arqueólogo:

—Con permiso de Simona...

El párroco sintió los labios de la

mujer en sus mejillas y notó que se ruborizaba. La israelí no quiso ponérselo más difícil. Giampiero le recordaba a un niño grande, «a un adolescente grande, precisó».

Rachel Azikri subió a su habitación con una sonrisa que no se le borraba de la cara. Tenía que arreglarse para la cena con Hussein y no sabía qué ponerse. Y respecto al italiano: «recuerda que has venido a Jordania a trabajar», pensó para sí. Aunque después matizó: «habrá que compatibilizar todo».

Era consciente que su colega de campaña estaba enamorándose de ella.

23. Ammán

Fieles a la hora que les habían indicado, el equipo de arqueólogos, con Laurent Didot al frente, se encontraba en la recepción del hotel esperando a que llegaran a recogerlo para la cena que les iba a ofrecer Su Majestad el rey Hussein de Jordania. Giampiero Ferrini había confesado al director científico que él no había metido corbatas en su equipaje aunque sí una chaqueta. El francés le dejó una de las tres que llevó, por lo que la indumentaria del italiano resultaba un tanto ridícula por lo poco conjuntada que le quedaba. El arqueólogo jordano llevaba un zob blanco muy reluciente.

Las mujeres se habían vestido con un sencillo traje de chaqueta y unos zapatos de tacón: lo mejor que habían introducido en sus maletas.

La enorme limusina que estacionó en la entrada era blanca, immaculada. Los cinco arqueólogos se miraron extrañados cuando vieron que un hombre uniformado, con gorra, les invitaba a subir a su interior. No se imaginaban que fueran a recogerlos en un vehículo tan poco discreto. Cuando subieron a bordo, dos motos tomaron la delantera, encendieron las luces centelleantes e hicieron sonar sus sirenas. Cerraban la pequeña comitiva dos furgones de policía.

—Esta demostración de lujo y de

categoría está muy bien —comentó Abdallah, que fue quien rompió el silencio que se había instalado en el interior del singular vehículo—, si no fuera porque Jordania es un país pobre y el dinero que cuesta este derroche se podría emplear en alimentar a varias familias durante semanas.

Ninguno de los cuatro respondió, aunque a Rachel la hubiera gustado darle la razón en público. Como todos, guardó silencio.

Dentro de la oscuridad del vehículo los perspicaces ojos de Giampiero se perdían constantemente en la anatomía de la profesora norteamericana. El traje de chaqueta le quedaba a la perfección y, gracias a la

escasa luz que se colaba en el interior de la limusina, podía distinguir unas piernas fuertes que quedaban al descubierto por la menguada longitud de la falda al sentarse. Intentó una y otra vez huir del imán que provocaba su presencia, pero no lo consiguió. Le hubiera gustado santiguarse y pedir perdón, pero se contuvo y optó por rezar algo.

Araceli se apoyó en el respaldo y miró al exterior, que ya había perdido la coloración del sol al atardecer encontrándose sumido en las primeras sombras de la noche. Asoció a Ammán con una ciudad en guerra, con numerosas farolas apagadas, sucia y destartalada, pero atrayente, enigmática, muy distinta

al mundo en el que ella se movía habitualmente.

Después de atravesar una larga avenida, ya en las afueras de la capital, el alargado vehículo aminoró la velocidad y giró a la derecha siguiendo a las dos motos que acababan de cruzar un portón metálico donde varios militares montaban guardia: estaban entrando en el recinto del palacio Basman. Al pie de las escalinatas un hombre mayor, con una barba blanca y vestido con un original uniforme, les dio la bienvenida:

—Es para nosotros un honor recibir a tan ilustres visitantes. Mi nombre es Zeid Rifai, y soy el secretario personal de Su Majestad. ¿Me

acompañan?

Lo mismo que sus compañeros, y mientras iban subiendo los escalones que conducían a la majestuosa entrada al edificio, Araceli reparó en la calidad del mármol de los peldaños, en el murmullo del agua que caía sobre las fuentes dispuestas en los laterales y en el ambiente de paz, tranquilidad y frescor que se respiraba en el lugar.

—Veo que se han arreglado lo suficiente para la cena, pero si me lo permiten, les ofrezco tanto a los caballeros como a las damas la posibilidad de ponerse algo más adecuado. Vengan conmigo, se lo ruego —les pidió Zeid Rifai.

Dejando a un lado gruesas

columnas blancas con remates corintios en dorado, y poniendo sus pies sobre grandes losas de mármol irisado, los invitados llegaron a un distribuidor donde les esperaba un hombre y una mujer. Les instó a que se dejaran acompañar y aconsejar por sus ayudantes. Con una amplia sonrisa, la mujer pidió a Araceli y a Rachel que entraran con ella. El hombre hizo lo mismo con los tres arqueólogos.

Las dos profesoras siguieron a la colaboradora del secretario de Su Majestad hasta un vestidor donde otras dos mujeres, calladas, expectantes y con aire de sumisión, se mantenían de pie junto a unas puertas correderas.

—Mi nombre es Samira —se

presentó en perfecto inglés—, y trabajo en la corte de nuestro monarca. Les ofrezco, si lo desean, vestirse con una ropa más adecuada para la cena de gala que va a ofrecerles Su Majestad.

Sin esperar respuesta, la ayudante abrió uno de los armarios y mostró su interior. Araceli y Rachel se sorprendieron de la colección de prendas que guardaban. Samira miró a la madrileña de arriba abajo e indicó algo a una de las mujeres que estaban a sus órdenes. Esta descolgó dos vestidos de noche, largos y escotados, que hechizaron a la arqueóloga española.

—Creo que son de su talla.
¿Quiere probárselos?

Giampiero se quedó pasmado cuando vio entrar a Rachel con un vestido fucsia hasta el suelo, que dejaba al descubierto sus anchos y para él muy llamativos hombros. Le pareció una hermosa mujer y sintió, aunque solo fuera por un instante, pertenecer al sacerdocio. Inmediatamente se arrepintió de semejante ataque de irracionalidad y pidió perdón intentando que nadie lo notara. Araceli había elegido uno índigo que le encantó en cuanto se lo puso y se miró al espejo. Como a la norteamericana, la habían facilitado también unos zapatos de tacón y un pequeño bolso, todo a juego y de perfecta manufactura.

Al francés y al italiano les

pusieron un zob tan blanco como el que había llevado Abdallah.

Zeid Rifai pidió que le acompañaran de nuevo y así llegaron a un inmenso salón que se dividía a su vez en varios ambientes. A la derecha había un conjunto formado por dos sofás y dos sillones. Giampiero se sentía ridículo vistiendo un zob y entendía que con ello faltaba a los principios que juró cuando se hizo religioso, pero también sabía que su misión venía impuesta por el mismo Papa y se consideraba un servidor de la fe cristiana, aunque a veces tuviera que pasar por momentos como ese. Se avergonzaba solo de pensar que las feligresas del barrio Prenestino le vieran así vestido, con una

prenda tan inapropiada.

Mientras, Araceli se sentía feliz. Estaba colmando sus expectativas personales sin haber llegado, *siquiera*, a Petra. Nada podía ser mejor que todo lo que le estaba pasando.

—Voy a avisar a Su Majestad. Un momento, por favor.

Los cinco historiadores permanecieron de pie mirándose entre sí sin saber qué decir y escrutando con los ojos toda la pieza. El profesor francés miró a sus compañeras y, galante como era habitualmente, lanzó una exclamación que le salió natural y sincera:

—¡Qué guapas estáis!

—¡No es cierto, profesor Didot!

—se oyó que alguien decía.

Los cinco, sobrecogidos por la nueva voz que acababa de irrumpir en el salón, se giraron hacia el mismo lugar por donde ellos habían entrado.

—Perdone que le corrija, profesor Didot —se excusó el Rey—, pero sus compañeras no están guapas, están guapísimas.

El monarca se dirigió, decidido y sonriente, hacia las arqueólogas. En primer lugar saludó a Araceli:

—Por la foto del periódico, usted debe ser la profesora española. ¿Me equivoco? —preguntó, mientras tomaba delicadamente su mano y besaba su dorso.

—No se equivoca Majestad, mi

nombre es Araceli Artigas —confirmó, sorprendida por aquella demostración de cortesía.

—Y usted debe ser la profesora norteamericana.

—Correcto, Majestad —ratificó la israelí, que procuró mostrar la sonrisa más falsa que era capaz de extraer de su amplio repertorio. Odiaba tener que ser cortés con un mandatario árabe—. Es un placer que nos haya invitado a su palacio.

Después de cumplimentar a las dos mujeres, el monarca, ya mucho más formal, saludó a los tres hombres, comenzando por el francés.

—Profesor Didot —proclamó, a modo de bienvenida general—, es para

este Rey, en representación de todo mi país, un honor daros la bienvenida a Jordania, y deseamos que la campaña arqueológica que usted dirige sea fructífera y suponga un reconocimiento internacional a la historia de esta noble nación.

—Majestad, los que estamos encantados de estar aquí somos nosotros. No hay mayor honor para un arqueólogo que venir a Petra y trabajar en su milenaria historia.

Los seis se sentaron en los sofás y degustaron un té. Los invitados se mantenían expectantes ante las palabras que el Rey pudiera pronunciar.

—Profesor, ¿se encuentran bien instalados? —se interesó el monarca.

Después de las respuestas amables de todos los presentes excepto de Giampiero, que se mantenía en silencio desde que habían salido del hotel, Hussein siguió interesándose por la planificación de la campaña arqueológica. Laurent Didot comenzó a explicar cómo iban a afrontar el trabajo, qué grupos iban a formarse y los cometidos de cada miembro de la expedición, incluidos los técnicos locales.

—Disculpe la pregunta, Majestad, pero ¿hay riesgo de altercados en esa zona?

La pregunta de Rachel Azikri sonó muy extraña para todos los presentes. El monarca, acostumbrado a

las relaciones internacionales y a las entrevistas en las que también había tenido que tratar cuestiones desagradables e incómodas, no perdió la sonrisa y respondió con naturalidad:

—No tiene por qué preocuparse, doctora Cobb. Jordania es un país muy tranquilo que sabe vivir en paz y armonía con sus vecinos. Incluso con los israelíes, si lo pregunta por eso.

—No solamente con los israelíes, majestad. Estaba pensando en Arabia Saudita. ¿Cómo están las relaciones con ese país?

No solamente al rey Hussein, sino a todos los presentes les pareció que la pregunta era más propia de una periodista política o del dirigente de

otro país que de una arqueóloga en viaje de trabajo.

—Se encuentran perfectamente, doctora. Mejor que nunca —el monarca mintió, pero entendía que aquella no era la conversación que esperaba por lo que optó por dar un giro a la tertulia.

—Bueno, doctora Artigas, ¿qué tal está mi España? Soy un enamorado de su país, tengo que confesarlo. Cada vez que lo he visitado he disfrutado como en ningún otro lugar.

Araceli no esperaba que el monarca se dirigiera directamente a ella y se puso nerviosa al responder:

—Muy bien, Majestad. Las cosas nos van muy bien. Además, parece que España cuenta cada vez más en la

escena internacional. Prueba de ello es mi presencia aquí.

Laurent Didot recordó que la primera opción de la UNESCO había sido contar con un soviético, y que solo la obcecada imposición de Hussein había provocado un cambio en el equipo técnico de la campaña.

—A quien más callado veo es al representante italiano. Profesor Ferrini, ¿conocía usted Jordania?

—Yo... no. No había estado nunca en Jordania, aquí —Giampiero balbuceaba más que hablaba. Rachel ocultó la sonrisa que le producía aquel adolescente encastrado dentro del cuerpo de un hombre muy atractivo. Intentó no ponerlo todavía más nervioso

con su mirada y la perdió en algún lugar indeterminado del amplio salón.

Hablaron durante diez minutos más sobre las dificultades de la vida en el desierto y el monarca se ofreció en varias ocasiones a facilitar todo aquello que necesitara el distinguido grupo.

—Y ahora, si les parece bien, vamos a pasar al salón. Imagino que tendrán apetito —determinó el regio anfitrión.

El monarca se levantó e inmediatamente le imitaron todos los presentes.

—¿Me acompaña? —pidió a Araceli.

El Rey y la madrileña caminaron juntos siendo seguidos por el resto de

los miembros del equipo. A Hussein no le importó que todos los demás descubrieran quién era su invitada favorita.

—Y dígame, usted, ¿de qué parte de España es? —empezó preguntando el monarca.

Después de atravesar un largo y ancho pasillo flanqueado por guardias a ambos lados, llegaron a otra estancia de un tamaño similar a la anterior donde tenían una amplia mesa redonda esmeradamente dispuesta para seis servicios. También habían instalado una tarima de madera elevada unos diez centímetros del suelo. Al lado de la mesa había tres camareros, dos hombres

y una mujer, en pie y dispuestos a atender a los invitados. La señorial iluminación procedía de una colosal araña de cristal que colgaba del techo.

El monarca tomó asiento con la pared a su espalda y pidió a las dos mujeres que lo hicieran a su lado:

—Privilegios de anfitrión — afirmó, sonriente.

A su izquierda se sentó Araceli y después, sucesivamente, Giampiero, Laurent, que se hallaba justo frente al monarca, Abdallah y Rachel. Hussein levantó la mano y chasqueó los dedos. Los camareros comenzaron a servir platos en la mesa. Sacaron también dos botellas de vino y otras dos jarras de té.

—El vino es de Rioja —matizó,

mirando a Araceli—. Mi amigo Francisco Franco me manda una caja todos los años. Los musulmanes no podemos tomar alcohol pero mis visitas lo agradecen. Por tanto, pidan que les sirvan.

El aspecto de los platos era inmejorable: tomates aliñados del valle del Jordán, berenjenas asadas, *mensaf*, *foul* de habas y pichones rellenos.

Abdallah miraba los manjares y se despreciaba por hallarse sentado a esa mesa. En los campamentos de refugiados, aquellas viandas darían para alimentar a dos familias durante una semana. Era un derroche incomprensible en el que él involuntariamente estaba participando.

El Rey fue indicando a Araceli lo que había en cada plato pues imaginaba que ella no lo conocería:

—La cocina oriental no solo es cuscús y falafel. Mire, tiene que probar el *mensaf*, uno de nuestros platos regionales.

Todos los presentes se dieron cuenta del interés que mostraba el monarca con la arqueóloga española.

Tras diez minutos en los que imperó el silencio y los comensales se dedicaron a degustar con apetito la presentación gastronómica, Hussein quiso interesarse por la labor concreta de las arqueólogas en Petra:

—¿Y no es muy cansado para ustedes realizar todos los días un trabajo

de campo de sol a sol? —el monarca primero miró a la israelí, por compromiso, y después posó sus ojos en la española, verdadera destinataria de la pregunta.

—Bueno, esto tendrá que responderlo el profesor Didot, que es quien organizará el trabajo, pero el interés profesional siempre compensa los sufrimientos que puedan padecerse —respondió, muy diplomática, la arqueóloga madrileña.

—Las jornadas las dividimos en dos fases —comenzó contando el francés—. Una de campo y otra de laboratorio.

El monarca atendió con fingido interés lo que le decían ya que, en ese

momento, era algo que le resultaba indiferente. Él sentía inclinación por una persona y le sobraban las otras cuatro. Mientras escuchaba cómo iban a tratar las piezas encontradas en la excavación, seguía de reojo el comportamiento de Araceli, incluso en alguna ocasión estuvo atento hasta el punto de servirle vino en su copa, actitud inusual para un Rey.

—Sé que Su Majestad tiene una agenda muy completa, pero estaríamos enormemente honrados si nos visitara en Petra —le propuso Laurent.

—Acepto la amable invitación pero me temo que será imposible. Tengo previsto realizar varios viajes fuera de mi país. Ya saben ustedes, la vida del

estadista permite escasos momentos de tranquilidad como este que estoy disfrutando con ustedes ahora mismo.

—¿Podría preguntar a Su Majestad algo que se aparta del objeto de nuestra presencia en este palacio?

La pregunta de Abdallah resonó demasiado formal para el momento, pero el monarca le confirmó que podía preguntar lo que quisiera, que aquella era la casa de todos los jordanos.

—Me gustaría conocer la opinión de Su Majestad sobre los campos de refugiados que se sitúan al norte de nuestro país.

El monarca bebió un pequeño trago de té y respondió con claridad a su compatriota.

—La situación de los refugiados palestinos en Jordania en ocasiones es crítica, no voy a ocultarles la realidad. Recibimos ayudas por parte de la Organización de las Naciones Unidas pero estas son insuficientes —reconoció, ante el silencio de sus invitados—, y nos vemos en la obligación moral de tener que completar nosotros, los jordanos, y contra nuestros pobres presupuestos, las necesidades básicas de aquellos que han perdido todo excepto las ganas de vivir. Pero ellos son árabes y nosotros somos árabes, y no vamos a escatimar nuestro apoyo hacia unos hermanos que se han quedado sin país.

Rachel creyó que aquellas

palabras podían formar parte de una estrategia preconcebida para provocarla y descubrir su condición de hebrea, pero optó por continuar en silencio, escuchando las, para ella, hipócritas palabras del monarca menos árabe de todos los de la región.

—Majestad, ¿y hasta cuándo va a mantenerse esa situación? —se interesó Laurent Didot, que se sentía atraído no solo por la historia antigua de Jordania, sino también por los acontecimientos contemporáneos.

Hussein resolvió como siempre, con soltura y naturalidad:

—Es para todo árabe un asunto muy espinoso y van a permitirme que obvie una conversación tan delicada

como esta —miró la situación de la mesa y entendió que la cena había finalizado—. Por el contrario, les ofrezco una alternativa.

Levantó de nuevo la mano y volvió a chasquear los dedos. Solícitos, los camareros retiraron con avidez todos los platos de la mesa, los cubiertos y las copas y regresaron rápidamente con unos servicios nuevos y con varias bandejas con dulces: *knafa* y *mushabbak*, todos ellos brillantes por la abundante miel que los cubría. Dispusieron también dos enormes teteras y seis vasos de cristal.

Súbitamente, entró en el salón un hombre vestido con un conjunto regional compuesto de pantalón verde brillante,

camisa roja de manga larga y fajín negro, los colores de la bandera jordana, todo ello de satén, portando un *daff*. Se colocó de pie firme delante del estrado de madera y marcó una acentuada reverencia ante el grupo. El monarca pronunció algo en árabe y el músico, después de recibir la aprobación, soltó un chillido que sobrecogió a los presentes. Como si estuvieran desfilando, aparecieron en el salón cinco hombres más, igualmente vestidos, seguidos de otras seis mujeres con abayas negras bordadas en hilo de plata. Los doce subieron al estrado. Otros tres músicos irrumpieron en la estancia. Se encendieron unas lámparas que enfocaron la escena con un fuerte

resplandor, a la vez que descendió suavemente la potente iluminación de la araña hasta quedar reducida a una suave penumbra. El hombre del *daff* comenzó a golpearlo rítmicamente mientras los bailarines iniciaron la danza. Los tres músicos llegados después comenzaron a hacer sonar las *zurnas* y el laúd. Los arqueólogos estaban asistiendo a un *dabke*, el baile regional jordano.

Hussein miraba de reojo a Araceli, que en alguna ocasión se giró para mostrarle una sonrisa de compromiso, y aprovechó la oscuridad para recorrer cada centímetro de su perfil, fijándose en cada rasgo, incluso en las pequeñas arrugas que comenzaban a ramificarse desde sus ojos hacia las

sienes.

24. Maan

El grupo padecía resaca, aunque habían bebido muy poco alcohol. Viajaban a bordo de un microbús que ocupaban siete personas: el conductor, los somnolientos arqueólogos, y Radia Saffih, la única mujer musulmana de la expedición, a quien por cortesía Laurent había pedido que los acompañara. Formaban el primer vehículo de un largo convoy compuesto por dos autobuses de pasajeros, tres camiones de carga, otros dos con depósitos de gasoil y de agua, un camión militar y dos *jeeps* del ejército. Cerraban la comitiva dos todoterreno de servicio. En total, trece

vehículos de todo tipo de tonelaje que se dirigían con paso cansado rumbo al sur, concretamente a la ciudad de Maan, la mayor concentración de habitantes más cercana a Petra.

Abdallah viajaba junto al conductor. Los asientos centrales los ocupaban las tres mujeres y en la última fila se ubicaban el profesor italiano y el director científico. Pero lo que cada uno llevaba realmente a su lado no era un compañero, sino el recuerdo de la noche precedente, lo que hablaron con el Rey de los jordanos y la impresión que obtuvieron de él. Así, el profesor francés pensó que Hussein era un hombre que podría cambiar el destino de su país, si se lo propusiera, hasta

convertirlo en el baluarte de un mundo árabe moderno; aunque lo encontraba demasiado joven e inexperto todavía. Asimismo, su vasta cultura y exquisito don de gentes quedaba ensombrecido por una excesiva inclinación hacia las mujeres, algo de lo que todos se dieron cuenta.

Para Giampiero, Hussein era el ejemplo de vividor, no de alguien que debía ejercer la jefatura de su Estado con mayor dedicación y responsabilidad. Además, era musulmán, algo que al párroco le provocaba un irresoluble problema moral adicional que no podía esquivar. Le pareció que había mantenido sobre Araceli una actitud reprobable para ser

alguien que, como había leído, se encontraba casado y con familia.

Abdallah sabía que era su Rey y que lo tenía que respetar por ello, pero en el asunto israelí su actitud era tibia. Al profesor jordano le hubiera gustado que su país tuviera un monarca más comprometido con su historia, con las ideas más definidas sobre la causa palestina, su origen y las soluciones que tenían que hallarse así como la urgencia de las mismas.

A Rachel fue a la que menos importaron los galanteos del monarca con Araceli. Sabía que la española era una mujer atractiva, más joven que ella, y alguien así era lógico que entrara en los planes de un hombre mujeriego y con

dinero. Ella no había viajado a Jordania para flirtear. Lo que preocupó sobremanera a la agente del Mossad fue el escaso carácter que encontró en la conversación y en la personalidad del joven Rey jordano. Alguien así, entendió, sería muy manejable por los vecinos árabes que le rodeaban y que le pondrían frente al Estado de Israel, algo que acarrearía fatales consecuencias para su gobierno. No le entraba en la cabeza que Hussein fuera a desobedecer las órdenes que le diera en cualquier momento el presidente egipcio Nasser. «Se dejará manejar como una marioneta», extrajo la israelí en conclusión.

Araceli no consiguió olvidarse

de su anfitrión. Lo encontró un hombre encantador, de agradable conversación, siempre con sonrisa franca aunque un tanto pícaro, que se mostró especialmente cortés. En algunos aspectos, le recordó al sinvergüenza de Ricardo. También se dio cuenta de las preferencias del monarca ante las dos mujeres asistentes a la cena. La española supo, ya solo con los saludos iniciales, cuál de las dos iba a ser la vencedora de la noche. Le hizo gracia, no siempre estaba acostumbrada a erigirse en la triunfadora. «Aunque, ¡qué más da!», pensó. Araceli sabía que lo más probable era que jamás volviera a ver al monarca hachemita. Eso sí, desde que había llegado a Ammán la

madrileña era consciente que había ganado alguna talla de orgullo. No era uno, sino dos los hombres que se habían fijado en ella. «Va a ser cuestión de venirse a vivir aquí», concluyó, sonriendo interiormente.

Inesperadamente, y despertando al grupo de los pensamientos en los que andaban metidos, Abdallah se volvió hacia sus compañeros y expresó un comentario:

—Tenía razón anoche Su Majestad. Es una lástima que lleguen tan pocos fondos a Jordania.

—Los jordanos no podéis quejaros. El esfuerzo de la UNESCO con esta campaña no tiene precedentes —le recordó Laurent, desde el fondo del

microbús—. Ya lo quisieran muchos países, y me atrevería a decir que incluso algún continente.

—Claro que no me quejo de la UNESCO, pero sí de los norteamericanos.

Por alusiones, Rachel no pudo permanecer callada y pidió al profesor jordano que se explicara. Si estaba allí en calidad de ciudadana de ese país, tenía que considerarse aludida.

—Claro que los norteamericanos envían fondos a esta zona, pero todos se quedan junto al Mediterráneo, nunca traspasan el Mar Muerto —señaló.

Rachel entendió que aquello podía ser una provocación y obvió justificar a los judíos norteamericanos.

Optó por ofrecer una ambigua salida diplomática:

—Imagino que habrá de todo. Norteamérica es un país muy grande — zanjó.

El pequeño convoy no superaba los sesenta kilómetros por hora, lo que unido a lo monótono de un paisaje plano y sin elementos de referencia, condujo a que el grupo volviera a sumirse en un silencio acorde con el sopor de sus miembros. Media hora después se orillaron en la carretera y detuvieron los vehículos al lado de un pequeño establecimiento donde vendían refrescos, té, sandías y tomates. También había unos aseos. Laurent y Abdallah hablaron con los otros conductores y

determinaron que la parada duraría una hora, para que así realizaran el *dhuhr*, el segundo rezo del día.

Giampiero Ferrini se había sentado a la sombra de un chamizo, con un té en la mano. Rachel buscó un taburete libre y lo colocó junto al del italiano.

—Eres un hombre muy callado, Giampiero —la *katsa* del Mossad le miraba fijamente a los ojos, como hacía habitualmente—. Ayer cuando salimos los dos, anoche en la cena y hoy, casi no has hablado. Y aquí vas a tener que hablar mucho. Ya sabes que dirigir una campaña arqueológica significa no callar ni un minuto. Hay que mandar y opinar, continuamente.

El párroco reconoció abiertamente su falta de experiencia.

—Solo he acudido a excavaciones cuando era estudiante, y siempre en calidad de peón.

La conversación se vio interrumpida por el cántico que comenzó el almuédano, que viajaba en el primer autobús. Inmediatamente todos los jordanos subieron a los vehículos y bajaron, minutos después, con una esterilla de plegaria en la mano, la cual que extendieron en la explanada que se abría detrás de la casa que hacía funciones de bar. El almuédano sacó una brújula y colocó su alfombrilla en una determinada orientación. Todos le imitaron, poniéndolas muy juntas unas

de otras, formando varias hileras. Radia dispuso la suya a dos metros de la última fila de hombres. Abdallah y Patrash también se unieron al grupo.

El hombre tomó su Corán y comenzó a recitar versículos mientras todos lo escuchaban en silencio y de rodillas. Después, comenzaron a marcar reverencias hasta el punto de tocar con la cabeza la esterilla.

Rachel y Giampiero los observaban, a cierta distancia y en silencio.

—¿Quién puede asegurarles que su religión es la equivocada? —más que una pregunta, aquello sonó a reflexión particular del sacerdote.

—Es posible que la de ellos sea

la creencia verdadera —apuntó Rachel, intencionadamente. Ella profesaba la religión judía y le estomagaban los modos y maneras de los musulmanes, pero quería conocer la opinión del italiano—. Yo soy agnóstica, pero no sé por qué una religión puede ser la verdadera y las demás estar equivocadas.

Giampiero la miró con ojos profundos, inquisidores.

—No sé cómo puedes decir esas dos cosas, que seas agnóstica y que dudes de cuál es la religión verdadera. En Occidente creemos en la incuestionable palabra de Dios, en su inequívoco mensaje, y en la vida eterna que Él nos anunció. Es imposible que

una persona pueda ser agnóstica, no es compatible con el raciocinio y con la lógica.

Aunque se había prometido moderar sus comentarios para no delatar su verdadera identidad, el religioso italiano no pudo permanecer en silencio ante las escépticas afirmaciones de la norteamericana. Rachel prefirió seguir tomando té y no continuar con la conversación, que podía derivar en breve en una agria discusión.

Araceli también observaba al grupo orante, y especialmente a Abdallah. Mezclado entre sus correligionarios, el profesor se había igualado a todos ellos sin que se apreciara diferencia de nivel, ni cultural

ni económico, entre los devotos, como Patrash, uno de los pocos que no vestía zob, y que también se había unido a los peones durante el acto religioso.

Del mismo modo observó a Linda y a Giampiero. Le extrañó la manera del italiano de gesticular, pues hasta ese momento se había comportado callado y pasivo, pero lo vio lógico. Había comprobado que la norteamericana era una mujer muy atractiva, capaz de hacer con los hombres lo que se propusiera. Y si había querido arrancar a Giampiero de su letargo, era evidente que lo había conseguido.

Media hora después el convoy se había puesto de nuevo en marcha. El

calor en el microbús era insoportable y los ocupantes sudaban profusamente. No volvieron a parar hasta media tarde, cuando llegaron a Maan.

Estacionaron los vehículos doscientos metros antes de llegar a la ciudad, y el que parecía el jefe de los peones comenzó a dar voces a sus hombres. En media hora habían montado dos carpas blancas construidas con tubos metálicos. En una de ellas, la más pequeña, también habían ensamblado seis camas dispuestas en dos grupos, ya que la carpa la habían dividido interiormente por medio de una cortina. A un lado dormirían las tres mujeres y en el otro los tres historiadores.

También habían instalado unas letrinas apartadas.

De la furgoneta comenzaron a sacar mesas que cubrieron de comida. Dos hombres instalaron otra más pequeña con cinco sillas. Sirvieron varios platos: tomates, falafel, pan ácimo y botellas de Coca-Cola a temperatura ambiente.

Rachel se acercó al oído de la española y le susurró:

—Como no comamos esto, vamos a quedarnos sin probar bocado en toda la campaña.

La española sonrió apática.

No pasó desapercibido para la norteamericana el gesto que marcó el arqueólogo italiano antes de probar el

primer bocado. No cabía duda alguna de que era alguien muy piadoso.

Patrash Pasha entró en la carpa cuando las mujeres acababan de tomarse una fruta:

—A ver, ¿a qué guapa mujer voy a hacer una foto?

Las dos arqueólogas se miraron con complicidad.

—Patrash, ¿por qué no te das una vuelta hasta Arabia y vuelves dentro de dos o tres años? —le propuso Rachel.

Araceli rió la broma de su compañera.

—¿Vas a pasarte así toda la campaña? —quiso saber la norteamericana, en broma.

—¿Cuál es mi pecado?

¿Pretender perpetuar en un carrito de fotos a las dos mujeres más bellas de Asia? A ver, ¿quién de las dos sale conmigo para poder retratarla? Tengo un flash que funciona como los ángeles.

—¿Los ángeles dan luz? —preguntó irónicamente la española, que acompañaba a Rachel en los ataques verbales al fotógrafo.

—Si salgo y me haces un par de fotos, ¿Vas a dejarme en paz unos días? —planteó la espía del Mossad.

—Unos días no lo sé, pero por hoy sí. ¿Te animas? —sondeó a la israelí.

Salieron al exterior y el fotógrafo continuó hablando en voz alta, a la vez que tomaba varias instantáneas.

Desde el interior de la carpa, Araceli veía los fogonazos del flash mientras se compadecía de su compañera y envidiaba su paciencia con el pesado de Patrash.

—A ver, una más —se le oyó decir al árabe.

Luego, sin mediar palabra, el fotógrafo se acercó a Rachel y le introdujo un pequeño papel en el interior de uno de los bolsillos delanteros de su pantalón. Ella se dejó hacer. Al terminar, ambos se guiñaron un ojo.

—¿Puedo hacerte la última, Linda? —volvió a preguntar, en voz alta y clara.

—No, Patrash. ¡Mejor no! —exclamó la espía del Mossad, para que

la oyera todo el mundo.

Al entrar de nuevo en la carpa, Rachel mostró cara de cansancio ante lo latoso que resultaba el fotógrafo de la campaña.

—Bueno, por lo menos de momento nos hemos librado de él — reconoció la israelí.

Rachel se quedó unos minutos más charlando con Laurent y con Araceli, pero no podía esperar más tiempo para saber qué mensaje le había entregado Patrash Pasha, uno de los muchos árabes que se encontraban en nómina del Mossad. Abandonó la carpa para entrar en una de las letrinas. En la intimidad, y con la seguridad de que nadie iba a sorprenderla, extrajo el

papel y leyó lo que el fotógrafo, en caracteres árabes, había escrito. «¡No puede ser!», fue su callada reacción.

25. Petra

Hacía tiempo que Araceli no se levantaba tan sobresaltada como aquella noche que pernoctó en una carpa sin ventilación. La culpa no había que achacarla ni al calor sofocante ni a la inquieta sospecha de los pequeños animales que podrían importunarla durante la noche. La razón fue el cántico del almuédano, cuando todavía era de noche. Escuchó con nitidez los mismos murmullos que también oyó antes de conciliar el sueño, con el último rezo del día, la *aisha*.

Aunque no lo veía, pues una cortina les separaba, sintió el

movimiento de Abdallah al incorporarse al grupo de musulmanes que iban a disponerse a iniciar la *fajr*. También se levantó, adormilada, Radia Saffih. Al cabo de un cuarto de hora los oyó regresar pero ya no fue capaz de dormirse. Vio que Linda tenía los ojos cerrados. La norteamericana los entreabrió, consultó su reloj de pulsera y se giró hacia el otro lado.

Araceli se sintió tan extraña que no parecía ella. En cuestión casi de horas se había trasladado a un mundo demasiado distante de su facultad de Geografía e Historia, de su autobús 61 que la conectaba con la Ciudad Universitaria, de los bulevares de la calle General Mola, de la nutrida y

envidiada biblioteca de su salón, del familiar sonido del carillón, de los fuertes andares de su padre por la casa, de las sesiones de cine con sus amigas en el Vergara, en el Carlos III o en el Tívoli y, cómo no, muy alejada de Ricardo, alguien de quien dudaba ya si realmente hubiera existido alguna vez. Se había marchado de Madrid sin, ni siquiera, despedirse de él. No se lo merecía. En verdad no se merecía nada de lo que ella le había dado, ni sus oídos a las lisonjas engañosas ni sus cenas en los lugares más recónditos ni, por supuesto, las noches que le regaló, con un cuerpo al que no puso coto ni freno. Ricardo hizo lo que quiso con ella. Pero ella le dejó. No tenía por qué

arrepentirse ahora.

Cuando el día comenzaba a clarear consiguió conciliar el sueño y huir así de la pesadilla en que se había convertido su vela.

—Araceli, vamos a desayunar.

La madrileña volvió a despertarse sobresaltada, pero ahora no era por el cántico llamando a oración, sino por las suaves palabras de Linda, que la miraba sonriente.

Se secó el sudor que cubría su cara y sus manos y anheló una ducha. Al salir de su tienda se encontró con los tres hombres, que la saludaron cortésmente.

—¿Qué tal ha dormido nuestra arqueóloga española favorita? —

preguntó Laurent.

La madrileña mostró una sonrisa discreta al ver la disposición de la mesa. En una bandeja habían colocado varias piezas de fruta y en otra unos pastelillos cubiertos por una servilleta blanca para resguardados de las moscas que los rondaban, con una cafetera grande de seis tazas. Alguno de los presentes ya se había servido.

—Me han confirmado que ha llegado todo desde Aqaba, y que el material está esperándonos en la entrada del *Siq*, donde vamos a establecer el campamento base —informó el francés—. Hemos cambiado de opinión. No tiene sentido dejarlo en Maan. Entraremos y saldremos todos los días

por el desfiladero. ¿Estáis de acuerdo?

Ninguno se opuso.

Al levantarse, Rachel miró a Giampiero con ojos nuevos. Las fotos que Patrash realizó en el paraninfo de la Universidad de Ammán habían sido reveladas en la embajada de los Estados Unidos de América, en la capital jordana. Un equipo de fisonomistas había analizado en profundidad la media docena de fotografías que se habían tomado de los otros cuatro miembros de la expedición, y varias personas se pusieron a trabajar en distintos puntos, tanto en Washington como en Europa. Así, habían comprobado las identidades de Abdallah, de Laurent y de Araceli. El esclarecedor resultado fue que su

verdadera personalidad coincidía con lo que decían, no había suplantación de identidad; pero en el caso de Giampiero, la sorpresa fue mayúscula cuando demostraron que el teórico arqueólogo italiano era en realidad un sacerdote que no daba clase en ningún centro y que, incluso, seguía celebrando misas, algo que habían cotejado sobre el terreno y sin posibilidad de error. La israelí no alcanzaba a entender que el Vaticano hubiera introducido a un cura de parroquia de barrio que, por lo que habían podido averiguar, ni siquiera pertenecía a los servicios de inteligencia vaticanos.

Con la misma rapidez con que lo

habían montado el día anterior, un grupo de personas volvió a guardar la carpa, las estructuras metálicas, las mesas y las sillas en uno de los camiones para emprender el corto viaje hasta la capital de los nabateos. Antes de partir, alguien se acercó a Araceli, aunque esta casi no le reconoció. Era la primera vez que veía a Patrash con zob.

—Ha llegado el momento de mimetizarme con el entorno —comentó el árabe, sin que nadie le preguntara—. Y una cosa es que no vista así en Ammán, y otra muy distinta es que aquí no lleve la prenda más cómoda que existe. Si fuera un desvergonzado —añadió, bajando el tono de voz—, te diría lo que llevo debajo. ¡Oye! —sin

dejar reaccionar a la española, Patrash se apartó de ella unos centímetros—. ¿Me dejarías que te tomara una fotografía? Esta luz todavía no es muy fuerte y las sombras siguen siendo suaves.

—No me gustan las fotos, Patrash, ya te lo dije anoche —le recordó Araceli—. ¿Vas a pasarte toda la campaña retratándome?

—Toda no, pero, ¿me dejas hacerte una? Mira, ponte aquí, al lado de vuestro vehículo, así, gírate un poco.

Después de una serie de media docena, y mientras pasaba la última foto, se acercó de nuevo y le preguntó, con un tinte malicioso:

—¿Qué tal la cena en el palacio

con nuestro Rey?

Araceli lo miró sin saber qué decir. Optó por no continuar con el chisme. Antes de subirse al microbús, finalizó la conversación con unas palabras de agradecimiento y un deseo:

—Patrash, gracias por las fotos. A ver cuándo me enseñas alguna.

La caravana tardó una hora en llegar al lugar elegido por el profesor Didot para establecer el campamento central, próximo al poblado de *Wadi Musa*, un conjunto desperdigado de viviendas de pastores.

Al llegar se encontraron con un camión que arrastraba un trailer que emocionó al francés:

—¡Ahí está!

El chófer aminoró la marcha y, casi sin haber parado, el director científico saltó del vehículo para ser el primero en poner los pies sobre la arena del *Wadi Musa*, el río que servía de columna vertebral a la capital de los nabateos. El francés volvía a Petra.

Todos los miembros imitaron al jefe y se apearon del microbús. A ninguno le importaba el calor ni la fatiga del interminable viaje por la inmensa llanura jordana. La realidad es que ya habían llegado a Petra y que ahora era cuestión de minutos lo que restaba para adentrarse en el desfiladero y alcanzar la ciudad propiamente dicha.

El paisaje era arcilloso, casi

lunar. La vegetación era muy escasa y la sequedad flotaba en el ambiente. Araceli estaba emocionada y no podía ocultar sus sentimientos. Miró a Abdallah y ambos sonrieron. Rachel también experimentó una extraña sensación. Ella realmente no había ido a excavar, su objetivo era otro muy distinto, pero el seductor magnetismo del lugar se hizo patente y supo que se encontraba en un sitio que nunca olvidaría.

El más extrañado de todos era Giampiero. Para él lo más novedoso era la convivencia con personas que ni eran fieles ni eran sacerdotes. Haber viajado en un coche junto a tres mujeres era algo que le sobrepasaba como ser humano. Sentir su intranquilizadora presencia, su

contacto, su perceptible olor, sus risas, era algo nuevo, no sabía si era una prueba de Dios o una tentación de Satanás, pero sí supo que tendría que armarse de valor porque el destino cuestionaba su fe, algo por lo que no estaba dispuesto a transigir. Por eso la llegada a Petra, por lo menos lo que habían visto hasta ese momento, no le hechizó tanto como al resto. Su particular cautiverio lo había sufrido en el viaje en el microbús y en la cama, sabiendo que dormía a escasos metros de dos mujeres de una edad similar a la suya, dos mujeres hipnotizadoras que le producían una continua desazón. Sin saber por qué, parecía que Radia no había existido para él. Posiblemente su

religión ya la colocaba en otro nivel de distanciamiento.

—Vamos a tomar conciencia del lugar —sugirió Didot—. Hoy no vamos a trabajar más que en el montaje de las carpas, la zona técnica, el inventario del material del contenedor... Mañana comenzaremos muy temprano, tenemos que aprovechar bien el tiempo. ¡Vamos!

—Profesor —intervino Abdallah —, creo que todos están deseando visitar el *Siq* y *al-Khazneh*. ¿Te importa si organizo una pequeña expedición para que lo conozcan? En dos horas podemos estar de vuelta. ¿Os apetece? —preguntó el profesor jordano a sus tres compañeros. Las mujeres asintieron. El italiano se encontraba demasiado

distraído como para responder a la proposición de Abdallah. Como era habitual en él, se mostró neutro.

—Me parece buena idea, pero no tardéis más de dos horas —pidió el francés—, que quiero que me ayudéis con la supervisión de todo el material. Yo iré empezando.

Los cuatro arqueólogos comenzaron a caminar por la senda reseca del *Wadi Musa*, el río que atraviesa el desfiladero que comunica por el este la ciudad de Petra con el mundo exterior. Abdallah fue señalando las formaciones que emergían de la arena como queriendo saludar a los visitantes. Araceli y Rachel iban

haciendo fotos continuamente. Giampiero se encontraba absorto ante la magnitud pétrea de lo que contemplaban sus ojos. La particularidad del recorrido le había evadido de los pensamientos mundanos que se habían instalado en su cerebro desde que partió de Roma.

—Esto es un betilo —indicó el jordano, a la vez que señalaba una enorme piedra con forma de paralelepípedo que carece de inscripciones—. Los nabateos las utilizaban para rendir culto a sus dioses.

—¡Qué irreverencia! —el profesor Ferrini no se reprimió por lo que acababa de escuchar y que ya conocía por los libros que había leído sobre Petra—. ¡Tener más de un dios y

encima representarlos con bloques de piedra!

—El culto a los objetos materiales ha tenido reflejo en muchas civilizaciones, profesor —comentó Araceli—. Los incas y los olmecas, por ejemplo, rendían culto al sol. No tenemos por qué extrañarnos de que los nabateos idolatrasen a un bloque de piedra.

—Es que ya, por principio, tener más de un dios es algo que me parece inconcebible.

—Giampiero, no todas las religiones son monoteístas —le recordó Rachel.

Súbitamente tuvieron que echarse a un lado para evitar ser

atropellados por un dromedario. Abdallah saludó al hombre que lo montaba y cruzó varias palabras con él.

—Me dice que se alegra de vernos por aquí —trasladó el jordano.

Continuaron caminando hasta llegar a una pequeña explanada donde comenzaba el desfiladero. Abdallah les señaló unos restos a quince o veinte metros del suelo.

—Sabemos que ahí arriba hubo un arco de piedra de cincuenta piezas que probablemente debió caerse por culpa de un terremoto a principios de este siglo. Hay dibujos de hace menos de cien años que atestiguan que se conservaba completo. En esta zona se ha registrado desde siempre mucha

actividad sísmica —subrayó el profesor.

A partir de ese momento, las palabras se evaporaron y el grupo se fue sumergiendo en un camino que alternaba entre los tres y los seis metros de anchura. De vez en cuando levantaban la cabeza y contemplaban las paredes ocreas que cada vez ganaban altura.

—Estas canalizaciones que vemos aquí —señaló de nuevo Abdallah — entendemos que debieron pertenecer a la red de transporte de agua. Por lo poco que sabemos de los nabateos, podemos afirmar que fueron unos maestros en la ingeniería hidráulica. Crearon agua en donde no la había y supieron aprovechar la que les regalaban los dioses. Sus dioses —

matizó, mirando al profesor Ferrini, que no replicó.

Sin mediar palabra, el jordano señaló algún betilo más y alguna figura que podía intuirse en las paredes. Así hasta que el desfiladero se volvió a estrechar al máximo; estaban a punto de llegar al lugar más culminante de Petra.

Araceli no recordaba si se quedó boquiabierta cuando tuvo delante la imponente construcción de *al-Khazneh*, el auténtico tesoro de Petra. Como el resto de sus compañeros, se quedó varios minutos absorta ante cada detalle del frontón que, muchos siglos atrás, alguien había esculpido en la roca sin utilidad conocida. Las piernas de la profesora española fueron doblándose

hasta quedarse sentada sobre el suelo con las rodillas recogidas sobre el cuerpo. Despacio, con esmero, con suma atención, fue escudriñando cada una de las columnas rematadas por capiteles corintios que lo ornaban, tanto las que se encontraban en el nivel inferior como las del superior. Las figuras, apenas perceptibles por la erosión o el expolio, la urna de la que le habló Patrash, las marcas laterales que pudieron ser de los andamios que utilizaron los escultores... y todo ello grabado sobre la roca a golpe de cincel, de sabiduría y de paciencia.

Rachel nunca antes había estado en Petra aunque había oído hablar de la ciudad en numerosas ocasiones, incluso

había llegado a estudiarla en la ahora muy lejana Norteamérica. Ella no terminaba de encontrar la conexión de la cultura nabatea con la cultura hebrea, objeto en definitiva de su presencia en la expedición. «Todavía es pronto, y quedan muchos días», se animó.

Unos niños se acercaron al grupo con la palma de la mano abierta. El profesor Ferrini sacó unas liras que causaron la sorpresa y la alegría de los pequeños.

—No debiste hacer eso. Ahora tendremos aquí a muchos más —predijo Abdallah.

Como si hubiera sido una premonición, al cabo de cinco minutos se vieron rodeados por una docena de

pequeños pedigüños que causaron la risa de las dos mujeres aunque no tanto la del jordano. De repente, todos los niños se marcharon en estampida ante el rumor que surgía por el fondo del desfiladero, parecía que venían animales corriendo. El jordano estiró los brazos hacia los lados para pedir a sus compañeros que se apartaran.

No podían creerlo, el profesor Didot llevaba un zob blanco, la cabeza cubierta con una kufiya y montaba con destreza un dromedario que lo situaba casi a dos metros del suelo. Le seguían otros tres hombres también montados en sus animales y muy sonrientes. El francés tiró de las riendas con habilidad y detuvo al animal. Uno de los

camelleros se bajó y ayudó a apearse al director científico.

—¿Qué pensabais?, ¿qué iba a quedarme contando palas y picos sin volver a ver esta maravilla? Señores, ¿no fue Napoleón quien recordó a sus soldados algo así como que cuarenta siglos nos contemplan? Aquí habría dicho la mitad, pero es indiferente, aquel buen señor no tuvo la fortuna de conocer este imponente lugar. ¡Miradlo!, ¡admiradlo! Jamás veréis algo igual a esta bendición de *Dushara* y de *al-Uzza*.

A las palmas de Araceli se sumaron rápidamente las del resto del grupo. El profesor marcó una reverencia y supo que estaba próximo a vivir, a su

edad, la aventura de su vida.

26. Petra

Regresaron al lugar donde habían aparcado los coches y Laurent Didot observó que los técnicos habían empezado ya a desembalar algunos de los equipos que habían trasladado desde el puerto de Aqaba, adonde llegó el barco que los había traído a su vez desde Róterdam.

Los peones habían montado de nuevo las dos carpas utilizadas como dormitorios, esta vez con mayor sensación de estabilidad. Las estructuras se habían fijado al suelo con unas cuerdas que las ponían a salvo de las eventuales rachas de viento. También

estaban instalando otras carpas con funciones diversas. Tanto las que harían las veces de dormitorio como las de salas de reuniones o laboratorio iban dotadas de equipos de aire acondicionado que se alimentaban de dos grupos electrógenos. Un buen número de los beduinos que vivían en Petra y en los alrededores se acercaron para curiosarse.

—Me dicen que ya podemos entrar en la sala; espero que ya esté fresca —deseó Laurent.

La primera carpa que habían instalado tendría como función la de laboratorio, y se situaba al principio, cerca del depósito de agua y de los entoldados donde dormirían los

arqueólogos y los militares. Sobre una mesa desmontable de dos metros cuadrados extendieron la misma foto aérea con la que habían trabajado en la Universidad de Ammán. Allí el director científico comenzó con las explicaciones a los cuatro miembros de su equipo.

—No sabemos muy bien a qué vamos a enfrentarnos —comenzó argumentando el profesor Didot—. De Petra sabemos demasiado poco como para poder ni *siquiera* levantar un plano coherente. Solo tenemos pinceladas.

Así les contó que se había descubierto el tesoro, llamado *al-Khazneh* en árabe, y se había identificado el teatro romano pero no

estaba ni mucho menos convenientemente catalogado en todos sus extremos, «se han recuperado perfiles, nada más», matizó. También les habló del *Ed-deir*, del *Qsar al-Bint* y de algunos otros restos todavía sin concretar.

—Pero lo más importante de esta campaña es averiguar qué había entre las tumbas de los Reyes y la subida al monasterio. Por ello, vamos a crear cuatro grupos de trabajo. El primero estará dirigido por la profesora Artigas, que va a encargarse de desenterrar completamente el teatro romano, tanto la *orchestra* como el *pulpitum* —Araceli asintió en señal de conformidad—. Necesito que quien supervise las

excavaciones de esa área lúdica de Petra sea alguien que domine ese tipo de recintos. Las Tumbas Reales quedarán para Abdallah. Como sabemos, muchas se encuentran habitadas por los beduinos de la zona y el que investigue allí tiene que hablarles en su mismo idioma.

Al igual que la profesora española, el jordano también asintió ante la exposición del francés.

—La zona que os he dicho antes vamos a dividirla a su vez en dos —explicó Didot—, la que se encuentra al norte del *Wadi Musa* y la que se sitúa al sur. Todo apunta a que vamos a descubrir allí una parte de la historia de esta ciudad que todavía no hemos encontrado, de ahí que concentremos en

la zona a nuestros otros dos expertos. La doctora Cobb supervisará la zona sur mientras que el profesor Ferrini lo hará en la norte. Uno de los equipos que nos han traído nos va a ayudar en la planificación de la campaña —el francés consultó su reloj—. Posiblemente ya esté montado. Nos lo han llevado por el norte, por un camino de tierra por donde puede circular un todoterreno ¿Nos ponemos en marcha?

Antes de abandonar el laboratorio entró el almuédano y habló con Abdallah, en árabe:

—Me dice que en cinco minutos va a llamar a oración.

—No te preocupes, Abdallah, sabemos que estamos en un país

musulmán y aquí vamos a respetar todas vuestras costumbres. Si no os importa, esperamos aquí dentro a que completéis vuestros rezos.

El grupo se quedó repasando el plano mientras escucharon al religioso llamar a oración y guiar a sus fieles en las plegarias. Cuando finalizaron y los cuatro arqueólogos salieron al exterior se encontraron con varios dromedarios esperándolos.

—Tenemos que acostumbrarnos a valernos de estos animales —aconsejó a las dos mujeres—. No sé si habéis montado alguna vez en ellos pero es muy sencillo, incluso si tenéis vértigo. Imagino que tú, Ferrini, no tendrás problema —el italiano ni confirmó ni

desmintió. Se limitó a mostrar su habitual expresión insensible e imparcial—. Pero antes, vamos a ponernos más cómodos. Giampiero, ¿me acompañas?

Los dos hombres entraron en la carpa que cumplía la función de dormitorio y se encontraron con las camas ensambladas y la ropa colocada. Sobre el lecho del italiano descansaba un zob blanco.

—¿Te lo vas a poner? —preguntó el francés, al ver la cara de desaprobación de Giampiero.

—Solo me lo puse cuando cenamos con el Rey, pero no me lo voy a volver a poner —afirmó con rotundidad el italiano, mostrando una gesto agrio.

Cuando salieron de nuevo, Laurent con el zob y su compañero tal y como entró, el francés no recordaba a nadie que se hubiera enfadado al proponerle vestirse una prenda tan adecuada a la latitud en la que se encontraban.

Antes de que partieran, Patrash Pasha les pidió que posaran para una foto que ilustraría el reportaje que formaba parte de la obligación del equipo para con la UNESCO. Se dispusieron del mismo modo que cuando dieron la pequeña conferencia en el paraninfo de la Universidad de Ammán: el profesor Didot en el centro, flanqueado por las dos arqueólogas y, en los extremos, Abdallah y Giampiero.

Los cinco sabían que eran los depositarios de una honrosa responsabilidad y se sentían satisfechos por ello.

Cada uno fue subiendo a su dromedario. Quien peor lo llevó fue el profesor Ferrini. Después de varios intentos, y ayudado por dos peones, el párroco consiguió alzarse sobre su animal. Se veía ridículo.

Las dos mujeres demostraron más soltura de la inicialmente prevista. Sin comedimiento alguno, y después de terminar con las fotos de grupo, Patrash se acercó a Araceli y le tomó otras dos o tres más. La española posó paciente.

—¡A ver cuándo las revelas! — le recordó, mientras se reincorporaba al

grupo.

Tardaron casi una hora en atravesar otra vez el *Siq*, llegar a *al-Khazneh*, doblar hacia el norte siguiendo el lecho del *Wadi Musa* y pararse justo donde el cauce del río tuerce de nuevo al oeste. Allí se encontraba otro todoterreno que había acompañado al trailer con un pequeño remolque. Como si fuera un niño que espera un juguete nuevo, el francés, con la ayuda traductora de Abdallah, mandó que instalaran el ingenio mecánico que había conseguido. Al frente del mismo se encontraban dos técnicos pertenecientes al ejército jordano y que habían sido designados por el gobierno

para acompañar al equipo de la UNESCO.

En media hora el globo cautivo de dos metros de diámetro estaba perfectamente inflado, y ya le habían anexado una compleja cámara de televisión con un largo cable que la conectaba a un equipo en tierra formado por una extraña maquinaria y un monitor. Rachel miraba extrañada todo aquello e intentaba ver de qué manera podía utilizarlo a su favor. Impaciente por naturaleza, a la espía del Mossad la gustaría, ya en el primer día, obtener alguna clave que la permitiera encontrar el codiciado vínculo nabateo con su cultura o religión. Pero debió de nuevo domar sus nervios para no mostrar más

sentimientos que el resto de arqueólogos, simple y llana curiosidad, la misma que la docena de beduinos que habían abandonado las tumbas excavadas en la roca, donde vivían, llamados por tanta novedad.

Uno de los técnicos puso en marcha la televisión. Con un mando a distancia movió la cámara y la imagen que esta recogía apareció con suficiente nitidez en el monitor en blanco y negro que habían dispuesto sobre una mesa auxiliar para el director científico y su equipo.

—Cuando desee, profesor — concedió en inglés uno de los dos profesionales que habían llevado el sofisticado equipo.

—Por favor, por favor —urgió el francés, apremiando con la mano.

El globo se elevó con ligereza y en pocos segundos se encontraba a más de veinte metros del suelo. Los cinco arqueólogos se habían apiñado en torno al monitor, fascinados por aquella demostración de tecnología. Hasta Giampiero abandonó su actitud pasiva para no apartar sus ojos de la televisión.

—¡Mirad! —Laurent señalaba con un lápiz indistintamente tanto a la pantalla como al fondo de la explanada—. Aquí se ve delineado un camino que posiblemente era la vía principal de Petra. Recorre la ciudad de este a oeste. Esta avenida terminaría en el edificio que se encuentra al fondo.

—El *Qsar al-Bint* —intervino el jordano, que quería dejar pública huella del profundo conocimiento que poseía de Petra.

—¡Efectivamente, Abdallah!, uno de los mejores conservados, por cierto. ¿Puedes elevarlo un poco más? —pidió a uno de los técnicos.

El aparato ascendió a treinta metros sobre el suelo hasta que en el cielo de Petra se produjo una fuerte explosión. El globo acababa de estallar y sus restos, así como la pesada maquinaria que portaba, se precipitaron violentamente contra el suelo. El grupo se dispersó evitando que, en la caída, la cámara y el motor impactaran en alguno de los arqueólogos o técnicos. Todos

ellos tuvieron suerte, y también la mayoría de los curiosos beduinos, excepto uno de ellos. Un hombre de unos cuarenta años intentó proteger a su hijo del golpe que se avecinaba pero él no fue capaz de esquivarlo. El impacto que recibió fue mortal.

Giampiero se levantó del suelo y corrió hacia donde se encontraba el hombre. También acudieron Laurent y Rachel, que fueron testigos de cómo el profesor Ferrini cerraba suavemente los ojos al árabe mientras le susurraba algo al oído. Después se santiguó al igual que hicieron el profesor Didot y la profesora Artigas, mientras era abrazada por Abdallah.

—Peor no podíamos haber

empezado —sentenció el director científico.

Araceli abrió los ojos y vio pululando por el grupo a Patrash con su cámara en la mano. Presa de un ataque de histeria, la madrileña se giró súbitamente:

—¿No irás a hacer una foto? — le chilló, mientras apuntaba con su mano a la escena.

—Ya la he tomado. Es mi trabajo. Aunque no me guste, es mi obligación.

27. Ammán

La redonda bañera mantenía intacta la temperatura del agua, que no podía estar más apetecible tanto para Margot como para el monarca.

—Es tan grande que casi se puede nadar.

—No exageres. Alá te castigará.

Ella se volvió hacia el Rey y le dio un nuevo beso, largo, profundo, intenso. Después, se acercó a su oído y le susurró:

—Alá no es mi dios. Dime, y si hubiera venido a hacerte una entrevista un señor de cincuenta años, barrigudo, calvo y con un grueso mostacho,

¿también habrías acabado en esta bañera con él?

Hussein sonrió.

—Por supuesto —siguió la broma—, no hay periodista que se me resista. Aquí acabo con todos, y con todas...

La pareja se encontraba en la suite *Arabian* que tenía permanentemente reservada el monarca hachemita en el hotel Philadelphia. El Rey la utilizaba para agasajar a las jóvenes que quisieran pasar con él unas horas de esparcimiento, como era el caso de Margot Fontaine. La periodista francesa le había solicitado una entrevista para el *París-Match*, revista en la que colaboraba como *free lance*, y tuvo la

picardía de acompañar la carta con una foto de busto firmada por ella en la que había escrito, en francés: *No conozco Jordania y, si me concede la entrevista, sería una magnífica manera de hacer una visita a su fascinante país.* Tal y como había previsto la astuta reportera, la reunión derivó en una invitación para una cena en el hotel y... del resto ya se encargó el Rey. Incluso hasta era posible que el monarca contabilizara aquello como una conquista personal, cuando la realidad era muy diferente.

—¿Te apetece algo de fruta?

—Si tú fueras fruta —respondió ella, con otra pregunta—, ¿cuál te gustaría ser?

—No sé —dudó, dichoso—,

quizá las cerezas.

—¿Cerezas? Me encantan las cerezas, ven, que voy a probar una.

La joven abrazó con las piernas el delgado cuerpo de Hussein, por la espalda, y sujetó su cabeza con las dos manos. Acercó su boca al lóbulo de una de sus orejas y lo mordisqueó suavemente.

—Me enloquece esta fruta que me has dejado probar.

El monarca cerró los ojos y se volvió a dejar hacer por la periodista. Sus treinta y un años, las ocho horas, mínimo, que dormía, las continuas prácticas deportivas, los efluvios del incienso, la escasa iluminación, la atracción del lugar y las vigorizadoras

infusiones de ginseng que tomaba con regularidad hicieron el resto.

Cubiertos exclusivamente con un albornoz de algodón egipcio, la pareja se encontraba sentada en un mullido sofá que los hundía hasta envolverlos entre sí. Estaban agarrados de la mano.

—¿Y las fotos? Nunca antes me habían realizado una entrevista en la que no viniera el periodista junto a un compañero fotógrafo.

—Es que los tres no hubiéramos entrado en la bañera —contestó Margot, mientras daba un nuevo beso al Rey jordano.

—Según, si hubiera sido una chica como tú...

—Como yo no hay más chicas, Majestad. Solo soy yo, y creo que conmigo ya has tenido bastante, ¿no? —le replicó, abrazándole de nuevo.

—Deja que descansemos un rato y me tome estos dátiles. Es posible que te vuelvas a París no con un recuerdo mío, sino con varios. De momento ya llevas dos, y todavía no hemos terminado —le guiñó un ojo y le acarició uno de sus muslos.

La mujer se levantó y paseó por el salón. Curiosa, fue mirando los detalles ornamentales que lo adornaban, como los cuadros, los candelabros, las sillas o el piano de cola. Paseó sus dedos por las teclas en orden ascendente. Después regresó al sofá y se

arrodilló delante de él:

—Me ha gustado la entrevista. Eres un hombre muy abierto y sincero, y se percibe también que amas a tu pueblo, y eso tiene que honrarte — supuso, tornando el semblante en solemne.

—Yo estoy aquí por ellos, Margot. Les debo todo y es a mi gente a quien tengo que servir.

—Y por lo que veo, ahora se te acercan momentos difíciles, quizá los más difíciles.

—Lo dices por lo que parece que se avecina.

—Lo digo por lo que, con total seguridad, se avecina —afirmó con rotundidad la periodista, que había

entrado de lleno en la materia que la había llevado a Ammán—. Parece ser que esta vez Nasser va en serio.

El monarca transformó su gesto en serio y preocupado. Asintió.

—Ese hombre va a llevarnos a la destrucción a todos los países árabes, el primero al suyo.

—Yo no conozco a Nasser —mintió—, pero he leído sobre él, y me parece que está consiguiendo algo que nadie antes había logrado, y es unir a vuestro pueblo —los ojos de la mujer se clavaban en los del monarca, sin tregua, sin apartarlos ni un instante—. Los árabes nunca habéis sido un pueblo compacto, sino un conjunto de tribus antes, ahora países, totalmente

desunidos. Solo os habéis puesto de acuerdo en algo, en odiar a Israel.

Sin que estuviera en el guión, la conversación se había vuelto formal y trascendental.

—Israel es un estado ficticio. Nunca antes había existido. Es una creación de las Naciones Unidas. Es lógico que los países árabes estemos en contra de su existencia ya que ocupa nuestro suelo, atenta contra nuestros orígenes y amenaza nuestra estabilidad —razonó, categórico.

—Pues si estáis en contra de su existencia, ya sabes lo que tenéis que hacer —la hábil Margot estaba conduciendo a su presa a la trampa que le había tendido—. ¿Vais a consentir que

Israel se quede de por vida pisando un terreno que no es suyo y que compró en unas ocasiones a precio de ganga, engañando a la pobre gente que se lo vendió, y en otras robó, sin pudor, sin vergüenza? ¿Ves como los árabes sois un pueblo desunido? Nasser tiene los objetivos muy claros y todo apunta a que iniciará la expulsión judía por la fuerza. Los echará al mar. Llegado el momento, solo; pero si cuenta con el apoyo de sus hermanos árabes, será imparable. La victoria estará asegurada. Desde el extranjero esto se ve mejor que estando aquí. Es lógico por otra parte. A veces tienen que venir personas de fuera, más objetivas y menos apasionadas, para enseñarnos cuál es el mejor camino que

hemos de tomar.

Hussein se levantó y encendió un cigarrillo. La conversación que mantenía ahora con la periodista no guardaba relación con la entrevista que le había realizado hacía unas horas, en la cual habían abordado cuestiones triviales, tales como las aficiones del monarca, sus gustos o la historia del país. Parecía que era ahora cuando había empezado la auténtica interviú, la profesional. Pero no le importó hablar con la periodista francesa del asunto que estaban tratando. Había demostrado ser una persona muy inteligente y con una opinión fundada. Se sentía cómodo con ella.

—Si Nasser inicia una guerra santa contra el invasor, seguro que

estará muy bien acompañado de otros países —expuso Margot, que se había girado y ahora hablaba desde el suelo y con la espalda apoyada en el sofá—. Los lejanos Marruecos y Argelia seguro, y los próximos El Líbano y sobre todo Siria, que ya está en guerra, de hecho, también. Pero, ¿y vosotros, qué vais a hacer vosotros?

—Nasser me ha insultado públicamente —recordó el monarca jordano, mientras paseaba inquieto por el centro del salón de la suite—. Me ha llamado *Instrumento del imperialismo* y *Agente del espionaje norteamericano*. Y eso no se lo puedo perdonar.

—¿Quién no ha dicho alguna vez alguna inconveniencia? —cuestionó la

mujer— ¿Tú eres perfecto? Yo desde luego no.

Margot se levantó y se acercó al Rey. Tomó su cigarrillo y dio una breve calada. Después de soltar el humo, le dio un beso y regresó al sofá.

—Ya te he dicho que yo no le conozco, pero es alguien muy carismático y, como la mayoría de los grandes líderes, también muy impulsivo. No puede haber mayor insulto para un jordano que la mera existencia de un país que se ha plantado ante las mismas puertas de la Ciudad Vieja de Jerusalén. Eso sí que es una ofensa —remarcó Margot—, y un pueblo con honor no puede oírlas y permanecer impasible.

Hussein la miró sabiendo que

decía la verdad. La falsa periodista lo intuyó y siguió ahondando en la cuestión. Notó que su interlocutor interiorizaba sus razonamientos.

—¿Vas a esperar a que venga Levi Eshkol, David Ben Gurion o Golda Meir a darte las gracias por no haber entrado a favor de tus hermanos en la guerra que Nasser está preparando y con él todos los árabes? ¿A haberlos perpetuado en el poder a costa de tu pueblo? ¿O por haber traicionado la memoria de tus ancestros, que murieron luchando por su dignidad? Y una pregunta más, ¿vas a querer que te recuerden por haber sido el último rey de Jerusalén?

Se incorporó y se acercó al

monarca.

—¿Me das otra calada?

El monarca la obedeció, sin palabras. Seguía pensativo.

—Si no entras en esa guerra, tu pueblo jamás lo entenderá. Nunca volverás a ser ese Rey tan querido como eres, tan respetado, el ejemplo a seguir para la nueva Jordania que estás forjando con tu trabajo y tu sacrificio.

Se dio la vuelta y caminó tres pasos hacia el baño. Se detuvo en seco y, sabiendo que el soberano estaba mirándola, extendió los brazos y arqueó la espalda. La ley de la gravedad hizo el resto y el albornoz cayó al suelo.

—Dentro de cuatro horas sale mi avión. Dime, ¿voy a llevarme dos

recuerdos tuyos nada más? —sonrió con malicia— ¿Merece la pena haber recorrido tantos kilómetros para cargar con tan poco equipaje?

El Rey apagó el cigarrillo y fue a por su chaqueta. Extrajo de su bolsillo delantero superior una pequeña caja y la abrió. Él también deslizó su albornoz y se aproximó a ella.

—Este último recuerdo quiero que sea con esto puesto. Ya has podido ver que soy alguien muy caprichoso.

Sin palabras, colocó sobre el desnudo y espigado cuello de la periodista una cadena de donde colgaba una figura de oro con una forma muy determinada. Ella lo miró.

—Es la Mano de Fátima, nuestro

símbolo más genuino. Cuando la mires, quiero que te acuerdes de este Rey que siempre te tendrá en su corazón, y que agradece mucho todo lo que le has dicho. Has demostrado ser una mujer muy inteligente, y muy valiente por expresar lo que sientes.

Ella lo agarró de la mano y lo condujo de nuevo al dormitorio.

—Y no te preocupes por el avión. Siempre podemos llamar a la torre de control para decirles que todavía no tiene permiso para despegar. Además, mi comitiva te conducirá veloz al aeropuerto.

—Eres un sol, Hussein —musitó la periodista francesa Margot Fontaine, que por supuesto no se llamaba así ni de

nombre, ni de apellido, ni poseía esa nacionalidad, ni ejercía esa profesión.

28. El Cairo

—Es una decisión muy arriesgada, presidente, y tenemos que tomarla pausadamente.

—¿Me estás llamando necio e impulsivo? —preguntó Gamal Abdel Nasser al consejero que se había atrevido a expresar aquel comentario tan osado.

—En absoluto, señor presidente. Lo único que quiero decir...

—¡Ya sé lo que quieres decir! —Nasser no le dejó terminar—, que si seguimos adelante con esta acción ya no tendremos marcha atrás. Para decir esa sandez no necesito consejeros. A ver,

¿tiene alguna otra cosa más inteligente que decir?

El presidente de la República Árabe Unida tenía por costumbre reunirse con frecuencia con su consejo asesor, únicamente formado por cuatro civiles, funcionarios de su máxima confianza que, habiendo nacido en Egipto y de familia musulmana, se habían formado en el extranjero, tanto en Europa como en Norteamérica.

El lugar del encuentro siempre era el despacho presidencial, alrededor de una imponente mesa rectangular de madera de caoba regalo de Nikita Kruschev.

—Si me permite, señor presidente, yo querría preguntarle si ha

hablado con Moscú —indagó uno de sus hombres de confianza.

—Sí, claro que he hablado con Kosyguin —Nasser marcó una pausa para encender un cigarrillo—. Me ha informado que ellos no participarán en conflicto alguno en esta zona si Johnson se mantiene al margen.

—Pues la VI Flota se encuentra al sudeste de Chipre —apuntó uno de los cuatro consejeros que rodeaban al presidente en su despacho.

—Es posible que los norteamericanos no quieran intervenir a favor de Israel. Bastantes problemas de opinión pública tienen ya con Vietnam como para meterse en otra guerra en un escenario situado a miles de kilómetros

de sus fronteras —repuso otro colaborador.

El presidente los escuchaba sin mirarlos.

—Todas las guerras en las que intervienen los norteamericanos son fuera de sus fronteras —recordó Nasser—. Es un pueblo beligerante pero cobarde, no es noble. Siempre enfrenta a los demás en su propio interés. Yo estoy deseando que entren en esta guerra y que nuestros amigos comunistas acaben con ellos de por vida.

—Creo que sería un error —se atrevió a decir uno de los presentes—. La presencia activa norteamericana en el conflicto alteraría peligrosamente el equilibrio de fuerzas.

—Al lado de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas me da igual el equilibrio de fuerzas —rebató Nasser, con la autoridad habitual.

—Presidente, ¿está resuelto el tema de Jordania? Iniciar una acción contra Israel sin el apoyo del país con quien comparte más frontera sería muy arriesgado —opinó el más joven de los consejeros.

—Lo de Hussein es posible que esté solucionado —creyó el presidente egipcio, quizá en un exceso de confianza—. Tarde o temprano tendrá que rectificar ante su tozuda posición y se pondrá a nuestro favor, a favor del pueblo árabe, al que pertenecen él y su gente. De momento, vamos a hacer

público el acuerdo con Siria. Nureddin Al Atassi y yo tenemos que firmar algo, y lo tenemos que hacer público. Eso terminará de decidir a Hussein. Hay que aplastar de una vez y para siempre a los invasores, echarlos al mar y volverlos a meter detrás de las alambradas. Me resulta indiferente si es en Chipre o en Alemania.

—Si me lo permite, señor presidente, sería conveniente que de momento no hable públicamente de Hussein. En el pasado se dijeron cosas sobre él que no nos interesa ahora repetir.

Nasser miró a su consejero y asintió en señal de conformidad.

—Esto se va a acabar, señores

—resumió el anfitrión—. En cuanto nos lleguen los dos buques con el material prometido, iniciaremos el plan que nos hemos marcado. Hay que asfixiar a Israel como primer paso para su exterminio, y con él sus malditas costumbres y sus indeseables símbolos. Como en los castillos, hay que sitiarnos para que acaben rindiéndose. Funcionó en el medievo y también funcionará ahora. Hay circunstancias de la guerra que los siglos no han alterado.

29. Petra

Era el tercer día de campaña y se notaba en el ambiente del grupo. A pesar del poco tiempo que llevaban trabajando juntos, la rutina se había instalado en el cometido de cada uno de sus miembros y trabajaban como si hubieran formado equipo toda la vida.

Después del desgraciado accidente del globo cautivo que costó la vida a uno de los beduinos que vivían en Petra, el profesor Didot ordenó que no volviera a utilizarse aquel artilugio y que la excavación continuase con métodos más tradicionales y, sobre todo, más seguros. Rachel Azikri había

tomado posesión de la parte sur de lo que ya había bautizado el director científico de la campaña como *Calle Columnada*, paralela al cauce del *Wadi Musa*. Trabajaban a sus órdenes cuatro estudiantes del último curso de arqueología de la Universidad de Ammán y diez peones que faenaban con la labor más dura e ingrata.

Después de dedicar el primer día a realizar unas picadas de limpieza, el profesor Ferrini había comenzado a desenterrar una parte del ninfeo que todavía permanecía oculta, y se sentía muy animado con lo que les había cundido, tanto a él como a su equipo.

Más complicado lo tenía Abdallah Obeidat. Las tumbas que

investigaba se hallaban habitadas por beduinos que tuvieron que ser desalojados para poder trabajar en su interior. Gracias a un complejo sistema de andamios metálicos, sujetos a distintos lugares con cuerdas para afianzarlos pero nunca a los laterales de la montaña para no deteriorarla con taladros, los tres estudiantes que trabajaban con su maestro habían conseguido desnudar la Tumba de la Urna. No solo lo que se elevaba desde el suelo, sino también habían descubierto la existencia de unas arcadas en el subsuelo. En su trabajo les ayudaban ocho peones.

Con quien más tiempo pasaba Laurent Didot era con el profesor

jordano. Acompañado de técnicos militares, recorrían cada metro cuadrado de las paredes de las tumbas con un círculo metálico del tamaño de un plato unido por medio de una barra, también metálica, a un aparato parecido a un libro de bolsillo. El objetivo era buscar zonas huecas y calcular su volumen aproximado, si las encontraban. No se conformaban solo con escudriñar las paredes, sino que también buscaban en los techos y en el suelo. El profesor francés no terminaba de creerse que aquellas oquedades no sirvieran de acceso a otras donde poder efectuar enterramientos o, quien sabe, esconder algo. No descartaba ninguna hipótesis aunque hasta el momento no habían

hallado absolutamente nada.

Araceli estaba feliz, pero no solo por su labor de arqueóloga. Desde el punto de vista profesional dirigía al equipo más numeroso, ya que daba órdenes a una docena de peones y a tres estudiantes jordanos. Dado que la *cavea* ya fue escombrada en una campaña anterior, el profesor Didot le encargó que investigara los túneles que circulaban por debajo del lugar destinado al público, incluyendo el *hiposcenio*.

Pero lo que más estaba sorprendiendo a la madrileña era la relación que había establecido con dos familias de beduinos que vivían en las tumbas situadas en lo más alto del

teatro, detrás de las últimas filas de las gradas. Dos madres, de nombres Nassira y Soumaya, acompañadas de sus hijos le llevaban a media mañana té y algún quesito que Araceli agradecía sobremanera. No había palabras por medio, sino un afecto espontáneo que había nacido el primer día. Los niños se acercaban algunas veces al lugar ocupado por Araceli, debajo de una sombrilla, y la miraban como si de un ser extraño se tratara.

El único contacto que mantuvo la arqueóloga madrileña con el exterior desde su llegada a Petra había sido por la postal que envió a su padre. Breve pero lo más cariñosa que pudo. Imaginaba que la pondría en algún lugar

destacado del salón. En cuanto pudiera le mandaría una carta más larga con alguna foto de las que le sacara Patrash. También pensó en escribir a Ricardo.

El campamento también estaba perfectamente establecido y todo funcionaba con normalidad. Se habían instalado un total de ocho carpas de distintos tamaños más dos utilizadas como letrinas. Tres pabellones estaban destinados a dormitorios. En uno descansaban los arqueólogos más Radia Saffih, en el siguiente los técnicos y los militares. En el tercero, y el de mayor tamaño, se alojaban los estudiantes, peones, conductores, camelleros, cocineros, médico, sanitario e incluso el almuédano.

Bajo otras cuatro carpas habían instalado el laboratorio, provisto con agua para limpiar los hallazgos y amplias mesas de trabajo, el comedor, el lugar destinado a despensa de alimentos y material, y el utilizado como cocina. Cerraba el conjunto otra tienda destinada exclusivamente a su uso como mezquita, la cual había sido alfombrada y dotada de cien ejemplares del Corán para uso de los fieles durante los cinco rezos diarios. Un camión con un depósito de gasoil alimentaba los dos equipos electrógenos que facilitaban energía para usos de luz, aparatos eléctricos y, sobre todo, aire acondicionado. También habían instalado un gran depósito de agua.

Cerraba el campamento una docena de dromedarios y cuatro vehículos todoterreno: dos civiles y dos militares.

—No me olvido ni un instante del accidente del primer día —comentó Laurent, a la hora de comer—. No tiene que haber ni uno solo más ¡ni siquiera que nos pique un escorpión! —sentenció, mano en alto—. Francamente, el que más miedo me da eres tú, Abdallah. Me preocupa que trabajéis sobre esas estructuras metálicas, me genera inseguridad —reconoció el científico.

—Los andamios son seguros. Están sujetos a conciencia —le tranquilizó el jordano.

—Aun así, antes de que os

subáis alguno de vosotros, asegúrate de nuevo de que la estructura no ha sufrido deterioro durante la noche.

—Así haré, no te preocupes.

—Y vosotras dos, ¿qué tal estáis llevando el calor?

Las dos mujeres se miraron y contestaron que no tenían ningún problema.

—Giampiero, veo que vuestro ninfeo está prácticamente terminado, ¿no es así?

—Sí, nos queda una o dos jornadas más, calculo —respondió el italiano, parco en palabras, como era su forma de actuar.

Después de un té, el jefe impartió más instrucciones:

—Esta tarde vamos a analizar los restos que se han encontrado en el teatro y en la zona que está explorando el equipo que dirige Linda. Quiero conocer la opinión de todos sobre lo hallado.

Consultó el reloj:

—Es la una. Nos reunimos todos otra vez aquí a las cinco, que el trabajo ha sido muy intenso y tenemos que descansar.

Abdallah se acercó a Araceli y le propuso un plan distinto:

—¿Tienes mucho sueño?

—No pensaba dormir, iba a leer un rato, ¿por qué?

—Porque si te apetece, puedo enseñarte un ángulo distinto de *al-*

Khazneh. ¿Te atreves?

30. Petra

Como habitualmente hacían todos los miembros del equipo para desplazarse desde el campamento a sus lugares de trabajo, Araceli y Abdallah montaron cada uno en un dromedario seguidos de un peón que se haría cargo de los animales cuando ellos llegaran al final del *Siq*.

—Tenemos que subir por aquellas escaleras labradas en la piedra hasta situarnos sobre las rocas que están encima de donde nos encontramos ahora —comenzó explicando Abdallah—. Calculo que podemos tardar media hora —quizá algo más.

—¡Vamos allá! —fue la exclamación animosa de la española.

Araceli estaba encantada de profundizar en el conocimiento de Petra. El profesor jordano era un auténtico experto en toda la cultura de la zona, y conversar con él era un inesperado y generoso regalo adicional con el que se había encontrado en el viaje.

Pasaron al lado de un rebaño de cabras que pastaba junto a un precipicio, a cuarenta metros del suelo. Al cuidado de los animales se encontraba un beduino adolescente con el que Abdallah charló unos minutos que también sirvieron de descanso a Araceli. Continuaron por una trocha salpicada de enebros que se abría paso

entre dos grandes rocas. El hombre tendió su mano a su compañera para salvar un pequeño desnivel de medio metro. Como siempre, Araceli agradeció con una sonrisa. Quizá fue en ese momento cuando se dio cuenta de que, excepto por el accidente del globo, desde que había llegado a Jordania ese era su estado natural, la sonrisa, la felicidad, la sorpresa agradable por todo lo que iba sucediendo en su vida. Cada vez se acordaba menos de su padre, de su Universidad, de su biblioteca y de Ricardo, aunque alguna vez le sobrevenía el persistente recuerdo de su despótico comportamiento con ella.

Tal y como había pronosticado

Abdallah, cuarenta y cinco minutos después de cubrir una intensa subida jalonada de continuas vistas sobre la capital nabatea, la pareja llegó a lo más alto del talud que cerraba la margen derecha del *Wadi Musa*, y que constituía un soberbio balcón hacia el tesoro de Petra: el *al-Khazneh*.

Emocionada, Araceli se quitó las gafas de sol para distinguir con precisión lo que ya había visto en numerosas ocasiones, pero no desde el ángulo nuevo al que la había conducido el profesor jordano. Este se recostó con el pecho en el suelo, e invitó a su compañera a hacer lo mismo que él. Reptaron unos centímetros para poder asomarse con seguridad. El cicerone

quería presumir otra vez de patrimonio histórico y la madrileña estaba encantada de poder experimentar una nueva sensación, otra más.

—Es lo más bello que he visto en mi vida.

—A mí me gustaría conocer todo el mundo —reconoció Abdallah—. Sé que me moriré sin conseguirlo; pero realmente, si yo viera esto por primera vez como estáis haciendo vosotros, creo que también pensaría que es lo más bello que ha creado Alá sobre la tierra.

Después de unos minutos de silencio, el profesor jordano dijo algo que chocó a Araceli:

—¡A ver cuánto nos dura!

—¿Por qué dices eso? —

preguntó sorprendida.

—Israel no para de incrementar sus fronteras. Son unos imperialistas. Todos sabemos que están disconformes con la zona que les regaló la ONU hace veinte años y quieren expandirse. Pero hay algo que nos salva a los jordanos. ¿Sabes qué es?

Araceli, que había apoyado la cabeza sobre su mano, negó a la vez que se encogía de hombros.

—El petróleo, o mejor dicho, la ausencia del petróleo. Mi país tiene la desgracia de carecer de él y estar rodeado de otros que sí lo tienen. Por lo menos todavía nosotros no lo hemos encontrado —Abdallah se había sentado a lo buda, sin importarle que le diera el

sol directamente sobre los ojos—. Ese líquido ha cambiado la vida de muchos de nuestros vecinos. Sin ir más lejos, Arabia Saudita o Irak eran tan pobres como nosotros hace treinta o cuarenta años, y míralos ahora. Son lugares donde hay dinero, y donde tendrán escuelas para sus hijos y hospitales para cuando se pongan enfermos. Nosotros sin embargo no tenemos nada más que un inmenso desierto como el que has visto desde que salimos de Ammán, que nos da potasas para malvivir y cuatro piedras antiguas. Algunas bellas, bellísimas, pero que no dan de comer. De esto que tenemos aquí abajo, *al-Khazneh*, ni brota agua, ni crece trigo, ni escupe petróleo. Recibimos la visita de

algún turista, pero nos dejan pocas divisas. Es lo más hermoso que tenemos, pero nos morimos de hambre mientras lo miramos. Tiene gracia que sea precisamente nuestra miseria la mejor arma que tenemos para combatir a Israel.

Araceli se volvió de nuevo a mirar, admirar otra vez, la auténtica joya de Petra. Abdallah se encontraba cómodo con ella y siguió hablando.

—Es como esto de la expedición de la UNESCO. ¿Tú te lo crees?

Nuevamente, la española se extrañó con la pregunta de su compañero.

—No te creas que no he pensado que los insólitos fondos que nos están

facilitando desde la UNESCO acaben en Israel, y pronto —concretó, con tristeza, como solía hablar.

—¿Por qué dices eso, Abdallah?
No te entiendo.

—Porque nos ha extrañado que desde occidente se piense en nosotros, los árabes. Los occidentales nos miráis desde un plano superior. No digo tú, pero muchos de tus compatriotas nos desprecian —aseveró—. Desprecian nuestro modo de vida, nuestra manera de vestir, nuestras costumbres y hasta los cinco pilares de nuestra religión.

—No deberías hablar así —le contradijo Araceli, claramente molesta con la rotunda afirmación de su compañero—. No conoces tanto nuestra

sociedad como para saber qué pensamos sobre algo tan amplio como es el mundo árabe en su conjunto.

—Hablo así porque es la verdad aunque tú, por prudencia y educación, no lo vayas a reconocer. Conozco a más occidentales de los que crees — prosiguió, con una mezcla de rabia y abatimiento—. Como puedes imaginarte, he ido en numerosas ocasiones a Gerasa, a los castillos de los Omeyas, a Mádaba o a Petra acompañando a delegaciones de colegas míos de Gran Bretaña, de Francia, de Alemania, de Italia, y ya no digamos de Norteamérica. Todos se portan de la misma manera. Cuando están entre ellos, se mofan de nosotros. Oigo sus comentarios, tanto de los

hombres como sobre todo de las mujeres, sus cuchicheos, sus risas veladas y no tan veladas... No, Araceli, esto de la UNESCO me temo que sea algo que hayan preparado los israelíes para que les financien las excavaciones de Petra antes de que ellos vengán aquí a quedarse para siempre.

—La UNESCO es un organismo internacional —recordó Araceli, que no entendía esa animadversión del jordano contra lo occidental.

—Lo mismo de internacional que es la ONU y ya ves lo que ocurrió en el año cuarenta y siete, el 29 de noviembre, el día más negro de la historia árabe del presente siglo y probablemente de toda su larga y agitada

existencia, cuando se aprobó la partición de Palestina.

—Pero aquello fue una votación democrática —puntualizó la española.

—Manejada por los norteamericanos —afirmó el jordano, sin género de duda—. Johnson, como todos los demócratas, debe demasiado a las donaciones de los electores judíos. Y los favores siempre hay que devolverlos, a veces con elevados intereses. Ese país está lleno de judíos que se han vuelto sionistas. Y no olvides el tiempo que tardaron los *democráticos*, como dices, Estados Unidos de América en reconocer al nuevo Estado de Israel. No sé si fueron cinco o seis horas, ya no recuerdo bien.

—La verdad, Abdallah, es que esos detalles no los conocía. Cuando pasó todo aquello era demasiado pequeña como para enterarme y en el colegio nunca nos enseñaron esa parte de la historia.

—Como te digo, Araceli, a los occidentales no les interesamos, de ahí que en vuestras escuelas no se enseñe.

Se volvieron a quedar en silencio. Un halcón dibujó varios círculos en el cielo y después puso rumbo hacia el norte. Araceli miró de nuevo, nunca se cansaba, hacia el *al-Khazneh* y pensó en el torrente de información que le acababa de contar Abdallah que, como ella, se había quedado mirando también el tesoro de

Petra, perdido en sus pensamientos.

—¿Y sabes lo peor?, que la Unión Soviética reconoció al Estado de Israel inmediatamente después que los norteamericanos. Como ves, estamos solos. Solos y desunidos. No puede caer mayor desgracia sobre nosotros — rubricó.

Diez minutos después la pareja iniciaba el camino de regreso, en silencio. Se encontraron de nuevo con el pastorcillo y sus cabras. Abdallah le dio unas monedas al joven, que agradeció con una amplia sonrisa.

Cuando llegaron al lecho del *Wadi Musa*, y antes de subirse a los dromedarios para regresar al campamento e iniciar la jornada de

tarde, Nassira, le dijo algo que la madrileña no entendió.

—Nos está invitando a tomar un té. Deberíamos aceptar —aconsejó el jordano—. Los árabes consideramos un agravio si el forastero rechaza una sencilla invitación.

Araceli consultó su reloj y dio su conformidad.

—Ya somos mayores, no creo que el profesor Didot vaya a regañarnos si llegamos un poco tarde a la sesión del laboratorio.

La pareja acompañó a Nassira a una de las cuevas que se encontraban cerca del teatro romano y que la española conocía perfectamente de vista aunque nunca había entrado en ella. La

mujer ascendió por una estrecha e irregular escalera labrada en la roca y pidió que les siguieran. Vestía una abaya de color fucsia y cubría su cabeza con un hiyab blanco. No era fácil calcular su edad. Araceli supuso que tendría menos de treinta años.

Al entrar en la arqueada cueva la anfitriona les pidió que se sentaran sobre unos taburetes bajos fabricados en madera que sorprendieron a Abdallah.

—Estos taburetes los han tenido que comprar en algún mercado ambulante. La madera es un bien escaso en Petra y en general en toda Jordania.

En una esquina de la estancia, que mediría nueve o diez metros cuadrados con una altura de dos metros

escasos, dos niños, descalzos y muy sucios sentados sobre un colchón de gomaespuma, miraban silenciosos a los recién llegados. Araceli les sonrió sin obtener respuesta.

—Son muy buenos chicos, pero todavía están asustados con todos ustedes —comentó Nassira, en árabe. El jordano hizo de traductor. La mujer continuó—. Aquí vivimos muy tranquilos pero ustedes nos dan miedo.

—¿Por qué les damos miedo? —quiso saber la española, extrañada ante la sorprendente afirmación de la anfitriona.

—Porque creen ellos, bueno, en realidad lo creemos todos —reconoció—, que acabarán por echarnos de aquí.

Al terminar la frase acercó a la profesora una taza metálica con un té muy caliente. Le ofreció otra a Abdallah.

—No creemos que después de todo esto nos dejen seguir viviendo en nuestras casas. Nosotros nacimos aquí, en Petra. Mi madre me parió en esta misma cueva, o casa, como ustedes lo quieran llamar, y nunca hemos hecho nada malo a nadie.

Abdallah podía interpretar las palabras, pero no la entonación ni el sentimiento que ponía Nassira en sus afirmaciones. Eso fue algo que Araceli captó directamente. No se necesitaba traducción.

—¿No tiene más que estos dos

hijos?

La beduina se señaló la tripa.

—Antes del próximo ramadán seremos uno más en la familia. Así lo ha querido Alá, a quien no paro de agradecerle todos los regalos que me da continuamente: mi marido, estos hijos, los que vengan, esta casa y este té que ahora comparto con ustedes como señal de hospitalidad y de buena voluntad de todos nosotros hacia los recién llegados.

Abdallah reverenció con la cabeza en señal de agradecimiento y después tradujo las palabras de Nassira a Araceli.

—¿Y su marido?, ¿dónde está ahora?

—Es pastor. Tenemos cabras que

pastan en Mughur An-Nasara. Allí hay buenos alimentos para ellas. Son animales que dan muy buena leche. Con esa leche hacemos cambios para cubrir nuestras necesidades. Cuando sabemos que va a venir un autobús de turistas, monta un pequeño puesto de venta de baratijas. No precisamos nada más. Si llueve, Alá nos protegerá; si hace frío, Alá nos protegerá.

La española comprobó, ahora que la tenía más cerca, que Nassira era una mujer muy guapa. Llevaba sus ojos maquillados de negro, lo que le otorgaba a la cara una profundidad abisal, mareante. Su piel era muy suave y tenía tatuadas en sus mejillas unas medias lunas muy graciosas.

—Siempre que quiera puede venir a esta casa. Si viene con paz, recibirá paz.

Araceli y Abdallah abandonaron la cueva para dirigirse al lugar donde habían dejado los dromedarios. El hombre que los había acompañado desde la base seguía esperándoles y les ayudó, sobre todo a la española, a subirse al animal y a este a erguirse de nuevo.

La madrileña era consciente que había aprendido algo nuevo de la vida que tampoco venía en los libros.

31. Petra

La sesión de tarde transcurrió sin excesivas novedades. Cada vez que alguno de los arqueólogos o peones encontraba alguna pieza de interés, la depositaba en una de las palanganas metálicas diseminadas en las cuatro zonas donde trabajaba la expedición. Los equipos que más restos estaban encontrando eran los de Linda y Giampiero, ya que excavaban en zonas más inhóspitas y desconocidas. El que menos era el de Abdallah, pues su labor, de momento ceñida a la Tumba de la Urna, no se prestaba tanto a la obtención de hallazgos como las dos primeras.

La tarde era el momento reservado para limpiar las monedas y clasificarlas con la ayuda del numismático de la expedición, y también para trabajar con los restos de cerámica hallados, lavarlos y ordenarlos. Rachel se encontraba con un pincel limpiando el asa de una jarra. Levantó la vista con disimulo, miró a su compañero y volvió a asegurarse de algo en lo que ya había reparado, pero quizá no le había llegado a dar la importancia que verdaderamente tenía:

—Giampiero, ¿cómo es que te has quitado el anillo de casado?

El italiano se incomodó con la pregunta.

—Es que es muy peligroso

llevarlo puesto si realizas trabajos manuales. ¿Sabes que ha habido mucha gente que ha perdido su dedo al engancharse su anillo en algún sitio?

—Pues no, no lo sabía. Quizá será porque yo nunca he llevado anillo.

—¿No estás casada? —el italiano formuló la pregunta que le había rondado por su cabeza desde que conoció a la norteamericana.

—No, ni lo estoy, ni lo he estado. Se ve que no gusto a ningún hombre —extrajo en conclusión, con el único objetivo de provocar una reacción en el párroco.

—No creo que sea esa la razón.

La israelí detuvo el movimiento del pincel y miró a su compañero

ostensiblemente y sin recato.

—¿Tú crees que puedo llegar a gustar a algún hombre?

—Por favor, no hemos venido aquí a coquetear —resolvió, sin poder ocultar el nerviosismo que le generaba esa conversación.

En otro lado de la carpa, el francés se encontraba trabajando con la tercera mujer de la expedición. Radia Saffih hacía las funciones de secretaria y era quien llevaba el diario de la campaña. El profesor Didot iba dictando en francés y ella traspasaba aquellas palabras a una máquina de escribir que provocaba un monótono e incómodo ruido.

Por último, Araceli y Abdallah

se hallaban junto a un ceramólogo jordano, reconstruyendo un plato rosáceo que habían encontrado en la zona de *hiposcenio* del teatro. La madrileña se detuvo y se acercó al oído del profesor.

—Estuve pensando en lo que me has contado.

Con los ojos, el jordano le pidió silencio.

—Ya hablaremos —le susurró—. Pero no aquí.

Ella le mostró un gesto cómplice.

Continuaron trabajando hasta que irrumpió en la estancia alguien cuya presencia nunca pasaba desapercibida. Con su cámara colgada al cuello,

Patrash Pasha acababa de hacer su aparición dispuesto a realizar su trabajo.

—¿No os importa que os tome unas fotos, verdad?

Ninguno le respondió excepto Araceli:

—Te demos autorización o no, seguro que vas a tomar esas fotos.

—No me regañes, española. Mira, tengo algo que espero os guste.

Patrash entregó un sobre a cada miembro de la expedición.

—Las han revelado en Maan. Son las que os tomé el otro día en la Universidad. También hay varias que os hice aquí, en Petra.

Mientras los hombres no exteriorizaron tanta impaciencia, las dos

mujeres se apresuraron a abrir los sobres para ver el resultado. Araceli se quedó gratamente sorprendida al verse en las fotos. No cabía duda de que Patrash todo lo que tenía de pesado y de liante también lo tenía de buen fotógrafo. Decidió que enviaría una de ellas a su padre.

Giampiero no aguantó la curiosidad y se asomó para ver las de Linda. Esta, al percatarse de lo que hacía el italiano, las giró para que las examinara con comodidad.

—¿Ves lo que te decía, Giampiero? —bromeó pícaramente con su compañero—. ¿Cómo va a encontrar novio una mujer con esta cara?

La israelí apreció el claro

sonrojo que tiñó la cara del párroco. Desde que conocía su verdadera identidad, Rachel no paraba de provocar al pusilánime arqueólogo del Vaticano. Era algo que no entorpecería su misión y le producía divertimento.

Todos dejaron los sobres a un lado y continuaron con su trabajo, momento que aprovechó Patrash para volver a tomar una serie de instantáneas al grupo.

—¿Te importaría salir, Araceli? A la sombra de la carpa las tonalidades se suavizan y las fotos quedan muy bien.

Con no muy buena gana, la española se sometió a una pequeña sesión de cuatro o cinco fotografías artísticas. Al terminar la serie, y

mientras accionaba la palanca para pasar la última foto, Patrash se acercó a su oído y le murmuró, casi a voz en cuello:

—Había pensado que este viernes podíamos marcharnos de aquí.

La madrileña lo miró extrañada.

—El viernes se dará libre, seguro. Es nuestro día sagrado y la jornada de descanso semanal. Iríamos a Aqaba —le propuso, para sorpresa de la arqueóloga—, que está muy cerca de aquí. Conozco un hotel muy sencillo, pero con piscina, un buen restaurante y unas habitaciones muy tranquilas, incluso con aire acondicionado. Estaríamos allí a media mañana: comida, siesta, piscina, cena... ¿Qué te

parece? Podremos ver juntos el amanecer. ¿Tú sabes la belleza del mar Rojo con las primeras luces del día?

A Araceli le pareció que Ricardo Zalbidegoitia había viajado a Petra y se había disfrazado de árabe, ya que hablaba de la misma manera, embaucaba igual y solo pensaba en lo mismo: en los hotelitos apartados, discretos, íntimos, lugares para hallar descanso y *conocerse mutuamente*, como también le decía el vasco, eufemísticamente.

—No, Patrash. Gracias por el ofrecimiento pero no.

Sin mirarle, entró de nuevo en la carpa para seguir trabajando junto a sus compañeros.

32. Tel Aviv

Levi Eshkol no podía creer la información que le facilitaba el director del Mossad.

—¿Está usted completamente seguro?

—Completamente, señor primer ministro, no hay error posible —aseguró Meir Amit.

Golda Meir mostró una sonrisa sincera.

—Es inaudito que los italianos hayan metido a un cura en la expedición de la UNESCO —afirmó la ejecutiva del MAPAI, mientras apagaba un cigarrillo—. Hubiera sido más lógico

que intentaran introducir a alguno de la KGB, pero un cura, un simple y llano cura, no me digáis que no es algo para reír.

—Con las fotos que tomó Patrash en la Universidad, y que nos han facilitado los norteamericanos, más la consulta de otras fuentes, hemos realizado un estudio exhaustivo de los cuatro miembros que no conocíamos —comenzó informado el jefe de la inteligencia israelí ante el reducido auditorio.

El director del *Instituto* continuó mostrando las fotos a los concurrentes.

La primera que enseñó fue la de Laurent Didot. Durante diez minutos realizó una detallada exposición sobre

su vida personal y profesional. Remarcó que el único dato de interés que había en su biografía era que su padre era argelino, aunque él era cristiano, matizó.

—¿Y no puede estar metido en alguna agencia extranjera, incluso en la francesa? —preguntó Ariel Sharón.

—Tenemos gente introducida en la Sorbona y nos lo han asegurado. Ha estado demasiado ocupado en su Universidad como para dedicar tiempo a otras actividades. Por cierto, enviudó hace años y no volvió a casarse ni se le conoce pareja posterior.

Todos asintieron.

Después pasó a hablar de Abdallah Obeidat. El director del Mossad fue desgranando la personalidad

y los hábitos del profesor jordano para llegar a similar conclusión que con el francés, que ambos arqueólogos eran lo que aparentaban. Con la española el discurso fue diferente.

—Pensábamos que Araceli Artigas podía ser alguien distinto de quien decía ser. En un primer momento, la UNESCO sugirió que la expedición la completara un soviético. Pero fue el propio Hussein quien excluyó la presencia de un comunista e impuso que se uniera al grupo un español. Eso nos sorprendió pues no es habitual que el monarca jordano se preocupe de esos detalles. Él, con agasajar a señoras ya tiene suficiente. Por eso pusimos en esta mujer una atención especial. Pero hemos

comprobado que es hija de un hombre vinculado al Régimen de Franco. Su vida es muy aburrida y no tiene mayor interés desde el punto de vista de la inteligencia.

—Bueno, y lo del cura, ¿cómo es eso? —quiso Golda Meir que le contara.

S reconoció que fue el miembro que les pareció más normal hasta que averiguaron su vida, constatando que era un sacerdote que entró en el seminario con trece años y que ya no daba clases en la Universidad.

—¿Y no es posible que sea el mismo Estado italiano quien lo mande? ¿Por qué tiene que ser el Vaticano precisamente? —inquirió Eshkol.

—No, señor presidente, nuestra

información es que ha sido el propio Estado italiano el que ofreció la posibilidad a los curas de que ellos introdujeran a uno de los suyos, pero el Vaticano no ha mandado a nadie de sus servicios de inteligencia. Ferrini no es ningún espía. Es un simple y llano sacerdote que es una autoridad en antigüedades —zanjó S.

—Bien, Amit, buen trabajo —felicité Levi Eshkol—. Espero que su *katsa* sea capaz de aprovechar la ocasión y encontrar algún vínculo en Petra que juegue a nuestro favor. Me temo que el tiempo que tenemos es cada vez menor. Por lo que me han informado —comentó, ya mirando al resto de asistentes—, los egipcios están

empezando a trasladar fuerzas a la península del Sinaí, y los sirios también han decretado movilizaciones entre la población civil.

—¿Empezamos nosotros ya con las movilizaciones? —preguntó Meir Amit que, aunque no era un asunto estrictamente de su departamento, sí tenía que estar informado de los movimientos de las tropas de su país.

—No —la respuesta del primer ministro no pudo ser más tajante—. Ante la opinión pública quiero que sean ellos quienes se adelanten con todos estos preparativos que, no nos engañemos, no dejan de ser simples fuegos de artificio. Creo que no vamos a tener que esperar mucho tiempo para ver a Nasser

decretando el cierre del estrecho de Tirán.

—Levi, no lo podemos consentir —proclamó con rotundidad la señora Meir, que era una de las pocas personas que tuteaba al primer ministro de Israel —. Si eso sucede será *Casus belli*.

—Claro que no lo consentiremos, Golda, pero tenemos que esperar a que ellos sean los primeros en hostigarnos. En lo que se nos avecina nosotros jugaremos el rol de víctimas. De momento, lo que sí vamos a hacer va a ser suspender los permisos a nuestros soldados. Pero nada más, ya digo, por lo menos de momento.

33. Petra

Como era habitual, el grupo esperaba para cenar a que finalizara el cuarto rezo del día para que se incorporara Abdallah.

Solían sentarse en el exterior, bajo un cielo todavía iluminado por los últimos rayos del sol que se despedía y en el que, poco a poco, se dibujaban las primeras estrellas. El calor había remitido sustancialmente y para todos era el mejor momento de la jornada.

—¿Y podría preguntaros dónde estuvisteis en el descanso del mediodía?
—se interesó el profesor Didot, mientras sostenía un muslo de pollo del

mshawi que les habían servido.

—La llevé a *al-Khubtha* para que contemplara desde arriba *al-Khazneh* —respondió el jordano, por los dos.

—¡Ah!, ¡ese es un lugar fantástico! Allí estuve en numerosas ocasiones. Os recomiendo a vosotros dos que subáis —ahora el profesor francés miraba a Rachel y a Giampiero—. Merece la pena el esfuerzo. Es que Petra es bella desde todas las perspectivas.

Siguieron comiendo en silencio y Rachel pensó que, inconscientemente, el viejo director científico le había facilitado sus planes. Ella seguía dándole vueltas a la información que le

había dado Patrash, un hombre para el que la religión musulmana o el sionismo, la causa israelí o la árabe, y la santidad de Jerusalén o de La Meca importaban bastante menos que sus apuestas en Montecarlo, los cilindros de los coches que alquilaba en Saint Tropez, las cenas en Portofino o las noches en cualquier hotel de lujo. Pero le servía perfectamente para la labor que estaba realizando. Era como una hiena repulsiva, siempre riendo, siempre falso.

—¿Y es muy difícil llegar hasta allí? ¿Está indicado? —indagó Rachel, mirando a Abdallah.

—No, es muy fácil. Evidentemente no está indicado pero no

tienes nada más que terminar el *Siq* y torcer a la derecha por la segunda subida que encuentres, donde hay unos escalones cincelados en la roca. Lo único que tienes que hacer es seguir el camino.

Al terminar el postre, como siempre unos dulces y una taza de té, el grupo fue disolviéndose, pero una persona había trazado su propio plan. Aprovechó para tener a su presa en soledad, y en un aparte le abordó desplegando sus dotes de seducción.

—Giampiero, ¿te apetece subir donde dice el profesor?

—¿Ahora, de noche?

—¿Por qué no? Tenemos la luna en cuarto creciente. Da un resplandor

muy brillante. También podemos tomar un par de linternas.

El párroco estaba visiblemente nervioso y su sentimiento de culpabilidad experimentaba un peligroso aumento. Linda Cobb era una mujer muy bella, demasiado para él, que se sabía un hombre sin habilidad alguna en el desconocido campo de las relaciones con el sexo contrario. Aunque, como el resto de sus compañeros, la norteamericana trabajaba con pantalones hasta los tobillos y camisa de manga larga, por la noche se ponía más cómoda y se ajustaba una camiseta de tirantes. También se cambiaba el pantalón por uno corto que dejaba al descubierto unos muslos sonrosados y carnosos,

demasiado carnosos para él, un creciente pecador. Giampiero se había despertado con una erección la noche anterior que le hizo sentirse más culpable todavía porque era la innegable constatación de que Satanás le había seguido hasta un lugar tan recóndito y alejado como era Petra.

Después pensó que aquello era una prueba divina, una más que le ponía delante el Santísimo para contrastar su fe y su capacidad de sacrificio como hombre.

—No, no me parece que sea una buena idea —respondió después de pasarse unos segundos sin saber qué excusa aducir.

Aquellas palabras sonaron

demasiado blandas para alguien tan avezado como Rachel. En modo alguno era una negación rotunda, sino que desvelaban una debilidad que ella iba a aprovechar.

—Es que de día, como han hecho Abdallah y Araceli, va a hacer demasiado calor, y ya pasamos bastante en nuestros puestos de trabajo —intentó justificar la israelí, para tratar de convencer al italiano—. A esta hora las cosas son distintas.

Giampiero quiso mirarla pero sabía que no iba a ser capaz de mantener sus ojos clavados en aquel rostro que, casi sin luz, le resultaba irrechazable. Además, Linda tenía un acento francés que le provocaba solo con escucharla.

Sus cielos se abrieron y alguien le envió un rayo que le recordó cuál era su obligación como sacerdote y como hombre dedicado a evangelizar la palabra de Jesús, nada más que eso.

—No, Linda. En otro momento —se excusó con una rotundidad de la que se sintió especialmente orgulloso.

Sin mediar más palabra, Giampiero se metió en la carpa sin importarle si con un desplante así había sido un maleducado con una compañera de trabajo. Pero aquel ser, mucho antes que colega era una mujer, algo que le estaba vetado.

Linda pensó que había fallado y se autoinculpó. No tenía que ser tan agresiva con Giampiero sabiendo que no

era una persona libre, sino alguien profundamente condicionado por una religión. Pero sabía que necesitaba tiempo, que también el viento es capaz de arrancar de la tierra los árboles con las raíces más profundas. Era cuestión de poner más fuerza y decisión, y algo más de paciencia.

Se sentó cerca del todoterreno y miró cómo varios peones recogían la mesa y se llevaban los cacharros. Pensó en la razón que la había conducido a Petra. Las horas en soledad que pasaba mientras controlaba las excavaciones de sus estudiantes y peones la habían llevado a pensar en algo. Aunque la campaña la componía un equipo de cuatro personas a efectos prácticos, ya

que el director científico no intervenía directamente en el trabajo físico, realmente aquello se había convertido en cuatro campañas independientes, ya que cada arqueólogo disponía a su vez de su propio equipo, de sus propios medios y, lo más importante de todo, de su propio espacio físico. Araceli, por ejemplo, era soberana en el teatro, y lo que aparecía allí era de su exclusivo conocimiento. Si llegaba asegurando que había encontrado una pieza, ¿quién podía certificar que realmente la había hallado en la *cavea* del teatro romano, por ejemplo, o en otro lugar?

Consultó su reloj y le pareció que era muy desacertado buscar a Patrash a esa hora sin levantar

sospechas, por lo que esperaría al día siguiente para establecer contacto con él.

34. Petra

El director científico había dado por terminado el trabajo realizado en la majestuosa Tumba de la Urna. El equipo que dirigía Abdallah había sacado completamente a la luz los pilares del Pórtico Columnado situado en la ladera norte, y los cepillos y las horas de trabajo empleados por los estudiantes y por los peones habían tenido su fruto devolviendo a la piedra el esplendor que poseyó en su día, hacía más de dos mil años. Aun así, al profesor Didot le invadió una incómoda sensación de fracaso. El equipo que había conseguido llevar a Jordania para buscar huecos

cegados no había detectado oquedades, cuevas, vanos o lugares ocultos por el tiempo o por la mano del hombre. Aquel era un lugar sin secretos.

Abdallah y su equipo habían pasado a la siguiente tumba, la Corintia, construida un poco más al norte que la de la Urna.

Pero la nota alegre de la jornada la había protagonizado uno de los estudiantes que trabajaban en el teatro, a las órdenes de la española. Su pico se había estrellado contra un material no terroso, fuerte y duro, lo que llamó la atención de su jefa. Esta saltó de la silla en la que solía pasar parte de la mañana y corrió con un fuerte cepillo. Se arrodilló y comenzó a pasarlo una y otra

vez hasta que consiguió identificar uno de los perfiles. No cabía duda alguna que aquello era un capitel perteneciente a una columna que dormiría, supuso la española, debajo de kilos de tierra, polvo y tiempo.

Después de compartir con sus compañeros la alegría del hallazgo, se dirigió a la cueva donde vivía Nassira, que se encontraba con Soumaya, y quiso contarle lo que había sucedido, pero no se hacía comprender. Llamó a uno de los peones y le pidió que avisara a Abdallah.

A los diez minutos llegó el profesor jordano dispuesto a ejercer de traductor. La cara que pusieron las dos beduinas cuando Araceli les contó lo

hallado no era la que esperaba la profesora madrileña.

—Señora, cuántos más hallazgos —razonó Nassira, despacio, para que le diera tiempo a Abdallah a traducir—, más personas como ustedes vendrán aquí, y llegará un día en que nos echarán.

—No tiene por qué pasar eso —rebatió la española, contrariada por la reacción de Nassira.

—Sí pasará. Cuando yo tenía la edad de mis hijos, raramente se veía por aquí algún turista, con su cámara de fotos, su ropa extraña y haciendo equilibrios sobre un dromedario. Ahora ya nos hemos acostumbrado a sus visitas, casi a diario.

—Me temo que dice la verdad —Abdallah se permitió opinar—. Parece que el destino del pueblo árabe es andar errantes de un lugar para otro. Si no son los israelíes es el dinero de los turistas occidentales lo que nos despoja de nuestro mundo, por muy terroso e inhóspito que pueda parecer a ojos de un europeo.

Araceli se arrepintió de haber transmitido su alegría por el hallazgo. Soumaya lo notó y pidió al hombre que dijera a su amiga que esperara, que le iba a traer algo de su cueva. A los dos minutos regresó con un colgante que regaló a la española. Era una piedra con tres tonalidades, a rayas. La pieza pendía de un cordón de cuero a modo de

gargantilla.

La española se emocionó con el regalo. Lo acarició con suavidad, paseó las yemas de sus dedos por la rugosa superficie de la pequeña piedra y recordó que ese es precisamente el nombre, en griego, de la ciudad en la se encontraba: *pedra*, Petra.

—Nunca me separaré de esta alhaja —aseguró, emocionada.

La mujer, después de escuchar la traducción, inclinó la cabeza en señal de agradecimiento. Por último, le dedicó una sonrisa franca y amistosa.

Mientras regresaban a sus lugares de trabajo, la madrileña preguntó a Abdallah dónde tendría Nassira el bebé.

—En su cueva. La ayudarán las mujeres de más edad, y allí verá la luz un nuevo beduino, si lo quiere Alá. Los hospitales de los occidentales están muy lejos de aquí —resolvió el jordano.

El ambiente en la comida era de buen ánimo y alegría. Rachel y Giampiero se unieron a las felicitaciones del profesor Didot hacia Araceli, que se había convertido en el centro de los comentarios.

—A juzgar por las gradas, ese teatro albergaba más de tres mil espectadores —supuso el francés—. Un recinto así tenía que tener una *scaenae frons* notable, y los romanos solían decorarla con esculturas de

emperadores o de militares. ¿No es así? —preguntó a los dos especialistas del grupo en temas romanos: Araceli y Giampiero.

—Así es. En Segóbriga, en España, estábamos excavando precisamente el teatro y en uno de los últimos días que estuve allí descubrimos una estatua que ahora mismo está siendo estudiada.

—Estoy de acuerdo con mi colega —apuntó Giampiero, sin más comentarios.

Después de la afirmación, el profesor italiano comenzó con una disertación sobre los teatros y anfiteatros de Catania, Pozzuoli y Lecce que sorprendió a todos, no por lo

interesante de su argumentación, sino por la locuacidad que empleaba, desconocida hasta ese momento.

La primera que lo notó fue Rachel, que incluso se fijó en que durante la comida sus ojos no se separaron de ella.

Al terminar, y en un aparte, la israelí volvió a intentar lo que propuso la noche anterior.

—¿Vas a decirme ahora que no se ve bien, o te vas a inventar otra excusa? —consultó su reloj de pulsera y calculó—. Tenemos tres horas por delante hasta que comencemos con la sesión de laboratorio. ¿Qué me dices?

Giampiero asintió. Nada más que eso. Asintió. No tuvo fuerzas para

más.

Después de recorrer el *Siq* en dromedario, lentamente, degustándolo, la pareja llegó a la explanada donde se levantaba *al-Khazneh*, y desde ahí siguieron las indicaciones de Abdallah hasta comenzar a subir escalones. Tras cuarenta y cinco minutos de intensa ascensión, se asomaron con cautela a la formidable caída desde la cual se contemplaba majestuoso, como desde todos los ángulos, el tesoro de Petra. Rachel tomó una foto del conjunto y se sentó a descansar y a desplegar su estudiada táctica. Giampiero también tomó asiento y se dispuso a admirar las soberbias formas del monumento nabateo.

—¿Y Simona?, ¿sabes algo de ella? —curioseó la israelí, con aviesa intención.

—¿Simona?, ¿quién es Simona? —respondió distraído el italiano.

Rachel sonrió. El arqueólogo había caído en el primer renuncio.

—Giampiero, me dijiste que tu mujer se llamaba Simona.

Tal y como había previsto la *katsa* del Mossad, el profesor se incomodó con el olvido. Era imperdonable. La mujer se acercó y se situó a escasos centímetros de su cara. Suavemente, acarició su pelo echándolo hacia atrás. El italiano no la rechazó, no movió ningún músculo excepto los párpados, para cerrarlos suavemente. Al

lado de Linda se sentía el hombre que jamás había sido.

Para el párroco, el beso que le dio Rachel era nuevo. Pero no nuevo porque fuera la primera vez que lo besaba, sino nuevo porque era la primera vez que se dejaba besar por alguien. Giampiero sabía latín, griego, francés, inglés, historia de civilizaciones tan antiguas como las ganas de aprender del ser humano, costumbres de pueblos lejanos, perdidos o incluso desaparecidos, arte de todas las épocas, teología, filosofía... pero desconocía algo tan sencillo y a la vez tan enigmático como era el beso de una mujer. Fue un beso delicado, tierno, suave, con el que se fundieron los

sabores de ambos junto con el sudor que resbalaba despacio y paciente por sus rostros. Poco a poco, muy poco a poco, la mujer fue incrementando la intensidad del encuentro ante un pasivo Giampiero. Hasta que dejó de ser pasivo. El italiano se olvidó de todo, de su nombre, de su historia, de lo que hacía en Petra, de su familia y, lo peor de todo, de su identidad.

Súbitamente se apartó de ella y se echó hacia atrás.

—No puedo, Linda. No puedo —se tapó la cara con las manos. La mujer entendió que había empezado a llorar.

Ahora era la israelí la que no comprendía casi nada, y no estaba en

condiciones de ratificar o negar la información que le había facilitado Patrash sobre la verdadera filiación del arqueólogo italiano. Se portaba como un casto marido arrepentido al que le remuerde la conciencia en los prolegómenos de una relación carnal y la suspende, la anula, súbitamente y sin ofrecer más explicaciones que una banal negación.

—¡Vámonos! —ordenó la israelí, visiblemente molesta por la imprevisible reacción de Giampiero—. No te preocupes. Entiendo que estés reservándote para Simona. Eso sí, la próxima vez que no se te olvide su nombre.

35. Ammán

El regreso fue en silencio. Al llegar a la base, Rachel buscó a Laurent, que se encontraba dentro de la carpa dictando a la secretaria el final del diario de las excavaciones de la mañana.

—Tengo que hablar contigo.

—Si me permites cinco minutos, Linda, acabamos y me cuentas lo que quieras —a Didot le extrañó el aire de enfado que presentaba la doctora de la Universidad de Cornell.

La israelí hizo tiempo curioseando los hallazgos de la mañana en una de las palanganas.

—Dime, ¿qué quieres? — preguntó Laurent al terminar, como siempre, muy dispuesto cuando lo requería algún miembro de su equipo.

—He de marcharme mañana por la mañana a Ammán. Es por un asunto personal y solo tardaré un día. Saldré a primera hora y regresaré antes de anocheecer.

—Perfecto, Linda. Espero que no sea por algún problema —deseó el francés.

—En absoluto, Laurent. Es un papeleo de mi embajada; me dijeron que no pasara muchos días en Jordania sin acercarme por allí. Además, así me entero de cómo se encuentra el pariente de la doctora Jones.

—Me parece muy bien. Repartiremos a tus colaboradores entre los yacimientos de Araceli y de Giampiero. El italiano está últimamente muy cambiado. A veces le noto muy ausente, y en otras como si fuera otra persona distinta, especialmente locuaz.

—El calor, Laurent. Será el calor —asintió la israelí, intentando disimular la ironía de sus palabras.

Durante la cena Giampiero solo abrió la boca para engullir una comida que tomó sin apetito porque había descubierto que esa sensación, que no quería bautizar de ninguna manera, eliminaba de raíz las ganas de comer. Por lo menos eso le había sucedido a él.

Nunca se le había hecho una

noche tan interminablemente larga como aquella, ni *siquiera* la víspera de contraer los votos perpetuos. No durmió ni un minuto y oyó con precisión todos los sonidos propios del campamento, las llamadas a oración, el murmullo de los rezos, el movimiento de los árabes...

Sabía que el Señor le mandaba todas las noches no una, sino varias pruebas a las que él, como todos los sacerdotes del mundo, tenía que enfrentarse con firmeza y sin caer en el pecado que acechaba con la evolución de su propio cuerpo. Cuando eso pasaba, ya lo tenía perfectamente estudiado y conocía el remedio, ponía la mente en blanco y rezaba una jaculatoria que le conducía de nuevo a la

tranquilizadora flacidez y la deseada relajación.

Pero aquella noche no hizo nada de eso y se abandonó, como hombre que era, a los placeres terrenales, mundanos, paganos. Condujo su pecadora mano al interior del pantalón que utilizaba para dormir y se sintió cómodo con ese masajeo que se regaló por primera vez. Y esta vez no puso los ojos en blanco ni pensó en rezar jaculatoria alguna. Simplemente recordó los pechos de Linda con la camiseta de tirantes, los oscilantes movimientos de sus posaderas al ascender por los escalones hacía unas horas y, sobre todo, muy por encima de todo, la autónoma vida que tenía su lengua cuando se fundió con la

suya, y sintió placer, esa sensación que tantas veces había criticado, y que con tantos reproches había castigado desde la intimidad del confesionario o abiertamente desde el púlpito. Giampiero se sintió feliz así, aun sabiendo que jamás se confesaría de la interminable cadena de pecados mortales en que estaba incurriendo. No habría perdón para ello, las plegarias que tendría que rezar le llevarían más de una vida.

Poco después de la primera oración del día escuchó el motor de un todoterreno. Como ya había comentado durante la cena, Linda se marcharía a Ammán al apuntar el alba.

Cuando Rachel Azikri llegó a la recepción de la embajada de los Estados Unidos de América en la capital jordana, ubicada al oeste de la Ciudadela, mostró al empleado de la entrada su pasaporte expedido por el gobierno de Washington. La sorprendió que los militares jordanos que montaban guardia en la acera portasen armas de fabricación europea. Pidió hablar con el embajador o con su secretario, a los cuales no conocía.

Después de esperar diez minutos, en los que aprovechó para escrutar los pocos objetos que tenía a su alcance, como eran algunos cuadros o las banderas jordana y norteamericana, le facilitaron el acceso y le pidieron que

subiera a la primera planta. Cuando se abrió la puerta del ascensor se encontró con una cara conocida que no veía desde Estambul:

—¡Bienvenida a Ammán, Rachel!

—¡Donovan! —la israelí se sorprendió al encontrarse con el que fue su compañero de misión en el Bósforo. Lo encontró con muy buen aspecto, con un vestuario más deportivo, más juvenil, más guapo en definitiva. Vestía un vaquero nuevo, una camiseta blanca y una chaqueta azufrada.

El anfitrión se acercó y le dio dos besos, a la vez que le susurró:

—No hay mayor desgracia que tener que besar en las mejillas a una

mujer que antes has besado en la boca —no cabía duda de que Rachel había dejado honda huella en el espía.

—Donovan, aquello fue una reacción incontrolada. Debiste olvidarlo.

—Sabes que jamás lo olvidaré —presagió el norteamericano, nostálgico.

—Yo tampoco olvidaré... la explosión de aquel barco lleno de material para los enemigos de mi tierra.

—Siempre tan profesional —se lamentó el hombre de la CIA.

—Siempre tan profesional por Israel —matizó la espía del Mossad—. Que no se te olvide, Donovan: Todo por Israel. Mi única familia es Israel.

La fuerza de la mirada de Rachel era desbordante incluso para alguien tan curtido como James Donovan. Una mujer demasiado fría y experimentada como para intentar obtener algo más de ella.

—Deja que te vea, Rachel. ¿Puede ser que estés más delgada?

—Donovan, no estoy alojada en el Hércules o en el Philadelphia. Me muevo en el desierto, entre comistrajos y polvo —su tono era amistoso y desafiante.

—Bueno, pasa a mi despacho. Cuando han llamado de recepción estaba con el secretario de la embajada —le fue comentando, mientras la conducía por un largo pasillo— y he querido

atenderte personalmente. Dime — preguntó, nada más acomodarse—, ¿qué te trae por Ammán?, ¿qué razón hay para que hayas abandonado Petra?

—Veo que estás informado de muchas cosas, quizá demasiadas.

—Malo sería si el Tío Sam no sabe lo que sucede en Jordania, por lo menos mientras no nos echen.

Ella frunció el ceño.

—La guerra está a punto de estallar, Rachel —reconoció el hombre de la CIA, con preocupación—. Los egipcios no paran de movilizar hombres y material bélico en la península del Sinaí, y nos han comunicado que ya se han recibido dos nuevos cargueros con material, como la entrega que tú y yo

conseguimos abortar. Los sirios están incrementando los ataques a los kibbutzs fronterizos del norte y la idea de Nasser es conseguir que Jordania también se una a la fiesta, a su fiesta —puntualizó—, para tener a tu país atrincherado y atacado por tres frentes. Nos tememos que ese loco cierre el estrecho de Tirán.

—Pero eso sería...

—Sí, sería la guerra.

Rachel asintió, mientras trataba de asimilar la información recibida.

—¿Y vosotros, qué pensáis hacer? —a la israelí le indignaba la pasividad con la que el norteamericano narraba la situación política de la zona, sin un atisbo de implicación personal, como si fuera un anodino profesor de

historia.

—Johnson dice que si las cosas fueran mejor en Vietnam, se lo pensaría, pero ya sabes cómo están discurriendo los acontecimientos allí. Aun así, la VI Flota se dirige rumbo a aguas de Tel Aviv. No hace falta recordar que vosotros sois nuestros aliados en esta parte del planeta. Kosyguin ya se encarga de eliminarnos las dudas que podamos tener.

—Sabes, Donovan, que entre los árabes y nosotros hay una diferencia capital.

—No creas, vosotros y los árabes solo queréis el triunfo, no pienses que os diferenciáis tanto.

—Te equivocas, Donovan. Ellos

luchan por servir a Nasser, un megalómano que quiere tener al mundo árabe a sus pies. Nosotros, los israelíes, luchamos por nuestra propia supervivencia. Ellos sirven a un loco. Nosotros a un Estado con historia milenaria.

El norteamericano se llevó el lápiz a la cara y se dio varios golpecitos en los labios.

—Dime, Linda Cobb, ¿en qué podemos ayudarte? ¿Has venido a por algo de nuestro almacén?

—¿Qué estás diciendo? —respondió sonriente la israelí.

—No sé si sabes que la CIA tiene almacenes con uniformes de todos los ejércitos, de policías, de bomberos,

hasta de taxistas de todo el mundo. No sabe uno de qué va a tener que disfrazarse para realizar una misión.

—Por favor, Donovan, nosotros hasta tenemos diferenciada la ropa por sexos... Que el Mossad no lleva tanto como vosotros pero nuestras dotaciones presupuestarias son generosas y, lo mejor de todo, no hay partido político que las cuestione. Pero no he venido a hablar de uniformes, quiero encontrar a algún traficante de objetos antiguos.

—¿Qué necesitas?

—Alguna pieza de nuestra historia para *hallarla* en Petra. Estoy al mando de una zona de la excavación. Puedo hacer aparecer allí lo que me dé la gana, y necesito hacer aparecer algo.

¿Tiene la CIA algún contacto?

—Puede...

Rachel se levantó de su asiento con ganas de abofetear a su colega norteamericano.

—No bromees conmigo, Donovan, que esto es demasiado serio. Quiero tener un encuentro con alguien en breve, mañana por la noche o pasado como muy tarde. El tiempo apremia, como bien has dicho antes, y mi país no va a permanecer de brazos cruzados entretanto la UNESCO corrobora el carácter árabe de los habitantes de Petra, y tengo que fingir que encuentro algo que cambie la historia, o por lo menos que genere dudas, que es casi mejor.

—Lo que me pides es muy difícil.

—Nada es difícil para el Tío Sam, como has dicho antes. Así que saca esa agenda que supongo tendrás en alguno de tus cajones y mueve los hilos que quieras. Cuando lo tengas informa al mercenario de Patrash, si puedes mañana mismo a última hora de la tarde. Procuraré decirle que se vaya a Maan y allí, como habéis hecho en otras ocasiones, le dais las instrucciones que correspondan.

—Veo que no solo mandas en Estambul y en Ammán, sino que también mandas en los Estados Unidos de América —comentó el anfitrión, pensativo.

36. Petra

Antes de que llamaran a la tercera oración del día, la profesora Linda Cobb se unió al grupo de arqueólogos, que ya habían empezado la sesión de laboratorio.

—¡Profesora Cobb! ¡Cuánto me alegro que hayas venido y que podamos compartir el hallazgo!

El ambiente en el grupo era de máxima alegría. En la zona que dirigía el profesor Ferrini se había encontrado un capitel con la forma de un león alado.

—Nos ha producido mucha ilusión a todos. Había leído algo de un templo consagrado a *al-Uzza*, pero

tenemos que seguir investigando. Creo que deberíamos llamarlo así, *Templo del León Alado*. ¡Sí, ese va a ser su nombre! —aseguró el director científico, mientras le daba una palmada en el hombro a su descubridor, el profesor Giampiero Ferrini.

Este se azoró por la felicitación recibida y Rachel aprovechó la oportunidad para seguir jugando con él:

—¡Caray, profesor!, me lo he perdido. Cuánto siento no haber estado presente —después se acercó ligeramente a él y, sin que le oyeran los demás, aprovechó para susurrarle—. Cuántas emociones estás viviendo en Petra, ¿verdad? Esto habrá que celebrarlo de algún modo. A mí se me

ocurre uno.

El párroco se levantó de la mesa y se acercó hacia el capitel, junto al cual se encontraban la madrileña y el jordano, ambos con un pincel, eliminando con delicadeza los minúsculos restos de arena que el tiempo había incrustado en la piedra. Junto a ellos, Patrash hacía su trabajo.

—¿Podríais apartaros para que pueda hacer unas fotos al gran hallazgo?

Cuando terminó la serie, se acercó a Araceli y le volvió a proponer algo que incomodó a la española.

—Que no, Patrash, que no voy a marcharme contigo ni a Aqaba ni a ningún sitio. Déjame, por favor.

—No lo entiendo, Araceli, no

entiendo qué te ocurre. Estás muy bien conmigo, te ríes con lo que te cuento, parece que mi compañía te agrada... pero luego no quieres pasar conmigo un día de descanso.

—Te lo pido por favor y por última vez —la madrileña procuró ser lo más explícita que pudo. No soportaba la cargante insistencia del árabe—. Tienes que respetar mi opinión y no, la respuesta es no. Y no vuelvas a pedírmelo.

El fotógrafo se marchó de la carpa sin pronunciar palabra alguna.

Laurent se acercó a la profesora Cobb:

—¿Qué tal te ha ido por Ammán? ¿Has conseguido arreglar lo

que necesitabas?

—Bueno, más o menos —repuso con tranquilidad la israelí.

Después, el francés le preguntó algo que le rondaba por la cabeza desde que la vio llegar:

—¿Has preguntado por el familiar de la doctora Jones? Aún recuerdo su cara cuando llamaron a su hotel y le dijeron que tenía que regresar a California por un asunto familiar.

Evidentemente que Rachel Azikri no tenía ni idea de qué responder, pero tuvo que improvisar:

—Parece ser que su padre había enfermado de gravedad, pero ya está mucho mejor.

—¿Su padre? —el profesor

Didot se extrañó.

—Sí, su padre, en San Francisco. Pero ya está totalmente reestablecido —aseguró la israelí con su contundencia oral habitual.

En ese momento todo el grupo se quedó en silencio. Un inesperado ruido de motores se hacía cada vez más audible. Parecía que el sonido venía desde el cielo. Inconscientemente, todos miraron hacia arriba y, a indicación del director científico, salieron al exterior en el momento en que un helicóptero Scout se posaba con suavidad sobre la tierra de Petra. De él se apearon tres hombres de paisano.

Uno de ellos se acercó al sargento que estaba al mando del

destacamento del ejército y le enseñó una credencial. Instantáneamente, el militar se cuadró delante de él. El recién llegado comenzó a impartir órdenes que fueron ejecutadas por los militares, que no paraban de gritar a los peones. Rápidamente, apartaron los cuatro vehículos que se encontraban estacionados a la entrada del campamento. Inequívocamente, estaban despejando el espacio.

El desconocido se acercó a Laurent, ante la expectación general.

—Es usted el director científico de esta excavación arqueológica, ¿verdad? —preguntó, en perfecto inglés.

Le dio la mano con firmeza y después volvió a preguntarle:

—¿Sabe usted quién es Araceli Artigas?

—Yo soy Araceli Artigas —respondió la española, directamente.

El hombre la miró y mostró una sonrisa afable.

—Me alegro de saludarla —el desconocido marcó una ligera reverencia—. En nombre de Su Majestad el rey Hussein de Jordania, le agradeceré que espere unos minutos.

Sus palabras quedaron ahogadas por el sonido de otros dos aparatos que llegaban al campamento. Un Scout se quedó sobrevolando mientras que otro helicóptero tomaba tierra con gran estrépito en la amplia explanada que acababan de habilitar. Era un biplaza

que solo estaba ocupado por su piloto:
el rey Hussein.

Patrash se acercó a tomar una foto pero fue rápida y violentamente reducido por uno de los guardaespaldas. Le ordenó en árabe que no hiciera uso de la cámara.

—Has tenido suerte. Si hubiéramos estado en otro lugar te la habría estrellado contra el suelo —le advirtió el corpulento escolta.

El grupo de arqueólogos estaba sorprendido, en especial Araceli. El Rey se quitó los auriculares y se apeó del aparato. Muy sonriente.

Lo primero que hizo fue acercarse al profesor Didot:

—Les dije que intentaría venir a

saludarles y a conocer de primera mano lo que estaban haciendo por mi país, y he conseguido encontrar un hueco en la agenda. Además, mañana es viernes, nuestro día sagrado, por lo que no tengo tanta prisa.

El monarca estrechó con afabilidad la mano de los cinco profesionales y después formuló una pregunta, teóricamente al grupo, en la práctica a una persona, alguien de quien no había apartado la mirada desde que había llegado:

—¿Están muy cansados?

Araceli se vio obligada a responder, pues los ojos del monarca no se separaban de los suyos.

—No mucho, majestad. Estamos

distribuyendo correctamente la jornada y en el día nos da tiempo para todo, tanto para trabajar, como para descansar.

—Y también para dar gracias a Alá —apostilló Abdallah.

—Me alegro —el monarca no hizo caso alguno al comentario de su compatriota—. Profesor, ¿han tenido avances?

—Majestad, si lo desea, podemos pasar a la carpa que utilizamos de laboratorio para mostrarle los hallazgos —propuso el director científico, satisfecho y exultante. No podía imaginar que el Rey fuera a cumplir su palabra de desplazarse hasta Petra para conocer sobre el terreno la realidad de las excavaciones. Por lo

menos eso era lo que el francés quería pensar de la irrupción del monarca en el yacimiento.

Los militares, que seguían las instrucciones de los hombres llegados en el primer helicóptero, ordenaron a todos los estudiantes, peones y técnicos que regresaran a sus carpas y a sus quehaceres mientras que los cinco arqueólogos entraron en el laboratorio, junto al monarca y a uno de sus guardaespaldas.

Al cabo de diez minutos de estar recibiendo las explicaciones del profesor Didot, el Rey, aburrido de que le contaran las diferencias entre las monedas y la cerámica a efectos de hallar pruebas para calcular su

antigüedad, procuró hacer un aparte con Araceli.

—Y para usted, ¿todo esto será muy nuevo?

—No tanto, majestad, ya había trabajado en otras campañas arqueológicas, aunque nunca había visitado Oriente.

—¿Y nuestro mar? ¿Conoce nuestro mar?

—No majestad. Creo que Aqaba está muy cerca de aquí, pero no se ha terciado viajar hasta allí.

—Muy cerca de la ciudad poseo una pequeña casa con unas vistas preciosas sobre la bahía. Tardamos menos de diez minutos en llegar.

Araceli se ruborizó. Nunca antes

alguien tan importante le había ofrecido un plan así.

—Majestad, no sé qué dirán mis compañeros.

—Yo tampoco sé lo que dirán sus compañeros pero, francamente, no voy a preguntárselo. Mi helicóptero tiene solamente una plaza libre y me gustaría que la ocupara usted. ¿Qué me dice?

El Rey de Jordania le preguntaba si le apetecía montar con él en su helicóptero privado para enseñarle la bahía de Aqaba. Se habría arrepentido toda la vida si hubiera rechazado aquella proposición tan atractiva e insólita:

—Encantada, Majestad. ¿Tengo

que llevar algo?

—Nada, por supuesto. Usted es mi invitada.

La española se despidió del resto del grupo y, acompañada de Hussein, se encaminó hacia el helicóptero. Todos vieron cómo subía al aparato, cómo las aspas se ponían de nuevo en movimiento y cómo se elevaba lentamente del suelo. Cuando se hubo situado a veinte o treinta metros de altura, dio un giro y se orientó rumbo al sur, acompañado a cierta distancia por el Scout de escolta.

Junto a la carpa que hacía las veces de cocina, los ojos de Patrash Pasha fueron testigos de la cara risueña que llevaba Araceli cuando subió al

helicóptero y de las risas que se cruzaba con el monarca cuando este la ayudaba a ponerse los auriculares.

Después la vio elevarse y desaparecer de su campo visual. Ella y él. Los dos solos.

37. Aqaba

Tal y como le había anticipado, no habían transcurrido ni diez minutos cuando el monarca la pedía que mirara a lo lejos, mientras señalaba con el dedo:

—¿Ves el mar? —le preguntaba a través del interfono. La madrileña respondió con un movimiento de cabeza.

El aparato cruzó Aqaba y se adentró en su bahía, para después dar un amplio giro de ciento ochenta grados y descender ostensiblemente. El monarca era un experto piloto y se permitió la licencia de caer hasta situarse a escasos metros de la superficie, que se encontraba serena y plácida. Disfrutando

el momento, Hussein miró a su compañera de viaje y se deleitó con la cara de emoción que mostraba. A diferencia de lo sucedido con otras viajeras, por lo menos de momento, esta vez no había mareos.

Conforme se fue acercando de nuevo a la costa, el aparato ganó altura y se elevó hasta permitir una envidiable vista panorámica de la pequeña población de Aqaba y de su puerto mercante, la única salida al mar de Jordania.

—¿Ves aquella colina?, ¿y la mansión blanca? Allí vamos.

Después de varias evoluciones, que sirvieron para que el aparato fuera situándose en la vertical del helipuerto,

el monarca hizo descender al helicóptero lentamente hasta posarlo sobre el asfalto donde se había rotulado la letra *H*. Dos hombres, vestidos con monos azules, acudieron en ayuda del piloto. Esperaron a que el monarca descendiera del aparato, y que este ayudara a la pasajera, para hacerse cargo de él.

El palacio de Hussein se encontraba en la ladera suroeste de las montañas que cerraban la pequeña ciudad de Aqaba por el norte, sobre un abrupto precipicio de cien metros de altura. La primera impresión que ofrecía era la de un lugar blanco, por la construcción, y verde, por la cantidad de plantas que lo adornaban. El Rey le

pidió que ascendiera con él por unas escaleras de mármol por cuyos lados caían unas cascadas de agua que refrescaban el ambiente. Atravesaron un inmenso portón de madera con incrustaciones metálicas y entraron en un amplio vestíbulo decorado con columnas unidas por unos arcos que le recordaron vagamente a la mezquita cordobesa. Después continuaron hasta el fondo por donde salieron al exterior. La terraza era inmensa, de mármol blanco, reluciente, y terminada por una balaustrada desde donde se admiraba una vista inabarcable.

—¿Te gusta?

Araceli era incapaz de asumir tantas emociones juntas y en tan pocos

minutos.

El agua de la piscina que tenía a sus pies poseía una tonalidad azul turquesa brillante que invitaba al baño. Al fondo se abría la yerma llanura que separaba el palacio de las primeras edificaciones de Aqaba.

—Creo que es el lugar más bello que he visto en mi vida.

Hussein sonrió.

—No exageres. En España también tenéis maravillas de la naturaleza.

—Le digo que este es un lugar bellísimo —se ratificaba la madrileña.

—No me llames de usted, por favor, que aquí no nos oye nadie, no quiero protocolos. Soy un anfitrión con

su invitada, nada más.

Araceli se volvió y le miró por primera vez desde que habían llegado al palacio. Sonrió en prueba de conformidad. El monarca extendió los brazos:

—Le puse de nombre *Horizontes Lejanos*, *al-Afaq al-Ba'id* en árabe. ¿Te gusta?

—Muy acertado, Hussein.

—Así me gusta, no quiero que vayas a pasarte todo el rato llamándome rey, monarca, majestad... Ante todo soy un hombre, y quiero que me trates como tal. ¿Te apetece tomar algo?

Le señaló una de las esquinas, donde había un sofá muy amplio, una mesa baja y un toldo que los protegía de

los últimos rayos del sol vespertino.

Con un té en la mano, y con el olor del incienso que habían encendido los criados, la madrileña se encontraba muy cerca de la gloria.

—¿Por qué no me hablas de ti?
¿Estás casada, tienes hijos?

Araceli dejó el vaso del té sobre la mesa. Nunca había probado una bebida así, con un sabor muy intenso y con más cuerpo que el resto de tés que había degustado con anterioridad.

—No, ni lo uno ni lo otro —
reconoció, sin sentirse orgullosa de ello.

—Parece que todavía no ha
llegado el hombre adecuado, ¿no?

—Parece —sonrió, algo forzada.
Hussein entendió que aquel tema

no tenía más recorrido y prefirió contar cosas a su acompañante:

—Este es mi lugar preferido, es mi refugio, mi lugar de meditación. Aquí vengo una o dos veces por semana a recapacitar, a pasear por esta terraza que, por cierto, es de mármol de Macael, en Almería —comentó, con orgullo—. Me lo envió mi amigo Francisco Franco. Aquí no recibo a nadie, ni *siquiera* a mis asesores. Dedico el tiempo a leer informes, me traen la prensa internacional, aunque con un día de retraso —se lamentó, sonriente— y revistas con artículos de especial interés. Un estadista tiene que apartarse de sus quehaceres cotidianos y digerir los acontecimientos que le rodean y que

no controla. Piloto un barco pero no soy ni el dueño de los vientos ni el señor de las mareas.

Araceli giró la cabeza y volvió a perderse en la majestuosa vista del mirador. Su anfitrión se dio cuenta:

—¿Te gusta lo que ves, verdad? Mira, aquello que está al fondo, a nuestra derecha, es Egipto, que nos regala los atardeceres, y a nuestra izquierda, Arabia Saudita, que nos ofrece los amaneceres. Ya ves que desde aquí se ven tres países: Egipto, nosotros y Arabia Saudita.

—¿E Israel? ¿No tiene salida al mar? —preguntó la española.

—Es que para nosotros, los árabes, Israel no existe. Ocupan un

territorio que no les pertenece. ¿Tú entiendes eso?

—No es fácil asumir que no existe un estado que ha sido reconocido por la ONU —aseguró Araceli.

El monarca la miró sabiendo que se encontraba con alguien que tenía una manera de pensar muy distinta a la de él. Encendió un cigarrillo después de pedirle permiso.

—Yo conozco Toledo, me invitó vuestro Generalísimo —empezó narrando el rey Hussein—. Tenía mucho interés en mostrarme las ruinas del Alcázar, no sé si las conoces —la española asintió con la cabeza, sin interrumpirle—. Pero en aquella visita no solo aprendí lo que sucedió allí en

vuestra Guerra. También me enseñaron el pasado hebreo de la ciudad, incluso me llevaron a visitar una sinagoga, no recuerdo ahora el nombre. Y yo te pregunto, Araceli, ¿qué pensarían los españoles si Ben Gurion dice que los judíos tienen que establecerse en Toledo?

La arqueóloga madrileña frunció el ceño. No entendía adónde quería ir a parar el monarca.

—Ellos van comprando terrenos, poco a poco, gracias al dinero que reciben del extranjero, y un buen día la ONU les concede un espacio de soberanía y Toledo se desgaja de España. Así, la catedral gótica cristiana, por ejemplo, pasa a estar bajo la

jurisdicción del régimen sionista. ¿Qué pensaríais los españoles de los judíos? ¿Creeríais que están en su legítimo derecho de formar un país nuevo y soberano a costa de robar extensión al vuestro?

La española se quedó pensativa.

—Solo reparamos en lo que nos afecta —prosiguió el anfitrión—. ¿Por qué no se quedan los judíos en los Estados Unidos de América, así el dinero no tiene ni que cambiar de continente? ¿Sabías que allí viven cuatro millones de judíos? Se deberían establecer en el desierto de Arizona o en Texas, en vez de estar continuamente mandando dinero a Tel Aviv para comprar armas que luego usan contra

nosotros.

El monarca sonrió y se acercó a Araceli. Con suavidad, le tomó la mano y besó su dorso.

—Te estoy aburriendo.

—En absoluto, Hussein. Es un razonamiento muy inteligente y he de confesar que nunca había reparado en él.

—Será que en este lugar me pongo más trascendente. Aquí llevo la responsabilidad del gobierno de mi país y Alá quiso que fuera desde muy joven. La naturaleza me ha proporcionado unos hombros estrechos que he tenido que fortalecer para soportar las innumerables obligaciones que acarrea este cargo.

Después la pareja estuvo

hablando sobre Petra. El Rey le contó las sensaciones que le había reportado ese lugar que conocía desde que tuvo uso de razón, y donde de pequeño le encantaba meterse en las cuevas y buscar tesoros. También habló de su educación académica y militar en Inglaterra, y lo que le fascinaba volar.

Se mantuvieron en silencio mientras admiraban la tranquilidad de la tarde, que ya había perdido toda su fuerza. A lo lejos, una estrella comenzó con su titileo.

—Debería volver al campamento —Araceli pensó en voz alta, con muy poca convicción.

—Yo si quieres te llevo. Pero es posible que prefieras otro plan.

La madrileña se quedó extrañada.

—¿Te apetecería quedarte a cenar conmigo? —le propuso abiertamente, sin ambages.

A la española le hubiera gustado elevar las cejas hasta el infinito. Jamás podía haberse imaginado recibir una proposición así.

—Sí me apetecería, pero no debo. Mis compañeros estarán esperándome. Además, no he venido vestida para cenar con un Rey —intuyó.

—Respecto a lo primero, no creo que a alguien vaya a importarle en exceso que hoy no les acompañes a la cena; y respecto a lo segundo, creo tener la solución. ¿Aceptas?

La arqueóloga se mostró dubitativa.

—Me harías el hombre más feliz sobre la tierra. Poder cenar contigo, esta noche en mi palacio, es en estos momentos mi máximo anhelo. Es algo demasiado bello a lo que no puedo renunciar.

El monarca había variado su aspecto y ahora mostraba el de alguien que suplica, que implora una compañía que necesitaba con angustia vital. Araceli estaba viviendo un sueño y decidió prolongarlo.

Él juntó las manos de su invitada, y las llevó a sus labios. Después, chascó los dedos.

Al momento, aparecieron tres

mujeres uniformadas con unas abayas. A una de ellas ya la conocía. Era la misma persona que les había ofrecido cambiarse de ropa a Rachel y a ella cuando estuvieron cenando en el palacio de Hussein, en Ammán. Marcaron una reverencia al mismo tiempo.

—Si las acompañas, ellas podrán ayudarte —Hussein mostró una sonrisa tranquilizadora.

38. Petra

Después de acudir al rezo, Abdallah entró en la carpa que hacía las veces de comedor y el grupo se dispuso a cenar, aunque, por lo menos durante los primeros minutos, nadie abrió la boca. El hueco que Araceli había dejado se hacía demasiado grande.

Rachel hostigaba a Giampiero con sus ojos, disfrutando al verle cómo se ponía cada vez más nervioso. No podía ocultarlo, a la israelí le gustaba el párroco y, por lo que era evidente, el párroco se sentía mucho más que atraído por ella.

Abdallah comentó algo del

capitel con el león alado pero solo le respondió Laurent, en quien siempre encontraba eco. Giampiero no tenía ganas de criticar a las religiones politeístas, como era habitual en él. Nadie habló ni de Araceli ni de la visita del rey Hussein.

Al finalizar la cena, el director científico se despidió de todos y les deseó un buen y largo descanso, ya que el día siguiente era viernes y no tendrían que madrugar. Abdallah se marchó con él dejando solos a Rachel y a Giampiero.

La israelí tomó un *mushabbak* que les habían servido de postre. Miró al italiano y este clavó sus ojos en los de ella, sin palabras, con un violento

silencio envuelto en una asfixiante tensión.

—¿Qué te pasa, Giampiero? — susurró la mujer, con su voz más cálida y sus intenciones más definidas.

Ferrini volvió a esconder sus ojos en el vaso de té, que no había probado. No se atrevía a mirarla de nuevo.

—¿Te apetece dar un paseo?

—Quiero volver adonde estuvimos ayer al mediodía —soltó el italiano, de golpe.

Rachel se limitó a sonreír, nada más.

—No te rías, esto es muy importante para mí. Tú nunca sabrás lo que me cuesta pedírtelo.

—No estoy riéndome, solo que veo que la oscuridad ya ha dejado de ser un problema para ti. Pero estamos a punto de tener luna llena.

—Prefiero que sea de noche — confesó.

—Venga, vamos —resolvió Rachel, a la vez que se ponía en pie.

Casi como si fuera un puma que salta sobre su víctima, Giampiero se abalanzó sobre Rachel y la besó como encontrando en ella la única fuente de vida sobre la tierra.

—Espera, espera —con dificultad, la mujer intentó sujetarlo—. Que estas cosas no se hacen así. O se hacen así, pero no aquí. No seas impaciente.

—Perdón —el italiano tuvo una fugaz intención de santiguarse, pero solo fue eso, un ademán.

El camino que llevó la pareja a pie por el *Siq* fue interminable. Cada diez metros iban parándose para besarse con profusión, con suma intensidad, con un deseo mutuo que no podían reprimir. Giampiero no solo la besaba, sino que ponía a trabajar sus manos como si quisiera, a la vez, palpar toda la anatomía de Rachel, la mujer que estaba descubriéndole un mundo lejano, prohibido, un universo pecaminoso que jamás se había atrevido a explorar porque siempre le habían dicho que estaba jalonado de serpientes malignas.

Pero allí no había ningún animal siniestro. Allí solo estaba una mujer que ahora le quería, que solo estaba con él, que le agarraba la cabeza y le despeinaba el pelo mientras ponía a trabajar sus muslos acariciando intermitentemente su miembro que ya no podía alcanzar una mayor dimensión.

La israelí quiso caminar hacia *al-Khazneh* pero era imposible, el italiano no la dejaba dar un paso. Sin pudor, sin vergüenza de ninguna clase, la tocaba, la agarraba como si fuera una muñeca a su disposición, sobre todo los pechos y el trasero.

—Tienes que perdonarme —
acertó a decir.

—Aquí no nos tenemos que

perdonar ninguno —respondió ella, en un momento de respiro—. Veo que no vamos a llegar arriba.

De repente, la israelí tuvo una idea.

—¿Por qué no entramos en el interior de *al-Khazneh*?

—¿No viven ahí beduinos? —preguntó Giampiero en un soplo de lucidez y de calma.

—No, les debe inspirar respeto vivir dentro de un lugar tan grande y enigmático. Ven.

La mujer agarró la mano del italiano y lo condujo por unas tablas que habían instalado para facilitar el acceso al espacio interior del tesoro de Petra.

—Linda, te quiero.

Las palabras de Ferrini se escucharon con cierto eco. Probablemente era la primera vez que alguien decía algo así en ese lugar. Fueron vocablos que salieron desde lo más profundo de su interior y que llevaban retenidos un tiempo impreciso, quizá desde siempre.

Rachel pensó que el italiano estaba confundiendo amor con sexo, un equívoco en el que suelen incurrir muchos hombres, pero le resultó indiferente. Sentía que jugaba con alguien que, a pesar de su edad, no era más que un adolescente y se comportaba con ella como tal.

—Ven, siéntate.

Como un cordero obediente, el

párroco se situó en el centro de la estancia mientras ella iba desnudándose como si fuera una exhibicionista, despacio, muy despacio. Disfrutaba con el momento. Siempre le sucedía. Se excitaba al irse quitando la ropa poco a poco delante del hombre a quien iba a entregarse mientras contemplaba su expresión, turbada e impaciente.

Y el párroco huyó. Huyó de los formalismos que le habían acompañado durante toda su vida, de las inhibiciones a las que él mismo había reprendido con ferocidad, de las órdenes acatadas a costa de su incomprensión, que incluso habían sido interiorizadas por él hasta hacerlas completamente suyas. Giampiero gozó, vibró, convulsionó, a

veces lloró pero sobre todo tembló. No sabía qué sensación era aquella hasta que la experimentó.

Con los cuerpos cubiertos de tierra y sudor, la pareja se quedó tumbada en silencio en el interior del Tesoro. Esa noche, los espíritus de Cástor o Pólux, o de Isis, figuras representadas en la fachada, también se mantuvieron en silencio para no ensombrecer con sus almas errantes el indescriptible momento que había disfrutado un ser que se había estrenado en la humanidad.

39. Aqaba

Las tres mujeres acompañaron a Araceli por un pasillo del palacio *Horizontes Lejanos*. La estancia a la que accedieron era un inmenso cuarto de baño con una bañera redonda y un tocador con amplio espejo. Alguien había puesto una suave música ambiental. La atmósfera estaba regada de perfume de lavanda.

Para sorpresa de Araceli, la mujer comenzó a hablar, en su idioma:

—Me llamo Samira. Aprendí español y sirvo en el palacio de Su Majestad, le acompañó en sus viajes oficiales. Soy silenciosa, como las

arenas del desierto. No tiene por qué preocuparse —la mujer mostró una sonrisa cómplice—. Es para cualquier jordano un privilegio servir a Su Majestad y el precio que tenemos que pagar es nuestra discreción.

Primero le ofrecieron un baño con espuma. Mientras Araceli se encontraba sumergida en el agua cálida, una de las ayudantes roció abundantemente la bañera con pétalos de rosa.

Después la secaron entre otras dos y le pusieron un batín de seda. La condujeron a un sillón donde una mujer le arregló las uñas. Otra la peinó con un secador y un cepillo. Samira se situó a su lado con un pequeño maletín de

maquillaje y comenzó a acicalarla con profesionalidad, esmerándose en la aplicación de *khol* en la línea de los ojos.

Cuando hubo terminado le pidió que la acompañara a una habitación que hacía las veces de vestidor. Samira le quitó el batín y la miró de arriba abajo. Dijo algo en árabe a una de sus ayudantes. Al momento, aparecieron con una gran bandeja de mimbre cubierta de un paño de hilo con cuatro conjuntos de ropa interior, a cuál más bello. De distintos colores y diseños.

Araceli se emocionó al verlos.

—Espero haber acertado en la talla —deseó Samira.

La madrileña paseó la yema de

sus dedos por cada uno de ellos y confesó:

—No sé cuál elegir, son todos preciosos.

La ayudante del Rey sonrió.

—Elija el que elija, seguro que va a acertar. Si quiere, la puedo aconsejar.

Con complicidad, señaló uno en concreto.

—De mujer a mujer, este es de los que más le gusta a Su Majestad.

—Entonces prefiero este otro —determinó Araceli, con decisión—. Quiero que me vea a mí. Solo a mí.

Se lo puso y se miró de cuerpo entero en un espejo. Se giró varias veces para comprobar cómo le quedaba.

—¿Me queda bien? —preguntó, buscando la opinión connivente de Samira.

—Me parece que está usted muy hermosa.

Después le ofrecieron varias abayas, a cual más y mejor bordadas. Por último, la calzaron unos zapatos de tisú con incrustaciones de pedrería.

Antes de abandonar el vestidor se volvió a mirar en el espejo, en la profundidad de su mirada, y llegó a la conclusión de que aquella no era ella, que en su cuerpo se había metido otra mujer que le había robado la personalidad. No, ella no podía tener tanta suerte.

Samira le abrió la puerta y le

guiñó un ojo. Araceli respiró profundamente y asintió.

El comedor era una estancia no muy grande, dotada de una luz indirecta muy escasa y en donde se oía una lejana melodía.

—Hace muchos siglos, había músicos esclavos que se dejaban arrancar los ojos y castrarse para que se les permitiera vivir en el harén de los sultanes —Araceli oía la voz de Hussein, pero no le veía—. Pero hoy los árabes preferimos utilizar la música pregrabada.

La figura del Rey apareció entre la penumbra. También se había puesto un zob, en su caso blanco con bordados en

oro. Araceli le vio muy guapo.

El monarca se acercó a su invitada y volvió a juntar sus manos, pero esta vez no las besó:

—Si te hubieras marchado no lo hubiera podido resistir. A pesar de mi juventud, no me queda vida suficiente para agradecerte que hayas querido acompañarme esta noche.

Araceli no sabía qué decir.

—¿Nos sentamos? —propuso el anfitrión.

El monarca la condujo a uno de los laterales, donde se encontraban diseminados multitud de cojines, junto a una mesa baja. Se arrodillaron y después se sentaron sobre el suelo. El Rey presionó un botón y una puerta se

abrió. Dos camareros entraron con unas bandejas. Las dejaron sobre la mesa y se retiraron, no sin antes marcar dos reverencias.

—¿Has probado el caviar? Me lo envía mi amigo Reza Pahlevi.

Hussein enseñó a Araceli a degustarlo invitándola previamente a que aspirara su fuerte aroma a pescado.

La estudiada estrategia del monarca estaba basada en la activación sensorial. Sin que la madrileña se diera cuenta, desde que había subido al helicóptero sus cinco sentidos habían permanecido en continua actividad: el olfato con el olor a incienso y ahora con el del caviar; el gusto con el té, muy dulce y espeso; el oído con la música,

tanto en el comedor como antes en el baño; el tacto en el agua y en la calidad de las telas; y la vista, continuamente.

—Me gusta la mujer española — reconoció el soberano—, tenéis el aire mediterráneo en vuestra mirada, donde se perciben todavía vuestros vestigios árabes. ¿Sabías que hay zonas del sur de España que tienen más procedencia musulmana que cristiana?

A Araceli le gustaba la manera que tenía el monarca de acercarse a ella.

—¿Cuántos hombres te han dicho que tienes unos ojos que hablan solos?

La madrileña optó por permanecer en silencio. Su cuerpo había vuelto a estremecerse, y sintió un súbito arrebató de frío.

—No tantos, Hussein, no he tenido suerte con los hombres, parece que no me he entendido muy bien con ellos.

—No sabía que en España hubiera tanto ciego.

Negó con la cabeza mientras cerraba los ojos durante dos o tres segundos.

—Me parece que has estado muy consagrada a tu familia y a tu trabajo, y tienes que disfrutar de la vida, de momentos como este, aquellos en los que el mundo parece que se ha hecho para dos personas, para ti, y para mí.

El monarca llevó sus dedos a la barbilla de Araceli. Era la primera vez que rozaba su cara.

—Hay que recrearse con cada instante. ¿Quién podía haber imaginado, incluso ayer mismo, que tú y yo íbamos a estar hoy aquí? ¿Quién sabe dónde estaremos mañana? Yo solo sé que ahora estoy contigo, con una bella mujer que es mi huésped y quiero que se sienta como la más afortunada de la creación, porque así me siento yo ahora, como el hombre más envidiado del universo.

La madrileña se sentía turbada, embriagada ante la ensoñación que le hacía vivir el Rey de Jordania.

—He visto muchos ojos, pero nunca unos como los tuyos. Tienen una mirada con personalidad, profunda, sincera, transmite paz. Debería pedir a Alá que prolongara esta noche para que

no tuviera final y que el sol jamás viniera a molestarnos.

Cuando Hussein se acercó a Araceli se encontró a esta con el cuello un tanto inclinado, los ojos cerrados, y la boca entreabierta.

El primer beso fue muy suave, casi ni la tocó. Retiró su cabeza y, con la ayuda de los dos pulgares, abrió sus párpados, con suma exquisitez. Sonrió, le inspiró tranquilidad, sosiego y confianza.

—Quiero que esta noche sea eterna, que los minutos que tengamos para nosotros se conviertan en momentos inmortales.

La ayudó a levantarse y le pidió que lo acompañara. El monarca abrió

una puerta de doble hoja: era el dormitorio. A Araceli le pareció que la cama era inmensa. Medía no menos de dos metros de ancho. La habían compuesto con exquisito gusto, con una colcha verde oliva que hacía juego con unos almohadones cuadrados colocados como si fueran rombos, a la altura del cabecero. La luz era tan tenue que parecían estar entre tinieblas. En el aire flotaba un ligero aroma a sándalo.

Se volvieron a besar.

Nadie supo lo que sucedió en aquel lugar, y menos Araceli y Hussein, Hussein y Araceli. Uno y otro cuerpo se fundieron en un encuentro cuajado de cariño y delicadeza. Las pieles hablaron solo con el lenguaje del silencio y la

complicidad. Acometían un destino común y por ello sus manos se habían convertido en plumas, ligeras y sedosas, que tiernamente recorrían unos cuerpos que ya no les pertenecían.

Se quedó dormida sin saber cuándo había cruzado el umbral entre la consciencia y la insensibilidad. Después de un tiempo impreciso Araceli sintió que volaba. Abrió los ojos y comprobó que su cuerpo flotaba y que solo la unía a la tierra los brazos de Hussein. Estaba amaneciendo. El monarca, desnudo como ella, la llevaba en volandas a la terraza donde la tarde anterior había visto el golfo de Aqaba por primera vez. Araceli creyó que iba a explotar de

felicidad. Buscó la boca del monarca para perderse de nuevo en su interior. Acarició la cara con sus manos.

—Buenos días, mi amor —murmuró el Rey—. Yo me quiero morir aquí, contigo. No soporto la idea de que voy a perderte. Vas a dejarme destrozado.

—Esta noche he sido tuya, Hussein, y nadie jamás va a quitarnos eso. Tú tienes tu vida y tienes que volver a ella, pero este recuerdo vivirá siempre junto a mí.

El soberano la colocó en el suelo, de pie, junto a él, y le pidió que se diera la vuelta. Mientras ella estaba admirando la vista de la lejana y postrada ciudad de Aqaba, el Rey le

colocó un colgante en su cuello.

Ella notó la pequeña cadena y miró qué pendía de ella.

—¡Una Mano de Fátima! — exclamó, sin volverse.

—Sí, para que te proteja cuando no pueda hacerlo yo. No te separes nunca de ella.

La besó en el cuello hasta hacerla estremecer de nuevo.

Araceli llevó sus manos hacia atrás y agarró con suavidad las piernas del monarca; acercó su cuerpo, y lo notó hombre de nuevo.

40. Petra

Amanecía en Petra. Cuando Radia se levantó para asistir al primer rezo del día se encontró con que las camas de sus dos compañeras de carpa se hallaban vacías y sin deshacer.

Al regresar de la oración se topó con Rachel, que venía de darse una ducha. La israelí se metió en la cama sin cruzar palabra con ella; solo una mueca de salutación. Araceli regresó al campamento a la hora de comer. Un vehículo todoterreno al servicio del Rey la había retornado a la base. Nada más apearse, se encontró con Patrash, que la miraba con el odio marcado en su cara.

No se dijeron nada. También se metió en la carpa y, dentro de ella, en su cama.

Durante la comida de ese viernes hubo un mutismo general. El profesor italiano no probó más que un trago de té y no habló a pesar de encontrarse al frente del equipo que más avances había obtenido desde que llegaron a Petra. Abdallah y Laurent, habitualmente muy habladores sobre la evolución de la campaña, tampoco se dijeron prácticamente nada.

Por la tarde, y cuando Rachel estaba en el laboratorio, el fotógrafo entró pidiéndole que saliera de la tienda para tomarle una instantánea. La espía del Mossad entendió que aquello era, necesariamente, una contraseña.

—¡Qué pesado eres, Patrash! No respetas ni los viernes. Te dejo que solo me hagas dos —comentó en alto, para que se enteraran bien sus tres compañeros.

Giampiero la vio salir con el fotógrafo y fue cuando le invadió un sentimiento nuevo, aunque esta vez agrio y malsano: los celos.

Abdallah y Laurent se miraron sin pronunciar palabra alguna. Ambos sabían lo que había sucedido esa noche. El polvo y la arenilla escondidos en el vello de los brazos y en el cabello del italiano, torpe e ineficazmente eliminados, les condujo inexorablemente a una conclusión muy concreta. Pero callaron. Ambos entendieron que no

tenían nada que opinar.

Después de la primera instantánea, el fotógrafo se acercó a Rachel:

—Tengo noticias —murmuró, mientras miraba a la cámara como si estuviera graduando el diafragma o el obturador—. Esta noche van a esperarnos en *Wadi rum* con lo que pediste a un tal Donovan.

La israelí se sintió satisfecha. El a veces cargante y siempre vanidoso pero eficaz agente de la CIA había trabajado rápido y, por lo que suponía, bien.

—Tienen que confirmármelo. Formalizaremos un encuentro a media noche. Partiremos a la una o las dos de

la madrugada. Ya puedes buscarte una buena excusa para abandonar el campamento —le recomendó el árabe.

Rachel le guiñó un ojo.

—Profesora, otra más, por favor —la conversación la zanjó el fotógrafo con su habitual disimulo.

Tal y como habían quedado, a la una de la madrugada la israelí abandonó la carpa dejando a Radia y a Araceli profundamente dormidas. Caminó diez minutos en la dirección que le había indicado Patrash hasta encontrarse con un vehículo que estaba esperándola. Se llevó una sorpresa al encontrarse en el interior con una cara conocida:

—Donovan, para ser alguien que

juraría ante la Constitución Norteamericana que jamás ha pisado Oriente Próximo no paras de prodigarte en estas latitudes.

—Y a todas horas, Rachel. Vamos, que tenemos el tiempo justo.

Los potentes faros del *jeep* taladraban la noche como dos dagas que se clavaran en la incertidumbre que envolvía a sus cuatro ocupantes.

La mujer mantenía el semblante sereno, aunque no podía evitar la inquietud ante el anunciado encuentro.

—¿A quién vamos a ver?

—A Alí —respondió Donovan, sin apellidos ni aclaraciones.

—No me gusta Alí. Es la escoria dentro de la escoria.

—Lo sé, pero no hay muchas personas decentes en el mercado de antigüedades robadas. Si quieres algo que sirva para tus propósitos, el número de proveedores se reduce a un manojo de escorias. A partir de ahí, eliges la escoria que te parezca más eficaz.

—Hace algún tiempo hicimos una transacción con él —recordó la *katsa*.

—Si te resultó de utilidad esa transacción, entonces veo que no me he equivocado de escoria —extrajo en consecuencia el norteamericano.

El vehículo atravesaba una carretera totalmente horizontal a la que la arena casi había tapado, por lo que la sensación era de estar circulando sobre

una inmensa nada, algo parecido a un aburrido sueño. Súbitamente aparecieron unas grandes y animadas sombras corriendo al lado del todoterreno. Rachel se asustó hasta que comprobó que era un grupo de dromedarios asustados.

—Por cierto, ¿habrás traído con qué pagar, no?

—He buscado en los cajones y algo he encontrado —contestó Donovan—. Ya le pasará mi gobierno la factura al tuyo.

El norteamericano agarró la mano de la israelí y la introdujo dentro de una bolsa de tela que llevaba junto a él. La mujer palpó el contenido.

El vehículo lo conducía un

hombre al que Rachel nunca había visto. Por el color de su piel, entendió que sería uno de los muchos árabes que tenía sobornados la CIA en Jordania. En el asiento del copiloto viajaba Patrash, absolutamente callado. La parte trasera la ocupaban Rachel y James Donovan.

—¿No nos habremos pasado? — quiso saber la espía del Mossad.

—Todavía no hemos llegado a *Wadi rum*. A partir de entrar en el desierto tendremos que cubrir media hora de camino —respondió el conductor, en inglés pero con fuerte acento árabe.

La luna se hallaba en su máximo esplendor e iluminaba la desértica extensión de *Wadi rum* con su

fantasmagórica claridad. Con dificultad, la israelí reconoció alguna de las áridas montañas que jalonan el abandonado paisaje. Dentro del vehículo solo permanecía iluminado el salpicadero y una brújula que orientaba al conductor. Fuera, los potentes cuatro focos proporcionaban una claridad deslumbrante.

A lo lejos el grupo distinguió los haces de dos linternas que dibujaban círculos en sentidos opuestos.

—Allí están —confirmó el árabe, a la vez que asentía nervioso.

El todoterreno aminoró la marcha hasta llegar a detenerse.

La mujer se apeó seguida de su pequeño equipo. Se acercó al jefe, que

parcialmente ocultaba su rostro con un pañuelo de cuadrados blancos y rojos.

—Pensaba que la kufiya la utilizabais solo de día —dijo Rachel, en árabe.

—Has de aprender más cosas de los árabes. Esto que llevamos mis amigos y yo —explicó, mientras hacía un movimiento con la mano— forma parte no solo de nuestro vestuario, sino también de nuestra forma de vida.

—No me interesa vuestra vida. No he venido aquí a charlar contigo —repuso la mujer, cortante.

—Ya sé que no te importamos nada. Tú has venido aquí a por algo. Y yo también. ¿Lo trajiste?

Rachel levantó la mano al cielo

y Donovan le acercó la bolsa de la que no se había separado. Por la manera de llevarla, el árabe interpretó que allí dentro se encontraba lo que anhelaba.

—Mira a ver si esto es lo que quieres.

Al tentar la bolsa con la mano, el árabe mostró una sonrisa mellada. Metió la mano y extrajo el fajo de billetes de 100 dólares que había pactado con Donovan.

—No te lo quedes todavía, Alí —le ordenó la espía—. Dame lo tuyo.

El árabe marcó una señal a sus hombres y, entre dos de ellos, acercaron un objeto que estaba tapado por una gruesa manta. Con delicadeza fueron retirándola hasta que dejaron al

descubierto lo que escondía. La cara de Rachel se iluminó al encontrarse delante de la menorah. Repasó el surco que el grabador dejó en su día y volvió a dibujar las curvas de los brazos, de la base y de la caña principal. Rápidamente descubrió las posibilidades que podía brindar que una pieza así apareciera en Petra.

—Veo que te gusta.

La mujer pidió a Patrash que la ayudara. Entre ambos depositaron la pieza en el suelo. El conductor extrajo de su bolsillo una pequeña linterna dotada de una luz extraordinariamente blanca, y repitió los mismos movimientos que acababa de realizar la israelí, aunque esta vez con manos

expertas. Prestó su conformidad pronunciando lo que todos esperaban oír:

—Siglo VI.

Los dos grupos se tranquilizaron. Sin que ninguno lo esperara, el chófer lanzó una pregunta:

—¿Dónde apareció?

—A diez millas al oeste del Mar Muerto, en Bir El Ambik —precisó uno de los hombres de Alí.

—¿Palestina? —preguntó la mujer.

—Ahora ocupada por Israel, pero sí, Palestina —respondió el hombre de Alí.

El conductor se levantó y se puso debajo del brazo la piedra donde

hacia mil quinientos años habían grabado una menorah. No necesitó ayuda a pesar de que pesaba algo más de quince kilos.

—¿Cuánto me habría pagado Nasser por esta misma piedra?

Rachel miró con desplante al árabe.

—Eres una rata, Alí Ben Mahmoud.

—Me halagas, *Mulhid*. Las ratas son seres inteligentes. Ojalá tuviera todos sus atributos: sagacidad, movilidad, camuflaje, inteligencia innata, sentido de la anticipación, capacidad fornicadora... —afirmó el árabe, a la vez que mostraba una boca por donde asomaban varios dientes de

oro.

Mientras regresaban al campamento, Rachel fue pensando de qué manera iba a utilizar la menorah, el eslabón perdido entre el pasado y el presente israelí.

—Claro que puedo guardarla sin problema y con total garantía —concedió Patrash, ante la petición de su jefa—. Nos han dado unas taquillas metálicas a cada uno de nosotros y la puedo esconder allí hasta que tú me digas. Y también puedo arreglármelo para colocarlo dónde y cuando quieras. Creo que, junto al profesor Didot, soy el único de la expedición que me muevo por donde quiero sin levantar sospechas.

El vehículo llegó al mismo lugar del que había partido hacía dos horas y media. Rachel y Patrash, que cargaba con la menorah grabada, se bajaron a la vez. Donovan iba a pasar a ocupar el asiento del copiloto pero no quiso reprimir el impulso que lo invadió.

—Esto ha sido como lo de Estambul, ¿no?

—No ha estado mal, Donovan, pero no podemos compararlo con aquello. Todavía tengo grabadas en mi cerebro las llamas de aquel barco.

—Pues si no ha estado mal, creo que deberías recompensarme.

La israelí entendió el mensaje y sonrió. Se acercó y le dio un beso en los labios. El espía norteamericano se

animó pero Rachel se echó hacia atrás lo suficiente como para hacerle ver que el premio había sido ese, solo ese.

—Ten cuidado, Donovan, el viaje a Ammán es muy largo. No os vayáis a dormir.

—No te preocupes, ya me has dado una razón para permanecer despierto y hacer compañía al conductor. Me hubiera gustado que me hubieras dado más razones, o razones más contundentes... —confesó, con semblante lastimero por la oportunidad perdida.

—Nunca se sabe, Donovan, nunca se sabe.

41. Petra

Ya lo había tomado como costumbre. Aunque no le gustaba a Laurent, ya que su actuación rompía el espíritu del grupo que él deseaba mantener, Araceli tomaba algunas piezas de fruta y dulces que les servían de desayuno, y se marchaba después de comer a las cuevas de Nassira y de Soumaya para compartir con ellas unos alimentos que no estaban a su alcance.

—*As salam u alikum* —saludó, nada más entrar.

—*U alikum as salam* —respondió Nassira, sorprendida al verla sin la habitual compañía del arqueólogo

jordano.

Era la primera vez que acudía sola, pero había que arriesgarse. Alguna vez tenía que permitir al corazón que se expresara y estaba segura de que con ese lenguaje universal acabaría entendiéndose con las mujeres, incluso también con sus hijos. Estos la recibieron con los ojos encendidos por la expectación que provocaba aquella mujer extranjera.

Soumaya le pidió con la mano que entrara en su cueva y le indicó que se sentara. Araceli comprendió a la perfección. La mujer amasó pan sobre una piedra y después extendió la masa sobre una plancha convexa que había sido calentada previamente al fuego.

Nunca antes la madrileña había comido un pan tan rico como aquel.

Una hora después, Araceli seguía con su quehacer en el teatro. Su grupo había terminado de limpiar la *cavea*, el *pulpitum*, la *orchestra* y el proscenio. Habían llenado varias palanganas con todo tipo de restos encontrados, desde monedas con el busto de los reyes nabateos Aretas, Obodas o Malco y sus correspondientes ordinales, hasta cuencos o ungüentarios. Cada vez se sentía más feliz en Petra. Se veía ahora como una mujer distinta, más decidida, con mayor personalidad, menos dependiente de los demás, dispuesta a no ponerse fronteras. Y todo había sido gracias a Jordania, el país

del rey Hussein. Y también a él, por qué no reconocerlo.

Se había bajado de su silla para situarse al lado de una de las palanganas metálicas y analizar los restos que iban encontrando los estudiantes, cuando oyó el sonido de una máquina de fotos disparando una instantánea. Se volvió con temor. Solamente había una persona en Petra capaz de provocar ese pequeño y casi imperceptible ruido. La cara de Patrash Pasha hablaba sola. Araceli no fue capaz de aguantar aquella mirada inquisitiva y decidió continuar con su labor profesional.

—¿Qué tal la noche del jueves?

Ella prosiguió con su tarea, sin responder.

—El hotel al que te hubiera llevado yo en Aqaba no estaba mal, pero claro, no puede compararse con un palacio —el árabe se sentía no solamente apartado de Araceli, sino despreciado por ella y por su silencio. La española refugiaba sus ojos en su trabajo—. Veo que te gustan los hombres poderosos. Es posible que hasta aspire a quitar el trono a la reina Muna y convertirte tú en la tercera esposa del Rey, aunque ya eres demasiado vieja para darle hijos. Sanos, se entiende.

Araceli se había armado de valor y decidió no responder a las agrias críticas que Patrash le profería. Se levantó y se acercó a uno de los estudiantes, dando la espalda al

fotógrafo.

El hombre guardó la máquina en la bolsa de la que nunca se separaba, y regresó al cauce seco del *Wadi Musa*.

Abdallah ya había terminado con el trabajo en la Tumba Corintia y había pasado con su equipo a trabajar en la Tumba Palacio, que recordaba vagamente a *al-Khazneh*. El carecer de montañas a su lado había provocado que esa tumba, a diferencia del tesoro, se encontrara sumamente erosionada por la acción del viento durante tantos siglos.

Rachel permanecía sentada bajo su sombrilla, algo amodorrada. Intentaba disimular el incómodo sueño que la embargaba. Solamente había sido capaz de descansar una hora, ya que para

evitar no acudir al encuentro con Patrash optó por no dormirse y permanecer con los ojos cerrados para no levantar sospechas a sus compañeras de carpa. Su equipo de estudiantes había desenterrado totalmente las escalinatas que conducían a lo que parecía un mercado, posiblemente el centro comercial de la capital nabatea, que es casi como decir el centro comercial del mundo oriental hace casi dos mil años. La israelí a veces se emocionaba al pensar en la grandeza de la Historia.

Desde su posición dedujo que aquel lugar sería el ideal para colocar la menorah. Solo hacía falta fijar el sitio con exactitud.

A pesar de sus años, el profesor

Didot estaba ayudando al equipo del profesor Ferrini. El italiano se había quedado ausente. Desde hacía un par de días no era una persona, sino un objeto inanimado que no servía nada más que para ocupar un espacio bajo la sombrilla que le preservaba de los potentes rayos solares. El director científico entendió que esa situación no podía continuar por más tiempo y decidió hablar con él, abiertamente y con franqueza.

—No me ocurre nada, profesor —contestó ante el requerimiento del francés.

—No estoy de acuerdo, Giampiero. Desde hace unas jornadas te veo ausente, fuera de este lugar. ¿Te

encuentras bien?

—Estoy perfectamente —rebatíó el párroco, dolido consigo mismo por la deplorable imagen que estaba transmitiendo. Buscó alguna excusa—. No sé, quizá acuso cierto cansancio. Las jornadas están siendo muy duras, el sol es fuerte, la alimentación es muy distinta a la que estoy acostumbrado...

El profesor francés no se creía las evasivas que argumentaba el italiano. Los años no solo le habían otorgado experiencia en el campo de la arqueología, sino en alguno más.

—Entiendo que la separación de la familia también es algo muy duro —Laurent intuía por dónde podían venirle los problemas a su compañero—. La

distancia, el no saber nada de ellos ni que ellos sepan de ti. También puede ser una razón importante, ¿no?

Ferrini asintió, mientras se encogía de hombros.

—Sí, es posible que esa sea también una razón, y de peso —aseguró Laurent.

El francés escrutó la cara del italiano y trató de adivinar sus pensamientos.

—Y la doctora Cobb también puede ser una razón, y no banal.

El párroco esquivó la mirada. Se agachó y tomó una paleta. Necesitaba tener algo entre sus manos para descargar la tensión que le provocaba la presencia y las palabras del director

científico.

—Los dos somos hombres, Giampiero, y la doctora Linda Cobb no pasa desapercibida.

Laurent miró hacia donde se encontraba la arqueóloga, sentada en su silla. No se había quitado el salacot a pesar de guarecerse bajo la sombrilla. Su figura se recortaba sobre el horizonte y el francés entendió que aquella mujer podía volver loco a cualquier hombre, sobre todo a quien le gustaran las féminas altas, grandes en tamaño y en fuerza, en temperamento y en personalidad.

—¿Por qué dices eso? — Giampiero se soliviantó más de lo que hubiera deseado.

—Porque es evidente que te has fijado en ella y parece que eres correspondido. Es normal, esto ha ocurrido en casi todas las campañas a las que he asistido en mi vida. Posiblemente en todas donde ha habido hombres y mujeres. El trabajo en equipo, la camaradería, compartir todas las horas del día y la admiración profesional que sentimos los unos por los otros acaba derivando en devoción personal cuando no en deseo sexual.

El francés volvió a mirarla y continuó con su razonamiento:

—Además, la lejanía a casa nos hace ver todo de una manera muy distinta. Yo estuve casado veinte años —prosiguió Laurent— y siempre respeté

a mi mujer. Pero hubo una vez, solo una, que no fue así. Había terminado la carrera hacía pocos años y fui seleccionado para participar en una campaña que duraría cuatro semanas en un yacimiento que jamás olvidaré, aunque ahora omita su nombre. Mi mujer y yo llevaríamos casados dos o tres años. Me enamoré de mi compañera desde el primer instante que la vi. Sí, Giampiero, no me importa reconocerlo. Si mi esposa, que en paz descansa, me viera ahora espero que me perdonase porque nunca lo supo, pero no fui capaz de resistirme a aquella cara con la que no paraba de soñar. Estaba muy lejos de mi casa, quizá no había entrado de lleno todavía en lo que supone un matrimonio

y aquella chica era alguien muy especial, te lo puedo asegurar. Igual para todos parecería muy normal, pero para mí, no —reconoció, perdido en sus recuerdos.

El italiano escuchaba al francés sin mirarle, con la vista clavada en la silueta de Rachel, ahora de pie al lado de tres peones, que seguían atentamente sus explicaciones. Laurent continuó:

—Nunca se me ha olvidado el primer beso que nos dimos. Hacía tiempo que yo no besaba una boca nueva y aquella sensación la tenía olvidada. Dos noches después... en fin, no hace falta que te dé detalles.

—¿Y cómo acabó? —el párroco deseaba, anhelaba, conocer el final de

aquella confianza, aunque siguiera sin apartar los ojos de la mujer que había cambiado su vida en tan poco tiempo.

—Que pedí abandonar la campaña y regresar a mi Universidad. De hecho, nunca más volví a verla, en persona.

El italiano se giró hacia el profesor Didot. No entendía qué había querido decirle.

—A ella no, pero sí vi sus publicaciones. Con los años se convirtió en una autoridad en la cultura maya, y creo que tengo todos los libros que publicó aunque nunca haya profundizado en aquella fascinante civilización. Cada vez que compraba un ejemplar nuevo, paseaba la yema de mis dedos por el

relieve de su nombre en la portada o en el lomo, y así me sentía transportado de nuevo al lugar donde la conocí y al que jamás he querido regresar.

Ahora era el francés quien se había quedado con la vista clavada en la arqueóloga llegada de los Estados Unidos de América.

—Cuando enviudé pensé en buscarla, pero tomé la decisión de dejar las cosas como quedaron entonces, en una especie de estantería. Y allí permanecieron, sus libros y mis sentimientos hacia ella. Cada vez que algo me trae su recuerdo, tomo uno de sus ejemplares y vuelvo a pasear mis ya viejos dedos por su nombre, y vuelvo a trasladarme en el tiempo y en el espacio

a una época que, en realidad, nunca olvidé.

Giampiero se acaloró en exceso y tomó su cantimplora, pero se dio cuenta de que estaba vacía.

—Es posible que no la hayas llenado esta mañana. Está claro, profesor Ferrini, que no estás en Petra—resolvió el francés, en su papel de director científico de la campaña—. No sé dónde te encuentras, pero ahora mismo no estás para dirigir la excavación de este templo que parece que esconde algo importante. La UNESCO está invirtiendo una cantidad significativa y todos tenemos que corresponder estando a pleno rendimiento. ¿Por qué no te vas a

descansar? —le propuso, aunque aquella invitación sonara con un aire imperativo—. Creo que puedes dar por finalizada la jornada matinal, así esta tarde estarás más despejado para trabajar con nosotros. Yo me quedo ocupando tu lugar, pues no creo que se me haya olvidado dirigir a todos estos chicos.

Ante la pasividad del profesor italiano, Laurent llamó a uno de los peones para que avisara a un camellero.

—Veo que vas a acabar haciéndote beduina —comentó en un tono informal el profesor Didot a Araceli, cuando se encontraban en la sesión de tarde, analizando los restos

que habían hallado esa mañana en las ruinas del mercado.

—¿Por qué dices eso, profesor?
—respondió la española, sonriente y feliz.

—Porque cada vez estás más con ellos, y te veo muy interesada en todo lo suyo.

—Laurent, yo prácticamente no había salido de la Península. Hace unos años acompañé a mi padre al Sahara, a Cienfuegos, pues tenía que asistir a una inauguración, pero solo estuve unas horas. Nada más. En mi época de estudiante se planteó visitar las ruinas romanas de Volúbilis, en Marruecos, pero al final no se llegó a organizar el viaje. Por tanto, nunca antes me había

adentrado en esta cultura, y cada vez me atrae más.

—¿Te atrae el Islam? Me choca que viniendo de un país tan religioso como es la España de Franco te decantes por una religión como la que aquí se profesa —opinó la doctora Cobb, que había escuchado la conversación entre el francés y la española—. Además, está por ver si Petra era un reducto árabe.

—No tiene nada que ver, Linda —repuso Araceli—. Vosotros, en Estados Unidos, a lo mejor veis las cosas de una manera muy distinta y no conocéis tanto la cultura árabe, pero España ha sido musulmana durante muchos siglos, especialmente el sur; y

yo pasé unos años muy trascendentales de mi vida en Andalucía, en Sevilla concretamente.

—¿Y por qué le extraña tanto a una norteamericana que una española sea seducida por una religión distinta a la suya, como puede ser la nuestra? — preguntó Abdallah a Rachel, que se había sumado al tema de conversación.

—Pues sí, me extraña —ratificó la israelí—, porque tengo entendido que la religión cristiana está muy arraigada en España, y que un español no cambia de religión por pasar unos días en una excavación.

—Yo no he cambiado de religión, Linda —aclaró la española, a la que le parecía que la profesora Cobb

estaba excediéndose en sus comentarios —. Solo digo que me llama la atención la vida de estas personas y que siento atracción por ellas. Nada más. De ahí a que me haga seguidora de Mahoma hay un largo trecho.

—Nosotros no somos seguidores de nadie, Araceli. Rendimos culto a Alá porque es el único Dios, y Mahoma el profeta en la tierra que nos trasladó su palabra. Y no sería la primera vez que una persona cruza ese camino —aseguró Abdallah—. Por cierto, Laurent, ¿qué tal está el profesor Ferrini? No ha comido con nosotros y tampoco ha querido incorporarse al trabajo del laboratorio.

—No se encuentra bien, Abdallah. Parece ser que le ha dado

demasiado sol —el profesor francés no pudo por menos que mirar de reajo a la israelí, que se hacía la ausente, mientras limpiaba cuidadosamente con un pincel una pieza de una vasija.

—Es que este sol es muy traicionero —comentó distraída la profesora Cobb—. Creo que a todos nos ha dado demasiado.

Ahora fue la supuesta norteamericana quien miró, con descaro, a la profesora española.

Antes de cenar, y sin que ninguno de los arqueólogos le viera, Giampiero Ferrini salió a pie del campamento en dirección al *Siq*. Llevaba la mano derecha cerrada y dentro guardaba un

pequeño crucifijo que había incluido entre sus pertenencias, y que no había exhibido en público para no levantar sospechas sobre su verdadera identidad. Despacio, reviviendo momentos pasados, caminó por el desfiladero que había recorrido con Linda hacía muy poco, entre besos que dio y palabras que escuchó, pero no pudo recordar dónde hizo cada parada, en qué parte la besó y en qué recodo se fundió con ella en un abrazo salvaje y descontrolado, como si quisiera ocupar su cuerpo. Al llegar a *al-Khazneh* miró la entrada y se arrepintió no de lo que hizo en su interior, sino de no haberlo hecho mucho antes, de haber tenido que llegar a ese país, a esa edad, a esa compañía sin

saber lo que su propio cuerpo le estaba ofreciendo y que él no supo encontrar, o que le dijeron que era pecado si lo hallaba.

La claridad del sol, que todavía no había terminado de ocultarse en el horizonte, fue la mejor compañía que pudo tener. Con inusitada agilidad y precisión fue ascendiendo hasta lo más alto de la montaña, al lugar donde tuvo el primer encuentro carnal con una mujer, cuando se besó con ella, y se arrodilló. Después de rezar durante varios minutos, pidió perdón a sus padres, ya fallecidos, a sus feligreses, a las personas que habían confiado en él y que había traicionado. Miró al horizonte y se quedó absorto ante el espectáculo

de la ocultación del sol en Petra, el cuadro más bello que había visto en su vida después de los ojos de Linda. Esperó al instante en el que el limbo superior se ocultara definitivamente, se quitó las botas y sintió que su cuerpo se disponía a volar hacia *al-Khazneh*, el lugar donde encontró la verdadera paz interior que ahora deseaba que le envolviera ya de por vida.

La ausencia del profesor italiano en la carpa evidentemente no pasó desapercibida ni para Laurent ni para Abdallah. Sin que ninguno de los dos realizara comentario alguno, ambos imaginaron que no dormiría allí con ellos porque tendría otro lugar y otra

compañía mucho mejores con quien compartir aquella noche cuya luna bañaba la capital nabatea. Laurent recordó a su fallecida esposa y Abdallah extrañó la ausencia de Fatina, su mujer.

42. Petra

Fueron los chillidos del marido de Nassira los que despertaron a todo el grupo. Después del primer rezo del día, y antes de que se levantaran a desayunar, el hombre llegó desde el *Siq* montando su dromedario a galope. Chillaba algo que solo entendió Abdallah, aunque no lo pudiera creer. De pronto, el jordano se fijó que la cama de Giampiero seguía vacía.

—Dice que uno de los arqueólogos se ha estrellado contra el suelo —tradujo, preso de los nervios.

—¡Ferrini! —chilló Laurent—. ¡Rápido!

Uno de los peones les facilitó un dromedario tanto a él como a Abdallah. Araceli estalló en llanto y Linda corrió a auxiliarla. La española se apartó de ella y la miró con severidad.

—¡Deja, no me agarres!, si quiero llorar, ya sé hacerlo sola.

La española pidió otro animal y se incorporó al grupo. Su cabalgada ya era fluida y diestra.

Cuando llegaron al final del *Siq* se encontraron con el cuerpo del profesor italiano Giampiero Ferrini tirado sobre el lecho del *Wadi Musa*, con los brazos en cruz y las piernas separadas. Uno de los beduinos había cubierto el torso y la cabeza con una tela oscura pero, aun así, podía verse un

charco de sangre. Laurent Didot se acercó al cadáver y destapó parcialmente el paño. Consternado, se sentó en el suelo y se tapó la cara con las manos.

Patrash Pasha, que también había acudido con Rachel, se acercó desde atrás. El clic provocó la inmediata reacción del director científico. Como si fuera un joven, ágil y fuerte, se puso en pie y agarró violentamente la cámara del árabe. Con furia, abrió la parte trasera y tiró del carrito hasta hacerlo un gurrño en su mano.

Patrash sintió el odio en la mirada de Laurent Didot.

Araceli se acercó al cadáver y se santiguó. Se arrodilló ante él y

comenzó a rezar. Abdallah apoyó una de sus manos en el hombro de la española y recitó para sí la *Surah al-FatiHa*.

—Esta campaña lleva ya dos muertos. Es posible que a Alá no le guste lo que estamos haciendo y nos mande unas señales que nosotros no somos capaces de apreciar —opinó con resignación el profesor jordano, mirando a sus compañeros.

El director científico suspendió las excavaciones. Dos peones confeccionaron una camilla con ayuda de dos tubos metálicos y una tela fuerte y resistente, y condujeron el cadáver hasta el campamento base. Detrás, y andando, los cuatro arqueólogos y

varios beduinos, entre quienes estaban Nassira y Soumaya, acompañaron al finado en un cortejo fúnebre improvisado pero no por ello menos sentido.

Desde el campamento llamaron por radio a Maan y, una hora después, se presentó una ambulancia con el símbolo de la Media Luna Roja.

—Yo voy a marcharme con él a Maan y espero regresar esta noche. Mañana ya veremos qué hacemos —les dijo a los tres miembros de su equipo—. No os digo que intentéis olvidar porque eso es imposible. Haced lo que podáis.

Rachel vio marchar la ambulancia con actitud estoica. Desde el primer momento se había mantenido

apartada de los sucesos porque se sentía culpable.

—¿Por qué se habrá suicidado?
—más que una pregunta a sus compañeros, las palabras de la española resonaron como una cuestión que se formulaba a sí misma.

—No lo sé, Araceli. Eso solo lo sabe Dios, el Dios de cada uno —
respondió la israelí.

—A veces hay personas en la tierra que también lo saben, sin necesidad de tener que mencionar a las divinidades —manifestó la madrileña.

Rachel se plantó delante de su compañera de campaña.

—¿Puedes hablarme con más claridad? Las dos sabemos francés pero

no sé muy bien qué quieres decir. Es posible que no esté entendiéndote correctamente.

—No quiero decir nada — contestó Araceli—. Parece que Giampiero se ha suicidado. Todo apunta a que ayer por la tarde abandonó el campamento pero nadie se dio cuenta de ello. Después debió subir en algún momento hasta lo más alto de Petra... Por cierto, ¿tú conoces esa parte de la montaña?

—No me digas que tú también la conoces —aventuró Rachel.

—Sí, subí con Abdallah. Ya sabes que él conoce muy bien Petra.

—Pues pregúntale a él, ¿no te parece?

Con aquellas palabras la israelí dio por finalizada la conversación con la arqueóloga madrileña. Se dirigió a la carpa donde habían preparado el desayuno, aunque el fallecimiento del italiano le había robado el apetito.

43. Nueva York

Las cuatro personas se habían sentado en uno de los amplios salones del Waldorf Astoria, uno de los mejores hoteles de Nueva York, ubicado en el corazón de Manhattan. En la puerta de entrada un hombre joven fingía leer el periódico. En tanto, en la mesa contigua otros dos miraban continuamente a todos los lados, alterándose visiblemente cada vez que entraba alguien nuevo en la estancia. Junto a la ventana, otro deambulaba sin rumbo aparente. Todos ellos vestían chaquetas muy amplias.

—Señora Meir, tengo que confesar que cada vez que me siento con

usted, mi bolsillo se pone a temblar — dijo uno de los empresarios judíos que se había dado cita con la mandataria israelí. Los otros dos hombres sonrieron con el comentario, aunque ellos eran de la misma opinión.

—Algún día habrá que rendir tributo a todas las personas que han ayudado, desde este gran país que es los Estados Unidos de América, a la creación y consolidación de nuestro Estado de Israel —deseó Golda Meir, mientras apagaba su cigarrillo—. Y ustedes tres son ejemplo de ello. Conocen los vínculos que me unen con esta tierra, sinónimo de libertad, generosidad y justicia, y cada vez que llego a este país siento que estoy

regresando a casa.

—Nosotros solo hacemos lo que haría cualquier judío en nuestra situación. Somos conscientes de las penurias que ha provocado la diáspora la cual, gracias a todos, se está erradicando.

—La diáspora tendrá sus días contados, pero todavía no ha terminado, señores, no nos engañemos —contradijo Golda Meir—. Actualmente, el Estado de Israel es muy pequeño. Sabemos que las solicitudes de entrada sobrepasan nuestras posibilidades reales de acogida. Israel es el hogar de todos los judíos que quieran llegar, pero nos falta espacio. Ese es nuestro gran objetivo a corto plazo.

—¿Y cómo piensan conseguirlo, si me permite la pregunta, señora Meir?

El empresario no quiso ni nombrar el concepto, pero la reivindicación de la dirigente del MAPAI le recordaba el *Lebensraum*, aquella pretensión nazi del *espacio vital*, una de las premisas de actuación que, a la postre, acabó con la vida de seis millones de judíos.

—No tengo los detalles, caballeros —la señora Meir no quiso ofrecer más información—. Solo puedo asegurarles que todavía nos queda mucho por alcanzar, a pesar de todo lo que llevamos ganado a lo largo de este inagotable siglo.

—En más de treinta años se

pueden dar todavía muchos avances — aseguró uno de los empresarios del sector periodístico que había acudido a la llamada de Golda Meir, la carismática *Reina de Israel*, como alguien se atrevió a llamarla.

—Los daremos, señores, los daremos —la política hizo un alto para encender otro cigarrillo—. Vamos a aprovecharnos de las ansias de exterminio que tiene sobre nosotros el nocivo Nasser. El muy incauto está enviando a su pueblo a la destrucción, y si no, al tiempo. La situación se está agravando, y el enemigo se moviliza, incluso hay quien dice que se plantea cerrar el estrecho de Tirán.

Los hombres se miraron entre sí,

preocupados por las palabras que escuchaban.

—Señora Meir, pero el gobierno de Israel tiene que entender que nosotros, y creo hablar tanto por boca de mis dos amigos como por todos aquellos que han aportado ya su dinero para la causa, no podemos pasarnos más décadas enviando fondos. Israel tiene un gobierno desde hace casi veinte años, y debe instrumentar otros mecanismos de financiación alternativos.

—También lo sabemos. Ahora no pretendemos que realicen donaciones, como en el pasado. Esta vez será mediante la suscripción de obligaciones emitidas directamente por Tel Aviv. Eso es lo que queremos que

hagan, señores, que suscriban esa deuda para afrontar los gastos que tenemos comprometidos.

Golda Meir estaba celebrando nuevas reuniones con empresarios norteamericanos, grandes capitalistas, judíos comprometidos con la causa sionista y que ya habían ayudado generosamente a la creación del Estado de Israel. En aquel momento, la ucraniana tomó un avión que la llevó a Nueva York. En su bolsillo llevaba unos pocos dólares pero un discurso muy claro que estaba dispuesta a divulgar. Organizó distintas conferencias en varias ciudades norteamericanas, y aludió continuamente al holocausto nazi y a los seis millones de judíos que

habían sido asesinados por la despiadada bota de Hitler. No pudo obtener mayor rentabilidad a su tiempo. En unas semanas llegó a reunir más de cincuenta millones de dólares. Con aquel dinero, los hombres de David Ben Gurion compraron armas en Europa y pudieron hacer frente a las hostilidades que les declaró el mundo árabe nada más señalarse su creación como Estado.

Para ella, la situación no había cambiado en exceso. Su nación no tenía todavía ni veinte años de vida y sus infraestructuras carecían del potencial suficiente como para convertirse en un país autónomo. Se necesitaba imperiosamente la salvadora ayuda exterior, y no había mejor lugar en la

tierra donde conseguirla que en los Estados Unidos de América, ni ciudad más idónea que Nueva York, donde habitaban dos millones de judíos. Todos sabían que la guerra iba a ser inminente y ya no valía armarse con el material de desecho con que se defendieron en 1948. La tecnología había llegado al mercado armamentístico y solamente se podía tener acceso a ella con dinero, y para ganar una guerra se necesitaba mucho; y pronto.

44. El Cairo

Antes del encuentro con una de sus amigas en una de las habitaciones privadas del palacio Koubbek, Nasser albergaba pocas dudas. Pero después del esparcimiento de que gozó, ninguna. Las relaciones carnales le activaban los sentidos y favorecían su capacidad para decidir.

—¡Actuamos de inmediato!

—Presidente, creo que sin haber conseguido todavía el acuerdo con el Rey de Jordania, la decisión que propone conlleva un riesgo demasiado elevado y provoca una incertidumbre excesiva —extrajo en conclusión uno de

los generales de su Alto Estado Mayor.

—¡Tonterías! —exclamó
mandatario egipcio—. Eso son tonterías
cuando no cobardías, y ha llegado el
momento de que el pueblo árabe se una
contra el enemigo venido de las
Américas y de Europa. Los israelíes son
astutos, liantes, manejan los medios de
comunicación como nadie entre otras
cosas porque la mayoría de ellos son de
su propiedad, y han sabido explotar el
tema nazi a la perfección. Por cada
muerto en los campos de concentración
han surgido miles de admiradores de su
ignominioso estilo de vida, y han
engañado a todos proclamando a los
cuatro vientos que Palestina es suya. ¡Y
no! ¡Jamás! —el histriónico presidente

egipcio chillaba a sus asesores militares —. Palestina es de los árabes y no pararemos hasta echarlos al mar. Y yo, Gamal Abdel Nasser —aseguró, dándose una fuerte palmada en el pecho — seré el líder designado por Alá para devolverles su espacio y su dignidad.

Las palabras del presidente eran de una contundencia tal que ninguno de los presentes fue capaz de contradecirle.

—Además, ellos están llevando su vil causa al terreno religioso y se han inventado lo del sionismo, queriendo justificar ese espacio que no les pertenece con la excusa de que se proclamaba en su Torá. ¡Eso es absolutamente falso! Hacen como los nazis, reclaman espacio de la misma

manera que hacían ellos. Pero nosotros vamos a contraatacar por el lado religioso, si es lo que buscan. Desde mañana mismo va a obligarse a todos los almuédanos de Egipto a hablar a los fieles de que lo que vamos a librar contra Israel lleva el cariz de Guerra Santa, y que aquí estamos luchando contra los enemigos de Alá. ¿Entendido?

Ninguno de los presentes se atrevió a abrir la boca.

—Veo que todos estáis de acuerdo —concluyó, ante el silencio del acobardado auditorio—. Quiero informaciones concretas, y ni una sola palabra hueca o ausente de entusiasmo. El que adopte una postura pacifista será expulsado de esta mesa y del ejército.

¿Entendido? —a la vez que preguntó, volvió a dar un fuerte golpe con su puño en la mesa.

—La ONU ha decidido llevarse sus efectivos de la franja de Gaza, señor presidente.

—Perfecto. No hacen nada ahí. Veo que han sido inteligentes y que no quieren incurrir en muertes sin motivo. Los soldados indios, canadienses, noruegos o yugoslavos deben volver a su casa. A ver, ¿qué más?

—Se continúa con las movilizaciones. Ya tenemos a ochenta mil soldados concentrados en la península del Sinaí —informó Abdel Hakim Amer, jefe de las fuerzas armadas egipcias.

—Peligros, ¿qué peligros intuyen? —quiso saber también Nasser, que estaba viviendo uno de los momentos más delicados de su mandato, y era consciente de ello.

—La VI Flota, señor presidente. La tenemos en el Mediterráneo, al sur de Chipre.

—Cuantifique la VI Flota —ordenó Nasser.

—Siempre es difícil cuantificar una fuerza enemiga.

Otro manotazo en la mesa provocó la concreción del coronel que había tomado la palabra:

—Mínimo son dos portaaviones, casi veinte destructores, varios submarinos y otra docena de barcos

auxiliares.

A Nasser le habría gustado tragar saliva, pero no quería mostrar signo alguno de debilidad.

—Prohíbo tajantemente que la VI Flota toque algún puerto egipcio. Haga saber a El Líbano, Siria y Libia que he adoptado esta decisión. Espero que esa VI Flota caiga por inanición. ¿Qué más cosas, señores?

—Nos han ofrecido su apoyo Sudán y Marruecos, y Alemania Oriental nos ofrece armas.

—Dígales que las aceptamos.

—Han pedido pago previo.

—Eso es un problema suyo, coronel. Busque la financiación donde quiera pero esas armas tienen que estar

aquí de inmediato. ¿Entendido?

El militar que había hablado afirmó con expresión compungida.

—Un dato importante, presidente. Nos ha telegrafiado El Kony.

—A ver, ¿qué se dice en Naciones Unidas?

—Nuestro embajador nos ha anunciado la urgente visita del Secretario General.

—¿Que va a venir U-Thant a El Cairo? —Nasser no podía creerlo.

—Sí, señor presidente. Parece ser que tomará un avión mañana o pasado mañana.

—Me parece muy bien. Se va a llevar de aquí una impresión inequívoca. Después el presidente egipcio se

levantó y adoptó su actitud más solemne para anunciar lo que suponía el primer paso a una guerra de la que ya nadie dudaba:

—Señores, hoy es martes veintitrés de mayo. Ahora mismo les curso a ustedes la orden de bloquear el estrecho de Tirán a toda embarcación con bandera israelí o que se dirija a Eilat, sea del país que sea. Me resulta indiferente que sean mercantes o petroleros. Sharm el Sheikh ha de ser reforzado. Cualquier buque que desacate esta orden será hundido.

Los militares se miraron. Uno de ellos se atrevió a opinar:

—Presidente, los israelíes lo van a considerar una provocación.

—Que lo consideren como
quieran, pero por allí no volverá a
abastecerse a esos intrusos mientras yo
sea presidente de la República Árabe
Unida.

45. Petra

En ausencia de Laurent Didot, Araceli Artigas había adoptado el rol de nueva directora científica. Y no porque hubiera habido alguna votación o porque el francés, antes de marcharse a Maan, la hubiera designado su sucesora provisional, sino por un carácter de líder que ni ella misma sabía que poseía.

Al llegar a Maan el profesor Didot llamó por radio al campamento base para informar que iba a prolongar su viaje hasta Ammán, ya que en su condición de responsable de la campaña no podía dejar abandonado a la

arbitraria suerte el cadáver de una persona que había colaborado fielmente con él hasta el último día, y que regresaría cuando la delegación de la UNESCO en la capital jordana se hiciera cargo del cuerpo del profesor italiano y se avisara a su familia.

La madrileña, ante la nueva situación y por los notables avances que estaba obteniendo precisamente el equipo del italiano, tomó la determinación de poner al frente del mismo a Abdallah y abandonar la limpieza de las Tumbas Reales, por lo menos temporalmente. Tanto la profesora norteamericana como ella continuarían en su propia área de trabajo.

Rachel no se opuso a las propuestas de Araceli porque vio en aquello una oportunidad, ya que al no encontrarse el profesor francés en Petra, las posibilidades de ubicar donde quisiera la piedra con la menorah se incrementaban notablemente. La noche sería el momento adecuado para que Patrash la colocara donde ella le dijera, y al día siguiente su equipo la encontraría como si aquel resto arqueológico hubiera estado esperándoles allí más de catorce siglos, y reivindicar con esa prueba un polémico vínculo entre el mundo hebreo y la capital nabatea.

Antes de la hora de comer, el fotógrafo apareció por la zona donde se

encontraba el equipo de Rachel y comentó algo mientras miraba a la cámara:

—La gente está muy revuelta.

—¿Qué sucede? —se interesó la israelí.

—Los egipcios han cerrado el paso a los barcos que se dirigen a Eilat.

—Malnacidos —susurró Rachel, que se contuvo de no exclamar en alto aquel adjetivo.

—Han dejado a Israel sin comunicación por el sur, que es por donde recibe el petróleo. Ahora la única salida que tiene tu país al mar es el Mediterráneo.

—Ese Nasser está buscando la guerra —dedujo con indignación la

espía del Mossad.

—Se habla de movilizaciones. En Israel ya han comenzado, aunque solapadamente. Y aquí no me extrañaría que se iniciaran en cualquier momento.

—No parece que Hussein vaya a mostrarse favorable a todo lo que diga Nasser —opinó, banalmente esperanzada.

—Ya se verá —dudó Patrash.

El fotógrafo se apartó y se agachó para buscar un imaginario encuadre a una fotografía que no tomó. Después volvió a acercarse a Rachel. Esta le señaló con la mirada.

—¿Ves dónde está ese estudiante que tiene una gorra roja, junto a dos jalones? Por esa zona quiero que pongas

la piedra con la menorah. ¿Podrás hacerlo tú solo?

—Ya me las ingeniaré. Imagino que querrás que lo entierre.

—Sí, por supuesto. Tienes que ponerle encima algo más de diez centímetros de tierra y aplastarla todo lo que puedas, para que se apelmace. De todas maneras, al día siguiente mandaré excavar por otro lugar para que la arena se consolide un poco.

—¿Y cuándo quieres que lo haga?

—Esta noche, Patrash. Tenemos que ir rápido. Las noticias que acabas de traerme no son tranquilizadoras. Todo lo contrario.

46. Tel Aviv

El primer ministro israelí intentó calmar al grupo que se había dado cita en Tel Aviv.

—Señores, hemos de tener prudencia —pedía, dando unos pequeños golpes con su bolígrafo en la mesa.

—Es la mejor noticia que podíamos oír —dijo uno de los asistentes.

—Lo sé —aseguraba Levi Eshkol—, pero insisto en que tenemos que tener prudencia.

—Es que lo que han provocado constituye en derecho internacional

Casus belli. Nos han dado toda la legitimidad para iniciar el ataque cuando queramos —afirmó el temperamental y ambicioso Yitzhak Rabin.

—Claro que nos la han dado, pero no vamos a precipitarnos. Hoy es veinticinco de mayo —precisó Eshkol—. El cierre del Estrecho fue hace dos días, y podemos resistir mucho tiempo sin el petróleo que nos envía Irán. Ya lo teníamos previsto y por ello habíamos elevado previamente nuestras reservas hasta máximos históricos. Los grandes avances que ha conseguido Israel —continuó el primer ministro— han sido gracias al terreno de la diplomacia, y hay que perseverar por ese camino.

—Eso no es cierto —le contradijo Golda Meir, mientras estrellaba un cigarrillo con furia contra el fondo del cenicero—. Llevamos ya dos guerras contra los árabes y están provocando la tercera, y no hace falta decir que estoy más que acostumbrada a moverme en los terrenos diplomáticos. Esa gente solo reacciona con la pólvora.

—Ya sé que hemos tenido que hacer uso de la fuerza —corroboró Levi Eshkol—, pero la legitimidad internacional la conseguimos en Nueva York. Allí fue donde se celebró la votación que permitió la creación de nuestro Estado. Y allí será donde tendremos que buscar la justificación de una nueva intervención.

Como siempre, Meir Amit, el director del Mossad, permanecía en silencio, escrutando con su inteligente mirada a todos los presentes. Esperaba el momento adecuado para hablar.

—Lo que tenemos que analizar es de qué manera contraatacaremos y cuáles serán nuestros objetivos —sentenció Eshkol—. Por favor, general Rabin.

El jefe del Estado Mayor israelí tomó la palabra:

—Los grandes objetivos que nos hemos fijado para esta campaña son los Altos del Golán, la franja de Gaza y toda la margen occidental del Jordán hasta el Mar Muerto, incluyendo Jerusalén. Se acabó la partición de la

ciudad.

—Mi general, se me ocurren dos zonas que también están bajo nuestro interés histórico: el monte Nebo y Petra —planteó uno de los coroneles asistentes.

—Deja que sea yo quien hable —interrumpió Eshkol—. Está claro que el monte Nebo posee para nosotros una simbología que nos llevaría a codiciarlo, pero no queremos aparecer ante la opinión pública como unos imperialistas, sino como un pueblo que quiere recuperar el territorio que perteneció a sus ancestros, que es un matiz muy distinto. El monte Nebo está al otro lado del Jordán, y cruzarlo puede traernos más contratiempos que

ventajas. Y respecto a Petra, tampoco nos preocupa. Ya nos estamos encargando de hacerla menos árabe de lo que desearían los jordanos —esto último lo pronunció mientras miraba al jefe de la inteligencia israelí— y tampoco es un lugar de especial interés más allá de la cuestionable belleza que pueda poseer.

—Además —añadió Rabin—, ninguno de los dos enclaves tiene petróleo. Si fuera el caso, entonces se reconsideraría. ¿No es así, primer ministro?

—Se reconsideraría —reconoció Levi Eshkol.

El general Yitzhaz Rabin se levantó y se dirigió al enorme mapa que

presidía la gran sala donde se encontraban reunidos. Con ayuda del dedo índice de su mano derecha, comenzó a trazar imaginarias líneas que partían del suroeste de Israel.

—Nuestra gran duda es qué postura tomaremos con respecto a la península del Sinaí. Desconocemos la actitud egipcia.

—Señores, así está la situación —quiso resumir el primer ministro—. De momento se ha ordenado la movilización encubierta de varias decenas de miles de ciudadanos pero sin publicidad alguna. Tenemos al ministro Eban en Nueva York que nos mantendrá informados de los movimientos diplomáticos. Ya se han producido las

primeras declaraciones de repulsa ante el bloqueo del estrecho, y la más importante es la del presidente Johnson. También están, como puntos de interés, la reunión urgente del Consejo de Seguridad, la visita que está celebrando hoy U-Thant a El Cairo, y la propuesta de De Gaulle a Gran Bretaña, Estados Unidos de América y a la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas de formar un grupo de cuatro capaz de poner paz en esta zona. Ya digo, señores —Levi Eshkol se levantó, dando así por terminada la reunión—, tenemos que esperar. Yo soy el primero que anhelo recuperar todas nuestras legítimas posesiones, pero es necesario continuar con el proceso diplomático iniciado.

47. Ammán

La morgue de Ammán era uno de los lugares más sórdidos que había conocido Laurent Didot en su dilatada vida. Se encontraba, sentado y solo, en una sala sin aire acondicionado y respirando un aire viciado e insalubre. Tenía en su mano la copia del informe que habían preparado los dos forenses que realizaron la autopsia.

La puerta se abrió y un hombre con expresión grave entró en la estancia. Ambos desconocidos se miraron con extrañeza y cautela. Sin que nadie les hubiera presentado, los dos sabían que Giampiero Ferrini era su efímero nexo

de unión.

—Usted debe ser el profesor Laurent Didot —afirmó el recién llegado, en inglés, con un fuerte acento latino.

El francés se levantó.

—Perdón, ¿quién es usted?

—Mi nombre es Antonio María Comboni, y soy familiar del difunto Giampiero.

Laurent abrazó la mano de Antonio María con las dos suyas y le mostró sus condolencias.

—Gracias, pero también debería dárselas yo a usted —agregó Monseñor, mientras se ajustaba el puente de sus gafas—. Ustedes han sido la última familia del infortunado Giampiero, y me

imagino que para todo el equipo ha tenido que ser un suceso terrible. Nadie puede asumir que un hombre se aparte del camino de Dios quitándose la vida.

Al francés le sorprendió la manera de hablar de aquella persona.

—Me confirmaron ayer desde París que la familia del arqueólogo vendría a hacerse cargo del traslado. Supuse, aunque veo que me he equivocado, que sería su mujer quien viajaría hasta Ammán. Simona, creo que se llamaba —recordó Laurent.

Monseñor Comboni se mantuvo impasible ante la hipótesis del francés. Realmente, él mismo había ordenado al sacerdote que se creara una vida ficticia.

—Le hemos evitado a su esposa el pesar que supondría viajar desde tan lejos a recoger el cadáver de su marido. Por eso he venido yo.

A Laurent le pareció que el hombre que iba a hacerse cargo del que fuera su compañero de campaña era alguien muy extraño, demasiado frío para ser un familiar directo, poco afectado, como si fuera alguien ajeno a la vida del pobre Giampiero.

—¿Qué vínculo tiene usted con el finado?, si me permite preguntárselo.

—Soy familia —cortó Comboni, tajante—. De todas maneras, ya que le gusta hacer preguntas, ¿puedo preguntar yo también? ¿Podría decirme qué sucedió en Petra para que este hombre,

de moral cristiana intachable, se quitara la vida arrojándose desde un precipicio? ¿Qué le llevó a ello? Recordemos que el suicidio aparta al infortunado del descanso eterno. Su cuerpo no podrá recibir cristiana sepultura.

Laurent se sintió atosigado más que por la pregunta del desconocido, por su agresiva actitud. Le pedía cuentas de algo que él ignoraba.

—Eso solo lo sabrá Dios. Giampiero creía mucho en Dios, como imagino que usted sabrá. Habrá que preguntárselo a Él.

—¿Creía mucho en Dios? ¿Qué insinúa? —Antonio María temió que su párroco se hubiera confesado como un

pastor del Señor, en vez de un seglar, como se le ordenó.

Se creó un incómodo silencio que permitió que se distinguiera con claridad el zumbido de las moscas.

—Giampiero siempre se santiguaba antes de las comidas, por ejemplo, y algunas veces lo vi rezando —comentó el francés—. Por lo demás, tenía una manera peculiar de hablar, con continuas referencias a Dios... Tal y como está usted haciendo, señor Comboni.

Monseñor se ajustó de nuevo las gafas. El sudor provocaba su inoportuno desplazamiento.

—El cristianismo está repartido por todo el mundo, señor Didot, y más

en Europa, no sé por qué tiene que extrañar que una persona se santigüe antes de comer. Pero, dígame, a mí lo que me interesa saber es cómo fue la relación con los compañeros. Quizá así podamos intentar comprender su débil reacción. Todos los miembros de la... *familia* teníamos a Giampiero por alguien sensato y cabal. No era ningún crío descerebrado. Entonces, dígame, ¿por qué cometió un pecado de tal calibre?

Laurent entendió que no tenía ningún sentido continuar con aquella absurda y extraña conversación que no conduciría a lugar alguno. Él había acudido a Ammán para no dejar solo a su amigo hasta que vinieran a hacerse

cargo de él. Ya estaba allí aquella persona, fuera quien fuera, dispuesto a llevarlo de retorno a Italia. Por tanto, su misión en la capital jordana estaba finalizada. Además, no le gustaba su interlocutor, no le generaba confianza.

—Si era una persona creyente, estoy seguro de que hablará con Dios, se lo explicará y Él le perdonará. Yo solo le conocí unos días, los suficientes, como para poder afirmar que su *familiar*, era una buena persona. Y hasta donde sé, ese es el único requisito que se precisa para entrar en el cielo.

—Me temo que Ferrini ha sido un mártir —sostuvo el representante del Vaticano—, uno más que ha ofrecido su vida en tierra hostil en pos del

cristianismo.

—Francamente, no soy capaz de distinguir lo que es una tierra hostil de la que no lo es. Eso de juzgar se lo dejaremos a Dios. ¿No le parece?

Sin cruzar más palabra, monseñor Comboni ofreció su mano, flácida e ingrávida, como era habitual en él.

—¿Tiene pensado continuar con sus excavaciones, *monsieur* Didot?

—Es el mejor homenaje que podemos brindar a Giampiero, a mi compañero y amigo Giampiero Ferrini.

Comboni asintió, sin volver a hablar. Sabía que el Vaticano, y él como artífice de la operación, se habían equivocado con la elección del párroco

de Santa Elena. Tenían que haber elegido a alguien quizá más divino y no tan humano. O a alguien más inteligente, aunque menos culto.

Desde las oficinas de la morgue llamaron a un taxi, si lo podían encontrar, dada la anárquica situación que estaba viviéndose en la capital. Antes de regresar a Petra, Laurent quería acudir a la embajada de Francia en Ammán. Era posible que allí le ayudaran a desvelar las dudas que todavía le envolvían relativas a la muerte de su compañero.

48. Petra

Antes del último rezo del viernes veintiséis de mayo llegó al campamento base una caravana que no estaba prevista. La abría el todoterreno en el que viajaba el profesor francés Laurent Didot. Le seguían tres camiones militares.

Araceli, Rachel y Abdallah, que se encontraban en la carpa del laboratorio, abandonaron su trabajo para salir al exterior.

Nada más parar, el francés se apeó con la cara desencajada.

—Compañeros —los reunió formando un círculo—, la campaña

queda absolutamente condicionada — Laurent hacía esfuerzos para aguantar el llanto.

Sin más palabras, se giraron al escuchar las voces de los militares que viajaban en los camiones, que se unieron a los que se hallaban destacados en el campamento.

Viendo la angustia en el rostro del director científico, sus compañeros le ofrecieron asiento y un té con bastante azúcar. El hombre se hallaba pálido, desencajado y confesó sentirse un poco mareado.

—¿Qué ocurre, profesor? — Araceli fue la primera en preguntar.

—Tal y como os dije, desde Maan nos marchamos a Ammán pues no

quería dejar solo el cuerpo de Ferrini. Allí todo está muy revuelto y las noticias son contradictorias. Llegué incluso a ver comercios judíos apedreados. Me contaron que a varios hombres que llevaban kipás los han molido a palos. Hay manifestaciones por todos los sitios. Piden iniciar inmediatamente la guerra contra Israel.

—¿Y el Rey, qué dice? —se interesó Rachel, que no podía ocultar la preocupación que le producían las noticias que traía el director científico.

—Parece ser que el Rey está pensando cambiar de postura. Hasta el momento, se ha mantenido en una línea pacífica y ha estado rehuyendo de las aspiraciones de Nasser, pero Hussein es

el monarca de un país árabe, toda su familia es árabe, y los árabes están en contra de Israel, y eso es algo que él no puede obviar.

—Desde Norteamérica no se entiende.

—¿El qué no se entiende, doctora Cobb?

La pregunta de Laurent sorprendió a Rachel, no por el texto de la misma, sino por la manera en que el profesor francés clavó sus ojos en ella. Había algo nuevo en esa mirada, nuevo e indefinible, una expresión que provocó que la israelí no respondiera.

El francés continuó hablando:

—De vuelta del hospital donde le practicaron la autopsia me dirigí a la

embajada de mi país, para saludarles. Allí recibí la visita de un militar de alta graduación, no sabría decir qué era exactamente —se disculpó el profesor Didot— y me informó que, a causa del cierre del estrecho de Tirán, el gobierno ha ordenado la movilización preventiva de una parte de la población, y que tienen que ingresar en filas todos aquellos ciudadanos jordanos mayores de dieciocho años y menores de cuarenta.

—¡Pero eso es terrible! — exclamó Araceli, mirando a Abdallah.

—Yo tengo más de cuarenta — aclaró a los presentes—. Pero no me extrañaría que si se declara la guerra me movilicen también.

—La realidad es que nos han destrozado la campaña —sentenció Laurent. Apuró el té y pidió que le sirvieran más.

Mientras, los militares no paraban de organizar las filas, a empujones. Habían obligado a todos los peones, estudiantes y técnicos a portar un documento que los occidentales supusieron que sería su acreditación personal. Uno de los estudiantes, que trabajaba en el equipo de Araceli y que también hablaba inglés, la miró con lágrimas en los ojos. La española no aguantó más y se acercó a él.

—Yo no quiero ir a la guerra, señora. Si voy me van a matar —balbució el joven, con una construcción

gramatical solo basada en escasas nociones y muy buena voluntad.

La arqueóloga intentó hacerse la fuerte pues era la única manera de transmitir tranquilidad al asustado muchacho.

—Nadie va a morir porque no va a haber guerra alguna, ya lo verás. Las mujeres tenemos un sexto sentido, y estoy convencida de que en unos días estáis, todos —remarcó, mirando a los demás—, trabajando de nuevo con nosotros. Hazme caso.

Uno de los militares la apartó con cierto miramiento pero de forma decidida, y le dijo algo que ella, por supuesto, no entendió.

En ese momento, el todoterreno

en el que había llegado Laurent se puso en marcha y dio un veloz giro. Los militares se miraron y, a la vez, sacaron las pistolas de su cartuchera.

—¡Es Patrash! —gritó Abdallah.

Los tres hombres abrieron fuego contra el vehículo en el que escapaba el desertor. Un cristal saltó por el impacto de una de las balas. Otras se incrustaron en la parte trasera, pero ninguna alcanzó los neumáticos del coche. Rachel se tiró sobre uno de los militares que estaba disparando.

—¡No disparen, lo van a matar! —prorrumpió, en inglés.

Este la empujó. La israelí tropezó y cayó sobre la arena. El militar apuntó con su pistola a la arqueóloga.

Sin saber de dónde sacó los arrestos necesarios, Araceli se abalanzó sobre el hombre. Este también consiguió tirarla al suelo. Ahora tenía a las dos mujeres a tiro.

—¡Basta! —chilló Laurent.

El militar bajó la pistola clavando su negra mirada en los ojos del francés.

Con el coche de Patrash fuera del alcance del fuego de los militares jordanos, uno de ellos se acercó a las dos mujeres. Ofreció su mano a Rachel y, después de ayudarla a levantarse, también se la brindó a la profesora española.

—¿Por qué ha impedido que aplicáramos justicia? —quiso saber el

oficial desplazado a Petra.

Rachel fingió que no entendía el árabe. Abdallah hizo la correspondiente traducción al francés.

—Ese hombre es un compañero de campaña, y no puedo consentir que lo maten —explicó la *katsa* del Mossad—. Nadie merece morir así.

—Esa persona estaba desertando, y el castigo para los desertores siempre es la pena de muerte.

Después de la traducción, Rachel replicó al militar:

—Siempre tras un juicio justo. Por lo menos en un país democrático.

Una hora después partieron los camiones militares con la carga de ilusiones perdidas en su interior. El

profesor miró el grotesco cuadro a que había quedado reducido el personal para la campaña de la UNESCO por la que tanto había luchado. Supo ser fuerte y no llorar. No le parecía propio pero, antes que un director científico, era también alguien ilusionado que veía truncado el último gran proyecto de su vida. Ya no le quedaban años para iniciar otro de una envergadura similar.

Con el recuerdo en su pensamiento de la boca negra del subfusil que la había apuntado, Araceli miró a su alrededor. La gran carpa donde se alojaban todos los peones y los estudiantes se había quedado prácticamente vacía. Contó cuántos permanecían. Incluyendo a ellos cuatro,

no llegaban en total a diez. Entendió que tenía que ayudar al supervisor en un momento en el que él no era capaz de mantener la tranquilidad y el liderazgo.

—Vamos a dormir, profesor Didot. Mañana organizaremos la campaña. Quedamos tres arqueólogos y el mejor director que puede haber en el mundo —la española intentaba ser lo más motivadora posible, aunque su ánimo se encontraba al mismo nivel que el del francés—, y cuatro hombres más y Radia. Tendrán más de cuarenta años, pero van a colaborar con nosotros con las ganas de un principiante. Por la comida no tenemos que preocuparnos. Tenemos víveres y mis amigas Nassira y Soumaya podrán atendernos. Vamos,

profesor, Petra va a seguir esperándonos mañana con la misma ilusión con que nos recibió hace unos días.

Laurent asintió y agarró la mano de Araceli con idéntica ternura con la que salían las palabras de los labios de ella.

Después de que el profesor francés entrara en la carpa, Abdallah se sentó, abatido, mientras que Rachel se alejaba de la zona, pensativa sobre lo sucedido y en cómo su compañera la había salvado la vida.

—Araceli, yo debería marcharme también con ellos —reconoció el jordano, preso de un remordimiento de conciencia.

—¿Por qué dices eso?

—Porque mi país está movilizándose contra el invasor y mi sitio está en el campo de batalla, junto a ellos, no aquí, buscando lo que solo se busca cuando hay paz entre los pueblos.

—Pero tú no tienes la edad, Abdallah.

—¿Qué más da que mi madre me pariera en el año 1929 que en el año 1926? Eso no tiene nada que ver, es solo una anécdota, un azar.

—No Abdallah, tú debes permanecer con nosotros, por lo menos por ahora. Aquí todavía no hay guerra y no hay razones para que se produzca.

—En lo que estoy de acuerdo contigo es que todavía no se ha declarado, pero razones para que la

haya sí que existen, y sobradas.

—Estoy segura de que en las Naciones Unidas están haciendo todos los esfuerzos diplomáticos para evitar un conflicto.

—Que Alá te oiga, Araceli. Y Jesucristo también.

49. Petra

Rachel se encontraba razonablemente satisfecha. Antes de que Patrash huyera había colocado la piedra con la menorah grabada en el siglo VI dentro de las ruinas del mercado de Petra, por lo que ahora solo faltaba que uno de los peones la descubriera y que el afamado internacionalmente director científico nombrado por la UNESCO, profesor Laurent Didot, certificara su hallazgo para generar discusión sobre el dudoso carácter árabe de los nabateos y las posibles raíces sionistas del lugar.

El profesor francés no había dormido bien. Se había despertado

cuando Abdallah se levantó para dirigir el primer rezo del día, ya que los cuatro peones y Radia le habían elegido como almuédano circunstancial y desde ese momento ya no volvió a conciliar el sueño.

Esa mañana del veintisiete de mayo Araceli no había acudido a desayunar junto a sus amigas porque, dadas las circunstancias, le resultaba impropio abandonar el campamento, y prefirió quedarse junto a sus compañeros. Más que nunca había que mantener el espíritu de equipo, por lo menos de lo que quedaba de él.

—He estado pensando por dónde podemos continuar —comenzó a explicar Laurent—. Tenemos que ser

realistas y asumir que es imposible seguir trabajando en cuatro frentes con las personas que nos han dejado. A efectos prácticos somos ocho para trabajar.

—Yo cuento siete, profesor Didot —interrumpió Abdallah, que no levantaba la mirada del suelo en ningún momento.

—Hablo de nosotros cuatro y de los cuatro peones que se han quedado. A Radia no la podemos incluir.

—Profesor, tú tampoco —determinó el jordano.

—No me llames viejo. Déjame que sea útil también con estas dos manos —el tono del francés no era amistoso.

—Es verdad, Laurent —terció

Araceli—. Tú nos tienes que dirigir, pero no vas a ponerte a picar. Para eso ya estamos nosotros siete.

—Entonces, ¿qué plan de excavación vamos a afrontar? —indagó Rachel, muy interesada en las explicaciones del profesor Didot.

—He estado pensado que vamos a continuar con el trabajo que nos dejó el profesor Ferrini.

—¿El lado norte de la *Calle Columnada*? —preguntó la profesora Cobb, sumamente contrariada.

—Sí, por dos razones. La primera porque me parece que es hacerle un homenaje. El querido profesor Ferrini nos dejó cuando más le necesitábamos. Se suicidó por razones

que solo Dios sabrá. En el tiempo que estuvo con nosotros demostró ser un gran conocedor de la arqueología, un apasionado de la historia y alguien con criterio muy fundado. Por eso, y aunque solo sea por esa razón, vamos a continuar su trabajo.

—¿Y la segunda razón? —volvió a preguntar la israelí.

—La segunda razón es casi por exclusión. Las Tumbas Reales no nos están reportando resultado alguno a pesar de las altas expectativas que nos habíamos creado. Ya llevamos escrutadas dos tumbas completas y Abdallah está ahora con la tercera, y no hemos hallado nada más que unas enormes estancias vacías. Además nos

hemos quedado sin los técnicos del ejército que nos ayudaban. El teatro está prácticamente terminado y tampoco vamos a obtener nuevos avances que nos permitan averiguar más sobre la cultura nabatea, que es para lo que hemos venido aquí.

—¿Y el mercado que estábamos excavando entre mi equipo y yo? — Rachel no estaba de acuerdo en modo alguno con el planteamiento del profesor Didot. Había perdido la calma y se mostraba muy nerviosa.

—Ya lo había pensado, Linda. Un mercado es un lugar donde pueden surgir numerosos hallazgos de interés.

—¿Entonces? ¿Por qué no nos dedicamos con ahínco a excavar en esa

zona?

—Porque nos hemos quedado con muy pocas ayudas, y tengo que tomar decisiones. Ante la elección, prefiero primar la zona del profesor Ferrini. Es el compromiso que le hice en Ammán, cuando me despedí de él.

La israelí entendió que era inútil continuar insistiendo. El director científico había tomado una decisión y nadie iba a convencerle de otra alternativa distinta.

A lomos de sus dromedarios se dirigieron de nuevo a la zona de trabajo. El profesor Didot se sentía un extraño en el *Siq*, tan vacío que se oían con nitidez las pisadas de los animales, por muy sigilosas y elegantes que resultaran.

A pesar de su fortaleza mental, Rachel se encontraba totalmente hundida. De nada, absolutamente de nada había servido el plan que urdió y que tanto trabajo y dinero había costado. Ahora el Mossad iba a deber un inútil favor a la CIA. Ella no podía ponerse a picar sola en la zona que trabajaba y fingir que hallaba algo de interés. Nadie se lo creería, y menos una persona tan reputada como Laurent Didot.

En el templo del León Alado, como lo había bautizado ya el jefe de la campaña, se concentraron los pocos peones que quedaban junto a los tres arqueólogos y a las puntuales ayudas que brindaba el francés. El profesor italiano había desenterrado parte de lo

que tenía que ser un *motab* al que se accedería por medio de unas escaleras, supuso el director científico, y eso los tuvo ocupados hasta la hora de la comida.

Antes de subirse a los dromedarios para regresar al campamento, Laurent se acercó a Rachel y le habló en un aparte:

—¿Qué vas a hacer después de comer?

La israelí se extrañó con la pregunta.

—No sé, imagino que descansar un rato, como hago todos los días.

—Me gustaría que tú y yo fuéramos a un sitio que me consta que conoces muy bien. ¿Te importa?

Rachel se limitó a asentir.

Nassira y Soumaya, con abundantes víveres y con una cocina de la que carecían en la cueva en la que habitaban, les habían preparado un *mashui* que encantó a todo el grupo. Dado el número de personas a que había quedado reducido el equipo, Laurent propuso que comieran todos juntos, algo que agradecieron sobremanera los peones con incesantes muestras de gratitud marcando reverencias una y otra vez.

Después de la comida, y mientras Araceli se quedaba ayudando a sus amigas, Laurent y Rachel se montaron cada uno en su dromedario e

iniciaron el camino hacia *al-Khazneh* por el cauce seco del *Wadi Musa*: el *Siq*. Al llegar a la zona donde se ubicaba el teatro romano, el francés ordenó a su dromedario, con increíble pericia, que se arrodillara. Después ayudó al animal que montaba la profesora norteamericana.

—Me imaginaba dónde íbamos.

—Ya sé que eres una mujer muy lista, *Linda*. Siempre lo he sabido. Por favor, tú primero.

La pareja fue ascendiendo por los escalones labrados en la piedra por los nabateos hasta la parte más alta de la roca y desde la cual se contemplaba un increíble y espectacular ángulo del *al-Khazneh*.

—¿Para qué me has traído hasta aquí, profesor? —quiso saber Rachel, nada más coronar la montaña.

—¿No te parece un lugar bonito? —preguntó Laurent, jadeando, con un punto de cinismo en sus palabras. La israelí no fijó sus ojos en el tesoro de Petra, conocía perfectamente cómo se veía desde aquella perspectiva.

—Repito la pregunta, profesor, ¿para qué hemos venido hasta aquí?

Fatigado por el esfuerzo de subir tantos escalones, y chorreando sudor, el francés buscó acomodo en el suelo y se abanicó con su sombrero. Bebió un trago de agua de su cantimplora y después volvió a cubrirse.

—Como os he contado a todos,

estuve en Ammán hasta que la embajada italiana se hizo cargo del cuerpo del pobre Giampiero —silenció el encuentro mantenido con Antonio María Comboni.

El sudor resbalaba por la cabeza de Laurent, que volvió a hacer uso de su cantimplora. Después, ya un poco más sosegado, continuó con su relato:

—Había algo que me extrañaba en ese muchacho. Me pareció alguien especial. Es verdad que las personas que nos dedicamos a remover piedras buscando algo que no sabemos en la mayoría de los casos ni lo que es, somos muy particulares, por no llamarnos raros. Somos gente bastante incomprendida por una buena parte de la

sociedad, pero lo de Ferrini sobrepasaba mi lógica. Como puedes imaginarte, Linda —sorpresivamente, pronunció el nombre de la arqueóloga con una entonación distinta, con demasiado énfasis—, he conocido a numerosos arqueólogos en mi vida. Son varias décadas las que he pasado de yacimiento en yacimiento, de país en país, y hasta de continente en continente. En unas ocasiones dirigiendo las campañas, como en este caso, y en otras obedeciendo, como sucedía en otros tiempos. He trabajado con peones, estudiantes, compañeros, especialistas de todos los países, razas, colores de piel e idioma de cuna, pero Giampiero Ferrini superaba a todos. Siempre tan

solitario, tan pensativo, tan ensimismado en su mundo, sobre todo en los últimos días, que, no sé, levantó mis sospechas.

Rachel lo miraba de pie, en absoluto silencio y con un gesto frío. Expectante.

—¿Te fijaste que se santiguaba antes de empezar a comer? Yo me di cuenta ya el primer día, en Ammán, y no le di excesiva importancia. Después parecía revivir cuando criticaba las religiones politeístas, algo que me sorprendió para ser un arqueólogo. No parecía él, tan participativo, mostrando una opinión contraria a los pueblos que profesaban culto a más de un dios. Algo, repito, sorprendente para un hombre dedicado a la historia y especialmente a

la arqueología. Nosotros vemos esas costumbres de forma más aséptica, sin tomar partido ni en contra ni a favor por las devociones religiosas de un pueblo que desapareció hace mil quinientos años.

La israelí estuvo tentada de interrumpir al profesor francés, pero prefirió dejarle hablar. El director científico sabía más de lo que le había dicho, y quería esperar su momento.

—Fíjate —continuó Laurent—. Nunca hablaba de su familia. Nada. Eso es muy raro entre personas que pasamos tanto tiempo juntos. En alguna ocasión Araceli ha nombrado a su padre, y también Abdallah ha hablado de su familia. Todos sabéis que soy viudo

pero ni de ti ni de él se sabía nada.

—¿Adónde quieres llegar, profesor?

—Pero lo que más me sorprendió —Laurent desoyó la pregunta de la norteamericana y prosiguió con su exposición— fue la manera que tuvo de enamorarse de ti.

—¡Qué dices! —la reacción la mujer no se hizo rogar.

El francés sonrió.

—Sí, mujer, es lo más normal del mundo. Uno no sería hombre si no se sintiera atraído por ti. Posees todos los elementos necesarios para hacer perder la cabeza a cualquier caballero. Porque ya soy un pobre viejo, que si no, no te habrías librado de mis intentos por

conquistarte —sonrió—. Aunque posiblemente no lo hubiera conseguido.

La israelí volvió al inicial rostro impasible y pétreo.

—El resultado de la autopsia fue rotundo. El profesor Ferrini se suicidó. No había más señales de violencia en su cuerpo que las derivadas del mortal impacto recibido al caer desde tantos metros. Pero, ¿qué fue lo que le llevó a dar el salto desde esta misma piedra donde nos encontramos ahora?

El profesor guardó un silencio medido.

—Al abandonar la morgue de Ammán me dirigí a la embajada de mi país, y desde allí telefoneé a mi amigo Michael Connolly, en París, en la sede

de la UNESCO. A pesar de la distancia, solo tuve una demora de media hora, y pudimos hablar un buen rato.

El francés marcó un nuevo silencio prolongado en el que solo se escuchaba el suave viento que arreciaba a esa hora del día.

—Es posible que supieras que Giampiero era un sacerdote. La UNESCO lo supo casi desde el primer momento, pero no pusieron objeción alguna. Era un arqueólogo, un buen historiador, que era lo que se buscaba. Por tanto, no había nada que objetar.

—Yo no sabía nada de eso. Además, que un arqueólogo sea cura no debería de extrañar. Y eso, ¿qué tiene que ver conmigo? ¿Por qué hemos

subido hasta aquí?

—Cuando el bueno de Mike me contó lo que había averiguado, todas las piezas descabaladas que rondaban por mi cabeza se convirtieron en un cuadro coherente y con sentido.

—Sigo sin entender —aseguró Rachel.

—Estoy hablando de tu participación en el suicidio de Giampiero.

—¿Me acusas de asesinato?

—Jamás se me ocurriría acusarte de ser una mujer guapa y atractiva, que es tu único delito, y eso no es un delito, simplemente es una virtud. Tampoco voy a acusarte de que te acostaras con él dentro de *al-Khazneh*. Si me hubieras

pillado hace unos años, a mí también me hubiera gustado hacer el amor dentro de un tesoro. No es algo al alcance de cualquiera. Además, Giampiero no sería el primer sacerdote que cuelga los hábitos por unas horas. Otros lo han hecho antes y otros lo harán después.

La israelí iba a estallar. Su rostro mostraba una irritación que no podía ocultar. Guardó silencio.

—Entre que algún árabe es un poco cotilla, y que chapurreo algo del idioma...

—¿Podemos bajar ya?

—No, *Linda Cobb* —el francés volvió a repetir el nombre de la arqueóloga bajo un tinte de sorna y retintín—, porque mi amigo de la

UNESCO me contó más cosas.

El francés volvió a beber de su cantimplora. Se quitó el sombrero y se volvió a abanicar. El calor no daba tregua.

—Antes de marcharnos de Ammán, y antes de que tú te incorporaras, le pedí a Mike que se enterara de quién era la arqueóloga que iba a sustituir a la doctora Jones, que tuvo que dejarnos tan súbitamente y en circunstancias tan extrañas. Por cierto, la doctora Bárbara Jones me contó que era huérfana, y tú me dijiste que cuando estuviste en Ammán te interesaste por ella y que la razón de su precipitado regreso era que su padre había enfermado. ¿Recuerdas?

Rachel levantó levemente el mentón y entornó los párpados.

—En su momento Mike no me dijo nada, pero me aseguró que intentaría enterarse. Y ya se ha enterado. En todo este tiempo que hemos estado en Petra ha realizado varias llamadas telefónicas.

La israelí ni abrió la boca ni movió un músculo de su cara.

—Nadie sabe quién eres, Linda Cobb —afirmó directamente, sin rodeos—. No se conoce ninguna universidad donde des clase, aunque sí que es cierto que estudiaste en Cornell, como nos dijiste y como se ha comprobado, pero no tienes libros publicados, no has pronunciado nunca conferencias

públicas, tus conocimientos de arqueología son buenos, pero ni mucho menos llegan a los de alguien que representa nada más y nada menos que a los Estados Unidos de América. Dime, Linda Cobb, ¿quién se esconde detrás de ese nombre tan típicamente norteamericano y de alguien tan bello, atractivo e inteligente como tú?

Había sido descubierta. Lo peor que le podía suceder a un espía era que alguien revelara su verdadera condición. El manual del Mossad era contundente y no admitía duda alguna sobre qué había que hacer con la persona que había desvelado la identidad de un *katsa*.

Y la soledad del momento y la altura del enclave no podían ser más

propicios.

50. Nueva York

La reunión del Consejo de Seguridad de la ONU fue especialmente tensa, alcanzando momentos dramáticos. Las posturas de Mohammed Awad El Kony, representante de la República Árabe Unida, y de Gideon Rafael, de Israel, eran tan radicales que los mediadores se mostraban incapaces de encontrar alguna solución intermedia que facilitara una negociación.

La mesa a la que se habían sentado los veintiún miembros del Consejo de Seguridad era circular. Cada uno de los representantes diplomáticos tenía delante un micrófono y los

informes que habían preparado sus colaboradores.

—El Estado de Israel no puede consentir ni un día más que permanezca cerrado el estrecho de Tirán. Es como hacer respirar a mi país con un solo pulmón. Supone nuestro ahogo comercial y no lo vamos a consentir — aseveraba el representante israelí.

—Esas aguas son nuestras y no estamos haciendo nada más que defender nuestros intereses —rebatía El Kony, que no necesitaba micrófono pues su voz era muy potente—. Nadie está invadiendo las fronteras que este organismo regaló a Israel en el año 1947, en aquella desacertada votación que jamás olvidará el pueblo árabe y

que, algún día, próximo, habrá que invalidar.

—Francia ha intentado, sin éxito hasta el momento, mediar en este conflicto —recordó el representante galo—. Vemos buena predisposición por parte de Gran Bretaña y de Estados Unidos pero no parece que la Unión Soviética esté por llegar a acuerdos de paz en la zona.

—El primer ministro Kosyguin ya ha mostrado su absoluta voluntad de buscar un entendimiento —se justificó el representante de Moscú, Nicolai Fedrenko—, y así se lo ha hecho saber al presidente Johnson. ¿Puede usted confirmar lo que estoy diciendo? —pidió al representante norteamericano

— No quiero que se acuse a la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas de estar incitando al conflicto en la zona.

—Es cierto —ratificó Goldberg, delegado norteamericano—. Ni mi país ni la Unión Soviética quieren entrar en un enfrentamiento que solo desembocaría en una guerra abierta. Llevamos demasiados años trabajando por la paz como para consentir que ahora se quiebre, pero la República Árabe Unida no puede establecer un bloqueo a la salida natural de un país. Y la situación que se está viviendo en el estrecho de Tirán es intolerable.

—Es Israel quien, con su actitud militarista y arrogante, está buscando el conflicto armado que nosotros

detestamos —proclamó cínicamente de nuevo El Kony.

—Eso es falso, Nasser está movilizando efectivos en la frontera con mi país —recordó Gideon.

—Es en legítima defensa —rebató el egipcio, atronadoramente—. Además, no hemos invadido frontera alguna. Solo nos preparamos para el ataque israelí.

—Israel no ha atacado a nadie.

—¡Israel miente!, como han hecho siempre. Se están utilizando los kibbutzs fronterizos del norte para atacar a Siria —bramó El Kony.

La discusión carecía de orden y de fin. Eran posturas enfrentadas que nadie podía conciliar. Asimismo, todos

los presentes recordaban lo pesimista que regresó U-Thant de El Cairo. La entrevista mantenida con el presidente egipcio le había dejado muy clara cuál era la postura de la República Árabe Unida, y el ánimo del birmano se hizo patente en sus palabras:

—El mundo se encuentra al borde de su tercera guerra mundial — declaró el Secretario General de la ONU en el mismo aeropuerto de Nueva York ante los medios periodísticos acreditados que le esperaban a su regreso.

51. Petra

Araceli se despertó sobresaltada. Había tenido una pesadilla y la comprobación de que todo había sido fruto quizá de una mala digestión, o de las novedosas circunstancias que iban acumulándose en su vida desde que había abandonado Madrid, la reconfortó hasta el punto de estirarse tranquila en su lecho. Se giró y vio que las camas de Linda Cobb y de Radia Saffih se hallaban vacías. Salió al exterior y se encontró a Laurent con una taza de té en la mano.

—Se ha ido.

Fue lo primero que articuló el

profesor francés, que se mostraba obnubilado, casi ausente. Araceli se asustó.

—Me ha dicho Radia que falta uno de los dromedarios. Se debió de marchar después del primer rezo del día —supuso el francés.

—Pero eso es imposible —la española no terminaba de entender que alguien abandonara una campaña arqueológica de una manera repentina y sin avisar a sus compañeros, ni *siquiera* despedirse de su jefe. Buscó una explicación—. Se habrá marchado a algún lado. Estará por *al-Khazneh*, o por el *Siq*, o en su yacimiento o en cualquier otro.

—No, no es imposible, Araceli,

se ha sido. Lo sé.

—¿Pero adónde se ha podido marchar?

—Eso no lo sabe nadie. La única realidad es que ya no vamos a poder contar con ella para continuar en esta campaña.

Con toda la rabia contenida en su cuerpo, Didot tiró el vaso del té con fuerza al suelo. El metal chocó contra una piedra provocando un sonido desagradable.

—Me dice uno de los peones que se ha llevado un odre de cordero con agua, varias piezas de fruta y una bolsa de almendras —concretó Laurent, consternado por la misteriosa desaparición de la profesora

norteamericana—. Nada más. Nadie echa en falta ninguna otra cosa.

—¿Y no puede ser que alguien la haya secuestrado —propuso Araceli—, que de alguna manera se fuera en contra de su voluntad?

—No, aquí nadie va a venir a secuestrarnos. Estamos demasiado alejados de todo y de todos que incluso si hubiera guerra ni nos enteraríamos de que se ha declarado. Se ha marchado porque ha querido.

Abdallah miró a la madrileña con ojos de tristeza y de desesperanza. Él también había depositado mucha ilusión en la campaña. Conocía perfectamente el pasado arqueológico de su país y siempre había penado con

la escasez de fondos para poder financiar las excavaciones. Y ahora, que por fin todo se había puesto a favor, no paraba de ocurrir contrariedad tras contrariedad.

—Venga, somos uno menos pero la campaña continúa. Vamos —pidió Laurent a los dos miembros de su equipo que todavía le quedaban—, desayunad, que el tiempo apremia. Nos está esperando la *Calle Columnada*.

Miró al cielo y entornó los ojos al recibir la intensa luminosidad de la mañana.

El manual del Mossad cursaba unas instrucciones muy concretas pero ella no era un ser inanimado que

funciona siguiendo unas ordenanzas generales. Cuando Laurent Didot la acusó de no ser quien decía ser pensó en matarlo, es más, tenía que haberlo matado. Una caída desde el lugar donde se encontraban era letal y nadie la acusaría de haber cometido crimen alguno. Solo el sol y la arena habrían sido testigos del momento, y ninguno de los dos testificaría en un tribunal en su contra.

Pero muy por encima de manuales, instrucciones y órdenes, ella no era una asesina. El profesor francés no había cometido crimen alguno contra el Estado de Israel y ella solo había matado a aquellos que habían atentado o iban a atentar contra su pueblo, con

actos probados, por lo menos probados si no por un tribunal, sí por su implacable conciencia. Pero el profesor Didot no se encontraba entre quienes debían morir para consolidar su Estado, no había hecho nada para merecer el máximo castigo, por eso decidió poner fin a la extraña conversación que habían mantenido para regresar al campamento base, cada uno por su lado. Después vino la tarde, donde el mutismo se instaló en el grupo sin que nadie lo quebrantara.

Por la noche Rachel lo tenía absolutamente decidido. Esperaría a la madrugada, tomaría lo imprescindible y el mejor medio de locomoción que podía encontrarse en ese medio tan

hostil en el que se encontraba. La experiencia le había enseñado a reconocer dromedarios y a distinguir cuál era más joven y más fuerte para que fuera su exclusiva compañía en el largo y duro viaje que iba a emprender. Ella había tenido que superar numerosos cursos de supervivencia antes de que el Mossad la elevara a la máxima categoría de *katsa*, por lo que la empresa que iba a afrontar era algo relativamente sencillo en comparación con aquellas pruebas. En definitiva, se encontraba a treinta kilómetros en línea recta de Paran, ya en Israel, en un camino donde no había más frontera que la propia sequedad de las estribaciones del desierto del Negev, al sur del Mar

Muerto.

Lo único por lo que sentía marcharse de allí era por la menorah, pero tampoco le importaba en exceso. La pieza se había quedado enterrada en las ruinas del mercado de Petra y, tarde o temprano, la expedición del profesor Didot, u otra que viniera más tarde acabaría encontrando restos del símbolo del judaísmo por antonomasia. Ella no sería testigo del hallazgo, pero quien lo localizara lo haría público, y entonces ya se encargarían los medios de comunicación de medio mundo de asegurar, con pruebas, que el rastro de Petra habría de buscarse en la cultura hebrea más que en la árabe. Sería una muestra más de que el judaísmo había

sido el primer morador de aquellas tierras, dando así consistencia histórica a las seculares reivindicaciones sionistas.

52. Petra

Habían transcurrido tres días desde que se marchó la profesora norteamericana y la campaña continuaba adelante, aunque cada vez con menos ánimo y peores resultados. El grupo ya no madrugaba tanto, sus miembros prolongaban sin razón aparente los tiempos de descanso y los trabajos de laboratorio se reducían a un par de horas de apática actividad. Hacía días que los pocos turistas que ocasionalmente visitaban Petra también habían desaparecido. Todo era distinto; y peor, mucho peor.

Laurent Didot, que no había

revelado a nadie la verdadera profesión de Giampiero, cada día hablaba menos y sus comentarios técnicos se habían vuelto esporádicos. En ocasiones recordaba abiertamente al profesor Ferrini y un día incluso pidió a la profesora española que le acompañara al lugar desde donde el italiano se lanzó a su desgracia. Quería regresar ya que la última vez que subió fue cuando mantuvo aquel desencuentro con Linda Cobb. «Había dos precipicios juntos — pensó el francés—. Por un lado los cien metros que lo separaban del suelo, y por otro los ojos de la norteamericana. ¿Por qué se decantó por el equivocado?», se preguntaba desazonadamente y en silencio.

El jordano vivía sus peores días. Atenazado por la creciente incertidumbre sobre la situación de su familia en Ammán, de la que carecía de noticias, y por el sentido del deber que llamaba continuamente a su atormentada conciencia, Abdallah también parecía ausente de la excavación, y trabajaba mecánicamente, sin mostrar opinión alguna, como si fuera uno de los peones que solo acarrear restos con la carretilla desde el yacimiento hasta la escombrera.

La profesora española era la única que intentaba mantener el ánimo del grupo, aunque sabía que no lo estaba consiguiendo. Había dejado de desayunar con sus amigas beduinas pero

pasaba con ellas largos ratos de la tarde. Había aprendido una docena de palabras en árabe y una de las pocas ilusiones que iban quedándole en Petra era cuando se hacía entender con Nassira, con Soumaya o con sus críos, a los cuales cada vez les tenía más cariño. La madrileña notaba que estaba perdiendo peso, que cada vez comía menos y con menos apetito, y que se saciaba antes. Jornada a jornada, la ropa le quedaba más holgada.

La razón de la inapetencia y del abatimiento tendría que buscarla en la movilización de casi todos los miembros de la expedición, o en el sofocante calor, o en la desgraciada e inexplicable muerte de Giampiero, o en

el pertinaz conflicto personal que seguía fermentando por haber rechazado de Patrash lo que aceptó del Rey, o en la falta de resultados extraordinarios que estaba obteniendo el grupo. No se quería engañar, la campaña no había descubierto todavía algo auténticamente relevante como para que Petra saltara a los titulares de los informativos de todo el mundo. Eso lo sabía ella y también el profesor Didot, que se mantenía callado en todo momento. Lejos habían quedado los bríos, la fuerza, el ahínco que demostró el francés durante las primeras jornadas. Las expectativas que se había creado el director científico en un inicio estaban incumplándose.

Y como colofón la inesperada

noticia de la insólita desaparición de Linda Cobb. Además, acababa de ocurrir un nuevo accidente, aunque afortunadamente no había sido mortal. Al extraer una gran piedra del templo del León Alado, un sillar había caído sobre el pie derecho de un pobre peón, un hombre muy delgado, cercano a los cincuenta años. Sus gritos sacaron a todos del letargo en el que se encontraban. Entre sus compañeros y Abdallah lo llevaron al campamento base, y desde allí el profesor jordano lo trasladó al pequeño hospital de Maan. Abdallah regresó a las cuatro horas informando que había quedado ingresado pues la piedra le había destrozado varios huesos. Confirmó al

grupo que aquel pobre desgraciado ya jamás volvería a caminar con normalidad. Al escuchar la noticia, el francés sentenció:

—Esta campaña está maldita. Es posible, incluso, que la haya planificado mal. Tantos años estudiándola... para nada. Deberíamos suspenderla ya.

—No, profesor —saltó Araceli—. Tú y yo hemos recorrido miles de kilómetros para venir hasta aquí a investigar la civilización nabatea, y no vamos a marcharnos mientras nos dejen continuar. Y Abdallah también está sacrificándose, manteniéndose apartado de sus seres queridos, y más en estos momentos tan delicados para su país.

—Hasta es posible que haya

estallado ya la guerra contra Israel y nosotros no nos hayamos enterado — apuntó Laurent, sombrío y cabizbajo.

—Cuando estuve en Maan me contaron que en Naciones Unidas se suceden las reuniones para llegar a algún tipo de acuerdo, pero las habladurías de la gente son terribles. Dicen incluso que la VI Flota está en pie de guerra y que no paran de llegar a aguas de El Líbano barcos soviéticos procedentes del Bósforo.

Después de los comentarios de Abdallah, el francés tomó la determinación de iniciar la sesión de la tarde:

—Vamos a ver qué tenemos en las palanganas, que me ha parecido que

uno de los peones había encontrado restos de un plato —aseguró, sin entusiasmo alguno.

Por la noche, y después del rezo, Abdallah buscó a Araceli, a la que ya consideraba su amiga. La madrileña se encontraba sentada en el exterior de la tienda, contemplando las estrellas y escuchando las lejanas notas de una rababa que hacía sonar uno de los peones. El jordano llegó con dos vasos de té.

—¿Qué tal te encuentras? —se interesó el profesor jordano.

—Creo que de todos los que estamos aquí soy quien menos motivos tiene para estar preocupada —confesó Araceli—. Me preocupa nuestro jefe.

Está destrozado. Y vosotros, los jordanos. Y también me preocupan las noticias que puedan estar llegando a España y lo que mi padre se esté inquietando por mí —reconoció la arqueóloga—. Él no sabe que aquí estamos bien. No sé lo que podrá pensar.

Abdallah la miró, en silencio. La española interpretó que había algo más que ella desconocía.

—La situación debe estar mucho peor de lo que nos ha contado. Lo que he visto en Maan es inenarrable. La gente está asaltando las tiendas. Se llevan todo a su casa, en previsión. La policía está multiplicándose pero es incapaz de mantener el orden. Allí han movilizad

todo el mundo excepto a las mujeres, a los hombres muy ancianos y a los niños. El resto está ahora empuñando un arma. Es una tragedia, Araceli, una tragedia nunca vista aquí.

El jordano agarró las manos de su compañera y las juntó con las suyas.

—Tengo miedo, tengo mucho miedo. No tanto por mí, sino por todos, por Fatina y mis hijos los primeros, y luego por el resto de mi familia —la voz de Abdallah sonaba temblorosa, frágil—. Pero sobre todo, tengo miedo por mi país. Somos débiles, los más débiles. Además, estamos gobernados por el mandatario más endeble de todos, y si entramos en guerra nos van a aniquilar en horas.

—No digas eso, Abdallah. Nadie va a entrar en guerra. Hay que tener fe en Dios y confiar en que impedirá esta absurda disputa. Ya verás cómo llegan a un acuerdo en las Naciones Unidas. Te pido que confíes en mi intuición.

53. El Cairo

A bordo del Caravelle que él mismo pilotaba, y que había bautizado con el nombre de su hija Alia, el rey Hussein recordaba que el momento en el que presintió que la guerra iba a ser una realidad fue cuando, a petición expresa de Nasser, las tropas de la ONU tomaron la decisión de marcharse de la franja de Gaza. El día que el general indio Indrajat Rikie abandonó la pequeña extensión de tierra situada al oeste de Israel y al norte de Egipto, el Rey jordano supo que tenía que renunciar a su pacífica postura inicial para cambiar radicalmente de actitud.

Aunque días antes había roto las relaciones diplomáticas con Siria, el monarca hachemita sabía que no podía desoír la voz de su pueblo, tal y como le recordó la periodista del París-Match. Aquel encuentro con la joven tuvo muchas virtudes, pero la mayor de todas fue la reflexión que realizó el Rey sobre cuál era su inexcusable obligación como estadista de un país íntimamente ligado a la centenaria tradición árabe y a la estricta religión musulmana. Jordania era la nación con quien Israel compartía más frontera, concretamente seiscientos cincuenta kilómetros, una distancia demasiado grande como para mantenerse neutral e indiferente a la cuestión que amargaba la existencia de

los árabes desde que se hiciera pública la traidora Declaración de Balfour. Si él, como soberano jordano, mantenía imparcial a su país, sería algo que jamás se lo perdonarían, ni su pueblo ni su historia.

En el viaje le acompañaban varios militares. A la cabeza de ellos se encontraba el general Amer Khammash, jefe del Alto Estado Mayor. También se había unido su jefe de protocolo y secretario particular, Zeid Rifai.

En el mismo aeropuerto de El Cairo lo esperaba el presidente de la República Árabe Unida, Gamal Abdel Nasser, que lo recibió con un sonoro abrazo. La corpulencia del egipcio pareció engullir al delgado monarca

jordano. Quizá sería una premonición del resultado del encuentro por el ascendente que el uno ejercía sobre el otro.

—Sed bienvenidos a Egipto, majestad. Es para nosotros un honor recibir una visita tan distinguida como la vuestra —para el anfitrión, Hussein había dejado de ser el *enano traicionero*.

El recorrido desde el aeropuerto hasta la sede presidencial, en El Cairo, estuvo cargado de boato y exagerada parafernalia. En coche descubierto, en cuyas aletas flameaban las banderas de los dos países, Nasser y Hussein saludaban a la multitud que se había congregado para aclamarlos en un

ambiente de euforia. La comitiva la formaban una docena de motoristas y diez vehículos, la mayoría de ellos suntuosos Cadillac negros.

El presidente egipcio sonreía satisfecho. Todo lo que había buscado, lo había encontrado. Solo le faltaba la adhesión de Jordania, y el viaje de Hussein colmaba su expectativa más ambiciosa.

En el palacio Koubbek el monarca jordano saludó a todos los generales que habían sido convocados por Nasser para tan importante cita.

—Es muy sencillo, presidente — le resumió Hussein—. Recientemente firmasteis un acuerdo de colaboración bilateral con *Siria*. Quiero que redactéis

uno exactamente igual, y donde figura la palabra Siria, se cambie por *Jordania*. El compromiso de nuestro pueblo es el mismo que el del vuestro. Sus destinos han permanecido y permanecerán unidos.

Nasser sonrió y le dio un nuevo abrazo casi sintiendo placer al ver cómo el país que faltaba por adherirse a su causa comía dócilmente de su mano.

—Si Israel nos ataca —dijo cínicamente Nasser, pues el plan del egipcio no era esperar actuación alguna de Tel Aviv, sino iniciar él primero la contienda—, tenemos que establecer un mando único dirigido desde El Cairo. Espero que lo comprendáis. La descoordinación en las operaciones es

el mejor regalo que podemos ofrecer al enemigo.

—Por supuesto, presidente — concedió Hussein, que ya contaba con que en el acuerdo perdería también el control de su ejército en una humillación sin precedentes.

—He pensado, si dais vuestra aprobación, que todas las fuerzas árabes situadas en el frente jordano estén dirigidas por el general Abdel Moneim Riad, excelente militar de mi absoluta confianza, y alguien muy experimentado en el campo de batalla. Él se sentirá muy honrado si en el equipo que tendrá el privilegio de mandar puede contar con los mejores generales de vuestro insigne país.

—Perfecto. Ni mi gobierno ni yo vamos a mostrar objeción alguna a vuestras sabias indicaciones —el Rey mantuvo la sonrisa.

—Nuestro principal objetivo, yo diría que único, es la destrucción del Estado de Israel —subrayó Nasser con rotundidad—, y ese será siempre el frente común de todos los países árabes. Hoy mismo, por ejemplo, hemos recibido el apoyo incondicional de Túnez.

—Efectivamente, y también se están movilizando tropas en Arabia Saudita e Irak. Imagino, presidente, que la postura egipcia sobre el estrecho de Tirán continua firme, sin novedad.

—Por supuesto, Majestad —

confirmó Nasser, satisfecho de la medida adoptada—. Tenemos importantes fuerzas destacadas en Sharm-el-Sheikh, y tienen orden tajante de hundir a todo buque que desobedezca las órdenes cursadas. Ningún barco con bandera israelí podrá cruzarlo y tampoco será permitida la navegación de cualquier embarcación, sea del país que sea, que se dirija a Eilat. Si tienen alguna duda, nuestros hombres procederán a su registro. Me resulta indiferente todo el jaleo que están armando los norteamericanos y sus compinches en Nueva York. Esas son nuestras aguas, y en ellas podemos hacer lo que nos plazca —recordó el arrogante presidente egipcio—. Nadie debería

opinar *siquiera* sobre cuestiones relativas a soberanías ajenas.

Después del encuentro en privado, los dos mandatarios se volvieron a retratar delante de los fotógrafos destacados en palacio, en especial para los enviados del diario cairota Al Ahram y los reporteros del periódico sirio Al Baath.

En el viaje de regreso, el monarca jordano fue acompañado por el presidente de la Organización para la Liberación de Palestina, Ahmed Chukeiri, también presente en las reuniones, con quien tampoco tenía buena relación. A veces, pensaba Hussein, se sentía como si fuera no un grano de arena, sino una verdadera

piedra en el zapato árabe: no tenía relación con Siria, odiaba las ansias imperialistas de Nasser y su afán por convertirse en el epicentro del mundo árabe, tanto africano como asiático; no soportaba a la OLP y tampoco tenía buenas relaciones con Arabia Saudita. «Y a pesar de ello —razonaba a los mandos de su Caravelle, ya de vuelta a Ammán—, acabo de entregar mi país a una guerra que estoy convencido que perderemos. Mi país y el mando militar de mis tropas», puntualizó para sí.

54. Petra

Todos los hombres destacados en Petra vivían en un retiro alejado de la realidad, un extraño enclaustramiento al aire libre. Allí no llegaban noticias de ninguna clase. Ni sabían del fugaz viaje que había realizado el rey Hussein a El Cairo ni conocían el bochornoso acuerdo de mutua colaboración militar que acababa de firmar. Tampoco se enteraron de que el Estado israelí había nombrado a Moshe Dayan ministro de defensa, a Menachem Begin ministro sin cartera, ni que se había formado un gobierno de concentración nacional. Los partidos políticos hebreos habían

renunciado a sus diferencias para formar un bloque homogéneo ante la inminente entrada en guerra de su país. Todo el *kneset* apoyaba sin mácula a un ejecutivo que representaba a todos los judíos.

Los tres arqueólogos se encontraban desayunando cuando la excesiva tranquilidad del solitario campamento se quebró con la llegada de un convoy formado por tres camiones, precedidos por un vehículo militar con la bandera jordana en una de sus aletas delanteras.

Laurent pensó que ya no había más hombres para movilizar, salvo que hubieran elevado el listón de la edad. Pero no eran esas las intenciones del

oficial que se dirigió a él, en árabe.

—Hábleme a mí —indicó Abdallah—. Yo soy jordano.

—Vengo a requisar el campamento —informó el militar, que mostraba una expresión agria y nada amistosa.

Después de la traducción, la reacción del francés fue inmediata. Se levantó rabioso y, casi fuera de sí, preguntó al militar con qué derecho hacía eso.

—Son órdenes de Ammán. Necesitamos llevarnos todo: las carpas, los víveres, los útiles de cocina —mientras el oficial hablaba, señalaba con el dedo cada objeto que nombraba —, las herramientas de excavación, los

aparatos técnicos, las camas, los grupos electrógenos, incluso los dromedarios, jah!, y el camión del gasoil. No podemos dejar nada aquí —Abdallah iba traduciendo a medida que hablaba el insensible militar.

—Eso es imposible. Todo esto está financiado con fondos de la UNESCO. El gobierno jordano no puede hacer uso de ello. No es de su propiedad.

—Me temo que sí —repuso el recién llegado, después de escuchar la correspondiente traducción de Abdallah—. Son bienes que están en Jordania y por tanto se expropian de forma inmediata en beneficio del país. Pasado el tiempo que se estime necesario serán

devueltos aquí y ustedes podrán seguir trabajando.

Aquello fue definitivo. Laurent hubiera querido morirse. Todo su campamento, todo el trabajo que estaban llevando a cabo, todo el dinero invertido iba a quedar ahora metido en cajas de madera con destino impreciso. Probablemente quedarían perdidos en cualquier almacén si no acababan en algún sitio peor.

—¡Vamos! —chilló a sus hombres—. En una hora todo tiene que quedar metido en los camiones.

Sin ningún cuidado, los ocho soldados que habían llegado acompañando al oficial comenzaron a desmontar las camas después de ordenar

a los peones que los ayudaran.

El profesor francés se acercó a Abdallah.

—No pueden hacer esto. Este material no les pertenece, es un robo.

—No sé si lo podrán hacer, profesor, pero lo están haciendo. Y van armados. ¿Qué podemos decir?

Laurent, ofuscado, entró en la carpa que hacía las veces de laboratorio. Araceli lo siguió pues temía que fuera a cometer una locura. No se había equivocado. La madrileña comprobó, horrorizada, que el francés acababa de agarrar una barra de hierro e iba a salir dispuesto a buscar al oficial. La mujer reunió las pocas fuerzas que podía conservar su cada vez más

maltrecho cuerpo, y le agarró por los brazos:

—¡No!, ¡no hagas nada! — intentó que sus palabras no traspasaran la tela de la carpa—. Abdallah tiene razón, no podemos oponernos y no merece la pena que esta guerra, que todavía no ha comenzado, se cobre una primera vida. Además, en todo caso es su guerra, no la nuestra, Laurent. Hazme el favor. Bastantes desgracias hemos tenido ya en esta campaña. No nos amarguemos más, por favor, por Dios te lo pido —suplicó.

El director científico resoplaba por la nariz. La madrileña le obligó a sentarse en un taburete y le quitó, con suavidad y muy despacio, la barra de

hierro de la mano. Cuando se calmó, le agarró del brazo y le sacó al exterior.

Laurent se apartó y caminó unos pasos indecisos mirando fijamente al suelo. Después, levantó la vista y la clavó en el principio del *Siq.*

—¿Y todo lo que tenemos en los yacimientos? ¿Y lo que hemos inventariado y reparado con tanto cuidado? ¿Qué van a hacer con ello? Nos tienen que dar tiempo. Esto será una situación pasajera —deseó el francés— y nosotros, u otros arqueólogos, volverán a Petra para seguir descubriendo sus secretos. Abdallah, tienes que ganar tiempo —rogó al arqueólogo.

El jordano asintió y se dirigió

hacia el colérico oficial:

—¿Tiempo? ¡Eso es imposible!
—respondió categórico, hecho un energúmeno—. La guerra está a punto de estallar. Usted no puede pedirme tiempo.

—En este lugar hemos estado muchas personas trabajando —le recordó Abdallah—. Se han recuperado innumerables fragmentos de Petra, y recuperar Petra es recuperar la historia de Jordania, nuestra historia —el militar le observaba imperturbable—. Seremos un país nuevo, no tendremos la antigüedad de otros europeos, pero sí una riquísima historia milenaria que ahora no podemos desdeñar.

—Yo estoy aquí para cumplir órdenes.

—No estoy proponiendo que las incumpla, solo le pido que nos deje un poco más de tiempo. Nunca antes una antigüedad jordana había merecido estima desde el extranjero, y lo hallado es muy importante, vital incluso para la correcta comprensión de nuestra historia —el profesor exageró, pero intuía que su interlocutor no alcanzaría a comprender sus palabras en su justa medida.

El oficial se quedó pensativo.

—Este conflicto pasará algún día, pero Petra, y lo descubierto en ella, permanecerán para siempre.

El militar clavó el dedo índice de su mano derecha en el pecho del arqueólogo.

—¡Tú, ten cuidado! Ellos son súbditos de terceros países, pero tú eres jordano. No te metas en líos que pueden llevarte a la cárcel o a un sitio peor. La guerra es cuestión de horas. No te digo más.

Los dos hombres se retaron con los ojos.

—¿Cuánto tiempo necesitan? —
acabó preguntando el militar.

—Unas cuantas horas. Nos centraremos en lo más importante. Somos tres arqueólogos y trabajaremos muy rápido. Se lo garantizo.

El militar extendió la mano con la palma bien abierta, y mostró los dedos:

—Cinco. Esas son las horas que

les doy. Ni un minuto más.

—¡Ah!, y otra cosa —pidió el profesor jordano, con temor—. Si se llevan también los dromedarios, ¿qué vamos a hacer nosotros aquí? Todos los miembros de la expedición acabaremos muriéndonos de hambre.

—A mí me han mandado para acopiar aquello que pueda ser útil para un ejército, y ustedes no lo son, pero las fuerzas armadas jordanas son comprensivas con las personas. Si ustedes son capaces de guardar todo esto como es debido, es posible que les quede hueco en los camiones. En mi coche hay tres plazas, y podemos hacer espacio para alguna más en las cabinas. El resto tendrá que conformarse con

viajar entre la mercancía. De aquí a Ammán serán unas cuantas horas, si no nos bombardean antes los israelíes.

Ante la expresión de terror de Abdallah, el militar sonrió, con desprecio.

—Veo que ustedes solo se han preocupado por revolver entre piedras viejas, y por eso no se han enterado de nada, pero la situación en la zona es insostenible. Ayer tropas egipcias dispararon contra un petrolero norteamericano que se dirigía al puerto israelí de Eilat. Afortunadamente el incidente no tuvo mayores consecuencias y el buque dio media vuelta, evitando una tragedia, pero dicen que la VI Flota está ahí mismo, al lado

de Tel Aviv, dispuesta a entrar en guerra contra nosotros en cuanto digan los judíos. Por tanto, no dude si van a bombardearnos, sino quién va a bombardearnos primero.

Se repartieron el trabajo lo mejor que pudieron. Abdallah y Araceli tomaron tres dromedarios. El jordano y ella subieron en uno cada uno dejando el tercero libre para que cargara con las dos maletas de la madrileña. La arqueóloga entendió que, tal y como salían de Petra, les interesaba llevar los menos bultos posibles y escogió lo imprescindible de uso personal que guardó en una bolsa. En los yacimientos se limitaron a seleccionar aquello que era imprescindible y allí dejaron las

escaleras, las sombrillas y los útiles con los que trabajaban.

—Vuelve al campamento, Laurent. Yo tardo media hora —calculó Araceli, presa del miedo que ya se había instalado en su cuerpo con intención de no abandonarla.

—No te retrases. Lo peor que puede sucedernos ahora es que nos dejen aquí sin trasladarnos a Ammán. Que no se nos olvide que estamos en el desierto.

Con ayuda de unos niños subió las dos maletas hasta la cueva donde vivía su amiga Nassira. La abrazó todo lo fuerte que pudo y se despidió sin palabras porque el lenguaje del corazón no necesita traducción.

Las tres mujeres comenzaron a llorar. Después dio un beso en la tripa de Soumaya y acarició la prominente barriga de la beduina.

Casi al galope, y sin volver la vista atrás, Araceli abandonó el lecho del *Wadi Musa* dejando allí algo que sabía no olvidaría en toda su vida, porque allá donde fuera siempre mantendría vivo el recuerdo de la capital de una civilización perdida en la que halló la felicidad, aunque ahora tuviera los ojos hinchados y un nudo en la garganta.

Cuando regresó al campamento base se encontró con que todos los dromedarios estaban atados unos a otros, solo faltaban los dos que traía

ella. Uno de los militares los esperaba para llevárselos a Maan, desde donde los trasladarían al lugar donde fueran necesarios para el ejército.

El aspecto del campamento era desolador porque ya no quedaba del mismo nada más que restos de tela rota, algún cacharro tirado por el suelo, las palanganas de trabajo apiladas en un montón, las letrinas, un par de barras metálicas dobladas e inservibles y las ilusiones destrozadas de un grupo de profesionales que, poco a poco, se había desintegrado.

Laurent se acercó a Araceli. No podía ocultar que había estado llorando.

—Tenemos que ser fuertes. Nos esperan momentos difíciles. Es posible

que el culpable de todo esto sea yo.

—¿Por qué dices eso? — preguntó extrañada la española—. Aquí nadie es culpable de nada.

—Sí, porque cuando vinieron a reclutar a los estudiantes y a los peones debí haber dado la orden de suspender la campaña. Ya me lo dijeron en mi embajada en Ammán, cuando fui acompañando al cuerpo de Ferrini. Insistieron en que regresáramos todos a Europa. Ahora puede ser tarde. Lo más normal es que el aeropuerto de la capital esté cerrado y los vuelos suspendidos. Me obcequé, no fui capaz de ver lo evidente, lo que tenía delante de mí y todo el mundo advertía menos yo —el francés se encontraba destrozado. Su

nivel de autoinculpación era máximo.

—Eso no es cierto, Laurent. Todos callamos. A mí por lo menos no me rondó por la cabeza la idea de abandonar. Nosotros somos ciudadanos de otros países, ajenos a este conflicto, y no nos pasará nada —afirmó, con fingida seguridad.

—No lo sé. Me siento en deuda con todos vosotros y especialmente contigo, Araceli. Has sido la que más entusiasmo ha demostrado.

—No tenemos que preocuparnos, Laurent, si Alá no les va a abandonar a ellos, Jesucristo tampoco nos abandonará a nosotros. Más que nunca, es ahora cuando tenemos que tener fe. Él nos guiará.

Levantó la vista y pasó su brazo por el hombro del francés.

—Vamos a los coches, que parece que ya están todos.

Los tres arqueólogos subieron al vehículo militar en el que viajaba el oficial e iniciaron la marcha. Araceli se volvió y miró por el cristal trasero la entrada del *Siq*. Quiso llorar pero no pudo. Notó que le costaba trabajo respirar. Abdallah, la acercó a su pecho. Fue ahí cuando, bajo la protección de su amigo, los ojos de la madrileña comenzaron a desahogarse.

55. Al-Suwaqa

Nadie hablaba en el interior del vehículo militar, excepto el oficial que viajaba en el asiento del copiloto. No soltaba el transmisor en ningún momento y lanzaba y recibía continuas instrucciones. Araceli se encontraba con la mirada perdida a través de su ventanilla, y el profesor Didot se asimilaba a un muerto viviente. Sudaba en abundancia pero ni se molestaba en quitarse la transpiración con un pañuelo. Abdallah permanecía atento a lo que iba transmitiendo el oficial.

Desde que habían dejado Maan, en dirección a Ammán, no habían parado

de cruzarse con vehículos de todo tipo que se encaminaban al sur, en dirección a Aqaba. La mayoría eran convoyes militares.

Al cabo de una hora de viaje comprobaron que el conductor aminoraba la velocidad. Delante, en la carretera, un hombre hacía señales ostentosas para que el vehículo se detuviera. Un camión de carga había volcado y estaba atravesado en la calzada, e impedía la circulación en ambos sentidos. Se veía un herido en el suelo.

El oficial se bajó del coche gesticulando continuamente. Le acompañó el conductor.

—¿Qué decía este hombre por la

radio? —indagó Araceli a Abdallah, aprovechando la salida de los militares.

—Está dando continuamente informaciones falsas —el jordano mostró incredulidad en su rostro—. Dice que va con una columna de treinta camiones hacia Ammán y que viaja con varios centenares de soldados y con una docena de piezas de artillería. Incluso detalla los calibres.

—Pero, ¿por qué dice eso?

—Imagino que para despistar al enemigo —aventuró el arqueólogo—. Ten en cuenta que en línea recta estamos a menos de cien kilómetros de la frontera israelí, y las ondas no entienden de lindes artificiales. Seguro que los israelíes tienen a gente captando

nuestras emisiones como nosotros, supongo, también estaremos interceptando las suyas. Posiblemente será una instrucción que han recibido los oficiales jordanos.

Aunque nadie le había dado permiso, Araceli se bajó del coche y se acercó al lugar donde se encontraba el herido. Lo tenían a un lado de la carretera, a pleno sol y encima de la arena. La española buscó una cantimplora con agua y levantó el cuello del hombre que había tenido la desgracia de volcar con su vehículo. Lentamente le dio de beber y después le abanicó con su sombrero. Se quitó el pañuelo que cubría su cuello y le limpió los rasguños que el impacto había

producido en su cara. Llamó a Abdallah y pidió que la ayudara. El jordano lo levantó por las axilas y ella por los tobillos, y así pudieron trasladarlo junto a un cartel de publicidad que daba algo de sombra. Le volvió a dar agua y el hombre lo agradeció con lo único que tenía a mano: su mirada.

Media hora después, y entre dos vehículos pesados, habían conseguido arrastrar el camión hacia la cuneta, permitiendo por tanto la circulación de nuevo en ambos sentidos.

A última hora de la tarde llegaron a las inmediaciones de al-Suwaqa. No habían comido nada en todo el día, pero ninguno se había quejado ni había mostrado su descontento. El

vehículo se detuvo a la entrada de un acuartelamiento militar y el oficial y el soldado los dejaron solos. Estuvieron allí más de dos horas sin que nadie les ofreciera explicación alguna. Transcurrido ese tiempo, otro soldado se acercó al coche con una bandeja:

—Les aconsejo que tomen esto. No sabemos cuándo vamos a poder darles más comida —les advirtió el joven militar.

Abdallah lo agradeció con un gesto de la cabeza. Cuando el soldado se hubo marchado, el arqueólogo masculló unas palabras en árabe. Araceli supuso que no tendrían traducción.

A las dos de la madrugada

regresó el oficial con el que habían viajado.

—Parece ser que los accesos a Ammán están cortados —informó el hombre, al que no se le distinguía la cara con nitidez por la oscuridad del lugar. Parecía una sombra parlante—. El ejército tiene tomada la ciudad y no es aconsejable continuar hacia allí. El Estado Mayor jordano les ofrece acomodo dentro de este cuartel, pero ya les adelanto que tampoco es un lugar seguro. No hace falta explicarles que los destacamentos militares son objetivos prioritarios del enemigo en caso de conflicto.

—¿Pero se ha iniciado ya la guerra? —quiso saber Abdallah. El tono

de la pregunta del jordano rayaba en agónico.

—No, todavía no hay guerra declarada, pero ayer un vehículo israelí voló en mil pedazos por culpa de una mina egipcia colocada en la franja de Gaza. El estrecho de Tirán sigue cerrado a todo tráfico marítimo que quiera entrar o salir de Eilat, y nuestro Rey ha declarado por radio que la guerra puede ser cuestión de horas. No sabemos quién va a empezar. Me dicen que Ammán está movilizada, que la gente se agolpa en las tiendas de comestibles, que hay carestía de todo... No sé, la decisión tienen que tomarla ustedes. El ejército jordano no puede hacer nada más. Lo siento.

Abdallah tradujo a Laurent y a

Araceli lo que había hablado con el militar.

La madrileña se interesó por la posibilidad de que pudieran realizar una llamada telefónica al consulado de España en Ammán o al de Francia, para tratar de que la UNESCO intercediera por ellos. Abdallah se lo preguntó al oficial y este respondió categórico que se había prohibido toda comunicación telefónica civil, y que las líneas solo estaban reservadas para usos militares.

—En esta situación, ¿qué otra cosa podemos hacer que aceptar el ofrecimiento? —se preguntó el profesor francés en voz alta.

—Tenemos una alternativa — planteó Abdallah—. Veo que por la

carretera todavía circulan algunos coches hacia el norte, es posible que no todos se dirijan a Ammán. Muy cerca de donde nos encontramos está Mádaba, donde tengo familia. Podríamos ir allí a solicitar su hospitalidad.

Araceli y Laurent se miraron. No sabían ni qué decir ni qué decisión tomar. Abdallah intentó ayudar a sus amigos dentro de la zozobra que les embargaba.

—Por mi familia en Ammán no he de preocuparme. Vivimos muy lejos de la ciudad, separados del aeropuerto, de los cuarteles y del palacio real —detrás del Jordano—. Mis cuñados viven cerca de mi mujer, son mayores que yo y no habrán sido movilizadas. Tienen

alguna tierra con cultivos y sabrán vivir una temporada sin ayuda de nadie. Pero quien me preocupa sois vosotros dos.

—¿Y tú? —preguntó la española.

—Yo soy jordano, Araceli, y lo que me suceda irá unido al destino de mi pueblo. Esté o no esté movilizado, mi alma se encuentra con mis compatriotas, y soy el primero que deseo que hagan desaparecer al Estado de Israel, como todos los que estamos aquí. Por ello estoy dispuesto a asumir las consecuencias. Si a mí me pasa algo, será porque Alá así lo habrá querido, y me encontrará feliz de acudir a su lado. Pero esta guerra no es ni de un francés ni de una española. Vosotros debéis volver

a casa cuanto antes y reuniros con vuestras familias.

—Abdallah, agradezco tus palabras, pero no debes preocuparte por mí —aseguró Laurent, con un hilo de voz—. Ya he vivido todo lo que me correspondía. Y si no regreso a París, tampoco se perderá mucho. Pero coincido contigo en que quien me preocupa es Araceli. Es joven y tiene que sobrevivir a todo esto.

—Estaremos los tres unidos —resolvió la madrileña, tomando las manos de sus compañeros.

—No, Araceli —contradijo el francés—, tú tienes que regresar a España y contar lo que hemos realizado a orillas del *Wadi Musa*, lo que hemos

descubierto y todo lo que queda por descubrir aún. Yo voy a quedarme en el acuartelamiento. Vosotros id a Mádaba, y esperad a que se calme todo.

—¿Estás seguro, Laurent?

El francés le mostró unos ojos rotundos y firmes.

Después de comunicar la decisión al oficial, Araceli y Abdallah se acercaron al que fue su jefe durante unos días de innumerables contrastes, quizá demasiados.

—Gracias, Laurent, jamás olvidaré todo lo que me has enseñado —agradeció la española, que lo abrazó con la misma intensidad con la que había abrazado esa misma mañana a Nassira y a Soumaya cuando se despidió

de ellas y de sus hijos. Aquel dos de junio quedaría en su recuerdo como el día de las despedidas más dolorosas que había sufrido en su vida.

—Cuídala, Abdallah. Seguro que nos vemos pronto en Ammán, cuando haya pasado todo este lío.

Fue la última instrucción que impartió el director científico nombrado por la UNESCO antes de que el equipo de arqueólogos se disolviera para siempre.

Después del último abrazo, la doctora española y el profesor jordano vieron cómo su maestro entraba en el destacamento militar de al-Suwaqa con la incertidumbre vital sobre el momento y el lugar del próximo reencuentro.

56. Mádaba

La noche todavía no había cedido a la primera luminosidad del día cuando ambos escucharon la lejana llamada a la oración desde una de las mezquitas de al-Suwaqa. Se encontraban muy cerca de la carretera. Araceli llevaba varias horas sentada en el suelo y con la espalda apoyada contra una roca terrosa. Mientras, Abdallah intentaba sin éxito que algún vehículo los condujera a Mádaba.

—Yo no soy quien para recordar lo que tienes que hacer, Abdallah, pero si te reconforta, por favor, olvídate de que estoy aquí y practica tu rezo.

El jordano agradeció la actitud comprensiva de la española y se arrodilló en el suelo pues no tenía nada sobre lo que ponerse. Así estuvo los cinco minutos que duró su oración.

El sol ya se había levantado bien sobre el horizonte y el calor comenzaba a ser asfixiante cuando consiguió que un hombre les hiciera hueco en su carro, donde transportaba una partida de gallinas. Abdallah se subió al lado del conductor y Araceli se quedó en la parte trasera, junto al ensordecedor sonido del incesante cacareo de las tres o cuatro docenas de aves que, metidas en sus jaulas, chillaban a su lado. El vehículo era tirado por un burro que avanzaba a una velocidad cercana a la de una

persona de paseo. Llegaron a las inmediaciones de Mádaba a primera hora de la tarde.

El viaje había resultado insoportable. El granjero hizo varias paradas con diversos fines, desde para orinar hasta para rezar en compañía de Abdallah. La peor de todas fue una detención de más de una hora junto a una caseta que jamás había visto agua y jabón, donde se tomó un té junto al profesor jordano. Ella declinó la invitación.

Durante el trayecto se cruzaron varias veces con convoyes militares que circulaban a gran velocidad y con las luces encendidas, con dos o tres ambulancias y con numerosos coches

con las bacas atestadas de bultos torpemente apilados. Al contrario que los vehículos del ejército, los turismos y las furgonetas se dirigían al sur.

Al llegar a Mádaba, y nada más apearse del carro, tres aviones irrumpieron en el espacio con un sonido espantoso que hacía imposible la comunicación hablada.

—Esos son nuestros reactores — la tranquilizó Abdallah, al ver el rostro de miedo de la española, que había temido que fueran cazas israelíes en misión de combate.

Caminaron por una calle muy larga que pasaba a escasos metros de la iglesia de San Jorge. El jordano invitó a la española a que pasaran a su interior.

—Déjalo, Abdallah. No tengo ganas ahora de ponerme a ver antigüedades. Sé que ahí conserváis el mosaico más importante de Oriente Próximo, pero ahora lo que quiero es llegar a casa de tus familiares y descansar. No me encuentro bien. Tengo un fuerte dolor de cabeza.

—Las gallinas...

La española se limitó a asentir, sin mirarle.

Quince minutos después llegaron a una vivienda cuya fachada estaba alicatada con azulejos verdes hasta un metro de altura. Después de dejar los zapatos junto a la puerta, Abdallah entró mientras que Araceli permaneció en la calle. La madrileña escuchó sonidos que

no sabía si correspondían a gritos de miedo o saluciones escandalosas. Al cabo de unos minutos el jordano volvió a salir a la calle. Se le veía tranquilo y sonriente.

—Pasa. Les he dicho que vengo con una amiga y quieren conocerte.

Araceli se descalzó y accedió a la vivienda. La primera habitación con la que se topó era una desproporcionada estancia para el tamaño que debía tener la casa. Varias alfombras acogían al visitante. En los laterales se encontraban diseminados varios cojines y delante de ellos había algunas mesas bajas con objetos diversos en la parte superior. La luz era escasa, el ambiente resultaba cargado y el olor a pies, insoportable.

Se encontró con un montón de gente que la miraba con curiosidad.

—Mira, voy a presentarte a mis tíos, Yusud y Naguib.

Los dos hombres asintieron con la cabeza.

—Y estas son mis tías, Khadija y Mouna, y mis primas Milouda, Hanaa y Karima.

Las cinco mujeres, vestidas con abayas y con la cabeza cubierta con un hiyab saludaron a la recién llegada con una sonrisa y unas palabras que la española no entendió. Varios niños pequeños se escondían de la desconocida pues su presencia les provocaba una mezcla de respeto y miedo.

—Me han dicho que mis primos han sido movilizados y no saben dónde se encuentran. Suponen que en la propia capital. También les he preguntado si saben de algún teléfono público y me han comentado que desde hace dos días las líneas están cortadas.

Una de las mujeres se marchó a una habitación interior y salió con una tetera en la mano y una taza. Dijo algo a la española:

—Mi tía dice que tomes una taza de té, y que está muy orgullosa de que hayamos venido a visitarlos.

La mujer esperó a que su sobrino hiciera la traducción. Después continuó:

—También dice que podemos quedarnos el tiempo que deseemos. Que

tienen fruta, verduras, huevos y varios corderos, y que con eso seremos capaces de aguantar un tiempo. Ya la he dado las gracias.

Araceli no esperaba tanta hospitalidad. Se sentó donde le indicaron y notó cómo las miradas de todas las personas que se concentraban en la habitación, incluidas las de los silenciosos niños que seguían pegados a sus madres, se clavaban con persistencia en ella como si fuera un extraño animal de zoológico.

Nada más empezar a tomar el té escucharon la llamada a oración y todos los presentes abandonaron la estancia para pasar al interior de la vivienda. «¿Qué vas a hacer en esta ciudad,

Araceli, de qué manera vas a poder regresar a tu casa?»», se preguntaba con inquietud la profesora española, mientras se encontraba en aquella habitación tan grande y tan vacía. Aprovechó el momento de sosiego para orar un padrenuestro. Era la primera vez que rezaba desde que había llegado a Jordania. Pidió *paz para los hombres de buena voluntad*.

Comieron cuscús con cordero alrededor de una gran fuente, ayudados por los dedos como único cubierto. Entre el asco que le provocaba aquella manera de compartir plato, y las pocas ganas que tenía de comer, Araceli solo probó un poco de sémola, muy

apelmazada y algo seca, y un pequeño trozo de cordero. Durante el almuerzo todos hablaban sin cesar, especialmente con Abdallah, que se encontraba muy animado y tranquilo al encontrarse entre los suyos.

—Me dicen que es imposible intentar llegar a Ammán desde aquí, que no es una ciudad segura ya que, si se desata la guerra, será el primer objetivo que atacarán los israelíes. Es lógico, es la capital, donde se encuentra el palacio real, los aeródromos militares y las mayores concentraciones de tropas — supuso el arqueólogo jordano.

Todos los asistentes escucharon las palabras francesas de Abdallah, con interés, aunque ninguno entendiera ni un

solo vocablo del idioma.

—También me dicen que Mádaba no es seguro, que es una zona donde hay muchos cuarteles y el aeropuerto se encuentra relativamente cerca.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer? —preguntó Araceli, inquieta ante la falta de alternativas que le mostraba su compañero.

—Me han propuesto que nos dirijamos a un lugar donde no va a ocurrir nada con seguridad —a juzgar por el rodeo lingüístico, parecía que al jordano le costaba trabajo pronunciar el nombre del destino.

—¿Dónde? ¡Dímelo! —le urgió Araceli, que empezaba a ponerse

nerviosa.

—Me han aconsejado que subamos a Jerusalén.

—¿Jerusalén? ¿Está muy lejos?

—De aquí estará a unos sesenta o setenta kilómetros. Hay que atravesar el Jordán cerca de su desembocadura en el Mar Muerto, y después continuar ascendiendo hacia el oeste, por lo menos habrá un desnivel de mil metros.

La española miró a los presentes en un absurdo intento de obtener la opinión de otras personas que también conocieran las circunstancias del momento y la geografía del lugar. Se volvió a Abdallah:

—¿Y a ti te parece una ciudad segura? —quiso saber, desconcertada.

—Es una reivindicación histórica de Israel, no voy a negártelo. Es donde se encuentra el Muro de las Lamentaciones que es su lugar más santo, pero también es un lugar sagrado para nosotros, los musulmanes, por lo que no se atreverán a invadir la Ciudad Vieja de Jerusalén. Los israelíes sabrán respetar nuestra cultura. Además, también es el lugar más santo para los cristianos porque fue allí, donde ahora se levanta la iglesia del Santo Sepulcro, donde Jesucristo murió crucificado. Es impensable que vayan a caer bombas en aquellos Santos Lugares, como los llamamos todos.

La española no sabía qué decir. Su objetivo era regresar a su país,

aunque se encontraba a gusto entre la gente que había conocido, pero deseaba tranquilidad, un lugar donde poder cobijarse sin pensar que podía ser víctima de una guerra que no entendía y que la pillaba lejos de su casa.

—No lo sé, Abdallah. Tú eres el que sabes más de todo esto. Yo aquí estoy perdida, lo tengo que admitir — confesó, mientras negaba con la cabeza y se encogía de hombros, medio aturdida.

—Todos estamos perdidos, Araceli, pero no tenemos más alternativas. Ammán lo tenemos que descartar, y pretender tomar un avión hacia Europa debe ser, hoy en día, una labor imposible.

—Y allí, ¿dónde nos quedaremos?

—Tengo un tío en el barrio musulmán, cerca de la Vía Dolorosa, al norte de la Ciudad Vieja. Hace algunos años que no le visito pero de pequeño iba a jugar a su casa con mis primos. Pasaba largas temporadas con ellos. Por la edad, imagino que estarán movilizados por el ejército —intuyó el jordano—. Seguro que tiene sitio en su casa para que pasemos unos días. En cuanto podamos, nos trasladaremos a Ammán. Creo que esta situación no tiene por qué durar mucho tiempo, incluso es posible que no haya guerra alguna y que en el último momento impere la cordura.

La madrileña lo escrutó con los

ojos. El arqueólogo no fue capaz de sostener su mirada.

—No lo dices nada convencido, Abdallah.

—No, no estoy convencido, para qué voy a engañarte —el hombre terminó la frase con una sonrisa de compromiso.

Araceli pasó la noche en un camastro en el suelo en compañía de dos de las primas del jordano, puede que fueran Karima y Hanaa, ya no recordaba los nombres de cuando se las presentaron. Tardó en dormirse el suficiente tiempo como para escuchar ruidos por la calle, gente chillar, coches circulando, quizá alguna lejana sirena,

pensó que de una ambulancia o de un coche de policía, y también el infernal sonido de los aviones a reacción. Después la venció el cansancio por la tensión acumulada y durmió tan profundamente que no se despertó ni cuando ellas se levantaron para asistir a la primera oración del día.

Después de tomar un té acompañado de unos exquisitos pasteles de almendras y miel que habían preparado las mujeres de la casa el día anterior, Abdallah comenzó con los abrazos a sus familiares. Araceli se despidió de todos con la mano. Desde que había llegado a Jordania, la española había desarrollado un sentido especial para comunicarse sin palabras,

y así leyó en el rostro de todos los presentes la incertidumbre, no sabía si la de ellos que se quedaban en Mádaba o la de ella y de Abdallah que se marchaban a Jerusalén, pero ahí no había alegría, sino preocupación.

Como despedida, les dijo algo que no esperaban:

—*Shukran.*

Todos agradecieron que la mujer occidental hubiera aprendido a dar las gracias en su idioma.

—Nos va a llevar un vecino de mi tío Yusud, que tiene coche. Es un viejo Ford, pero me ha asegurado que funciona perfectamente. Quiere salir lo antes posible.

—Pues vámonos ya. Espero que

encontremos en Jerusalén la tranquilidad que tanto necesitamos.

57. Jerusalén

Aquel sábado tres de junio había amanecido como los días anteriores, con un calor mareante que en el interior del vehículo se volvía literalmente insoportable. La chapa al sol formaba una especie de horno que provocó en Araceli un mareo que notó el arqueólogo. Además, el coche tenía todavía más mugre que el de Abdallah, incluso había una alpargata muy gastada tirada por el suelo. Trató de abrir la ventanilla pero se dio cuenta de que la manivela estaba rota.

—¿Quieres que paremos un rato?
Después de descansar a la

sombra de uno de los muchos tamarindos que se encontraron camino del Jordán, y de beber agua que habían llevado de casa de los primos de Mádaba, continuaron viaje con relativa calma.

El paisaje no podía ser más árido y reseco. A la madrileña le resultó todavía más hostil que Petra. Excepto por alguna adelfa solitaria, solo se conjugaban tres colores en el ambiente: el marrón de la tierra, el azul del cielo y, en menor medida, el verde de la escasa vegetación que se atrevía a cobrar vida en aquel entorno.

Fue precisamente cuando cruzaron el río por el puente Allenby, próximo al Mar Muerto, cuando se

encontraron con el primer control del ejército jordano. Un joven oficial, que prácticamente metió su arma por la ventanilla, les solicitó ariscamente la documentación. El militar examinó detenidamente el pasaporte de la española. Se lo llevó al interior de una caseta y allí pasó más de media hora, sembrando de inquietud tanto a la arqueóloga como a sus dos acompañantes.

Al regresar, el oficial sometió a Araceli a una cadena de preguntas capciosas sobre la fecha de entrada en el país, el motivo de la visita, el lugar de hospedaje, quién le había facilitado el visado de entrada, cuánto dinero había introducido... Abdallah hizo de

traductor demostrando una paciencia que desconocía tener. El conductor empezó a arrepentirse por haber accedido a llevar a aquella incómoda pareja a Jerusalén.

Después, el militar miró al arqueólogo jordano y le indicó con la cabeza que le siguiera. El conductor y Araceli contemplaron cómo introducían a Abdallah en la caseta; parecía que lo hubieran detenido. El sol volvía a enloquecer a la española, pero era tanto el miedo que la embargaba que ni se planteó apearse del coche.

Si fue media hora o una hora lo que estuvo el historiador con los militares es algo que nunca pudo calcular. Al fin, notó que respiraba tranquila al comprobar que su

compañero, y en ese momento también su guía, abandonaba la caseta y, cansado, se subía al coche. Le dijo unas palabras al conductor y este arrancó el motor.

—Han llamado a no sé dónde — contó Abdallah— para averiguar exactamente qué edad tengo, ya que no se fían de mi documentación. Pensarían que es falsa.

Al entrar en Jericó se encontraron de nuevo con un fuerte despliegue. Varios camiones militares se hallaban aparcados en una plaza cuadrada en la que se levantaba una enorme mezquita. Sin que les obligaran a detenerse continuaron camino hasta una desviación donde pararon para

comer. El conductor sacó del maletero una cesta con almendras, varias tortas de pan ácimo y algo de fruta que habían dispuesto para los viajeros las tías de Abdallah.

—¿Por qué queréis ir a Jerusalén? —preguntó el conductor al profesor jordano.

—Porque creo que es el lugar más seguro.

Mientras los dos hombres hablaban, Araceli se había recostado en el suelo, a la sombra de un olivo, y estaba intentando sumirse en un breve sueño. El cansancio mental superaba al físico, y aquel consiguió doblegarla. No importaba el pegajoso y tórrido calor, no importaba la imagen siempre

intimidatoria de tantos militares, no importaba el estrepitoso sonido de los aviones que seguían sobrevolando el cielo jordano. Lo único por lo que Araceli hubiera dado media vida era por regresar a su casa de Madrid, dar un abrazo a su padre, tomar una ducha y dormir en su cama.

—¿Y por qué no habéis intentado llegar a Ammán? —siguió preguntando el conductor.

—Porque nos han dicho que los accesos están cortados. Mis tíos han llegado a contarme que hay muchas personas que están abandonando la ciudad porque temen que, si hay guerra, sea el primer objetivo de los israelíes.

—Eso es absurdo —repuso el

chófer—. El primer sitio que van a atacar los israelíes será Jerusalén. Desde que la ONU les regaló el terreno que nos han usurpado, no han cesado de reclamar lo que llaman su *Ciudad Santa*. Ya tienen la parte Occidental y recuerda que la convirtieron en la capital de su falso Estado. ¡Alá sabe que es santa para los árabes, no para los hebreos! —chilló mirando al cielo.

Araceli se despertó con aquella exclamación estentórea que no entendió, y trató de volver a dormirse.

—Los israelíes no se atreverán jamás con nuestra Ciudad Santa. —aseguró Abdallah, rotundo en su afirmación y en su convicción—. Es un lugar lleno de mezquitas. Se les echarían

todas las naciones encima.

—Eso es falso. Nadie se les echaría encima, no te engañes —le pidió, apretando los labios—. Mira lo ocurrido en el año 1947, en América, cuando la pantomima aquella de la votación. Todo el mundo nos dio de lado, todo el mundo —el hombre se encolerizaba cada vez más—. Solamente los países árabes nos pusimos en contra de aquel abuso occidental. Hasta Filipinas o Haití votaron a favor de la creación del Estado de Israel. ¡Es el colmo de hasta dónde puede llegar el poder de los judíos norteamericanos! No te engañes, Abdallah, a esa gente le da exactamente igual lo que opinen de ellos el resto de naciones.

Ambos hombres continuaron discutiendo sobre la conveniencia o no de quedarse en Jerusalén, y si era un lugar seguro en caso de que se iniciara el conflicto armado que tanto temían y todos anunciaban.

—Recuerda, Abdallah —le advirtió, como una última recomendación—: la ciudad de Jerusalén se encuentra hoy ya a escasos metros de Israel, sin que se haya declarado guerra alguna. Que no se te olvide que Jerusalén Oeste es territorio ocupado.

—No hace falta que me lo recuerdes —le rogó el arqueólogo, solemne—. Es algo que ningún árabe olvida.

Cuando continuaron de nuevo el viaje, Araceli le preguntó sobre la conversación que habían mantenido mientras ella intentaba dormir.

—A veces parecía que discutíais.

—No, en absoluto. Me estaba comentando que él también piensa que Jerusalén es un lugar muy seguro.

Siguieron por el tortuoso camino, flanqueado de pinos mediterráneos, hacia la disputada ciudad. Diez kilómetros antes de llegar se encontraron con un control del ejército pero ya no estaba cubierto solo por militares y dos o tres vehículos todoterreno. Araceli se impresionó al encontrarse con dos carros de combate

de cuyas torretas emergían dos soldados vestidos con uniformes más oscuros. Los cañones estaban apuntando al oeste, en dirección a Israel.

Un soldado les pidió la documentación y la examinó con atención. Después los hizo descender del vehículo y junto a otro compañero registró el coche. Abrieron el capó y el maletero y revolvieron en su interior.

Lo primero que vieron de Jerusalén fue el destello dorado de la Cúpula de la Roca con el sol al fondo; por el reflejo del astro sobre las piedras, parecía que el lugar ardía en llamas, ya que muchas de ellas eran de tonalidad rojiza. Araceli sintió una

acentuada emoción al saber que estaba llegando a un punto con tanta densidad histórica y máxima trascendencia religiosa, pues es el lugar donde se cruzan las raíces de las tres religiones monoteístas más importantes del mundo: la judía, la cristiana y la musulmana.

Las últimas pendientes antes de alcanzar la Ciudad Vieja se encontraban atestadas de personas que la abandonaban, sobre carros, a lomos de mulos o incluso andando. Iban de prisa. Familias enteras de hasta tres generaciones evacuaban con premura y melancolía la ciudad que los vio nacer. A la española se le quedó marcado el miedo que pintaba sus caras, especialmente las de los ancianos y las

de los niños.

Dos vehículos militares atravesados en la calzada volvieron a recordarles que se encontraban en un ambiente prebélico. Abdallah nuevamente fue quien habló aunque en esa ocasión no le pidieron la documentación a ninguno de los tres. Sí quisieron saber a qué zona de la ciudad se dirigían. El jordano sabía el nombre de la calle y lo próxima que estaba a la segunda estación del Vía Crucis, en la Vía Dolorosa.

—Se accede por la puerta de Herodes —indicó el militar, antes de permitirles el paso—, aunque les aconsejo que se marchen de Jerusalén. De todas maneras, les informo que se ha

decretado toque de queda. Desde las siete de la tarde hasta las cinco de la mañana —especificó el asustado soldado.

Abdallah silenció a Araceli lo que acababan de contarle. No quería asustarla más de lo que ya estaba.

Ante las murallas de la Ciudad Vieja el conductor tomó una determinación que ambos entendieron lógica.

—Os dejo aquí. Prefiero regresar a Mádaba lo antes posible, no quiero que me coja la noche en la carretera.

Abdallah le dio un efusivo abrazo en señal de agradecimiento y Araceli le sonrió con la misma

intención. Una vez que se quedaron solos, la española se detuvo a contemplar con admiración el recinto amurallado antes de entrar por la puerta de Herodes. Junto con la puerta de Damasco, esta se convertía en una de las dos entradas directas al barrio musulmán, el más grande e importante de la Ciudad Vieja de Jerusalén.

El jordano sintió que la española estaba emocionándose, e incluso la vio santiguarse antes de seguir andando. Dedujo que la atmósfera mística del lugar había calado en ella.

Nada más atravesar la puerta de Herodes y adentrarse en los primeros callejones de la ciudad, se encontraron con una patrulla de soldados jordanos

que revisaban la documentación a las personas con las que se cruzaban. Uno de los soldados le preguntó a Abdallah qué hacía una española en Jerusalén precisamente en un momento como ese. El profesor se encogió de hombros. Ya no sabía ni qué decir.

La casa de los familiares de Abdallah se hallaba contigua a una pequeña mezquita. El jordano recordaba perfectamente la ubicación. Entró en el portal y pidió a Araceli que permaneciera en la calle hasta que hablara con su tío.

—En los países musulmanes estas cosas las hacemos así: los hombres actuamos y las mujeres esperan. Disculpa.

La española, sin palabras, le indicó que no había problema. Mientras hacía tiempo, se dedicó a ver pasar a la gente por la angosta calle. Jerusalén era vida incluso en esos momentos tan delicados. Todavía se escuchaba a los mercaderes vocear el género, a los gatos correr escondiéndose de los transeúntes y a las piedras rezumar historia. Un hombre de piel curtida y mirada sombría le ofreció cacahuets tostados y otro mazorcas de maíz. Un buhonero intentó venderle unas baratijas. Ella declinó todos los ofrecimientos con un movimiento de la mano. La gente caminaba muy deprisa, la mayoría eran hombres con zob y mujeres tapadas hasta los ojos, casi todas de negro.

Alguna de ellas transportaba sobre su cabeza banastas de naranjas. Solo vio a dos hombres vestidos con prendas occidentales. Se había sumergido en un barrio musulmán en toda su extensión, y no solo en el nombre.

—Vamos, sube, está esperándonos.

La cara de Abdallah no podía ocultar su preocupación.

—¿Qué sucede? —preguntó escamada, mientras ascendía por los maltrechos escalones que conducían al primer piso.

El jordano se volvió y la agarró por los brazos.

—Araceli, no sé si ha sido una buena idea la de venir aquí —reconoció

— Mi tío está muy asustado. Creen que van a ser invadidos de un momento a otro. Es más, ha hecho acopio de víveres para poder aguantar el máximo tiempo sin salir de casa.

—Pero, si no nos quedamos con él, ¿adónde vamos a ir? —la arqueóloga ya no podía más.

—Él está encantado de que nos quedemos en su casa, pero teme por nosotros. Entremos, ya no tenemos marcha atrás. Vamos a ver si él puede decirnos dónde puedes hacer una llamada.

La vivienda de Mohammed Ben Alí, tío materno de Abdallah Obeidat, era tan lóbrega que se asimilaba a una cueva. La estancia principal, una

habitación pintada en tonalidades oscuras, se ventilaba a través de un pequeño ventanuco por donde entraba algo de claridad. El hombre, que tendría más de sesenta años, tenía blanco tanto el pelo de la cabeza como el de la perilla y el bigote. El zob marrón que le cubría no ocultaba su escuálida silueta.

—*As salam u alikum* —saludó Araceli, nada más entrar y quitarse los zapatos.

—*U alikum as salam* —respondió el hombre, con gesto serio y nada amistoso.

—Por favor, siéntate, que mi tío va a hacernos té. Ponte cómoda.

Como había sucedido en la vivienda de las tías de Abdallah en

Mádaba, allí tampoco había más asientos que unas colchonetas que circundaban la habitación. El respaldo era la pared.

Media hora después Abdallah hizo un breve resumen de todo lo que había hablado con su tío desde que habían llegado.

—Me ha confirmado que mis primos, sus hijos —precisó el profesor—, fueron movilizados la semana pasada. Una de sus nueras le ofreció marcharse con su familia a Nablus, pero él se negó. Dice que nació en Jerusalén y que en Jerusalén le encontrarán. También me ha contado que Radio Ammán no para de animar al alistamiento, que esto es una Guerra

Santa y que hay que empuñar las armas para defender el Islam. También me dice que han instalado altavoces en las mezquitas y que están llamando a la movilización, y que admiten a todos los voluntarios que quieran alistarse. Francamente, no sé qué hacer, Araceli.

—Tú no tienes que alistarte, Abdallah, porque no hay Guerra Santa alguna, por lo menos que sepamos. ¿No es así? —el jordano negó con la cabeza, sin hablar—. Por tanto, debes intentar llegar lo antes posible a Ammán para reunirte con tu familia y no pensar que deberías tomar un fusil.

—También hay otra razón por la que no quiero alistarme.

—Si te alistás no podrás ver a tu

mujer y a tus hijos en un tiempo. ¿No es eso?

—No, no solo son ellos. También eres tú. Si me alisto, te dejaría abandonada en Jerusalén, y tengo un compromiso contigo. No puedo dejarte sola.

La tarde cayó sobre el lugar más santo del mundo. La vida en los cuatro barrios en que se dividía la Ciudad Vieja: el armenio, el judío, el cristiano y el musulmán iba cediendo a la paz que imponía la noche y las ordenanzas militares. La oscuridad acalló todos los sonidos, desde los normales como el ruido común de la vida, a los extraordinarios, como el producido por

el vuelo de los aviones militares; y también apaciguó la incertidumbre de las tres personas que dormían próximas a la Vía Dolorosa, cada una de ellas absorta en sus rezos y solo alumbrados por unas viejas lámparas de petróleo, puesto que la luz había sido cortada en toda la ciudad.

58. Jerusalén

El hombre intentaba, sin éxito, hacer razonar a su sobrino:

—Es muy peligroso que abandonéis la casa. Las cosas están muy revueltas —repitió.

—Araceli, mi tío insiste en que no deberíamos salir a la calle, que no es conveniente.

—No, Abdallah, tú me dijiste que no había nada que temer —le recordó la madrileña, firme en su determinación—. Nadie va a liarse a bombazos en una ciudad como Jerusalén. Si es un lugar santo para los musulmanes, también lo es para los

judíos, ¿o no es cierto?

El jordano asintió, resignado.

—Jerusalén significa un regalo para mí —confesó la española—. Cuando abandoné Madrid camino de Petra no podía imaginar que iba a acabar visitando esta ciudad. No voy a quedarme encerrada en esta casa como si fuera una persona perseguida por la justicia. Además, en la calle todavía hay alguna posibilidad de encontrar un teléfono para llamar a España.

Araceli encontró una solución intermedia:

—Lo que podemos hacer es intentar camuflarnos, camuflarme, mejor dicho —matizó—. ¿Tendría tu tío algo para mí?

El hombre lanzó una plegaria al cielo y los despidió desde el umbral de su casa. El jordano vestía su habitual zob y Araceli se colocó una abaya que guardaba Mohammed Ben Alí en un armario, vieja pero limpia. La cabeza la cubrió con una hiyab y ocultó su cara con un pañuelo negro hasta la altura de los ojos.

—¿Qué ha dicho?

—Ha pedido a Alá que nos acompañe —contestó Abdallah, asustado.

El domingo cuatro de junio había amanecido también con un cielo limpio y una alta temperatura. Araceli se sentía como una turista ociosa pero convencida

de que no podía hacer nada más, por lo menos de momento, que alojarse en casa del hospitalario tío de Abdallah y esperar acontecimientos. Desconocía si había consulado español en Jerusalén. Abdallah le prometió enterarse, así como de las posibilidades reales de viajar a Ammán con seguridad. Era posible que por su condición de súbdita de otro país ajeno tanto a Israel como a los estados árabes no le pusieran trabas para tomar un avión y abandonar el país. El destino le era indiferente. Salir de Jordania era la única prioridad.

Por ello la madrileña se mostraba animada y dispuesta a expresar al máximo el, quizá, único día que pasaría en toda su vida en Jerusalén, y

no quería desaprovechar ni una sola gota de ese zumo que le había servido el destino.

Pasaron al lado de la iglesia de la Flagelación y alcanzaron la Vía Dolorosa. Araceli no pudo por menos que detenerse y transportarse en el tiempo unos dos mil años, y contemplar a Jesucristo por esas empedradas calles camino del lugar donde lo crucificarían. Al verla, bajo los arbotantes que sujetaban los muros, concentrada y casi extasiada, Abdallah pensó que se había quedado en trance. Después de santiguarse de nuevo continuaron por el arco del *Ecce Homo* pero un soldado les impidió que alcanzaran la explanada de las mezquitas.

Regresaron después por el laberinto de callejuelas, flanqueadas de ciclópeos sillares de arenisca de distintas tonalidades, por donde asomaban ciclaminos, que les protegían del sol y les apartaban del mundo que ambos frecuentaban. Un vendedor de té les ofreció del samovar que llevaba cargado a la espalda, como si fuera una mochila. Bebieron un par de vasos y el hombre hizo sonar una campanilla en un ritual que Araceli no entendió. Otro hombre trató de venderles naranjas de un hatillo de esparto. A su lado un ciego con un transistor pegado al oído pedía limosna; Abdallah le dio unas monedas.

La inmensa mayoría de las tiendas estaban cerradas, y no porque

fuera domingo. Recordó que para los musulmanes el día de la semana festivo era el viernes y para los judíos el sábado, por lo que no guardaba lógica tanto cierre metálico echado hasta abajo. La cautela por la posible guerra era la razón del fundado miedo de los comerciantes.

Pero halló una abierta. Era una tienda de recuerdos para turistas. Vendían tiras de diapositivas, postales, banderines, varios *dreidel* de madera, bolsas con sal del Mar Muerto, joyas yemeníes, dátiles a granel, frutos secos, telas de Damasco y botellas de vino *Rishon le Zion*, entre otros objetos.

Entre las miniaturas que exponían, a modo de pisapapeles, de

llaveros o de simples objetos de decoración, podían verse numerosas menorah, tanto de madera como de distintas clases de metal, y con diferentes diseños.

Al salir de nuevo a la calle, Abdallah le explicó que había hablado con el comerciante y que este le había contado que los turistas habían abandonado Jerusalén, y que los hoteles habían cerrado, que solo se habían quedado los periodistas. También le dijeron que habían cerrado la iglesia del Santo Sepulcro y el acceso al Muro de las Lamentaciones.

—¿Podríamos intentar llegar a un hotel de los que están abiertos? Es posible que allí haya algún teléfono —la

española seguía con una idea fija en su cerebro.

—No Araceli. Si nos han dicho que las líneas están cortadas para usos civiles, lo están para todos. Los periodistas envían sus crónicas por télex. Tendremos que esperar.

Alguien que también estaba en Jerusalén no podía creer lo que veía. Tuvo que frotarse los ojos para comprobar que ni estaba dormido, ni las legañas estaban actuando como filtro ante una ineludible realidad que le costaba trabajo admitir, por disparatada, por ser un absoluto sinsentido. A cien metros de donde él se encontraba se hallaba Abdallah Obeidat junto a una

mujer que, a pesar de ir cubierta, por la complejón dedujo que era la arqueóloga española Araceli Artigas. Caminaban como si fueran dos jerosolimitanos más.

Guiado por la necesidad los siguió a una prudente distancia, sobre todo porque quería asimilar lo que le dictaban los ojos y no confundirse. Experimentó una sensación que casi lo llevó a la excitación física y vio cómo se le abría un infinito mundo de posibilidades que tenía prácticamente olvidadas. Alá le era generoso, no cabía duda alguna. Pensó que no tenía que ser tan mal musulmán como a veces creía.

Acopló a su cámara de fotos un objetivo de doscientos milímetros y

tomó varias instantáneas de la pareja. Continuó tras ellos con discreción, pues el zob era una maravillosa prenda aliada con el camuflaje. Necesitaba saber dónde se alojaban. Era una información absolutamente fundamental que no podía desaprovechar.

59. Bir Gifgafa

Un grupo de pilotos egipcios de aviones MIG 15 se encontraba tomando una taza de té. Era el momento de relevar a los compañeros que habían pasado toda la noche de guardia. Desde que Nasser tomara la desafiante decisión de bloquear el estrecho de Tirán, sabían que en cualquier momento recibirían la orden de despegar y destruir las bases israelíes y las instalaciones militares que los hebreos habían ido construyendo en la que fue Palestina, tierra árabe que los pilotos egipcios recuperarían si fuese preciso con el sacrificio de su vida.

Próximos a los aviones, los camiones cisterna rellenan los depósitos que se habían quedado vacíos después de los vuelos realizados el día anterior en misiones de entrenamiento, ya que el general Abdel Hakim Amer había dado la orden tajante de que sus pilotos se encontraran continuamente en pie de guerra.

En otro lado de la base de Bir Gifgafa, como sucedía también en las de Abu Suweir, El Arish, Ras Umm Sidd y en el resto de aeródromos egipcios, los militares que estaban a cargo de los radares, que habían pasado la noche despiertos y atentos a las pantallas escrutando con las ondas el cielo egipcio, departían con los compañeros

que los iban a relevar.

La operación *Focus* comenzó a las siete y media de la mañana, la hora que había determinado el jefe de los servicios secretos israelíes, Meir Amit. Volando a tan solo quince metros de altura para evitar ser detectados por los radares egipcios y sus dormidos y distraídos operarios, doscientos Mirage rotulados con la Estrella de David y comandados por el general Mordechai Hod, jefe de las fuerzas aéreas israelíes, hicieron su mortal aparición sobre el cielo egipcio.

Las sirenas sonaron tarde y fueron incapaces de alertar a los pilotos, que abandonaron los lugares de esparcimiento donde desayunaban para

correr alocadamente hacia sus aparatos. Los conductores de los camiones cisterna tampoco pudieron apartarse a tiempo de las aeronaves.

A placer, los entrenados pilotos israelíes lanzaron sus proyectiles sobre los blancos que, desnudos sobre las pistas de aterrizaje, iban explotando conforme recibían el certero impacto de los misiles.

La mañana se tiñó de rojo. Las explosiones de los aparatos y la sangre de los soldados se entremezclaron en una funesta combinación. Los desarmados militares egipcios se mostraron incapaces de repeler los ataques que sufrían por la muy bien adiestrada aviación israelí. La

tecnología soviética se convertía en chatarra, el combustible en humo negro, los hombres en cuerpos inertes y las ansias de triunfo y la vanidad de un líder se esfumaban sobre el asfalto de las bases como un sueño al despertar.

Antes de las nueve de la mañana, tres divisiones de infantería israelíes dirigidas por Ariel Sharón, apoyadas por numerosos carros de combate, comenzaron la invasión de la península del Sinaí.

Una hora después, el destino de la guerra ya estaba decidido. Los egipcios habían perdido casi trescientos aparatos de los cuatrocientos veinte con que contaban, y habían sido destruidos trece aeródromos militares. Las bajas

israelíes se circunscribían únicamente a veinte aviones. Sin el apoyo aéreo, las tropas terrestres árabes no contaban con más cobertura que la suerte; y en una guerra, esa siempre es escasa y poco relevante de cara al desenlace final.

Nasser, incapaz de asumir la fulminante derrota inicial, envió a su aliado Hussein un mensaje malintencionadamente equivocado, haciéndole ver que las bajas más numerosas eran las israelíes hasta el punto de que los técnicos de radar jordanos interpretaron que los aparatos que volaban rumbo a Israel eran los egipcios camino de una victoria segura, cuando en realidad eran los israelíes que regresaban a sus bases. Esa

información errónea condujo a que desde territorio jordano se abriera fuego sobre Jerusalén Oeste.

El terror se había apoderado de la Ciudad Vieja. Tanto Araceli como Abdallah y su tío, se habían levantado aterrados ante el estruendo de las bombas que disparaba el ejército de Jordania sobre la parte opuesta a la que ocupaban ellos de Jerusalén, aunque los habitantes de la vivienda creían que ese fuego era israelí. Los proyectiles atravesaban la Ciudad Vieja para ir a estrellarse sobre las zonas nuevas situadas al oeste y dominadas por el Estado de Israel desde hacía diecinueve años. La respuesta hebrea no se hizo esperar y la contraofensiva israelí sobre

Ammán supuso un serio revés para las tropas del rey Hussein, llegando incluso a bombardear su propio palacio presidencial.

—¡Alá, Alá! —gritaba despavorido y suplicante Mohammed Ben Alí, en medio del salón de su casa, puesto en pie, con los brazos abiertos y la cabeza inclinada hacia atrás.

—¡Calma, tío! —Abdallah intentaba tranquilizarle, sin éxito.

Araceli se encontraba en la habitación donde dormían los primos de su compañero, en una esquina, sentada en el suelo. Sin saber de qué manera había comenzado, sus labios se encontraban bisbiseando un padrenuestro. Por el pequeño ventanuco

por el que se ventilaba el dormitorio oía a la gente chillar por la calle. Escuchó unos nudillos en su puerta. Era Abdallah. El jordano entró y la abrazó todo lo fuerte que fue capaz. Ella se resistió a llorar.

—Cuida de tu tío. Yo estoy bien —el profesor estaba tan nervioso que no se dio cuenta de que la madrileña temblaba convulsivamente.

—¿Seguro? —el estrepitoso sonido de un impacto les hizo estremecer hasta casi levantarse del suelo. El proyectil tenía que haber caído en la zona israelí pero muy próxima a la muralla occidental, quizá cerca de la puerta de Mandelbaum, a escasos metros del espacio desmilitarizado.

El pobre Mohammed hizo entrada en la habitación. Estaba aterrizado:

—Ya lo decían, ya lo decían — repetía, con la mirada perdida—, los israelíes no pararán hasta acabar con nosotros.

El sonido de la puerta les sobresaltó de nuevo. Había sido un leve golpe de nudillos pero a los tres se les había asimilado al estallido de un misil en el mismo umbral de la vivienda.

Al abrir Abdallah se encontró con un hombre de setenta u ochenta años, encogido hacia delante, ayudado de un bastón. Lo miró con extrañeza.

—Soy el sobrino de Mohammed, ¿quién es usted?

—Vivo en la casa de al lado.
¿Dónde está tu tío? —preguntó el
anciano.

Entró también en la habitación
que había servido de dormitorio a
Araceli y se sentó con dificultad, sin
pedir permiso:

—¿Qué os pasa, por qué tenéis
tanto miedo?

Abdallah, que recordaba
lejanamente al hombre de cuando era
niño y pasaba temporadas con su tío,
pensó que la edad le había apartado
cruelmente de la realidad.

—Sí, no me miréis con esa cara.
Estaré mayor, pero la cabeza me
funciona perfectamente. Acaba de hablar
nuestro Rey por Radio Ammán, ha dicho

que ha llegado la hora de la venganza. Es nuestra artillería la que bombardea la zona ocupada de Jerusalén. Dicen que están ardiendo el *kneset*, Ramat Rachel e incluso que han alcanzado el monte Scopus.

Tío y sobrino se miraron incrédulos. Araceli no terminaba de comprender el alcance de las palabras del desconocido.

—Acaba de confirmármelo una señora que viene de *Salah-Ed-Din*, y desde allí se ve todo muy bien. La parte robada está humeando. ¡Son los nuestros! —gritó despavorido—. ¡Les estamos echando!

—¡Alá!, ¡Alá! —se levantó el tío de Abdallah y miró de nuevo al cielo.

El profesor jordano dedicó una sonrisa a Araceli que no fue correspondida. Fuera en la zona que fuera, la realidad, la única realidad era que estaba escuchando por primera vez en su vida el ensordecedor estallido de las bombas. Nunca antes había vivido una sensación tan aterradora como aquella.

A media mañana los bombardeos habían ido cesando para dar paso a una calma que no ahuyentaba los miedos que mantenían las tres personas que se encontraban en el dormitorio de los hijos de Mohammed. Se oía a lo lejos el llamamiento que se realizaba a toda la población desde unos altavoces

instalados en la Cúpula de la Roca, en los que se instaba a tomar las armas ante la Guerra Santa que estaba librándose contra los invasores.

El tío de Abdallah se levantó del suelo y se dirigió a la cocina.

—Voy a preparar algo para comer.

—Ya casi no se oyen explosiones —comentó Abdallah, una vez que Mohammed se hubo marchado—. Supongo que nuestro ejército habrá destruido los objetivos judíos de interés militar —supuso el jordano, esperanzado y optimista.

Después de comer la pareja salió a la calle; querían ver por sí mismos lo que estaba sucediendo. Ni les

dio tiempo a fijarse en que la ciudad estaba prácticamente vacía, ya que antes de llegar a la puerta de Herodes unos soldados jordanos les ordenaron que regresaran a su casa y que no salieran de ella.

Desandaron el camino recorrido hacía unos minutos sin darse cuenta de que los seguía un zob marrón, muy gastado, que transportaba un cuerpo que caminaba a ocho o diez metros de distancia de ellos. Cubría su cabeza con una capucha muy aparatosa que impedía descubrir quién se escondía debajo. Cuando los dos arqueólogos se encontraban a escasos pasos del portal, el hombre, por fin, les abordó:

—¿Os acordáis de mí?

60. Jerusalén

Parecía que Patrash Pasha hubiera envejecido súbitamente diez o quince años, aunque era posible que solo fuera la tensión o el miedo lo que hubiera transformado su cara en la de un ser distinto.

Fue Araceli quien reaccionó:

—¡Patrash!, ¿dónde te habías metido?

El hombre miró hacia todos los lados, con semblante huidizo.

—¿Dónde podemos hablar? — quiso saber, angustiado.

Entraron en la casa del tío, que se encontraba en ese momento

durmiendo en su habitación. Abdallah le ofreció té y le invitó a que se acomodara.

—Ahora mismo debo figurar en los registros de desertores del ejército jordano, y ya sabéis que el castigo a la deserción en tiempo de guerra es la pena capital. Y yo no quiero morir ahorcado —aseguró el fotógrafo, visiblemente nervioso, sentado frente a los dos arqueólogos—. Y, tranquilos, tampoco voy a comprometeros.

—¿Pero qué te pasó, por qué no te alistaste en el ejército como todos? —preguntó Araceli, recordando su atolondrada huída en Petra.

—Porque no creo en esta guerra absurda. Esto es un invento de los

israelíes que nos quieren echar, y lo van a conseguir. Su ambición es crear un estado desde el Nilo al Eúfrates, y con el dinero de los norteamericanos lo acabarán consiguiendo. Sin duda — rubricó, con unos ojos que descansaban sobre unas pronunciadas ojeras.

La mano del fotógrafo temblaba perceptiblemente. Bebió un par de tragos para intentar calmarse.

—Si todos los jordanos pensáramos así, no te quepa duda de que se cumplirían esas horrorosas premoniciones que has venido a contarnos —le reprochó Abdallah.

—No te hagas el patriota conmigo, que he visto las colas que se han formado en las oficinas de

reclutamiento y hay gente mayor que tú. No busques el pretexto de la edad para no estar donde crees que debería estar yo —repuso, con el odio marcado en su cara.

—La guerra se ha declarado hoy, todavía no he dicho que no vaya a alistarme.

—Sí, mejor espera. Si aguardas unos días, seguro que ya no hace falta que tengas que alistarte. Mejor que mueran otros primero. Todos vosotros sois así de falsos. Os hacéis los patriotas y no sois capaces de ver en vuestros propios ojos la expresión de la cobardía ni aunque os mirarais en el espejo más pulido del mundo.

Abdallah no soportó más, se

levantó de su asiento y se lanzó sobre Patrash como un animal enfurecido. Lo levantó como habría hecho con un pelele, pero se contuvo de darle un puñetazo. Araceli, que se encontraba también sentada en el suelo, le agarró por una de las piernas y le pidió que le soltara. Después de componerse, el fotógrafo volvió a hablar:

—¿Ves? Así somos los árabes, chillamos mucho, nos quejamos mucho, pero luego no hacemos nada —Patrash le retó, manteniendo la mirada—. Tú y yo somos igual de cobardes, como la mayoría de los de nuestra raza, y eso lo saben los israelíes. Y por eso hacen con nosotros lo que quieren —sentenció, desafiante.

—Voy cinco minutos a la cocina —dijo Abdallah a Araceli—. Cuando regrese quiero que esta habitación esté limpia. A los musulmanes no nos gustan los cerdos.

El jordano abandonó la estancia fulminando con su mirada a la inoportuna visita.

—¿Por qué le has dicho eso? —le recriminó la española—. Tú no eres quién para dar clases de moral. Vimos con nuestros propios ojos cómo te escapabas de tus obligaciones; y ahora apareces aquí, en Jerusalén, sin explicar ni qué haces, ni por qué te encuentras en esta ciudad ni para qué quieres hablar con nosotros.

—Tengo que contártelo muy

rápido. Lo primero que quería era pedirte perdón —comenzó diciendo Patrash, ante la incredulidad de Araceli—. Me porté muy mal contigo en Petra, cuando te marchaste con el rey Hussein. Es tu vida y tú eres libre de tomar las decisiones que consideres oportunas, y yo no tengo por qué criticarlas, aunque me doliera. Cuando vi partir al helicóptero, contigo dentro, sonriente, feliz... sentí cómo mi corazón estallaba en mil pedazos.

El árabe hizo una pausa. No podía continuar. Araceli vio resbalar una lágrima por la mejilla del fotógrafo. Estuvo tentada de quitársela con su mano, pero la pareció que no era una buena idea. Probablemente le haría

todavía más daño. Estaba segura de que no tenía que pedirle perdón por lo que hizo.

—Me gustabas mucho — continuó hablando, con pocos bríos. Se hallaba hundido—. No creo que eso sea un pecado, ni en tu religión ni en la mía, ni en ninguna. Amar es el sentimiento más maravilloso que existe.

A la madrileña le extrañó aquella inesperada exposición de sentimientos. Quiso zanjar el asunto lo antes posible:

—Patrash, aquello pasó. No lo removamos. Dime qué haces aquí, en Jerusalén.

Se arregló el zob y se calmó lo mínimo.

—Después de aquel desagradable suceso en Petra — prosiguió, algo más animado—, cuando me marché huyendo de allí, contacté con unos amigos en Maan que me mantuvieron enclaustrado un par de días. Posteriormente me consiguieron una plaza oculta en un camión que me trasladó a Nablus, y de allí vine a Jerusalén. Aquí tengo unos amigos libaneses que me tienen escondido. Esta guerra está perdida, absolutamente perdida —remarcó con contundencia, ayudado de palabras firmes, inequívocas—. Los israelíes nos tienen en su poder. ¿Sabes por qué no hay bombardeos en Jerusalén Oeste?, porque el ejército jordano se bate en retirada. Esta mañana

las tropas de Moshe Dayan han acabado con la aviación egipcia, jordana y casi también con la siria. No me extrañaría que en cualquier momento entraran en Jerusalén. Esta ciudad es para ellos territorio sagrado y la quieren completa, no como la tienen ahora.

El desertor apuró la taza y se sirvió lo que quedaba en la tetera.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Araceli.

—Seguir escondido y esperar acontecimientos.

El fotógrafo agarró las dos manos de la española y las estrechó entre las suyas.

—Ten cuidado, Araceli, ten mucho cuidado —le pidió

encarecidamente, en actitud suplicante —. Los israelíes son crueles y si entran en Jerusalén hay que temerse lo peor. La compañía de Abdallah solo va a traerte complicaciones.

—Abdallah es un hombre bueno que ha cuidado de mí desde el primer día —la española salió en defensa de su compañero, no entendía la inquina que mostraba Patrash hacia el profesor jordano.

—No te fíes de él —le aconsejó, para sorpresa de la madrileña—. Llegado el momento, procura desligarte. Tú eres una arqueóloga que ha venido a Jordania en una misión de la UNESCO, y eso siempre ha de prevalecer. Tú no estás en contra de ninguna religión. Este

conflicto nada tiene que ver contigo porque ni eres árabe ni eres judía, ni eres musulmana ni eres sionista. Eres española y cristiana. ¿Entendido?

Araceli intentaba comprender el alcance real de sus palabras.

—No sé qué decirte —la arqueóloga se quedaba aturdida con los inesperados consejos de Patrash. En el fondo, los veía cargados de lógica.

—Mira, tengo algo que puede servirte.

El fotógrafo metió la mano por debajo del zob, desde el cuello, y sacó una bolsa que llevaba colgada. De ella extrajo un pequeño candelabro plateado, del tamaño de un paquete de tabaco.

—¿Sabes qué es esto?

—Claro, Patrash. ¿Hace falta que te recuerde cuál es mi profesión? —respondió la española, visiblemente molesta.

—Guárdate esta menorah. Es un gesto que quiero tener contigo para que me perdones por lo que dije de ti, y que sepas que no ha habido día desde entonces en que no me haya arrepentido. Si llegaras a encontrarte alguna vez con problemas con los soldados israelíes, di que has comprado esto y que lo llevas contigo porque te gusta conocer la cultura hebrea, que has estudiado sus costumbres... en fin, seguro que te harás entender. Muchos de ellos son hijos de norteamericanos, o europeos, y casi todos hablan inglés. ¿De acuerdo?

Apártate de la cultura árabe y únete a la hebrea. Los vientos soplan del oeste y la nuestra es una causa perdida.

Se despidieron en la puerta y el fotógrafo bajó las escaleras a toda velocidad. Quería abandonar aquella casa lo antes posible.

—No he querido salir hasta que no se marchara. Me han faltado arrestos para darle un buen puñetazo — reconocía Abdallah, lamentándose cuando regresó a la habitación que hacía las veces de salón.

—Has hecho lo que tenías que hacer —le tranquilizó la española—. No has de arrepentirte de nada. Ya se ha marchado y lo más normal es que no

volvamos a verlo jamás.

—¿Puedo preguntarte de qué habéis hablado?

—Por supuesto. Me ha contado que las tropas israelíes han tomado posiciones y que las jordanas están retirándose, y que la guerra va a constituir una derrota de los árabes —la española omitió las alusiones que hizo el fotógrafo sobre el futuro que le esperaba junto a él. También guardó silencio sobre el regalo recibido, el cual lo había colocado debajo de la mesita, fuera del alcance visual. No quería que su compañero extrajera conclusiones equivocadas.

—No estoy de acuerdo. Ese hombre miente. Las tropas árabes son

infinitamente superiores a las israelíes. Acudir a un enfrentamiento junto a la República Árabe Unida es una garantía de victoria. Además, ese individuo no me cae bien. No creo nada que venga de él. Me parece embustero y lo peor de todo...

—¿Qué es lo peor, Abdallah?

—Que es una persona falsa. No hay más que verle. Y un sinvergüenza. Recuerda lo que hizo cuando fueron a alistarle, huyó como una rata cobarde. Siempre está intrigando, hablando en voz baja al lado de la gente, un chismoso, alguien que crea cizaña solo con su presencia. Además, no me gusta su aspecto, y menos el que tiene ahora, demacrado y ojeroso. Este vendería a su

madre y hasta a su padre, si supiera
quién es. Ya te digo, es un cerdo —
resumió.

61. Jerusalén

Nadie había dormido un solo minuto en toda la noche. Antes de caer el sol, los morteros israelíes abrieron fuego sobre posiciones jordanas, que se llenaron de columnas de humo. La noche del lunes al martes se cubrió de la luz de las bengalas hebreas, que iluminaban el continuo castigo que se infringía a las tropas árabes defensoras de la Ciudad Santa. Desde unos megáfonos ubicados en Jerusalén Oeste se invitaba a sus habitantes, tanto en hebreo como en árabe, a que depusieran las armas y sacaran a sus balcones y ventanas las banderas blancas. Mohammed Ben Alí

tenía un transistor con el que captaba tanto emisoras jordanas como cadenas israelíes.

—Cada uno dice una cosa — aseguró Mohammed—, pero me temo que la radio israelí miente menos que la jordana. Veo que nuestro locutor habla con demasiada pasión, con excesivas vaguedades y sin dar datos exactos. Sin embargo, el israelí informa de que las tropas hebreas están paseándose por el Sinaí, que los egipcios han perdido la mayoría de sus aviones y que, sin apoyo aéreo, los tanques de Nasser no pueden hacer nada.

—Aun así —opinó Abdallah—, y por lo menos de momento, Jerusalén es un lugar seguro.

—Eso parece, sobrino. Por lo menos en la Ciudad Vieja no ha caído ningún proyectil ni nadie ha disparado una sola bala.

A las nueve de la mañana se juntaron con Araceli, momento que aprovechó el profesor para relatar a su compañera lo que le había contado su tío.

—Pues aunque Jerusalén sea una ciudad segura, a mí me gustaría ir a Ammán e intentar conseguir un vuelo para salir del país —la arqueóloga no pensaba en otra cosa.

—No, Araceli, no hagas eso —la petición de Mohammed, después de escuchar la traducción de su sobrino, fue rotunda—. Ammán es la capital del país

que, por lo que me temo, está perdiendo la guerra, por lo menos por ahora. Falta ver lo que harán las tropas de Arabia Saudita y del Norte de África que dijeron que se unirían a la causa árabe contra Israel. Pero, ahora mismo, sigue siendo un objetivo militar prioritario, en especial el aeropuerto, aunque sea civil. En una emisora israelí escuché que habían bombardeado nuestra base de El Mafraq, y también aseguraron que habían castigado el palacio Basman.

—Pero, ¿le ha sucedido algo a Hussein? —Araceli no ocultó su preocupación por la suerte del monarca jordano.

—No han dicho nada de él, que siempre es la mejor noticia.

—Entonces, ¿cuánto tiempo voy a quedarme aquí? —preguntó la española, sin que la cuestión tuviera destinatario concreto.

—No tengamos prisa —pidió el arqueólogo, como respuesta—. Mi tío permite que estemos en su casa el tiempo que precisemos. Tiene razón. Hoy Ammán tiene que ser un caos.

Cuando terminaron el té, Mohammed se levantó y declaró sus intenciones:

—Yo me voy a dormir, que esta noche no he descansado ni un minuto.

Sin esperar comentario alguno, se levantó y se dirigió a paso cansado a su habitación.

—¿Salimos a la calle? —

propuso Araceli, que no estaba dispuesta a permanecer encerrada en esa lúgubre casa todo el día.

A pesar de presentarse una magnífica mañana y ser un día laborable, las estrechas calles de la ciudad se hallaban vacías. Todos los comercios estaban cerrados y el tráfico rodado había desaparecido. Caminaron hasta la puerta de los Leones, la situada más al este de la Ciudad Vieja, y allí se quedaron petrificados al ver que los soldados jordanos habían utilizado un autobús vacío como parapeto para impedir la entrada de las tropas israelíes.

Abdallah charló con un oficial

árabe, de mirada cansada y uniforme sucio y maloliente.

—Me pide que regresemos a casa, que es muy peligroso estar por las calles.

La pareja de arqueólogos volvió de nuevo tras sus pasos. En voz baja, Araceli le comentó a su compañero algo que él también había considerado:

—Abdallah, estamos rodeados.

El jordano se detuvo, en seco.

—Creo que venir a Jerusalén ha sido la peor decisión que he tomado en mi vida.

La española intentó convencerle de lo contrario. No lo consiguió.

Abatidos, entraron de nuevo en la vivienda. Araceli se tiró sobre el

jergón donde había dormido y comenzó a llorar. No sabía qué otra cosa hacer que no fuera eso, desesperarse por la situación que le había tocado vivir.

En aquella habitación, en soledad, vio a España más lejos que si la estuviera contemplando desde la luna.

62. Jerusalén

Si desde el lunes al mediodía la guerra ya tenía un ganador claro, el miércoles siete de junio los perdedores se encontraban literalmente humillados, aunque las armas todavía no hubieran cesado en su desgarrador e infausto sonido. La península del Sinaí era una sucesión de cadáveres egipcios, tanto humanos como mecánicos. La aviación israelí se había comportado con dureza con el enemigo y ahora lo único que se veía con movimiento eran interminables filas de soldados descalzos vagando hacia ningún lugar, como cadáveres andantes, abandonados por un líder que

había presentado su dimisión.

Las ciudades jordanas de Nablus, Belén, Hebrón y Jericó se habían rendido ante el avance israelí, que dominaba completamente la margen occidental del Jordán desde el lago Tiberiades hasta el Mar Muerto, uno de los grandes objetivos militares hebreos. El Consejo de Seguridad de la ONU había acordado un alto el fuego que fue obviado tanto por los sirios como por los israelíes, que seguían disputándose los Altos del Golán. Siria, Sudán, Kuwait, Irak, Mauritania, Argelia, entre otros, habían roto relaciones diplomáticas con los Estados Unidos de América a pesar de haberse mantenido neutral en todo momento.

El gran peligro que se había cernido sobre la paz mundial, que no era otro que la zona se convirtiera en el lugar de inicio de una tercera guerra mundial, había desaparecido. Tanto Johnson como Podgorny habían hablado en numerosas ocasiones a través del *Molink* para informarse mutuamente de sus movimientos, y ambos habían declarado pública y explícitamente su neutralidad.

La Ciudad Vieja de Jerusalén vivía sus instantes críticos. A las seis de la mañana los cañones israelíes abrieron fuego sobre el barrio musulmán, al que le siguió un bombardeo aéreo con napalm. Los megáfonos ubicados en Jerusalén Oeste ya no conminaban a los

árabes a deponer las armas, sino que entonaban, una y otra vez, estrofas de *Jerusalén de Oro*. Antes de las diez de la mañana, varios carros de combate Sherman fulminaban el autobús colocado delante de la puerta de los Leones permitiendo la entrada en la ciudad de los paracaidistas del general Narkiss. Algunos francotiradores jordanos mostraron una resistencia que poco a poco fue cediendo. El ejército árabe se rendía.

A las dos y media del mediodía, y a bordo de un vehículo militar descapotable y rodeados de soldados armas en ristre, hicieron su aparición en la ciudad el primer ministro Levi

Eshkol; el ministro de defensa, Moshe Dayan y el comandante en jefe de las fuerzas israelíes en Jerusalén, Uzi Narkiss. Entraron en la explanada donde se levanta el Muro de las Lamentaciones, un sitio vetado para ellos durante los últimos diecinueve años. Los extremistas del barrio de Mea Shearim, ataviados con sus kipás y *talit*, aclamaron a los recién llegados e hicieron sonar sus *shofares* formando un sonido colectivo que acabó convirtiéndose en atronador. Otros vestían su *bekishe* de seda negra y lucían un aparatoso *shtreimel* en la cabeza. La *Hatikvah* que entonaban los presentes acompañaba los firmes pasos de los vencedores.

Los tres dirigentes saludaron a los soldados y demás israelíes allí congregados:

—Hemos regresado a Jerusalén para no abandonarlo jamás —proclamó eufórico el general Moshe Dayan ante una multitud de forofos encendidos.

Junto a ellos también se hallaba el rabino jefe de las fuerzas armadas, Shlomó Goren, que no paraba de hacer sonar, triunfante, su *shofar* con el toque Tekia Gelohah, *cuando Dios llama a su gente*.

—Jerusalén será la capital eterna de Israel —aseguró, triunfal, el primer ministro, Levi Eshkol.

Se produjo un nuevo estallido de *shofares* y de emocionados cánticos de

celebración.

Araceli había perdido la cuenta del tiempo que hacía que no dormía más de media hora seguida. La noche había sido angustiosa. El estruendo de los cañonazos resultó atormentador, y hubo algún momento en que los tres desearon que los artilleros judíos tuvieran buena puntería y pusieran fin, de una vez, a aquel suplicio. Y entre estrépito y estrépito, un altisonante coro de perros y gallos contribuía a convertir el lugar en inhabitable y al sentido del oído en el más prescindible.

La cara de la madrileña era el reflejo de su cansancio incrementado con la desesperanza, la desilusión, la

rabia, la impotencia y una multitud de sentimientos negativos más que fueron entretejiéndose en cada uno de los eternos minutos de que se compuso una noche demasiado larga. Agarró la menorah que le había regalado Patrash el día anterior y a punto estuvo de estrellarla contra el suelo, pero la dejó en su sitio. La española se avergonzaba por su forma de pensar. Desconocía que albergara esos sentimientos tan nocivos. Entendió que las religiones y sus símbolos no eran ni buenas ni malas, sino que eran sus seguidores los que las engrandecían o las envilecían.

Y a todas aquellas sensaciones perversas se unía el insoportable y martirizante sonido de los *shofares* que

había empezado a oír, y que no sabía ni quién los hacía sonar ni qué significaban.

—El *shofar* es un cuerno de carnero que usan los hebreos en ocasiones de liturgia o de guerra. Para que te hagas una idea, es lo peor que puede oír un árabe —le aclaró Abdallah.

Araceli no tuvo fuerzas ni para agradecer la explicación. Se limitó a echarse hacia atrás, apoyar su espalda en la pared y estirar las piernas.

—¿Te apetece un poco de té?

La española se encogió de hombros. Ni tenía hambre, ni tenía sed. La inapetencia se había instalado en su cuerpo, en el que empezaban a ser

visibles los síntomas de la desnutrición.

A los cinco minutos Abdallah entró en el salón llevando una bandeja con una tetera y dos pequeñas tazas, y un libro. Buscó dónde ponerla y se fijó en una pequeña mesa hexagonal de madera labrada que se encontraba próxima a Araceli. En el centro se erguía la menorah que le había regalado el fotógrafo. La española comprendió que era un símbolo totalmente impropio, por el momento y por el lugar, y la colocó junto a la pared. El jordano lo vio pero no realizó comentario alguno.

—Estaba pensando que lo sucedido es bueno para ti —comenzó a contar Abdallah.

La profesora levantó la cabeza y

arqueó las cejas.

—Sí, no te extrañes. Si los israelíes han tomado la Ciudad Vieja de Jerusalén, probablemente el rey Hussein firme con Eshkol algún tipo de armisticio que dé por acabada esta absurda guerra —razonó el jordano—, y para ti eso será lo mejor, pues será más fácil que puedas moverte hasta Ammán y desde allí ser repatriada a tu país. Seguro que España no va a abandonarte y te reclamarán. En estos momentos, ese pasaporte español que tienes ahí es un documento que vale más que el oro.

—¿Y tú, y tu tío? —quiso saber Araceli, pues no solo pensaba en ella, sino también en las personas que la habían ayudado.

—No pienses ni en mí ni en Mohammed. Tendrías que pensar también en todos los árabes que viven en la Ciudad Vieja, y en Nablus, y en Belén, y en tantas y tantas ciudades que parece que han pasado ahora a manos del imperio de la Estrella de David, porque eso es lo que son los judíos, unos imperialistas. No puede hacerse nada contra tanta maldad e injusticia como hay en el mundo, y más en esta zona.

Las palabras de Abdallah sonaban llenas, saturadas incluso, de resignación. Desconocía cuál iba a ser el futuro no solo de la ciudad donde se encontraban, sino también del país, pero no quiso alarmar más a su amiga de lo

que ya estaba.

El sonido de los *shofares* continuaba atormentando a la española. Con indignación, levantó la vista hacia el ventanuco que daba a la calle:

—¿Cuándo van a parar?

—Probablemente nunca —aventuró Abdallah—. Es el sonido de su victoria, o el sonido de su venganza, como quieras mirarlo. Y a los triunfadores les encanta recordárselo continuamente a los derrotados. Sucede en todas las guerras.

Después de probar el té, la española preguntó por Mohammed.

—Mi tío está en la cama y no quiere salir de ahí. Tiene en la mano su *masbaha* y no para de orar. Si no te

importa, me gustaría leer en voz baja unas estrofas del Corán. Creo que me vendrá bien. ¿Te importa?

—Por favor, estás en tu casa —respondió Araceli.

—No, me parece que esta ya no es nuestra casa —supuso, desesperanzado.

Abdallah se imbuyó en la lectura del libro sagrado de los musulmanes y lo fue leyendo, párrafo a párrafo, ayudado del dedo índice de su mano derecha, que le servía de guía.

Sonaron tan fuerte que los ocupantes no supieron si los golpes en la madera los habían dado con el puño o con la culata de un arma. El jordano

interrumpió la lectura del Corán, se puso en pie y abrió la puerta sin preguntar quién había llamado.

Un policía le apartó de un golpe tan brusco e inesperado que casi lo tiró al suelo. Otros tres guardias entraron en la estancia seguidos de un oficial que ocultaba la cara tras un grueso y poblado bigote.

—¡Documentación! —gritó, en inglés.

Araceli, que también se había puesto en pie, le acercó el pasaporte y Abdallah su identificación.

Mientras el oficial comprobaba con sumo interés la documentación de la española, los otros cuatro policías comenzaron a registrar, sin cuidado

alguno, el domicilio de Mohammed Ben Alí.

—¿Con qué derecho están haciendo esto?

El oficial se acercó al jordano y sin mediar palabra le propinó una bofetada que resultó más atronadora que mil *shofares* resonando al unísono.

—¿Quiere alguna razón más? —preguntó el chulesco policía israelí—. Si quiere, entre mis hombres y yo podemos darle más explicaciones, todas las que quiera.

A Araceli la hubiera gustado ser hombre y ser fuerte, muy fuerte para poder agarrar a aquella persona y darle la mayor paliza de su vida. O tener un arma de fuego, como la que llevaban los

policías que acababan de irrumpir impunemente en la vivienda del tío de Abdallah, situar el dedo en el gatillo y perder la cabeza. Nunca hubiera imaginado que pudiera albergar tanto odio.

Uno de ellos entró en el salón llevando en volandas a Mohammed. La española no pudo contenerse más y se acercó al anciano con la intención de liberarle de las garras de aquel fariseo, pero otro, riéndose, la apartó. El oficial se mofó de la situación: una mujer menuda y demacrada queriendo enfrentarse a un grupo de policías armados.

—Señora, no nos asuste, o tendremos que pedir refuerzos.

La española se apartó y se colocó junto a Abdallah y su tío. Mientras, los policías seguían revolviendo con virulencia todo lo que pillaban. No cabía duda alguna de que buscaban algo.

—¡Vamos, tiene que aparecer!
—ladró el oficial a sus hombres, esta vez en hebreo.

Precisamente, la persona que estaba al mando de la operación se fijó en la menorah que se encontraba caída en el suelo sobre una de las alfombras del salón, al lado de la mesa. Pidió a chillidos la presencia de los policías que habían llegado con él. Se agachó y la sujetó con cuidado. A la española le pareció que con demasiada delicadeza

por lo que habían demostrado hasta ese momento, tanto con las personas como con los objetos que había en la casa.

—¿De quién es esto? —inquirió a los tres.

—Es mío —contestó Araceli.

La cara del oficial se iluminó y por primera vez ofreció una expresión a mitad de camino entre la sonrisa y la satisfacción.

—¿Habéis oído todos? —preguntó a sus hombres, también en hebreo—. Ha confirmado que es suyo.

Los cuatro asintieron, obedientes.

—Atentos —ordenó a sus subordinados.

Como si tuviera entre sus manos

el objeto más valioso y frágil del mundo, con suavidad, fue girando lentamente los brazos del candelabro. La cara de gozo del oficial era la prueba ineludible de que había encontrado lo que había entrado a buscar. Siguió girando la menorah hasta desenroscarla por completo. Araceli no podía creer lo que estaba sucediendo delante de ella.

Al finalizar la rosca, separó los siete brazos de la menorah del pie. Le volteó y le dio unos pequeños golpecitos. Sobre la mano del oficial cayó algo que todos reconocieron al momento.

—¿Qué es esto? —preguntó el israelí a Araceli, ya en inglés. La española no respondió. Solo tuvo un

nombre en su pensamiento: «¡Patrash!».

El oficial desenrolló la película y todos pudieron comprobar que se trataba de un negativo fotográfico en miniatura. Disfrutando del momento, el policía dijo aquello que estaba deseando proferir desde que entró en la vivienda que le habían indicado:

—¡Detenedles! —mandó, mientras señalaba alternativa y compulsivamente a los dos arqueólogos.

Los cuatro policías se abalanzaron sobre Araceli y Abdallah, los giraron, les pusieron mirando a la pared y les juntaron las manos por la espalda. Los arqueólogos no ofrecieron resistencia, sabían que era inútil. La española sintió el frío metal de las

esposas en sus muñecas, y también su peso.

A empujones, los policías llevaron a la pareja escaleras abajo entre los chillidos de Mohammed, que seguía implorando a Alá.

—¡Calla a ese! —las palabras del oficial resonaron en la escalera.

Uno de sus hombres entró de nuevo en la vivienda. Solo se oyeron unos golpes sordos. Las palabras del anciano quedaron ahogadas.

Mientras los conducían esposados, Araceli contempló horrorizada cómo algunos soldados israelíes rompían los escaparates de tiendas árabes y de qué manera increpaban a cuantas personas se

cruzaban en su camino. Incluso realizando simulacros de fusilamiento, para hilaridad de los militares.

Los dos vehículos en los que habían llegado los policías salieron de la Ciudad Vieja de Jerusalén por la puerta de Damasco bajo la algarabía festiva del sonido de los *shofares*. La española se fijó en las largas filas de árabes que cargaban en un hatillo lo poco que poseían camino de un destierro que los apartaría de por vida del lugar donde habían vivido ellos y sus familias en paz y armonía durante siglos. Los rostros de los refugiados eran la viva imagen de la desolación, acrecentada por las siniestras bromas de que eran objeto continuamente por parte de

algunos militares hebreos. Mujeres que tenían la suerte de poder ocultar su cara para evitar que los invasores disfrutaran con sus rostros humillados, ancianos de mirada hueca apoyados en cayados, niños que caminaban lloriqueando, enfermos sobre angarillas, ese era el contingente de un macabro desfile, el reflejo humano de la más triste derrota. Seres extraviados que caminaban rumbo a ningún sitio pues sabían que, a diferencia de los judíos, ellos carecían de un hogar de acogida.

Para cualquier árabe, aquel espeluznante cuadro en nada divergía del que se había contemplado veinticinco años atrás en Alemania, o también en Francia, en Holanda, Polonia

o en cualquiera de los países invadidos por los nazis. El guión era el mismo, solo que los judíos representaban ahora un papel distinto. Esta vez no eran ellos quienes abandonaban por la fuerza sus casas camino de la incertidumbre.

63. Tel Aviv

El camino a Tel Aviv le resultó a Araceli de duración infinita, a pesar de que los dos vehículos circulaban rápidos por una carretera ancha y con buen firme. Ella viajaba en el asiento trasero, sentada en el centro y custodiada por un policía a cada lado, al igual que Abdallah en el coche que la seguía.

El trayecto le dio para pensar. En su cabeza solo se le aparecía, una y otra vez, con aburrida e incómoda persistencia, la imagen de la vil expresión de Patrash y aquellas falsas lágrimas que vertió, haciéndose la

víctima, y de cómo la había engañado con la menorah que le regaló. Aquella cara traidora que le ofrecía un amuleto, un talismán para librarla de los peligros que pudieran cernirse sobre su inocente persona, no era más que una vil maniobra, un ardid para inculparla de algo que no sabía qué consecuencias le depararía. Faltó al sentimiento más sagrado que puede existir entre las personas: la confianza.

Los policías hablaban entre ellos, en hebreo, bromeando, y la española se sentía sumamente desgraciada preguntándose una y otra vez qué pudo suceder en su vida para hallarse en aquella situación, y cuánto daría por despertar en su cama de la

calle General Mola y que todo lo ocurrido en los últimos días hubiera sido solo una miserable pesadilla. La llevaron a un edificio situado a la entrada de la ciudad, una hermética construcción que se mostraba siniestra ya solo vista desde el exterior. La madrileña supuso que el interior iría en consonancia. Los coches se detuvieron nada más atravesar el portón de entrada. Araceli quiso mirar al segundo vehículo pero uno de los hombres que la había detenido le giró la cabeza con violencia y la empujó sin miramiento alguno hacia el interior. La condujeron por un largo pasillo hasta una sala sin ventanas de veinte metros cuadrados donde solo había una mesa metálica y dos sillas,

todo ello anclado al suelo. Como si fuera un animal, le ataron las esposas a una argolla que había en el centro de la mesa. Cerraron la puerta y la dejaron sola. La española reparó en que en cada esquina del techo había una cámara de televisión. Cuatro ojos virtuales colocados en distintos ángulos que la vigilarían el tiempo que estuviera allí.

La persona que entró vio a Araceli pálida, sudorosa y con los labios secos. La habían dejado en una habitación que carecía de reloj, por lo que la española se había desorientado.

—Mi nombre es Ivri Lavie, y soy su abogado defensor. ¿Me entiende? —preguntó en inglés. Araceli se limitó a

asentir—. Veo que la han tenido aquí demasiado tiempo sin darle de comer ni de beber. Elevaré una queja, no se preocupe. Intentaré también que le traigan algo lo antes posible.

La española se sentía mareada, sin fuerzas para responder. El hombre llevaba un traje color marfil, con una camisa marrón muy abierta. No portaba ningún papel ni carpeta, ni le mostró documentación alguna. Su vestimenta y actitud se apartaba de la idea que la arqueóloga tenía de un profesional de las leyes.

—¡En menudo problema te has metido!

—¿Cuántas horas llevo en esta habitación? —la española no llegó a

levantar la vista de la mesa.

—No sé —el hombre miró su muñeca vacía—, yo nunca llevo reloj —sonrió como un imbécil.

Araceli sintió ganas de llamarlo estúpido.

—Menos mal que la gente está muy contenta —celebró el letrado—. Esta guerra que han empezado los egipcios, jordanos y sirios parece que está decantándose a nuestro favor, y eso es algo que va a ser muy positivo para ti.

No entendía por qué le hablaba así. Ella era una mujer engañada. Alguien había hecho creer que era portadora de una película con a saber qué tipo de fotos, y mientras su abogado

le hablaba de la victoria israelí.

—A ver, ¿dónde hiciste esas fotos?

—Yo no he tomado foto alguna, eso es algo que me han colocado y que no tiene nada que ver conmigo —con dificultad, y venciendo al mareo, la arqueóloga logró articular una frase completa y coherente.

El hombre sonrió benévola­mente.

—Empezamos mal, Araceli. Al abogado defensor hay que contarle todo, y con franqueza, sin que haya mentiras entre nosotros.

—No es ninguna mentira —las provocadoras palabras del jurista habían conseguido espolearla y

otorgarle una fuerza inesperada—. El día anterior vino a la casa del tío del hombre que también han detenido una persona que ejercía de fotógrafo en Petra.

—De verdad, Araceli, así no vamos a ningún lado —el letrado se lamentaba, teatralmente—. Además, el hombre ese al que has nombrado...

—Abdallah —le interrumpió Araceli.

—¿Cómo has dicho, Abdallah? —el abogado se levantó y se quedó mirando fijamente a la pared, de espaldas a ella. Súbitamente se giró y se colocó a su lado, inclinado sobre ella—. Despierta, Araceli, ese hombre que hemos detenido contigo es miembro del

Mukhabarat.

—¿Hemos detenido? ¿Pero usted qué es, un abogado o un policía? Además, ¿qué es eso del Mukhabarat?

—El Mukhabarat es la inteligencia jordana. El verdadero nombre del que dice llamarse Abdallah Obeidat es Tayeb Tufail, y despacha directamente con el rey Hussein, el culpable de que haya empezado esta absurda guerra.

—¡Eso es falso! —la española no supo de dónde sacó bríos para chillar con tanta fuerza.

—Veo que te ha engañado desde el principio. Es posible que hasta te hayas enamorado de él. Dime, ¿has visto alguna vez un documento suyo? ¿Qué

sabes de su familia? ¿Te enseñó alguna foto de ellos? ¿Desde cuándo lo conoces como para asegurar que te miento?

La española se quedó meditabunda. Miró al hombre de nuevo y sintió una incómoda duda.

—Eso es falso —repitió, aunque ya no con la misma energía.

El abogado se sentó de nuevo y la dejó recapacitar.

Araceli pensó que era cierto, que no conocía a su mujer ni nunca había visto una foto de ella ni de sus hijos, pero también era verdad que le había llevado a Mádaba, que allí había visto a mujeres reales que la atendieron, y que también conocía a su tío, una persona mayor que desde luego tampoco parecía

pertenecer a ninguna organización extraña.

—¡Miente! —la española había recuperado el brío inicial.

—No sé qué tienes que contarme pero la realidad es que te han encontrado material que puede ser muy comprometedor, y tú has reconocido delante de varios testigos que era tuyo. Voy a prepararte una declaración que espero sirva para que te dejen salir en unos días y puedas regresar a tu país. ¿Te parece?

Volvió a quedarse sola, aunque esta vez el hombre no debió de tardar en regresar más de diez minutos. Traía en su mano un papel que mostró a Araceli y un bolígrafo que colocó encima de la

mesa. Era un texto muy breve, escrito en inglés, que ella leyó y volvió a dejar sobre la mesa con desdén.

Yo, Araceli Artigas Jiménez, de nacionalidad española, declaro bajo juramento que he aprovechado la oportunidad que me brindó la UNESCO para entrar clandestinamente en Israel y tomar fotografías de lugares que constituyen objetivos militares, siendo el destinatario final de ese material el país árabe para el cual sirvo.

Tel Aviv, a siete de junio de 1967

Araceli miró interrogante a Ivri Lavie.

—¿Qué pasa, no te gusta? — preguntó puerilmente extrañado el

abogado.

—Eso no lo voy a firmar. Es absolutamente falso —rubricó, rotundamente.

—No entro en si es falso o no, sino en que es práctico. Te han intervenido un microfilm que puede contener información secreta, y eso puede ser grave, muy grave. Cuando uno se declara culpable, las penas siempre se reducen, es una máxima del derecho. Confía en mí.

—Yo no entiendo de leyes, entiendo de la verdad, y la verdad es que eso no era mío.

—Pero reconociste que era tuyo.

—Dije que la menorah era mía porque me la había dado Patrash, pero

yo no sabía que estaba llena de fotos.

—¿Patrash? —el abogado volvió a sonreír—. ¿Quién demonios es Patrash, el enlace de ese a quien llamas Abdallah? ¿Tu jefe que ahora te ha dejado tirada?

El abogado se levantó y se dirigió hacia la puerta. Antes de abrirla se volvió, y miró de nuevo el manuscrito.

—Voy a dejarte aquí el papel y el bolígrafo, y un rato para pensar. Te vendrá bien recapacitar. Intentaré conseguirte algo para comer y para beber.

No habían pasado dos minutos desde que el desconcertante abogado se marchara de la hermética sala cuando la

puerta volvió a abrirse. Araceli se sobrecogió al ver una figura que no esperaba.

—¡Abdallah!

El jordano, vestido únicamente con un zob marrón muy sucio con manchas oscuras, quizá de sangre, se mantenía absorto, asustado y con el semblante extraviado. Tras él apareció el oficial de policía que los había detenido en la Ciudad Vieja de Jerusalén, y dos hombres de imposible descripción. Eran jóvenes, no tendrían más de veinticinco años, pero sus dimensiones resultaban artificiales. Nunca antes la española había visto a dos personas tan fornidas como aquellas. Sus brazos poseían el diámetro

de sus muslos y las manos se asimilaban a garras con dedos gruesos como puros habanos, pero las cabezas no guardaban proporción, resultaban extrañamente pequeñas en el centro de aquel tronco compacto y hercúleo. Ambos vestían ropas muy ajustadas que marcaban sus volúmenes y que utilizaban con una clara intención intimidatoria.

El oficial se acercó a Araceli:

—¿Has firmado?

La española negó y el policía asintió a la vez que miraba a los dos hombres que habían entrado con él.

Uno de ellos agarró la cabeza de Abdallah por los pelos y la estrelló dos veces contra la mesa, más una tercera con una fuerza muy superior a las dos

primeras. La nariz del jordano comenzó a sangrar. Después su compañero lo lanzó contra la pared con rabia. El detenido, que iba esposado por la espalda, emitió un grito al caer violentamente al suelo. El primero lo agarró de nuevo y lo colocó a media altura, se apartó medio metro y le lanzó una fuerte patada en la boca del estómago. Abdallah comenzó a toser desde el suelo, adonde acababa de desplomarse otra vez.

—¿Vas a firmar? —preguntó de nuevo el policía.

—¡No firmes nada! —se oyó decir al jordano. Los dos jóvenes se miraron y sonrieron.

El más joven agarró el zob de

Abdallah por los hombros y tiró con fuerza hacia abajo, desnudándole por completo. Ambos matones descubrieron entonces la llave que colgaba del cuello del profesor. Hablaron algo entre sí. Le metieron la llave por la boca y se la clavaron en el paladar. El arqueólogo emitía unos chillidos desgarrados, como si fueran los de un animal apaleado. Uno hacía fuerza con su muñeca mientras que el otro le sujetaba la cabeza con la firmeza de una prensa. La boca de Abdallah se llenó de sangre. Los jóvenes reían, como dos bobalicones.

El policía ofreció el bolígrafo a Araceli. Esta se mantuvo estática, sin reaccionar.

Los siguientes diez minutos

fueron dantescos. Sin piedad alguna y de forma cobarde, los dos jóvenes pegaban con saña al jordano con el firme propósito de no parar hasta que muriera. Se lo pasaban de uno a otro, empleando tanto los puños como las botas, sometiendo a Abdallah a un vaivén letal. Por dos veces, el policía ofreció de nuevo el bolígrafo a Araceli, pero ya no estaba el arqueólogo ni en condiciones de rogar que se mantuviera firme y que no prestara conformidad al documento inculpatorio.

Cuando Araceli gritó que bastaba, que ya era suficiente, que firmaría el papel que le habían llevado, el jordano había perdido el sentido y su cara no tenía un solo centímetro

cuadrado sin coágulos de sangre. Los dos jóvenes matones se dolían de las manos y comentaban jocosamente algo sobre la dureza del rostro y del cuerpo de Abdallah.

Recogieron el cuerpo del jordano y lo sacaron de la habitación sujeto por los hombros y con los pies arrastrando. Tras él salió el oficial.

Araceli se quedó recostada sobre la mesa, junto al papel firmado, con la mejilla apoyada sobre el frío metal y la mirada clavada en una de las manchas de sangre de la pared.

Pasados unos minutos el abogado entró con un vaso de cartón en la mano, lleno de agua, y un plato con

cuscús, frío y con un aspecto asqueroso. Sin bandeja, sin cubiertos, para que lo tomara con la mano.

—Te he traído esto, pues sé que a los árabes os gusta mucho este comistrajo —Araceli se mantenía impasible, sin levantar la vista y sin pronunciar palabra alguna—. Veo que has sido inteligente —sonrió, al ver la declaración firmada.

Ivri tomó el papel y abandonó la habitación, dejándola sumida en una situación de perplejidad que le duraría las próximas horas.

64. Jaffa

La reunión había sido fijada en el bar *Rosa*, cerca del puerto de la ciudad de Jaffa. Patrash Pasha esquivó las cajas de pescado vacías que se apilaban desordenadamente cerca de la entrada, junto a varios montones de redes rotas, y accedió al interior del local, donde flotaba una neblina procedente del humo de los cigarrillos de los parroquianos que casi impedía la correcta visión. El fotógrafo se fijó en su contacto, que se encontraba sentado al fondo del bar y con la espalda apoyada en la pared. El árabe miró a ambos lados y se dirigió decidido hacia

la silla que quedaba libre frente al hombre con el que había quedado. Antes de llegar a sentarse, dos jóvenes que fingían jugar al backgammon se levantaron con ímpetu y agarraron a Patrash hasta poner su espalda contra la mesa. Mientras uno le sujetaba por los hombros, el otro lo cacheó desde los tobillos hasta las muñecas, a conciencia:

—Limpio —indicó. Liberaron al fotógrafo y regresaron a la partida.

Antes de autorizarle a que se sentara con él, el israelí contempló el repulsivo aspecto que ofrecía el recién llegado, vestido con un zob sucio, sin afeitar desde hacía algunos días, y con los ojos huidizos e inquietos.

—Tienes que perdonarme

Patrash, pero es que soy muy tímido y siempre me acompañan estos dos. ¿Qué quieres tomar? —preguntó el *katsa* del Mossad con el que se había dado cita.

—*Arak*.

—¿*Arak*?, ¿un musulmán tomando alcohol? Que lo hagamos nosotros lo puedo entender, pero vosotros, los árabes, que sois todo un ejemplo... no sé, no sé. ¿Qué diría Nasser si te viera!

—No estoy aquí para dar ejemplos. ¡A saber lo que hará él y lo que beberá cuando esté solo! Y respecto a lo de musulmán, tampoco eso es cierto. Soy poco practicante.

Después de dar un buen trago de la bebida, el fotógrafo tomó la palabra:

—Se os tendrá que felicitar, supongo.

—Pues la verdad es que sí —el israelí le dio la razón, orgulloso—. No se podía conseguir más en menos tiempo. Ni los más optimistas podían imaginar que una guerra entre Israel y todo el mundo árabe durara tan solo seis jornadas y supusiera un clamoroso triunfo de los pobres... ¿cómo nos llamáis, *invasores*?

—Yo no os llamo de ninguna manera. Pues eso, que felicidades.

—Eres un hombre con suerte, Patrash.

—Sé buscármela. Imagino que lo dirás por lo de los arqueólogos. Fue verlos en Jerusalén y moverme con

rapidez, no puedes negarlo.

—No, no lo negamos —reconoció el *katsa*—. Queríamos encontrar a alguien para cargarle con la menorah trucada y tú nos diste algo que tendrá repercusión mundial, mucha más de la que podríamos imaginarnos. Recuerda que la próxima vez te demos una propina por ello —advirtió, despectivamente—. Además, pocos habrían sabido hacer lo que hiciste tú, engañar a alguien que ha depositado su confianza en ti, pero ya sabemos cómo son estas cosas. Nosotros también nos ganamos la confianza de la gente para después servir al Estado de Israel. Lo único es que aquí te has servido a ti mismo.

—Yo no tengo Estado.

—Sí, lo sé. En definitiva hiciste lo que te dijimos que hicieras y que va a servir para cumplir los planes que se han trazado.

—¿Inculpar a una inocente es trazar planes?

La pregunta de Patrash acarreaba un tinte de arrepentimiento. El *katsa* lo miró con frialdad.

—Obedecer es el plan que tenemos que marcarnos en la vida. En mi caso servir a mi país, en el tuyo cobrar un dinero. Una vez oí que Roma no pagaba traidores, pero no haremos eso contigo, te pagaremos. Ya sabes que los israelíes tenemos poco de italianos. Será porque los romanos nos echaron de

Masada y todavía no se nos ha olvidado.

El espía metió la mano dentro de la chaqueta y extrajo un sobre que entregó al fotógrafo:

—Toma, cuéntalo.

Como si fuera un avaro, el árabe fue contando con celeridad los billetes que le entregó el hombre del Mossad, con la cabeza baja y después de volver a mirar instintivamente a ambos lados.

—Veo que está todo —confirmó el espía hebreo, al comprobar que Patrash se erguía en su asiento y guardaba el sobre.

—Sí, está todo. Por cierto, ¿puedo hacer una pregunta?

—Puedes.

—¿Qué había en el interior de la

menorah que entregué a esa pobre desgraciada?

—Bien, ya has formulado la pregunta. Escucha. Ahora tú te quedas aquí acabándote esa mierda que bebes y yo me voy por la misma puerta por la que has entrado. No te muevas hasta que hayan pasado diez minutos, mínimo, desde que me haya marchado. Si lo haces, estos dos te convencerán para que te quedes sentado. Parece que juegan al *backgammon*, pero es mentira. Están aquí para protegerme —sonrió con sorna el israelí—. ¿A que has entendido perfectamente lo que te he dicho?

65. Belén

La española llevaba una semana en la prisión y todavía no sabía de qué se la acusaba. Nada más firmar la declaración inculpatoria que le entregó aquel oficial israelí al que no había vuelto a ver, la condujeron a la penitenciaría de mujeres de Belén, y la ubicaron en el módulo de árabes de reciente detención; quizá por ello la relación que tuvo con las otras reclusas fue prácticamente nula.

Nada más entrar en el establecimiento la llevaron a una sala donde la desnudaron por completo. La dejaron más de media hora de pie, con

las piernas separadas y las manos en la nuca. Una mujer, con guantes y mascarilla, recogió su ropa con un palo de madera y la colocó dentro de un barreño metálico. Otra funcionaria reparó en los dos colgantes que llevaba la nueva reclusa. Tiró con fuerza de ambos. El de la piedra que le regaló Soumaya en Petra lo tiró a una papelería. La Mano de Fátima que le colocó Hussein en su cuello, en Aqaba, se la guardó en un bolsillo de su chaqueta. Miró a las demás con cara de satisfacción.

Después, y siempre desnuda, la condujeron a la enfermería, donde una mujer muy gorda vestida con una apretada bata blanca le indicó por señas

que se sentara. La española sentía pudor y se cubría los pechos con el brazo izquierdo y con la mano derecha se tapaba el pubis. La enfermera le apartó los brazos, sin mediar palabra. Con un algodón impregnado en alcohol limpió la flexura del codo y clavó una pequeña aguja. Extrajo sangre que guardó en un tubo de cristal. Posteriormente le acercó un pequeño tarro y le señaló debajo del vientre. Araceli quiso orinar pero no pudo. La mujer, siempre sin hablar, se dirigió al lavabo y llenó una jarra. Le obligó a beber cuatro vasos de agua seguidos y la instó de nuevo a que lo intentara.

A continuación le mandó que se tumbara en una camilla. Mientras, dos

funcionarias, de mirada acerada e impasible, observaban la escena, por si tenían que intervenir ante un eventual brote de indisciplina de la rea. Allí le puso en una nalga otra inyección con el líquido que había extraído de una ampolla. La dejó en el lugar hasta que llegó un hombre con bata que intercambió con la enfermera unas palabras en hebreo.

El médico escrutó la piel de la prisionera, con especial atención a las plantas de los pies y a las axilas.

—Se tiene que dar la vuelta —ordenó en inglés, con frialdad—, y abrir las piernas.

Más tarde, el doctor tomó un espejuelo e hizo su trabajo.

Dolorida y humillada, le ordenaron que se situara delante de un aparato de Rayos X. Después el facultativo le inspeccionó la boca, la obligó a tragar agua, a hacer gárgaras, le exploró los ojos con un oftalmoscopio, la auscultó, una enfermera le tomó la tensión... y, por último, una funcionaria le cortó el pelo. Finalmente le entregaron unas prendas. Eso era ella ahora: unas bragas, un sujetador, una bata, y unas zapatillas. Después de tomarle las huellas dactilares, solamente restaba la pequeña sesión de fotografías. Una de frente y otra por cada perfil. Cuando se esfumó el resplandor del tercer fogonazo del flash, y con las yemas de los dedos manchadas de tinta,

Araceli fue consciente de que había dejado de ser Araceli.

Después la llevaron a una celda de dos literas ocupadas ya por tres reclusas. Nada más cerrarse la puerta, las tres internas saltaron sobre la española y le arrancaron la poca ropa que le habían entregado. Le quitaron las bragas y el sujetador, que se lo disputaron entre ellas a tirones. También se quedaron con la bata nueva. Le dejaron a ella una medio rota a la que le faltaban un par de botones y que estaba llena de manchas de comida y de otras sustancias desconocidas.

A primera hora de cada día las sacaban desnudas a un patio donde les enchufaban con la manguera para

después pasar media mañana dando vueltas en círculo bajo la atenta mirada de unas mujeres de uniforme, que no cruzaban con las reclusas palabra alguna ni tan *siquiera* mostraban una expresión humana. La indiferencia era absoluta. El primer día no comió, y el segundo tampoco, pero el tercero tuvo que claudicar y procuró mirar a otro sitio cuando hundió la cuchara en lo que le habían servido en el plato metálico. No ya por su aspecto, sino por su nauseabundo olor. Contuvo las ganas de vomitar, por lo que su alimentación se convirtió en algo escaso y excepcional. Pasaba las tardes dentro de su celda, sobre su lecho, mirando la parte de debajo de la cama de arriba, que

ocupaba una mujer árabe que algunas veces hablaba con las otras dos compañeras. Ella era ignorada por las otras reas pues no tenía nada que ofrecer, ni bienes, porque la habían despojado de todas sus pertenencias, ni conversación, porque no había idioma común que las uniera.

No tenía nada para leer, carecía de transistor, no podía realizar actividad alguna, era incapaz de cruzar palabra con nadie. Araceli se sentía una muerta que todavía respiraba.

La tarde del quince de junio, una funcionaria irrumpió en la celda y la llamó con un chillido. Araceli supuso que había pronunciado su nombre. Nada más salir al pasillo, la giró, le llevó las

muñecas a la espalda y le colocó unas esposas. Con un tirón la agarró por el brazo y la llevó hasta una puerta metálica. Esperaron a que se abriera. Después fueron por otro pasillo, y después por otro más. Así hasta que llegaron al locutorio. En la zona de las visitas se encontraba una cara familiar.

—Soy Ivri Lavie, su abogado, ¿me recuerda?

El rostro del visitante anunciaba la seriedad que quería imprimir al momento.

—Tengo malas noticias, muy malas noticias —remarcó, evitando mirarla a los ojos y distrayendo su mirada hacia cualquier otro sitio—. Las fotos que aparecieron en la menorah que

te requisaron, y que admitiste que era de tu propiedad, contienen un material que se considera atenta contra la seguridad del Estado de Israel.

Araceli prefirió no mirarle.

—Son fotos de postes de teléfono, de transformadores eléctricos, de destacamentos militares de Jerusalén Oeste... ¿Cuándo hiciste esas fotos?

La madrileña supuso que era absurdo convencer a ese hombre de que ella jamás pudo haber tomado esas fotos pues, de entrada, nunca había pisado Jerusalén Oeste. Tenía testigos pero, ¿qué testigos?, ¿el tío de Abdallah?, ¿el propio Abdallah?

—¿Qué habéis hecho con Abdallah? —preguntó, haciendo un

esfuerzo y levantando la vista para interrogar también con los ojos a aquel maldito funcionario israelí.

—No sé quién es Abdallah —
Lavie fingió desconocer a quién se refería su cliente. Sobreactuó penosamente.

—El hombre que utilizasteis para que yo firmara mi declaración.

—No sé quien dices. No conozco a ningún Abdallah. Por el nombre imagino que será un árabe. Bueno, vamos a lo que me ha traído aquí —súbitamente, el hombre se compuso y se animó a hablar con mayor soltura—. El juicio se ha fijado para el domingo, y te enfrentas a la peor de las condenas. En el Estado de Israel, el espionaje en

tiempo de guerra está castigado con la pena de muerte.

Araceli escuchaba lo que decía el abogado, pero cuando este pronunció la última palabra notó que sus piernas empezaban a temblar, que tenían vida propia. Sintió un mareo que no pudo disimular. Se agarró a la mesita para no caer al suelo. El abogado pegó una voz a una de las funcionarias y le dijo algo en hebreo. Esta llegó con un vaso de agua donde se encontraba Araceli. La arqueóloga lo fue bebiendo ayudada por la carcelera, que acarició el poco pelo de la rea y después se retiró unos pasos.

—Además, hemos tenido mala suerte —continuó el judío—. Me han informado que en los análisis que te

hicieron se ha demostrado que no estás embarazada.

La española miró en profundidad al abogado.

—La normativa impide ejecutar a una rea embarazada —Ivri sonrió, como si hubiera dicho algo gracioso—. Tenemos que esperar al desarrollo del juicio, pero nuestra situación es muy comprometida.

—¿Nuestra? —consiguió preguntar la española, una vez repuesta.

El hombre tragó saliva.

—Bueno, digo nuestra porque intento ser un buen profesional y a ningún abogado le gusta perder un caso.

—Pero, ¿nos van a matar a los dos? —la española sabía muy bien cuál

era la respuesta a su sarcástica cuestión.

—A mí no, Araceli. Yo no estuve haciendo fotos a ningún sitio que no debiera.

Después el letrado estuvo aconsejándola sobre cómo tenía que comportarse en el juicio y la actitud de respeto que debía mantener ante el juez, los testigos y todo el mundo que se diera cita en la sala de vistas. Le sugirió que si no tenía algo relevante que decir, que mejor mantuviera silencio, que adoptara en todo momento una postura sumisa y que pidiera perdón con la mirada, a todos, especialmente al fiscal.

—Hemos tenido mala suerte en eso también. Conozco a mi colega y es un hombre muy duro y con unos sólidos

principios morales. Va a hablar por boca del pueblo israelí, seguro.

También le pidió que durante el juicio se abstuviera de chillar, de mostrar discrepancias, de realizar aspavientos, que no mirara descaradamente a nadie...

—Causar buena impresión es algo fundamental —aseguró a una clienta que no le había escuchado.

La funcionaria que le había facilitado el vaso de agua la sujetó con delicadeza del hombro y le pidió que la acompañara. Ivri encendió un cigarrillo mientras veía cómo se llevaban a la mujer.

Las dos caminaron despacio, de

regreso a la celda.

—¿Quieres que te traiga algo?
—preguntó la funcionaria, en inglés.

Araceli reaccionó. Excepto con el abogado, dentro de la cárcel no había oído una sola palabra en un idioma que entendiera.

—Que si quieres que te lleve algo a la celda, algo de comer, o alguna cosa. ¿Quieres papel para escribir una carta? Está prohibido, pero puedo no enterarme. Todas mis compañeras lo hacen con el tabaco o con el alcohol. Una carta no hace mal a nadie.

La española asintió.

Siguieron caminando hasta llegar a la puerta de la celda. En ese momento, Araceli se volvió.

—¿Cómo?

—¿Perdón?, ¿qué quieres decir?

—los ojos de la presa poseían un brillo especial, único. Parecía que era la pregunta más importante que estaba realizando aquella mujer en toda su vida.

—Que cómo se mata aquí, en Israel.

La funcionaria agarró por los hombros a la reclusa, con delicadeza, y los acarició suavemente con los pulgares.

—En Israel la pena de muerte se aplica por ahorcamiento. El único patíbulo que hay en el país se encuentra en una cárcel de Tel Aviv —respondió, directa y clara pero intentando imprimir

a sus palabras un mínimo de humanidad.

La madrileña sentía cómo su vista se nublaba por instantes.

—Pero tienes que ser fuerte —le pidió, moviéndole ligeramente los hombros, como si quisiera despertarla de un profundo sueño—. Queda por celebrar el juicio. Todavía nadie ha dictado sentencia.

Araceli no la miró, no tenía ni fuerzas para levantar la vista del suelo.

—Lo siento —fue lo único que a la funcionaria se le ocurrió decir.

Las piernas de Araceli actuaron por iniciativa propia. La española se dejó caer sobre la cama, abatida y carente de fuerzas, mientras sus tres compañeras interpretaron lo que había

sucedido con la visita del abogado. Se miraron entre ellas pero no le dijeron nada.

La carta que había escrito a su padre tenía una sola cuartilla, aunque la funcionaria le había llevado, media hora después de la entrevista con el abogado, cinco o seis hojas y un bolígrafo. A pesar de tan corta extensión, tardó en rellenar aquellas líneas cerca de dos horas. No podía concentrarse en nada, absolutamente en nada. De su mente habían huido todas las ideas y sentía que su cabeza se había quedado hueca. Solo era un cuerpo con extremidades, ojos que no veían, boca de la que no salía ningún sonido y oídos que no

escuchaban nada. Aun así, con ahínco, consiguió escribir a su padre que lo quería, que siempre lo había querido y que era el hombre más bueno que había conocido. Y también le dijo que estaba bien, sin entrar en detalle alguno.

La puerta de la celda se abrió con el habitual estrépito de hierros que se deslizan por sus guías metálicas.

—¿Has terminado ya?

La madrileña asintió, sin ser capaz de mirar a la cara de la funcionaria.

—No puedo darte sobre porque toda la correspondencia tiene que pasar la correspondiente censura, pero procuraré que no se demore. Si puedo, hoy mismo sale para Madrid —la

carcelera le había pedido que en el encabezamiento indicara las señas del destinatario.

Con la carta en la mano, se dirigió al despacho de la directora de la prisión, nombrada desde hacía tan solo unos días.

—Esta es la carta que ha escrito la rea española, la que está acusada de espionaje —recordó, nada más entrar.

—Gracias, ya me encargo yo. Puedes retirarte.

La directora se arrellanó en su sillón y trató de leer la misiva, pero no comprendió ni una sola palabra ya que estaba escrita en español, un idioma que desconocía. La dobló en dos mitades y la fue rompiendo cuidadosamente en

múltiples pedazos que tiró a la papelera. Había recibido unas órdenes muy concretas y estaba dispuesta a cumplirlas con determinación. No iba a jugarse el cargo por favorecer a una española cristiana.

66. Tel Aviv

El domingo dieciocho de junio dos funcionarias entraron inesperadamente en la celda de Araceli. Una de ellas era la mujer que hablaba inglés aunque, quizá por ir acompañada de otra, su actitud fue distante y fría. No parecía la misma persona que tres días atrás la había auxiliado. Le entregaron ropa interior limpia, una bata nueva, abotonada por delante y ajustada mediante un cinturón con una pequeña hebilla metálica, y unos zapatos planos. Le permitieron que se peinara con un cepillo que le llevaron y después le pusieron de nuevo las esposas, con las

manos por detrás. Entre las dos la condujeron a una furgoneta completamente cerrada excepto por una pequeña ventanilla y anclaron la cadena de las esposas a una barra horizontal. Araceli pensó que a los animales se los trataba con más miramientos. Una hora después, el vehículo entraba en los sótanos del palacio de los juzgados de Tel Aviv después de un ensordecedor viaje en el que la sirena no cesó de ulular ni un instante.

El salón de vistas era una estancia muy amplia, con grandes ventanales de cristales traslúcidos que permitían que los traspasara la cegadora luminosidad de la hora y de la época del año, y que hacía innecesario emplear la

luz eléctrica. En el centro, a la derecha de los ventanales y sobre una aparatosa estructura de madera, se sentaba el juez, justo debajo de un enorme retrato de Chaim Weizmann, primer presidente del Estado de Israel. El magistrado era un hombre de sesenta años, de mirada hosca, con pelo blanco y ataviado con una brillante toga negra con un diseño que nunca antes había visto la española. A su izquierda se sentaba una mujer pegada a una máquina de escribir y, a su derecha, un hombre sin función específica. Cerca del juez habían colocado una menorah metálica del tamaño de una persona, y también un mástil dorado de un par de metros de altura que servía de soporte para la

bandera nacional. A ambos lados montaban guardia dos policías armados con revólveres. A Araceli la habían sentado en un banco bajo, situado justo enfrente del juez, y escoltada por otros dos policías que la miraban continuamente de reojo, también armados. En total contó seis guardias. En ningún momento le quitaron las esposas.

A la izquierda de la detenida se ubicaban dos mesas. En una, la más próxima a la bandera, se sentaba un hombre con traje azul eléctrico, rubio como si fuera albino, escoltado por dos jóvenes que no tendrían todavía los veinticinco años de edad. En la otra mesa solo se encontraba su abogado

defensor, Ivri Lavie, que le saludó con la mirada a lo que Araceli no respondió.

A la derecha de la española había otras dos mesas llenas de papeles y ocupadas por cuatro personas en total. La española no supo cuál sería su función durante la vista.

El público se ubicaba en unas bancadas situadas detrás de la detenida, a un par de metros de ella, separados por una pequeña barandilla de madera. Habría algo más de treinta personas.

Comenzó la sesión la persona que se encontraba sentada al lado del juez. Tomó un folio y leyó lo que en él estaba escrito, por supuesto, en hebreo. Después, el magistrado dio la palabra al hombre del traje azul eléctrico. Con

soltura, empezó su exposición mirando alternativamente al juez y a Araceli, a la que en numerosas ocasiones señaló descaradamente con el dedo, sin pudor alguno. Después, abrió un sobre que había en su mesa de donde extrajo varias fotografías en blanco y negro a tamaño folio. Una a una fue enseñándoselas a Araceli mientras le preguntaba cosas a las que, lógicamente, no podía responder porque no entendía ni una sola palabra de las que se decían en la sala.

En unas instantáneas aparecían retratadas torres de alta tensión, en otras una caseta ubicada en medio del campo, en otras una valla de ladrillo de unos tres metros de altura, coronada por una

alambrada. Había alguna en la que se veían vehículos militares y en otras fotos de viviendas.

El hombre fue apasionándose a medida que hablaba. Sus palabras habían dejado de ser la sosegada exposición inicial para convertirse en una declaración realizada mediante chillidos y gesticulaciones aparatosas, casi más propias de un mal actor de teatro que las que corresponden a un abogado presentando un caso profesional.

Después dejó las fotos con desdén sobre la mesa y tomó el papel que firmó Araceli en la comisaría. Se paseó con él por la sala y se lo mostró al público. Nadie decía nada. Aquel

hombre era el dueño de la situación y los demás solo habían acudido a escucharle. Marcó una reverencia al juez y después se sentó.

Ivri se levantó y dijo algo al magistrado. No habrían pasado treinta segundos cuando volvió a sentarse sin ser capaz ni de mirar a su cliente.

La persona que estaba al lado del juez salió de la sala y entró de nuevo acompañado del oficial que la detuvo en Jerusalén, en la casa de Mohammed Ben Alí. El hombre del traje azul eléctrico le formuló una serie de preguntas a las que el oficial solo contestó mediante monosílabos. Después, el funcionario ayudante mostró una bolsa de plástico transparente en cuyo interior se

encontraba la menorah que le requisaron. El oficial asintió y señaló después a Araceli. El hombre, que a efectos prácticos mandaba allí, volvió a tomar la palabra durante diez minutos en los que aprovechó para apuntar con su dedo inquisidor unas veces más a la española, otras a la menorah y otras al sobre de las fotos.

Cuando tocó hablar al abogado Lavie, este se levantó y negó con la cabeza sin abrir la boca.

Más tarde entró en la sala un joven vestido con un pantalón oscuro y camisa clara. A la española le costó unos minutos reconocerlo hasta que se dio cuenta de que era la de uno de los policías que la detuvieron en casa del

tío de Abdallah. Se repitió la misma secuencia: el testigo asintiendo a las preguntas del fiscal y el abogado defensor callado.

La escena se reprodujo hasta tres veces más, ya que habían llamado a testificar a todos los policías que irrumpieron en aquella casa y que detuvieron a la pareja de arqueólogos.

Durante el juicio un hombre mayor estuvo tomando instantáneas tanto a los abogados como a Araceli, sobre todo a esta última, ya que era, muy a su pesar, la indiscutible protagonista de aquella sesión. A la española le recordó al traidor de Patrash.

El momento más sorprendente de

la mañana llegó cuando dos empleados de los juzgados sacaron una tela negra, muy tupida, que colocaron desde una puerta que se abría próxima al lugar donde habían puesto el mástil con la bandera de Israel hasta el centro de la sala, sujeta por un artilugio de ruedas y listones metálicos verticales. Evidentemente era para ocultar la identidad de la persona que iba a declarar. De esa manera solo la vería el juez y sus dos ayudantes. Araceli sintió la expectación del público y los cuchicheos que generó aquella parafernalia.

Se oyó el ruido de las pisadas de unos zapatos con algo de tacón. Inequívocamente la testigo protegida era

una mujer.

El fiscal, que como ella y el resto de la sala tampoco veía a la declarante, formuló una primera pregunta. La mujer oculta respondió con un monosílabo. Después vino una segunda y una tercera cuestión. Con la cuarta, Araceli se encontraba agitada: aquella voz le resultaba familiar, pero no alcanzaba a saber a quién pertenecía. El fiscal formuló por lo menos una docena de preguntas ante las que la testigo protegida fue respondiendo, a veces con respuestas cortas y en otras ocasiones con explicaciones más extensas. Como era habitual, su abogado defensor tampoco formuló pregunta alguna.

El desasosiego de la prisionera era patente. Se removía inquieta en su silla y habría dado media vida por levantarse y desenmascarar a la persona que escondía públicamente su identidad. «Esa voz, esa voz, ¿dónde la he oído yo?», se preguntaba ansiosa. «Ahora debe estar hablando en hebreo, pero cuando yo la escuché hablaba otro idioma, ¿cuál?, ¿dónde?».

La testigo se marchó y los mismos dos empleados retiraron la tela que había provocado la desazón de la española.

Una vez finalizada la ronda de testigos, el fiscal volvió a realizar un discurso similar al primero pero esta vez mucho más extenso, llegando a

emplear una hora en explicar, de nuevo, todas y cada una de las fotos, y enseñar una y otra vez la menorah y la declaración firmada de Araceli. Antes de acabar con su plomizo discurso, besó maternalmente la bandera y también la menorah metálica que se hallaba al lado del magistrado. Terminó con la acostumbrada reverencia al juez, esta vez más acentuada.

El abogado defensor se levantó, pronunció unas palabras, no más de doce o quince, saludó con máximo respeto al togado y volvió a sentarse envuelto por el murmullo del público. Cuando el magistrado abandonó la sala, todo el mundo se levantó, como se volvieron a levantar de nuevo cuando

regresó, tras quince minutos de ausencia.

Después de beber un vaso de agua, el juez miró a uno y a otro lado de la sala y, posteriormente, se detuvo en los expectantes ojos de Araceli. Impasible, abrió la boca para decir unas palabras, también en hebreo. Hizo una pausa y terminó su pequeña alocución con un último vocablo que provocó un sonoro murmullo entre el público, esta vez más estrepitoso.

No pudo más. La española se puso en pie y comenzó a exigir que le dijeran qué sucedía. Chilló en español, en francés, en inglés, ante la sorpresa general. Los dos policías que la custodiaban intentaron tapar su boca pero ella se revolvió como hubiera

hecho una escurridiza anguila. El auditorio se levantó y comenzó a vocear. Los dos guardias que estaban al lado de la bandera desenfundaron sus revólveres mientras Araceli se agitaba para zafarse de los fuertes brazos de los agentes, y continuaba reclamando explicaciones en algún idioma que pudiera entender.

El juez golpeó la mesa con su maza de madera y abandonó la sala, como si fuera ajeno al revuelo formado. Tuvieron que ser necesarios cuatro policías para sujetar a Araceli. A pesar de su complexión y de su estado de salud, cada vez más precario, la española desarrolló una fuerza desmedida, alimentada por la rabia y la ira. Antes de que se la llevaran, buscó la

mirada de Ivri Lavie, pero este se había quedado anclado en su asiento, fingiendo mirar unos papeles, evitando cualquier contacto visual con su clienta.

Toda la escena la contempló una persona que había seguido la sesión desde la última fila del público y detrás de unas enormes gafas de sol, queriendo así ocultar su identidad.

Mientras atravesaba los pasillos y bajaba las escaleras que conducían al garaje, siempre esposada y custodiada por tres policías masculinos, Araceli era observada con gestos severos por todas aquellas personas con las que se cruzaba. Las conversaciones se suspendían a su paso y se transformaban

en murmullos inaudibles. Querría pararse y preguntar qué sucedía, qué se había dicho en la sala, por qué un hombre había hecho lo que había querido y el otro, su cobarde e inexistente abogado defensor, mantuvo en todo momento un silencio cómplice. Le hubiera gustado decir que no conocía los lugares que figuraban en las fotos, que era imposible que hubiera tomado esas fotografías porque ella había viajado a Jordania para desempeñar una labor científica en apoyo a la cultura del país, no para entrometerse en asuntos militares, de seguridad o de lo que quisieran injustamente involucrarla. También le habría dicho, si hubiera tenido ocasión, que buscaran a Patrash

Pasha, un fotógrafo que abusó de su buena relación y su confianza para entregarle un material incriminatorio. Un hombre que llevó el rencor por un desaire sentimental a su última consecuencia. Él, o alguien relacionado con él, había tomado aquellas instantáneas. Era a él a quien tenían que detener y juzgar.

Antes de salir al patio donde la aguardaba el furgón, se acercó una funcionaria y le escupió en la cara. Alguna compañera intentó protegerla con una sospechosa falta de eficacia.

Al llegar a la cárcel de Belén la estaban esperando tres carceleras. Una de ellas era con la que había hablado en inglés en alguna ocasión. La condujo a

su celda acompañada de otra vigilante.

—¿Qué ha pasado? —quiso saber Araceli.

—Que el juicio ha terminado. Lo siento.

La española formuló la pregunta más absurda que había hecho en su vida, porque conocía perfectamente cuál iba a ser la respuesta:

—Pero, ¿ya se ha dictado sentencia?

Mientras seguían caminando, la funcionaria asintió y solo abrió la boca para repetirle que lo sentía.

—Pero mi abogado podrá recurrir...

—Me temo que no. Los actos de espionaje llevan un procedimiento

sumario en el que no cabe recurso alguno —la informó, extraordinariamente seria.

Al entrar en la celda las otras tres reclusas abrazaron a Araceli con un afectuoso cariño, con compasión, apiadándose de su destino e intentando compensar la frialdad de todo lo que la rodeaba con el calor humano que no entiende de idiomas ni de creencias religiosas.

El silencio se había apoderado de todas las celdas de la cárcel de mujeres de Belén. Hacía varias horas que habían apagado las luces y solo permanecían encendidas unas pequeñas bombillas situadas en los pasillos y los

potentes reflectores que circundaban el muro exterior.

Pero no todas las prisioneras se encontraban a oscuras. Una de ellas, en una celda colectiva en compañía de otras tres internas que dormían plácidas, acababa de recibir una nítida iluminación: «¡Ya está, ya sé quien es la mujer que se ha ocultado detrás de la tela!». Y a pesar de hallarse en aquel siniestro lugar, regresó volando virtualmente, de la misma manera en la que llegó en la realidad, al palacio de Hussein en Aqaba, y recordó con absoluta precisión y sin posibilidad de error la voz tan amable de aquella mujer que hablaba español, Samira le dijo que se llamaba, que la ayudó a componerse,

que le ofreció aquellas prendas tan hermosas. Samira, que servía en el círculo más íntimo del Rey de Jordania, era alguien que había testificado en su juicio, en la farsa que había servido de excusa para que la condenaran a muerte.

«Todos me han engañado», llegó a la agria conclusión, pensando tanto en esa mujer como en Patrash. Cerró los ojos con fuerza.

67. Tel Aviv

Fue la noticia con la que abrió la mayor parte de la prensa aquel lunes diecinueve de junio: Araceli Artigas, una espía española al servicio de intereses árabes, había sido condenada a muerte en el Estado de Israel. El suceso no solo era reflejado por los periódicos locales, como Maariv y Hatzofé, sino también por los árabes, los europeos y los norteamericanos, eso sí, mostrando enfoques muy distintos.

El rotativo israelí Jerusalem Report contaba cómo la mercenaria espía española había conseguido entrar en Jordania con la excusa de pertenecer

a una organización internacional cultural. Con las facilidades que otorga esa acreditación, continuaba relatando el diario, había realizado labores de espionaje sobre altos secretos militares que pasó al enemigo del estado hebreo y que a punto estuvieron de desnivelar del lado rival el reciente conflicto bélico. En el juicio, proseguía el periódico, se acreditó su pertenencia a organizaciones criminales árabes y se le intervino numerosa información que estaba preparada para entregar al adversario, algo que se evitó gracias a la rápida y diligente actuación de la policía.

La prensa norteamericana se hallaba dividida. Los diarios pertenecientes a grupos judíos, como

Forward o The New York Times, aplaudían la detención, el juicio y la condena, mientras que otros se cuestionaban, aunque tímidamente, la idoneidad de la sentencia como medida para tender puentes al mundo islamista inmediatamente después de un conflicto que había arrojado resultados militares humillantes para las tropas árabes.

Los periódicos europeos, especialmente los británicos, los alemanes y los soviéticos, denunciaban la falta de garantías del proceso que calificaban como una burla a la justicia por carecer la detenida, según informaban, de los más elementales derechos en su defensa. Algunas editoriales tachaban al Estado de Israel

de revanchista y de practicar el ensañamiento con víctimas inocentes.

En el momento en el que Golda Meir autorizó la entrada en el despacho de la persona que iba a visitarla, se encontraba precisamente rodeada de varios diarios.

—¡Enhorabuena! —felicitó al hombre.

La visita no se prodigaba por los despachos de los políticos. Sus funciones estaban por encima de ellos y solo servía al Estado de Israel, sin distinguos partidistas. El recién llegado estaba acostumbrado a, casi en décimas de segundo, ser capaz de captar un buen número de datos con un simple vistazo, y allí no solo se fijó en el busto de

tamaño natural de Maimónides situado en una de las esquinas del despacho de la señora Meir. Comprobó también que la mesa de la ejecutiva del MAPAI estaba llena de recuerdos. No había comunidad judía norteamericana que no hubiera enviado a la *Madre de Israel*, como algunos la llamaban, una miniatura con una menorah, una bandera con la Estrella de David o una sentencia de la Torá impresa en letras doradas. Destacaba la menorah de acero enviada por los judíos de Denver, que le tenían un cariño especial ya que fue en esa ciudad donde la ucraniana pasó parte de su juventud.

—Gracias —respondió Meir Amit, jefe de la agencia de inteligencia

israelí, a la vez que declinaba el cigarrillo que le ofrecía la anfitriona—, pero no es precisamente una de las misiones por las que me sienta más orgulloso.

—Ha sido un nuevo servicio al Estado de Israel, y eso tiene que alegrar al *memuneh* del Mossad —a la señora Meir le sorprendían las reticencias de Amit.

—Hay trabajos de los que uno está más convencido que de otros.

Meir Amit tomó asiento frente a Golda Meir.

—Estoy de acuerdo, pero también coincidiremos que hay acciones sencillas que otorgan una gran publicidad.

—¿Buena o mala, señora Meir?

—cuestionó el director del *Instituto*, que mostraba así su disconformidad con las órdenes recibidas.

—Eso no tenemos que decidirlo ni tú ni yo, eso lo ha decidido nuestro Estado y a él nos debemos.

Golda Meir se arrellanó en su asiento.

—Ya sabes cuál es el propósito de esta acción —comenzó relatando la señora Meir—. La guerra se emprendió por una cuestión de respeto, de miedo, incluso. Era vital que los árabes supieran hasta dónde estamos dispuestos a llegar en la consolidación de nuestro Estado. Pero queríamos más —los ojos de la mujer brillaban por la desmedida

ambición—. Necesitábamos un caso concreto para anunciar al mundo que a nosotros no nos tiembla el pulso si tenemos que mandar a la muerte a un enemigo, como es el caso.

—¡Basta! —chilló la visita, indignado por la verborrea de la ejecutiva del MAPAI.

—Eso suena a desacato, Meir — la mujer se extrañó de la reacción de S.

—Eso suena a que Araceli Artigas no es un enemigo. Es alguien inocente que ha sido manejada por nosotros para ofrecer nuestra peor cara, la de un pueblo rencoroso y sanguinario.

—¡No consiento que hables así, Meir, no te lo consiento, por muy jefe del Mossad que seas! —ratificó,

enfurecida—. Es posible que estés pronunciando tus últimas palabras como director del *Instituto*.

El jefe de los servicios secretos intentó tranquilizarse.

—Dime, ¿quién fue la persona que le dio la menorah con las fotos? ¿Uno de tus *katsas*? —quiso saber la ejecutiva del partido laborista.

—No, eso era algo demasiado sencillo para un *katsa* del Mossad. Contratamos a un mercenario, un árabe que responde muy bien a la llamada del dinero. Tenemos a muchos de ellos en nómina. Son gentuza a quienes no les importa traicionar a su pueblo siempre que se les llene los bolsillos.

Golda Meir asintió.

—Deshazte de él.

Meir Amit enarcó las cejas. No era habitual que la dirigente le cursara ese tipo de instrucciones.

—Sí, has oído bien. Si no es de los nuestros, no quiero que esté por ahí poseyendo una información que pueda perjudicarnos. Un mercenario, como has dicho, es alguien que funciona por dinero, y si llega otro con más dinero del que tú le has dado, podrá contar aquello que no queremos que cuente. ¿Entendido?

—Sí, entendido —contestó S, escueto.

—Y no pasa nada porque nos tengan miedo, Amit. Esta guerra no ha terminado. Mientras haya un árabe que

no entienda qué hacemos aquí, tendremos cerca de nuestra espalda la sombra de un puñal. No, no me gusta que nos tengan solo respeto, me parece un sentimiento insuficiente. Prefiero que nos tengan miedo.

68. El Pardo

Había llegado al palacio de El Pardo en cuanto había sido requerido por Su Excelencia. El ministerio de Asuntos Exteriores había informado a la Casa Civil del Caudillo del *Asunto Artigas*, como lo bautizaron desde un primer momento, y Franco no dudó un minuto en tomar una determinada posición que quiso transmitir a su ministro de Información y Turismo.

Manuel Fraga Iribarne arribó en su coche oficial a la residencia del Jefe del Estado y su chófer estacionó ante la puerta principal del Palacio. El político gallego subió impetuosamente las

escaleras que conducían al despacho de Franco. Le estrechó la mano y lo reverenció con la cabeza, como era costumbre.

—Siéntese, Iribarne —le pidió el Jefe del Estado. Sin rodeos, como era su estilo, comenzó con su exposición—. Hemos sido informados de la detención, de la celebración del juicio y de su resultado de una ciudadana española en Israel. Se llama Araceli Artigas.

—Efectivamente, Excelencia —concedió Fraga—. De hecho me han llamado varios directores de periódico que solicitan instrucciones para las ediciones de mañana martes. En la Hoja del Lunes de hoy no se dice nada, hasta esperar acontecimientos.

—Ya me lo imaginaba, Iribarne, por eso mismo le he mandado llamar. Nuestra postura como país debe ser de absoluta neutralidad, por lo que he decidido que nosotros no vamos a informar de este lamentable suceso.

—Excelencia, es que la noticia está circulando por Europa y por todo el mundo.

—España no puede compararse ni con Europa ni con el resto del mundo. Israel es un Estado reconocido por la ONU y por todo Occidente, nos guste o no, y por tanto soberano para tomar sus decisiones. Yo tampoco admito injerencias extranjeras.

—Me permito recordar a su Excelencia que esta ciudadana es hija de

uno de nuestros procuradores por el Tercio Familiar —recordó el ministro.

—Lo sé, y por eso mismo nuestra actitud ha de ser ejemplar. Supongo que será católica y practicante. Es el momento de encomendarse a la Providencia del Altísimo, como hago yo y como hacemos todos los españoles de bien.

—Ha sido condenada a muerte, mi General —Fraga se resistía a permanecer pasivo ante los imperturbables razonamientos del Jefe del Estado.

Franco miró a su ministro con detenimiento, con esos ojos pequeños y punzantes que temían todos sus colaboradores.

—Le recuerdo que usted pertenece a un gobierno que ha firmado *enterados* de penas capitales. La pena de muerte es un castigo más dentro de cualquier ordenamiento jurídico. Si un estado decide aplicarlo, otro no tiene por qué opinar.

El ministro asintió, resignado.

—Lo que usted mande, Excelencia.

Manuel Fraga sabía que cuando Franco daba una orden nunca cambiaba de opinión, por lo que decidió acatarla sin protestar más de lo que ya se había atrevido a hacer.

—Por cierto, tampoco informe a su padre.

—Sí Excelencia, así se hará —el

ministro tampoco compartía la última instrucción recibida, pero guardó silencio y rindió pleitesía.

Entró en su coche pensando ya en el texto de la nota de prensa que se enviaría a los directores de agencias de noticias, periódicos y emisoras de radio. Con Prado del Rey hablaría personalmente. Si Araceli Artigas no existía para El Pardo, tampoco existía para España.

69. Belén

La dirección de la prisión de mujeres de Belén tomó la decisión de trasladar a Araceli a una celda individual y cambiarle el plan alimentario, sirviéndole la misma comida que a las funcionarias del penal, aunque ella siguiera sin probarla. Le habían ofrecido libros y ella eligió una Biblia, que se la facilitaron en inglés, y El Quijote, que se lo hicieron llegar en árabe, pues le aseguraron que la cárcel carecía de ejemplares en otro idioma.

La austera celda individual tenía unas dimensiones muy reducidas. Solamente había espacio para una cama

metálica fuertemente atornillada al suelo, rematada con una placa también metálica que hacía las veces de somier y un colchón con las costuras muy reforzadas. La pequeña mesa se encontraba igualmente anclada al suelo y lo único que podía moverse era una pequeña banqueta de madera. Completaban el escaso mobiliario un inodoro y un lavabo con agua corriente. Las únicas salidas al exterior eran un ventanuco situado a más de dos metros y medio de altura, de forma cuadrada y de un palmo de lado sobre el que se cruzaban dos barrotes de hierro, y una puerta acorazada con dos aberturas: una amplia mirilla que se accionaba exclusivamente desde el pasillo y otra

situada en la parte inferior por donde le pasaban la comida.

Cuando se abrió la celda la española se encontraba leyendo la *Oración de un Justo Perseguido* del Libro Primero de los Salmos, que parecía estaba escrito para ella: «¡Oh Yavé, cómo se han multiplicado mis enemigos! Muchos son los que se alzan contra mí. Muchos son los que de mi vida dicen: ¡No tiene ya en Dios salvación! Pero tú, ¡oh Yavé!, eres escudo en torno a mí, mi gloria, el que me hace erguir la cabeza». Se levantó sobrecogida porque estaba sometida al mayor castigo posible: la absoluta ausencia de información. La habían condenado a muerte y no sabía nada

más, nada, ni qué día sería ni a qué hora, ni si se podría confesar, ni si la dejarían llamar a España para despedirse de su padre. Por no saber, no sabía ni cuál había sido su delito. Había unas fotos, pero desconocía qué reflejaban aquellas imágenes, su alcance y las características de los objetos retratados. Se hallaba dentro de una interminable pesadilla de la que en cualquier momento despertaría para enfrentarse al inhumano destino que le habían marcado y que pondría fin a su vida a tan temprana edad.

Araceli se sintió algo reconfortada cuando comprobó que la persona que accedía a su celda era Efrat, la funcionaria que hablaba inglés.

—¿Puedo pasar? —preguntó, desde el umbral.

—Tú eres la que mandas, no tengo nada que autorizarte —le respondió la española en tono amable.

La mujer entró con un gesto nuevo.

—Tengo un rato libre hasta que pasen todas tus compañeras al comedor para la cena, ¿ puedo sentarme un poco contigo?

Ya el día anterior, Efrat había entrado un par de veces en la celda de Araceli para charlar con ella. Pero en esta ocasión, el semblante de la carcelera era distinto.

—Veo que sigues sin probar nada —comentó, mientras miraba la

bandeja de la comida que le había llevado hacía dos horas y que permanecía intacta.

—No tengo ninguna gana.

—Creo que te vendría bien — opinó, secamente.

—No me digas que si no como voy a morirme.

La carcelera prefirió no continuar con el tema.

Había una pregunta que reconcomía interiormente a Araceli y que le costaba trabajo formular. Se armó de valor:

—¿Sabes qué día va a ser?

—No lo sé —contestó Efrat, con una indiferencia que sorprendió a la española—. A partir del juicio puede

ser en cualquier momento. Pronto te informarán del día —en las palabras de la carcelera había una tensión que no había existido el día anterior. Araceli lo notó pero prefirió plantear otra cuestión.

—Efrat, ¿por qué a mí?

—Tú sabrás.

Inopinadamente, la española agarró las dos manos de la funcionaria, con fuerza, quizá con excesiva fuerza.

—Efrat, yo no hice esas fotos, yo no las metí en la menorah, me están asesinando. No entiendo ni una sola palabra de hebreo pero en el juicio el único que habló fue el abogado que me acusaba. El mío se mantuvo callado. Firmé una declaración bajo coacciones.

La israelí frunció el ceño, no

sabía de qué le hablaba.

—Sí, me pusieron delante un papel en el que me acusaban de todo y me dijeron que lo firmara —insistió la española, suplicante—. Me negué. Fue cuando introdujeron en la habitación donde me tenían secuestrada a un compañero, profesor de arqueología de la Universidad de Ammán, y comenzaron a pegarlo entre dos jóvenes de tal modo que si no firmo el papel lo hubieran matado allí mismo.

—No sé lo que me dices, y me sorprende que te calles lo que he leído en los periódicos. Lo explican todo con mucha claridad.

La funcionaria retiró sus manos de las de la reclusa.

—Ya me imagino lo que dirán los diarios israelíes...

—Cada uno cuenta la historia como le interesa, Araceli. La historia de mi pueblo ha sido mancillada desde hace decenas de años, y eso tienes que reconocerlo.

—Efrat, yo no hablo de la historia de un pueblo, estoy hablando del caso concreto de una persona, de mí, y de un juicio que no ha sido justo. ¿Te parece normal que no hubiera un traductor en la sala?

—Estamos en Israel, y aquí se habla hebreo —justificó la funcionaria de prisiones—. Nosotros no somos culpables de que no hables nuestro idioma.

—Pero está juzgándose la vida de una persona que no tiene por qué saber hebreo. Además, sé muy bien que todos habláis otros idiomas, el de los países donde habéis nacido. La mayoría de vosotros no habéis nacido en Palestina, vosotros sois los extranjeros en esta tierra —Araceli señaló al suelo, con firmeza.

—Es la ley —sentenció.

—Es vuestra ley —matizó la española, elevando la voz.

—Sí, tienes razón, es la ley de mi país y yo no voy a ir en contra de ella.

La carcelera se levantó y miró hacia el ventanuco.

—Los judíos hemos sido un

pueblo apestado en todo el planeta — afirmó Efrat, con solemnidad—. Yo nací en Polonia, en Mielec, hace cuarenta y dos años, y tuve la inmensa suerte de poder escapar de allí a finales de los años treinta, cuando la vida se fue haciendo insoportable para todos nosotros. Mis padres consiguieron comprar, mal vendiendo todo lo que poseían, cuatro plazas para un cupo de inmigrantes que ya estaba completo pero que el dinero ayudó a estirar. Y por eso mi hermano y yo estamos vivos, porque conseguimos llegar a una Palestina que los británicos no querían dejar de tutelar, como si ellos fueran los dueños del mundo y de sus habitantes. Mis padres murieron en Chipre, detrás de las

alambradas donde nos confinaban los ingleses. Desgraciadamente, ellos no conocieron la creación de nuestro Estado.

Araceli la seguía atónita. No sabía a cuento de qué venía aquella sesgada lección de historia.

—Pero un día un grupo de patriotas se armó de valor y mandó al infierno a una parte de los invasores que se habían apoderado de Jerusalén, nuestra ciudad sagrada. El hotel Rey David fue su mortaja.

—¿Qué estás diciendo de invasores en Jerusalén? No hace falta que te recuerde que viví la entrada del ejército judío en la Ciudad Vieja y fui testigo de cómo saquearon todo lo que

pillaban a su paso, cómo se mofaron de personas indefensas y de la manera que tuvieron de expulsar a quienes habían nacido allí —Araceli ya había perdido el miedo y hablaba con la libertad que solamente poseen las personas que no tienen más que perder.

—Eso mismo debieron preguntarse los más de seis millones de compatriotas míos que fueron asesinados por los nazis en Europa —recordó la funcionaria—. A ellos también los echaron de sus casas pero con una diferencia sustancial: nosotros no hemos matado a nadie en cámaras de gas. ¡Claro, qué vas a decir tú!, que vives en un país de fascistas cómplices de Hitler.

—Hay muchas maneras de matar a una persona —la española no quiso responder a la acusación sobre Franco —, y despojarla de su historia también es matarla, y echarla de su casa y de su país, también es matarla, y carecer de misericordia, también es matarla, y no lo digo por mí, que ya sé que los judíos no tenéis ni habéis conocido lo que es un sentimiento humano —Araceli se había embravecido y ponía en su boca todo aquello que pensaba, sin cortapisas ni moderación—. En Jordania me hablaron de los campos de refugiados palestinos que se crearon a partir del año cuarenta y ocho, cuando lo de la ONU. Esas personas también están muertas, aunque tengan la desgracia de continuar

viviendo. Muertas por vuestra culpa. Los habéis matado en vida —el dedo de Araceli apuntaba directamente al pecho de la carcelera, como si fuera una pistola.

A la funcionaria le hubiera gustado abofetear a la española pero, en el estado de nervios en el que se encontraba la reclusa, dudaba si podría con ella o si la furia que se había instalado en el cuerpo de la reclusa la haría ser una enemiga demasiado poderosa y fuerte.

Fuera de sí, la madrileña continuaba con sus palabras, con sus voces:

—Mira, para eso sí que me hubiera gustado hacer fotos, para

mostrar al mundo de qué manera y qué métodos emplea vuestro país para colonizar los nuevos terrenos que reclama con la excusa de que son suyos desde la época de los romanos. Habría tomado carretes y carretes.

—¿Y por qué no me hablas de lo que se dijo en el juicio?

La española no sabía a qué se refería la carcelera.

—De eso bien te callas. Allí se demostró, que es lo que leí esta mañana en el periódico, que conocías muy bien a Hussein.

Instintivamente, Araceli se echó hacia atrás, callada.

—Luego aseguras que eres inocente, pero parece que la relación

que hubo entre Hussein y tú fue muy...
¿intensa?

La española la miró de arriba abajo, tomándose unos instantes para responder.

—Es cierto que le conozco — aseveró la arqueóloga, sin saber muy bien por qué tenía que dar explicaciones de aquello.

—Parece ser que algo más que un conocimiento superficial. En el juicio se demostró que mantuviste con él una relación —Efrat mostró una sonrisa ladina y desagradable.

Araceli se armó de valor y se acercó al cuello de la carcelera.

—Sí, le conozco, y muy íntimamente, como estás insinuando. Me

subió a bordo de su helicóptero y descendió tanto que las olas casi mojan mis pies; y cenamos en su palacio una comida tan exquisita como jamás probarás tú. Y después me entregué a él como nunca antes lo había hecho con otro hombre. Y me amó durante toda la noche, y gocé y vibré, y volví a gozar y volví a vibrar. Se portó conmigo como un caballero y a mí me hizo sentir como una reina. Alguien que se interesó por mis sueños y por mis anhelos. Es el mejor amante del mundo al cual tú solo conocerás por alguna foto —zanjó, con una mueca de satisfacción.

La israelí se acercó a la puerta. La española también se movió y siguió hablándole, en bajo y al oído:

—Y después me tomó en sus brazos y me llevó a presenciar el amanecer, y me dio un beso como nunca te han dado a ti, que te pudrirás en esta cárcel. A mí me habrán condenado a muerte, pero a ti te condenaron a cadena perpetua, una pena que cumplirás en ese pasillo desde el cual te consideras libre. Y me puso un colgante que me habéis robado, pero el recuerdo del momento en el que me lo colocó, desnuda ante él, siempre será mío. Ese jamás me lo podrá robar ninguna judía, por muy vengativa que sea.

La funcionaria le dio un empujón y empezó a hablarle en hebreo, subiendo el tono de voz hasta llegar al chillido. Salió al pasillo y cerró la puerta. Desde

ahí, le volvió a hablar, esta vez de nuevo en inglés:

—Imagino que tu ejecución se llevará a cabo mañana o pasado mañana —anunció, con sequedad y desdén.

—¿Voy a poder tener un confesor? —fue la última pregunta que Araceli formuló a Efrat.

—No.

Antes de que el silencio regresara al lugar, se oyó otra vez la voz de la funcionaria, a través de la puerta:

—Espero que no mueras en el momento y que tengas una agonía larga y dolorosa, y que la lengua te crezca hasta llegar al ombligo.

—¡Vete a la mierda, hija de puta!

70. Madrid

Desde que el lunes cinco de junio escuchó en el informativo de Radio Nacional de España la noticia del estallido de la guerra en Oriente Próximo, Dionisio Artigas no había conseguido dormir más de dos horas seguidas. Su única obsesión era conocer el paradero de su hija y cómo podía encontrarse su pequeña. Acudió en diversas ocasiones al Palacio de Santa Cruz para saber si allí le podían dar cuenta de Araceli. Al no conseguir respuesta, llamó directamente a la UNESCO y, después de pasar por distintos interlocutores, consiguió al

final hablar con un tal Michael Connolly, que conocía muy bien los detalles de la expedición enviada a Petra. El directivo norteamericano le explicó con preocupación que desconocía el destino del grupo y que la última vez que había entablado contacto con ellos fue concretamente con el director científico, pero que había sido antes del inicio de las hostilidades. Desde entonces, él también había hecho todo lo posible por contactar con los arqueólogos sin obtener resultado.

El procurador escrutó en su agenda y, días después, se fue a la calle Serrano, donde fue recibido por Pedro de Lorenzo, director de ABC, con quien compartía un amigo común. Allí le

suplicó que le pidieran al corresponsal del diario en Tel Aviv, Luis Calvo, que buscara a Araceli. El primer ejecutivo del periódico le contó que la mayoría de los télex que recibían del periodista destacado en Israel venían cortados, que había días que no se recibían, y que resultaba absolutamente imposible que alguien en Tel Aviv averiguara la suerte de una compatriota en Petra.

En la embajada de Jordania en Madrid, adonde iba todos los días, insistieron en que las comunicaciones con Ammán estaban suspendidas y que ni ellos mismos conocían la situación de sus familiares más próximos. También acudió a las embajadas de Arabia Saudita, de El Líbano, de Siria y de la

República Árabe Unida sin obtener respuesta. No conforme, y dado que Israel carecía de representación diplomática en la capital, acudió a la calle Serrano. En la embajada de los Estados Unidos de América solo le dieron evasivas.

Pasadas las ocho de la tarde el Dodge Dart negro estacionó en el número 34 de la calle Alcalá. Del mismo se apeó un cansado Manuel Lora-Tamayo, ministro de Educación y Ciencia. A pesar de ser martes se había celebrado un Consejo de Ministros extraordinario en El Pardo, el cual había sido especialmente duro porque se había tratado la descolonización de las

posesiones españolas en África y el sempiterno tema de Gibraltar. También se informó del *Asunto Artigas* y de la decisión adoptada.

El ministro entró en su despacho y allí le recibió su secretaria. En cinco minutos la eficiente profesional le puso al corriente de las novedades que habían sucedido durante su ausencia.

—También ha insistido en hablar con usted el señor Artigas, el procurador por el Tercio Familiar —le comunicó, en último lugar.

—Ya sé que está llamándome todos los días para ver si encuentro a su hija, pero no sé ni qué decirle.

—Es que esta vez, hay una novedad —la mujer se quedó callada.

Se sentía extremadamente violenta.

El ministro levantó la vista del portafirmas donde estaba estampando su rúbrica y la interrogó con la mirada.

—Es que el señor Artigas llegó al ministerio a las diez de la mañana y todavía está esperándole en la sala de visitas —la mujer conocía la amistad existente entre su jefe y el procurador.

—¿Cómo? No, en absoluto, no voy a recibirle —la contestación del ministro fue rotunda.

—Don Manuel, nunca antes había visto a don Dionisio con esa cara, algo muy grave debe sucederle.

El titular de Educación y Ciencia se puso nervioso. Optó por mostrar evasivas.

—Todos tenemos problemas y no vamos por ahí molestando a los amigos.

—Los suyos deben ser muy importantes. No se ha marchado ni a comer. Debe llevar... —consultó el reloj y calculó— más de diez horas sentado en la misma silla.

El ministro negó con la cabeza.

—Dígale que estaré ocupado hasta las doce de la noche, como poco, que si quiere que me espere, pero que no podré recibirle hasta esa hora. ¡Mínimo! —remarcó.

Lora-Tamayo continuó con las firmas mientras la secretaria se fue a informar al señor Artigas. Regresó a los cinco minutos, emocionada.

—El pobre se ha puesto a llorar,

dice que claro que le espera y que le agradecerá toda la vida que haya encontrado un hueco en su agenda para recibirle —la mujer se retiró precipitadamente para buscar un pañuelo.

Diez minutos después el ministro autorizaba la entrada en su despacho de Dionisio Artigas. «Le diré que no sé de qué me está hablando y que me informaré».

La llegada del padre de Araceli fue dramática. Entró con prisa, casi corriendo, y al llegar frente a su amigo se arrodilló ante él y buscó su mano para besarla.

—¡Por favor, Dionisio!, ¡que yo no soy el Papa! No me beses la mano.

—Estoy desesperado, Manuel, desesperado. Eres mi única esperanza.

—¡Compórtate!

—No puedo, Manuel, quieren matar a mi hija. ¡A mi pequeña! — Dionisio no soltaba la mano de su amigo.

No cabía duda de que el procurador se había enterado de la suerte de Araceli. El conducto ahora era lo de menos. La realidad era que lo sabía y lo último que el ministro quería aparentar era una actitud cínica.

El político llamó a su secretaria y le pidió que trajera un vaso de agua para su amigo. A este le rogó que se sentara y que intentara ponerse cómodo.

—¿Cómo te has enterado,

Dionisio?

—Por un primo de mi difunta esposa, que vive en París —el procurador sufría un acaloramiento excesivo que no fue aplacado ni con el vaso de agua que le trajo la secretaria.

—Quítate la chaqueta, por favor, y tranquilízate.

—¿Cómo quieres que me tranquilice?, es imposible. Es la peor noticia que he recibido en mi vida, mucho peor que cuando me dijeron lo de mi mujer.

—Por favor, cuéntame qué más te ha dicho el primo de tu esposa —el ministro quiso que le informara, ya que no sabía realmente qué actitud tomar ante una situación para la que no estaba

preparado.

—Me contó que Araceli es la portada de Le Monde y de Le Figaro. También se habla de ella en el resto de diarios franceses y su imagen ha salido en la televisión —después de respirar profundamente, Dionisio se hallaba algo más tranquilo—. Allí, en Francia, todo el mundo lo critica, hasta los políticos proisraelíes como Mitterrand. Pero los periódicos españoles no dicen nada. He comprado a primera hora el ABC, el Ya, el Arriba, El Alcázar y esta tarde el Informaciones y el Pueblo, y en ninguno se publica la noticia. Ayer tampoco dijo nada la Hoja del Lunes. No me he perdido ningún informativo de Radio Nacional desde entonces, y tampoco

dicen nada. Mira, he traído un transistor —el hombre le enseñó al ministro una pequeña radio que llevaba en uno de los bolsillos de su chaqueta—, y he escuchado las noticias a cada hora, y nunca se habla de Araceli. Tampoco en el Telediario. ¿Qué pasa Manuel, qué pasa? ¿Qué hacía mi hija en Jerusalén si ella iba a Petra? ¿Cómo es que la han condenado a...? —la visita no finalizó la pregunta.

Bebió otro trago de agua y volvió a calmarse de nuevo.

—¡Dime, Manuel!, tú tienes que saber más cosas —más que de desesperación, el sentimiento del procurador era de abatimiento.

El ministro le facilitó un pañuelo

para que se seicara el sudor.

—Dionisio, parece ser que tu hija ha realizado labores de espionaje en contra de los intereses israelíes, y el espionaje está castigado con la pena capital. Acuérdate de lo que pasaba en nuestra guerra y cómo trataban los dos bandos a los espías que capturaban.

—¡Santo Dios, Santo Dios! ¿Qué estás diciendo? ¿Araceli espía? ¿Pero quién se cree eso?

El hombre tenía razón, aquello no se lo creía nadie, ni ninguno de los colegas de gabinete ni el propio Franco. Pero él era uno de sus ministros y tenía que adoptar una postura corporativa, sin presentar fisuras sobre la decisión tomada en el Consejo. Si el Jefe del

Estado había determinado no hacer nada y esperar acontecimientos, a él solo le restaba obedecer.

La reunión se prolongó durante más de treinta minutos, pero aunque hubiera durado toda la noche el resultado no habría variado. El padre de Araceli intentaba sin éxito hacer ver al ministro dos cosas. La primera que era imposible que su hija fuera una espía a sueldo de un país árabe.

La segunda que entendía todavía menos era la actitud del gobierno, ese silencio, esa negativa a mediar en un caso manifiestamente injusto. Araceli Artigas era una ciudadana española, una mujer además, y Dionisio no podía asumir que el Estado que él defendía en

las Cortes fuera a mostrarse indiferente ante el dolor de una familia tratada arbitrariamente por un país que no era enemigo.

Arrastrando los pies, con los hombros caídos y los brazos casi a la altura del suelo, Dionisio Artigas abandonó el despacho del ministro de Educación y Ciencia con la firme convicción de que Dios se había vuelto de espaldas.

71. Belén

Araceli no sabía qué hacer. Efrat la había informado que en cualquier momento se produciría la ejecución y, a juzgar por lo visto en el juicio, la comunicación en su idioma era algo que nunca iba a existir, ni *siquiera* para anunciarle una noticia de tan magno calado. Por esa razón no paraba de mirar la puerta, sabiendo que muy pronto aparecerían tres o cuatro funcionarias y se la llevarían al lugar donde la ahorcarían, la asesinarían, matizó para sí.

Ojeaba la Biblia y no sabía qué parte leer para tranquilizarse. Era

incapaz de concentrarse. Había abierto el sagrado libro varias veces al azar y descubrió, al tercer o cuarto intento, que jamás sería capaz de leer más allá de dos líneas seguidas sin pensar en Patrash y en el momento en el que le dio la menorah, y en las palabras que dijo sobre la confianza en las personas: «Guárdate esta menorah. Es un gesto que quiero tener contigo, para que me perdones».

A setenta kilómetros de allí, en Tel Aviv, alguien estaba trabajando tenazmente para que todo resultara un éxito. Al hombre le informaron que el peso de la rea rondaba los cuarenta kilos, e intentó que el saco de piedras

tuviera un peso similar. Le colocó con cuidado un gancho y después tensó la cuerda hasta ponerla en el lugar adecuado. Dejó un metro de holgura que calculó sería suficiente. Después la amarró firmemente a una argolla, como haría el día de la ejecución, y se situó al lado del escotillón. Sabía que el secreto consistía en tirar con fuerza de la palanca para que esta se abriera sin atascarse.

Y así resultó. El saco cayó con estrépito provocando un chasquido de la cuerda, que aguantó a la perfección cuando se tensó de nuevo quedándose bamboleante y en silencio. Se alegró de que todo funcionara correctamente en la sala adonde llevarían en cualquier

momento a la rea española. «Así aprenderán los árabes a saber cómo tratamos a quienes atentan contra nuestro Estado», pensó el verdugo.

72. Tel Aviv

La secretaria de Golda Meir anunció una visita que no tenía programada en su agenda para esa mañana del miércoles veintiuno de junio. La mandataria israelí consultó el reloj y autorizó la entrada.

Al abrirse la puerta apareció la inconfundible silueta de alguien que jamás pasa desapercibida, a pesar de que su trabajo es precisamente ese, ser evanescente. Hacía... ¿cuántos años hacía que Golda Meir no se encontraba frente a frente con Rachel Azikri? Recordó cuando conoció en Nueva York a aquella joven inquieta de mirada

sagaz, al poco de asumir la cartera de Asuntos Exteriores, allá por 1956. Un año después convenció a la profesora de historia para que sirviera al Estado de Israel desde el terreno que le era natural, el de la inteligencia, y así se convirtió en una de sus guardaespaldas, viajando con ella por todo el mundo, hasta que Meir Amit la nombró *katsa*: *La mejor katsa del Mossad*, se decía de Rachel.

Evidentemente ahora la encontró más curtida. Ya no era aquella jovencita tan preciosa que la acompañaba a todos los lados y que cuidaba de cada detalle; ahora era una mujer a la que la edad la había otorgado un encanto y un atractivo que fascinaban solo con su presencia,

sin abrir la boca, con una mirada madura y serena.

—Rachel, me alegro mucho de verte por aquí. No es normal que me visite un *katsa* del Mossad. No os prodigáis con facilidad.

—Nosotros no existimos, señora Meir, ya sabe que somos como el humo que envenena sin que sea detectado —sonrió con cierta amargura.

—Claro. Siéntate y cuéntame cuál es el sentido de tu inesperada pero agradable visita.

—Araceli Artigas.

La dirigente del MAPAI se tensó en su sillón y encendió, nerviosa, un cigarrillo.

—¿Desde cuándo el Mossad se

interesa por una espía al servicio de los árabes justamente condenada a muerte? —preguntó, con un rostro del que súbitamente habían volado las iniciales muestras de afabilidad.

—El Mossad no lo sé, pero yo sí me intereso por las personas que son condenadas a muerte de forma injusta.

—¡Vamos, Rachel! No me digas que vas a preocuparte ahora por la vida de alguien que no es israelí. Me estás decepcionando —soltó el humo con violencia.

—Me intereso por esa mujer porque he convivido con ella varias semanas, porque sé de dónde viene, cuál ha sido su pasado y lo que hizo en Petra.

—Las personas engañan con sus

anteriores. Deberías saberlo mejor que yo —repuso la ucraniana.

—Ya sé que las personas engañan con su pasado, pero no después de los controles que hicimos a todos los miembros de la expedición que nos juntamos en Petra. Descubrimos que el italiano era un sacerdote, que el francés tenía procedencia argelina, y que el jordano y la española eran lo que decían ser, especialistas en historia antigua. Y muy buenos, por cierto —precisó Rachel.

—¿Y qué más averiguaste? —preguntó con cierta sorna la ucraniana.

—De ellos lo suficiente. Los conozco muy bien y todavía del jordano podría pensar que a última hora fue

reclutado por el Mukhabarat, pero de la española... eso es imposible, absolutamente imposible —aseguró. Las palabras de la espía resonaron tajantes y firmes.

—Pues declaró que la menorah era suya.

La agente del Mossad miró al suelo por unos instantes y después taladró con sus ojos los de la señora Meir.

—Conozco muy bien a Araceli y también conozco muy bien a Patrash Pasha.

—Ya me imagino —supuso Golda Meir, con resignación.

—Nunca he conocido un árabe tan indeseable como él. Trabajaba para

mí y me resultó eficaz en alguna ocasión, pero, repito, le conozco muy bien, demasiado bien. Imagino que sería un trabajo que le encargó Meir Amit a mis espaldas.

—Supongo que el jefe del Mossad puede tener autonomía respecto a uno de sus muchos agentes —comentó irónicamente, dejando ver que la *katsa* se extralimitaba en sus competencias.

—Usted sabe que es inocente.

—Deberías saber, Rachel, que la terrorista española firmó una declaración en la que confesó trabajar para un país árabe.

Rachel sonrió con desdén. Parecía que la señora Meir no sabía con quién estaba hablando.

—Sé muy bien cómo se obtienen esas declaraciones, y presupongo cómo se obtuvo esta, a juzgar por las relaciones de amistad que unían a Araceli con Abdallah, y por lo que se ha dicho del jordano en los periódicos. Yo he enseñado a muchos jóvenes a propinar palizas sin que afecten a los órganos vitales del detenido. Les he mostrado la manera de escandalizar a un familiar, a un amigo, a un colega sin que corra peligro su vida, solo para impresionar y obtener así una confesión, una delación o lo que nos parezca oportuno. Los judíos pasamos demasiado tiempo con los nazis y por eso llegamos a aprender lo peor de aquellos monstruos. De ahí que hayamos

conseguido ser unos eficaces interrogadores, como lo eran ellos. Estoy convencida de que la declaración de Araceli Artigas se obtuvo de esa manera. Imagino a la pobre firmando lo que le pusieran delante con tal de evitar que mataran a su amigo —resumió, al borde de la desesperación.

—Nadie firmaría una declaración así si no fuera verdad.

—Ella estaba sola, asustada, detenida injustamente —Rachel no podía creer que estuviera hablando con alguien como Golda Meir, quizá la mujer israelí más inteligente de toda la historia—. Araceli Artigas no es una profesional de la inteligencia entrenada para aguantar una tortura física o

psicológica. Ella solo es una profesora de universidad, nada más que eso.

—Se celebró un juicio justo. Su abogado no pudo contraargumentar nada.

—¡Por favor! Estuve en el juicio —desveló, con rabia.

—¿Que estuviste en el juicio? —preguntó, sumamente extrañada. Golda Meir no contaba con eso.

—Sí, entre el público, en la última fila y con unas gafas negras para que nadie me reconociera. Aquello fue una pésima obra de teatro. El fiscal se ensañó con ella y al abogado defensor se le caían al suelo los billetes que le habían dado por participar en el paripé. No hizo nada por defenderla, solo se limitó a apelar a la clemencia del juez,

nada más —la expresión de Rachel no podía ser más agria—. El verdugo tirará de la trampa, pero quien le ha puesto la soga al cuello ha sido Ivri Lavie. Algún día pagará por ello.

—Cada uno jugó su papel.

—Sí, pero también conseguisteis arruinar mi trabajo.

La política la miró aturdida.

—Desenmascarasteis a uno de mis *sayanim*.

—¿Qué estás diciendo, Rachel? Exijo que te expliques —Golda Meir sabía que la conversación estaba saliendo fuera de su control.

—¿Sabe cuánto tiempo me costó reclutar a la mujer que llevasteis de testigo?

—¿Te refieres a...?

—Sí, a esa. Alguien que tuve que convencer durante muchos meses para que, aun siendo jordana, trabajara para nosotros. ¿Sabe alguien lo difícil que es conseguir un informador dentro de un círculo tan hermético como es una corte real? No, señora Meir, eso desde un despacho como este no se sabe, no se tiene ni idea —la *katsa* golpeaba repetidamente con su dedo índice la mesa del despacho de Golda Meir, sin recato ni miramiento.

—En el juicio no se reveló su identidad, estuvo oculta del público todo el tiempo, incluso de los abogados. Solo la vieron el juez y sus ayudantes.

—¿Y quién me garantiza a mí

que uno de esos ayudantes no es un espía de Nasser, o de Chukeiri, o del propio Hussein? Y encima ordenáis a los directores de los periódicos que publiquen titulares en los que se atribuye a la espía española una relación muy estrecha con *un mandatario árabe*. ¿Qué podemos pensar, que en el Mukhabarat todos son estúpidos? — Rachel empezaba a estar fuera de sí. La consternación profesional se había aliado con el sufrimiento por la delicada situación de la española—. Aunque no hubieran tenido a nadie en la sala, atarán cabos, como hacemos todos, e indagarán de dónde vino la filtración de una información tan reservada como esa. La detendrán, la torturarán, la harán hablar

y confesará, con la misma locuacidad con la que conseguimos nosotros que hablen nuestros enemigos después de meterlos en uno de nuestros sótanos.

—Eso no pasará —aseguró la anfitriona, que no había reparado en las consecuencias que tendría la declaración de Samira.

—Le he dado orden de que abandone su puesto lo antes posible. Solo así podrá salvar su vida. No sería la primera vez que matan a un confidente. Ni la última.

Golda Meir guardó silencio. Rachel se encontraba sumamente dolida con ella.

—Y todo para nada —prosiguió hablando la *katsa*, desesperanzada—,

para asesinar a una inocente y que el mundo acabe echándonoslo en cara, hoy o mañana. ¿Qué queremos, cargar con un nuevo Deir Yassin? Yo no quiero formar parte de un país de asesinos.

—¡Basta, Rachel! Esto no tiene nada que ver con aquella matanza.

—Es un suceso que nos ha costado mucho tiempo levantar. Forma parte de nuestra historia más negra. Una cosa es matar a enemigos en el campo de batalla y otra asesinar a inocentes, parece que no aprendemos.

—No lo puedes comparar. Además, aquello fue obra del Irgún, ni siquiera intervino la Haganah.

—Para la opinión pública los culpables fueron los israelíes. Desde el

extranjero nos meten a todos dentro del mismo saco. Nadie sabía entonces en Europa o en América ni lo que era la Haganah, ni el Irgún, ni Stern, ni cuáles eran las diferencias entre aquellas formaciones. Entre otras razones porque Israel todavía ni existía. Pero ahora no estamos necesitados de realizar atrocidad alguna. Tenemos un Estado soberano, acaba de ganarse la tercera guerra contra los árabes, hemos multiplicado la extensión de nuestro país por cuatro... ¿qué más quiere el MAPAI? —la *katsa* apretó los puños y cerró con fuerza los ojos.

La señora Meir jugueteó con un bolígrafo entre sus dedos.

—¿Qué quieres, Rachel? ¿A qué

has venido? —preguntó, mientras daba la última calada a su cigarrillo—. Esta conversación ha durado demasiado. Tuve debilidad por ti, y por eso te he aguantado tanto, pero no puedo perder más tiempo contigo.

—Quiero que se suspenda la ejecución y que el gobierno anuncie el indulto de la española —respondió, sin rodeos.

—Eso es imposible —repuso la anfitriona, con seguridad—. La ejecución tendrá lugar pasado mañana, de madrugada. No hay vuelta atrás.

Rachel se incorporó de su silla y plantó sus manos en la mesa de su interlocutora. Su actitud no podía ser más desafiante.

—Israel ha de dar una *muestra* de clemencia ante el mundo. Eso sería el mayor exponente de poder, cuando puedes ejercer la violencia y renuncias a ella. Refuerza la soberanía de un país y consolida su imagen en el exterior.

—La ejecución se celebrará pasado mañana —repitió Golda Meir, lacónicamente, mostrando así que la argumentación de la espía le resultaba indiferente.

—Nunca ganaremos credibilidad si actuamos matando inocentes. La prensa internacional se ha hecho eco de ello.

—Es justo lo que buscábamos, Rachel, veo que no has captado la auténtica dimensión de esta operación

—la política sonrió con malicia—. Lo que queríamos era justo esto, que todos se enterasen de que al gobierno israelí no le tiembla el pulso por autorizar la ejecución de cualquier persona enemiga de nuestro Estado. Por eso se ha buscado precisamente que sea una mujer, para que el impacto informativo sea mayor. De joven eras más inteligente, Rachel. Estás perdiendo facultades. Hablaré con Meir Amit. Es posible que necesites un cambio de funciones, trabajos más simples, al nivel de tu perspicacia.

—Hable con quienquiera. Jamás deberíamos mancharnos las manos con la sangre de una persona inocente.

—En el ahorcamiento el reo no

sangra, también hemos reparado en ese detalle —dijo, con satisfacción—. Como ves, estamos en todo.

La señora Meir tomó su teléfono y pidió a su secretaria que entrase para acompañar a la visita a la puerta de entrada al edificio. La reunión había terminado.

Rachel Azikri dio media vuelta y se marchó del despacho de Golda Meir antes de que la echaran. No pronunció palabra alguna. No se despidió de la mujer por la que, en una época muy lejana, profesó una auténtica y sincera veneración, y hasta por la que habría estado dispuesta a entregar su vida.

Dos horas después, el teléfono de Golda Meir volvía a sonar. Era Levi

Eshkol. La quería comentar que había recibido una llamada de la Casa Blanca.

—Nunca antes había visto así al Presidente —confesó el primer ministro israelí—. Me ha exigido que paralizáramos la ejecución de la española. Argumenta que esa muerte puede volverse en su contra como aliados nuestros que son.

—¿Y qué le has dicho?

—Lo que se esperaba de mi cargo, que el Estado de Israel es soberano y que jamás aceptará presiones de ningún país, por muy amigo nuestro que sea.

—No entiendo por qué les cuesta tanto entender algo tan sencillo —reconoció la señora Meir.

—Le he confirmado la hora de la ejecución. Después me ha colgado, sin mediar palabra.

Al mismo tiempo, y sin añadir nada más, ambos dirigentes políticos dieron por finalizada la breve conversación telefónica.

A media tarde del día siguiente, jueves veintidós de junio, tres funcionarias entraron en la celda de Araceli. La de más edad leyó un comunicado.

—¿Qué me habéis dicho? —preguntó en español, repitió en francés, volvió a preguntar en inglés.

Ninguna de las tres respondió, ni siquiera Efrat, que la miraba con odio

contenido. Cerraron la puerta y dejaron a la española, fuera de sí, golpeando rabiosa con la banqueta en la pared una y otra vez hasta hacerla saltar hecha pedazos.

73. Belén

Araceli estaba segura de que le habían leído el anuncio de la fecha, y probablemente hora, de su ejecución, pero nadie había tenido la cortesía de informarle del momento, aunque solo hubiera sido señalándole un día en el calendario y una hora en un reloj. Habría sido el último gesto humano con ella.

Había pasado las horas tirada en el suelo sin que hubieran tenido la deferencia de llevarle la cena. Se había quedado agarrada a una de las patas astilladas de la banqueta, y hasta pensó en quitarse la vida con ella,

clavándosela en las venas de la muñeca. Pero no fue la falta de valor lo que la llevó a desistir, sino el firme convencimiento cristiano de que un creyente no debe determinar el fin de su vida, porque en la Gloria Eterna no hay sitio para los suicidas. Era ya el único consuelo que le quedaba. A ella la existencia terrenal no le había resultado tan placentera como los dibujos que venían en los libros de religión que estudiaba en párvulos, y esperaba que la otra existencia sí lo fuera. Y pensó también que se iba con el recuerdo de la cara más amarga del ser humano, la de la mentira, la de la traición y la deslealtad, con la del vil asesinato a sus semejantes.

Dado que le habían confirmado que no contaría con el auxilio espiritual de un sacerdote, hizo un acto de contrición y se confesó a sí misma de todos los pecados que había cometido en su vida, así como del rencor que guardaba hacía sus ejecutores, de la ira que todavía albergaba contra Efrat o Ivri, o contra aquellos dos jóvenes que golpearon al pobre Abdallah hasta colmar su aversión. Pidió perdón por no tener igual capacidad de misericordia que tuvo Él en la Cruz con sus verdugos, e incluso pidió perdón también por el resentimiento que la martirizaba contra ese nuevo Estado nacido a costa del pueblo árabe, pueblo trabajador y hospitalario hasta donde ella había

conocido.

Mojó el dedo índice de la mano derecha en saliva y pintó con él una cruz en la pared. Se arrodilló ante ella, entrecruzó sus dedos y rezó varios padrenuestros y un avemaría, encomendándose a Jesucristo y pidiendo humildemente que acogiera lo único que quedaría de ella: su alma.

Como si hubiera recibido algún tipo de iluminación divina, en los momentos posteriores sintió una tranquilidad interior desconocida hasta entonces. Se recostó sobre la cama y logró conciliar un sueño dulce, como el de aquellas personas que tienen su conciencia en armonía y que han expulsado de sus entrañas todos

aquellos ogros que les reconcomen, y que les roban el sosiego y la paz.

Paz; eso sintió. Paz; nada más que paz.

La sosegada quietud que se había apoderado de Araceli Artigas nada tenía que ver con la situación que estaba dándose en esos mismos instantes tanto en Europa como en América.

La inminente ejecución de la española mantenía en pie a un buen número de ciudadanos que no estaban dispuestos a permanecer impasibles ante lo que entendían era un asesinato de Estado. En un continente plagado de emigrantes, los españoles residentes en el extranjero se movilizaron para evitar

la muerte de su compatriota. Excepto en Zurich, donde la policía helvética impidió por la fuerza cualquier conato de concentración, en ciudades como París, Bruselas, Bonn o Frankfurt las protestas fueron muy numerosas, con pancartas en las que exigían la libertad de la arqueóloga española. En alguna de aquellas manifestaciones llegaron a quemarse banderas con la Estrella de David, en acciones que fueron duramente reprimidas por las fuerzas del orden. En Roma, en la plaza de San Pedro, se formó una espontánea concentración de personas que acudían con velas, dispuestos a celebrar una vigilia silenciosa para acompañar en la distancia a la prisionera cristiana en sus

últimas horas. Tanto el ayuntamiento de Roma como el Vaticano acordaron apagar la luz. El sereno espectáculo de miles de velas encendidas resultaba casi igual de sobrecogedor que el silencio reinante.

Aunque no con un carácter tan religioso, también en Toulouse, una de las ciudades europeas con mayor número de exiliados, los republicanos españoles se concentraron ante la sede del Partido Comunista de España, e hicieron una sentada que fue respetada por los transeúntes franceses. A media tarde se produjeron algunas carreras entre estudiantes de la Complutense y la Policía Armada ecuestre. Los *grises* practicaron detenciones de numerosos

jóvenes que fueron conducidos después a los siniestros calabozos de la Puerta del Sol. Eran estudiantes que tenían por costumbre escuchar las emisiones de la BBC en español y que se habían enterado así de la suerte de la española.

La reina Isabel, desde su castillo de Windsor; Don Juan de Borbón, desde Estoril; U-Thant, desde Nueva York, o el Papa Pablo VI enviaron a Levi Eshkol telegramas rogando piedad para la rea.

El nombre de Araceli Artigas había cruzado el océano. Los presidentes de Argentina, de Chile, de México también habían intentado contactar con el gobierno de Israel, pero en Tel Aviv se había dado orden de no atender petición alguna, procediera de

donde procediera. Incluso el gobernador de Colorado quiso, sin éxito, hablar telefónicamente con Golda Meir, a quien conocía personalmente y con quien le unía una fuerte amistad.

Mientras, en el palacio Basman, de Ammán, un hombre se desesperaba. Sentado a la mesa de su despacho escuchaba la BBC, edición inglesa, gracias a un aparato de onda corta. Con la colilla de un cigarrillo encendía el siguiente.

—Majestad, ¿desea que le traigan la cena?

—No tengo apetito, Zeid, gracias. ¿Has conseguido hablar con Madrid? —indagó el Rey, una vez más.

—No, Majestad —contestó el

ayudante, paciente—. Llevamos toda la tarde intentándolo pero nos han comunicado en repetidas ocasiones que el General Franco no se encuentra en su residencia.

Hussein propinó un fuerte golpe en la mesa. Se levantó airado. Comenzó a caminar sin rumbo por su despacho, como una fiera enjaulada.

—¿Cómo que no está? ¡Eso es imposible! —se respondió él mismo—. Franco no viaja a ningún lado. Excepto nosotros y su amigo portugués, no hay un solo gobernante que le soporte. Ese no quiere ponerse al teléfono —extraía en conclusión—. Van a matar a una compatriota y él ni se inmuta.

Zeid Rifai lo miraba en silencio.

—Continúa intentándolo. Di que es extraordinariamente urgente. Tiene que llamar a Tel Aviv y pedir, implorar si llega el caso, que no ejecuten a Araceli esta noche —el monarca se hallaba fuera de sí. El ayudante no recordaba haberlo visto así nunca, ni siquiera cuando comenzó la reciente guerra—. Esa mujer no puede morir. No la pueden matar.

Como una furia, se acercó a su secretario y lo agarró por las solapas.

—¿Entiendes? ¡Vamos, sigue llamando a Madrid! —le ordenó, a la vez que señalaba la puerta con el dedo.

Regresó a su mesa y siguió escuchando la radio mientras encendía un nuevo cigarrillo. En ese instante

acababan de conectar con Düsseldorf, donde el enviado de la BBC informaba de la manifestación, cuajada de banderas republicanas, que se había convocado en Hofgarten para exigir la liberación de la ciudadana española.

Un teléfono sonaba en la calle General Mola. Eran las once y media de la noche. Un hombre se hallaba delante de una televisión que ni veía ni oía. Su mano se hallaba fría, agarrotada. Entre sus dedos sostenía una fotografía. Era un primer plano de una mujer de treinta y cinco años que sonreía a la cámara con un irrefrenable aire de felicidad. Cubría la cabeza con un pañuelo oscuro y miraba al objetivo con ganas de querer atravesarlo para exteriorizar al mundo

su magnífico estado de ánimo. ¿Cuántas fotos podía haber en ese salón? ¿Veinte, treinta? En ninguna se veía a Araceli tan dichosa como en la que había recibido hacía unos días y que tanta ilusión le hizo.

Descolgó mecánicamente el auricular:

—¿Dionisio?

El padre de Araceli se puso rígido. Le sonaba esa voz pero en ese momento no la distinguía con precisión.

—¿Quién es?

—Soy Manuel.

—¡Ministro! —Dionisio se levantó y su corazón se desbocó— ¡Dime, dime, dime, dime, dime!

Después de unos instantes de

silencio, Manuel Lora-Tamayo consiguió articular unas palabras:

—Lo siento Dionisio, lo siento.

El hombre se desplomó hasta clavar las rodillas en el suelo. Agarró el auricular con mayor fuerza todavía.

—Acaban de decirnos que va a ser esta noche. Lo siento, Dionisio — repitió el ministro.

Los dos interlocutores se hermanaron en el llanto.

—¿Qué vamos a hacer, Manuel?, ¿qué vamos a hacer? —preguntó, entre sollozos, después de unos minutos en los que la línea telefónica solo recogía los gemidos de los dos hombres.

—Solo nos queda rezar por la salvación de su alma. Esta noche el

Altísimo se la llevará a su lado. Araceli ha sido una buena cristiana y hoy tendrá su recompensa. ¿Quieres que vayamos mi mujer y yo a tu casa?

El silencio del salón solo se rompía por el sonido, rítmico y hondo, del carillón. Sus agujas caminaban mucho más lentas que el corazón del procurador. A lo lejos, un autobús circulaba por los bulevares de la calle. Mientras, la televisión hablaba y hablaba, como si fuera un indiferente zumbido.

Dionisio se levantó del suelo:

—No, ministro. Prefiero rezar en soledad.

La tranquilidad que vivía la

cárcel de mujeres de Belén se vio alterada por la llegada de tres personas a la celda de Araceli. El sonido de la puerta despertó a la rea, que se había quedado profundamente dormida, algo que extrañó sobremanera a las dos carceleras. Una de las dos funcionarias que acompañaban al médico del penal portaba una bandeja donde habían dispuesto tres vasos metálicos, uno de ellos con leche, otro con un humeante té y en el tercero habían vertido vino. La bandeja también contenía un pan ácimo y un plato con carne, todo ello sobre un pequeño mantel de tela.

—Es *kosher* —informó una de las mujeres, sin que Araceli le hiciera el menor caso.

—Tengo que reconocerla. Es la norma —se excusó el doctor.

Las dos funcionarias se acercaron al lecho de Araceli y la incorporaron cuidadosamente. Ella se dejó hacer y no presentó objeción alguna. El médico le pidió que se descubriera el pecho y la auscultó con delicadeza. Después le exploró la boca con ayuda de una linterna y le tomó el pulso.

—Veo que sigue gozando de buena salud —comentó, sin mirarla a la cara.

—¿De qué me vale tener buena salud?

—Por un lado me gustaría que estuviera enferma, pero no lo está —

reconoció el facultativo.

—¿Por qué dice eso? —inquirió Araceli, clavando sus ojos en el suelo.

—Porque si estuviera enferma se pospondría el cumplimiento de la pena. Es la norma, como le digo. Al reo hay que practicarle un último reconocimiento horas antes.

—¿Horas antes? ¿De qué? —volvió a preguntar la española, esta vez mirando al hombre al que entendía cómplice de su asesinato, ya que quería ver la cara que mostraba cuando le hablara claramente y se bajara del tren de los eufemismos en el que se había subido.

—Del momento previsto para la ejecución —el doctor se había armado

de valor para hablar con claridad.

—¿Tiene usted familia?

—Sí, tengo mujer y dos hijas.

—Y usted, que es médico y tiene familia, ¿qué pensaría si fueran a asesinar a una de sus hijas?

—Un momento —el médico levantó la palma de la mano—, que una cosa es un asesinato en los términos que está usted insinuando, como si este fuera un país sin gobierno ni leyes, y otra muy distinta es impartir justicia dejando trabajar a los jueces, sin presionarles ni someterles a intereses políticos, como cuando estaban aquí los británicos. Somos un Estado joven —continuó razonando el facultativo de la prisión— pero con una historia muy antigua, y eso

justo es lo que el mundo, tanto el occidental como el árabe, terminará por entender.

—Usted es una marioneta — Araceli le zahirió, con una tranquilidad que la sorprendió a ella misma.

—Usted es alguien que tenía que haber pensado mejor que con el Estado de Israel no se juega —repuso el doctor.

La madrileña, ante la atónita mirada de las dos carceleras, agarró despacio la bandeja y la tiró afuera de su celda, al pasillo. El menaje metálico sonó con gran estrépito a la vez que todo el contenido del plato y los vasos se esparció por el suelo. La torta de pan ácimo rodó como si fuera una gigantesca moneda.

El médico guardó la linterna en su bolsillo y se preparó para abandonar la celda.

—¿Qué van a hacer con mi cuerpo? ¿Se lo entregarán a mi padre? —las palabras de la española no podían ser más serenas y desapasionadas. Un observador ajeno pensaría que allí se hablaba de otra persona.

—Cuando termine la ejecución, la volveré a reconocer y extenderé el correspondiente certificado de defunción. Ya sabe, es la norma. Esperaremos un cuarto de hora a que la sangre baje, para que comience a coagularse y no brote al retirar el cuerpo. Después la descolgaremos y la introduciremos en una caja de madera

—consultó su reloj—. Imagino que a esta hora su ataúd ya estará esperándola en la cárcel de Tel Aviv. Por último se la llevará a un horno crematorio. Las cenizas se aventarán en un lugar secreto. Jamás se dirá dónde se han esparcido.

Araceli ya no se sorprendía de la frialdad del doctor hablando de su ejecución.

—Así es la norma, ¿no?

—Sí, así es —concedió el médico penitenciario, en una actitud que rayaba en el placer.

—Veo que los judíos han copiado a la perfección las técnicas de los nazis. Décadas después los hornos crematorios vuelven a hacer desaparecer cuerpos de gente inocente.

El médico no supo qué responder. Intentó que la rea no le viera tragar saliva.

Antes de salir, se volvió y lanzó a la española la última sentencia:

—Y me alegro que esté usted bien de salud. *Shalom*.

Las carceleras volvieron a cerrar la puerta de la celda de Araceli y esta, despacio, regresó a su cama. Era consciente de que solo le debían quedar pocas horas, tal vez, incluso, minutos.

Mientras caminaba de regreso hacia la entrada, donde un vehículo lo llevaría directamente a Tel Aviv para prestar sus servicios en la ejecución, el médico pensó que, la próxima vez que volviera a poner el fonendoscopio en el

pecho de la terrorista española, no oiría nada.

74. Belén

A las cuatro de la madrugada, una hora antes de lo previsto, una fila de tres vehículos de gran cilindrada y con una luz centelleante azul en el techo, precedida de dos motoristas, hizo su aparición ante el portón del garaje de la prisión de mujeres de Belén. Las funcionarias, que ya estaban alertadas, franquearon el paso a la comitiva, la cual fue recibida por la directora de la cárcel, que se había quedado a pasar la noche en el centro penitenciario.

—Muy pronto venís —se sorprendió la directora, mientras una funcionaria abría la puerta del primer

vehículo.

La persona que estaba al frente del convoy se apeó con decisión.

—Quieren preparar a la rea para que esté perfectamente dispuesta a las siete de la mañana —justificó—. Va a ser un magnífico espectáculo. Han anunciado su presencia el presidente Zalman Shazar, el primer ministro Eshkol, la señora Meir y no sé si va a acudir también Ben Gurion. Me han adelantado que la ejecución se va a filmar y que van a mandarse copias a Nasser, a Hussein, a al-Atassi y a Helou. Será algo grandioso —las palabras poseían un acentuado tinte sádico.

La directora leyó la orden de traslado que le entregaron y llamó a una

de sus subordinadas.

Cuando Araceli abandonó su celda, con una bata negra que le habían puesto para la ocasión, notó que el mundo se volvía pequeño, que se sentía ligera, tanto que no eran sus piernas las que hacían avanzar su cuerpo, sino una extraña fuerza que la empujaba involuntariamente hacia su trágico destino. Aunque todas las puertas de las reclusas se mantenían cerradas, oyó golpes y chillidos, nunca sabría si eran recriminatorios por una postrera reprobación o era la manera que tenían el resto de compañeras de mostrarle su último apoyo y cariño. Algunas de las funcionarias con las que se cruzaba la miraban fijamente; otras clavaban sus

ojos en el suelo por no ser capaces de contemplar la impasible y extremadamente templada expresión de la española, conducida dócilmente por dos empleadas. Otras se decantaron por asomarse a las ventanas. Toda la plantilla de la cárcel estaba en pie. Nadie quería perderse la salida hacia el patíbulo de la espía árabe.

Llegó al patio y al ver al siniestro convoy, sus piernas se frenaron. Una mano, fuerte y decidida, le propinó un violento e inesperado empujón por la espalda.

—Vamos, sé valiente, como cuando te pusiste a hacer aquellas fotos —susurró Efrat, muy cerca de su oído—. Aunque ahora no vas a poder

hacerlas porque para eso necesitas la luz del sol, algo que jamás volverás a ver. ¿Por qué no llamas a Hussein para que venga a salvarte? Él te dio un colgante, pero nosotros también tenemos algo para tu cuello. Además, bastante más fuerte, ya lo comprobarás por ti misma.

Una compañera la apartó y recriminó su actitud con la mirada.

La persona que mandaba la comitiva trató de no mirar a la rea y prefirió terminar la conversación con la directora del penal.

—Nos vamos, todavía tenemos una buena distancia hasta Tel Aviv.

—No sabía que este traslado sería así —opinó la directora, extrañada.

—Así, ¿cómo?

—Pensaba que solo vendría a buscar a la detenida un furgón policial, sin tanta escolta ni tanta moto.

—Será por seguridad —supuso—, por eso venimos más efectivos.

Las dos motos delante y los tres coches detrás iniciaron la salida del patio de la prisión de mujeres de Belén. Araceli viajaba en el primer vehículo, en la parte central del asiento trasero y flanqueada por dos policías. El coche lo conducía otro hombre, y la persona que ejercía la jefatura se había sentado en el asiento del copiloto. La española no fue capaz de mirar a nadie y mantuvo en todo momento los ojos cerrados.

El convoy se perdió en la noche

israelí.

Media hora después, una funcionaria entraba en el despacho de la directora de la prisión. La agitación por la carrera que acababa de darse desde la entrada la hacía estar pálida y temblorosa.

—¡Venga, deprisa! —balbució, con dificultad.

Las dos mujeres salieron al patio y allí se encontraron con un furgón. El oficial de policía que había llegado en él las miró con ojos interrogantes.

—No sé por qué me miran tan extrañadas. Venimos a llevarnos a Araceli Artigas a Tel Aviv. Dentro de unas horas se va a realizar su

ajusticiamiento.

Las dos mujeres se miraron, atónitas. Todos los funcionarios de la prisión se habían fijado en los uniformes de los miembros del convoy, pero nadie reparó en que los coches y las motos que formaban la madrugadora comitiva carecían de distintivo alguno.

La caravana estaba llegando a las proximidades del monasterio Cremisan, donde tenían establecido el punto de encuentro. Todavía era de noche.

—Si salimos de esta no voy a conformarme con un beso —aseguró Donovan, que se hallaba al volante y vestía uniforme de la policía israelí,

como las otras ocho personas de su equipo que estaban interviniendo en el operativo que había montado urgentemente.

La *katsa* del Mossad, que ocupaba el asiento del copiloto y que había ejercido el rol de jefa de la expedición, miró hacia atrás y se dio cuenta de que la española se encontraba tan ausente que no se daba cuenta de lo que sucedía.

—¡Eh, Araceli! ¿Te acuerdas de mí?

La madrileña la miró pero no mostró gesto alguno.

—¿No te alegras? —Rachel se sorprendió de la ausencia de reacción de la persona a la que estaban librando

de la horca.

—No sabía que, además de practicar la arqueología, también te dedicabas a conducir a personas inocentes al patíbulo —respondió la española, que no veía a Rachel desde Petra.

Los cuatro sonrieron.

El vehículo, siguiendo a los dos motoristas, trazó las últimas curvas de la montaña a la que se dirigían y al final del camino se les apareció, ya con las aspas en movimiento y emitiendo un zumbido agudo y punzante, un colosal Boeing Vertol. Las once personas subieron apresuradas al helicóptero que, al momento, comenzó a elevarse del suelo.

—Ponte esta ropa y quítate esa bata negra, que no te favorece nada.

Uno de los soldados que viajaba en el helicóptero tomó una fuerte cizalla y cortó la cadena de las esposas de Araceli.

—Ya te las quitarán completamente en el destino. Venga, vamos a cambiarnos —ordenó Donovan a todos sus hombres—. ¡Y cuidado los uniformes!, no sabemos cuándo ni quién tendrá que disfrazarse otra vez de policía israelí.

—¡Por cierto! —exclamó uno de los hombres del equipo de James Donovan, aparentando mostrar seriedad—. Ahora que nos hemos marchado de Israel, ¿quién va a devolver las dos

motos y los tres coches que hemos alquilado?

Todos los demás rieron la ocurrencia del compañero.

—¿Qué está pasando? —quiso saber la española, desorientada, con unos ojos que no eran capaces de centrar la mirada en lugar alguno.

—Ya lo ves, que hemos decidido que sigas ejerciendo la arqueología —dijo Rachel—. Y perdona que hayamos montado toda esta parafernalia para venir a buscarte. Cuánto más escándalo se organiza, menos se fija el enemigo en la identidad de unos desconocidos. Nadie va a sospechar que cinco vehículos y diez personas entren por la puerta principal de una cárcel para

rescatar a una prisionera. Más eficaz que si nos hubiéramos puesto a cavar un túnel —sonrió de nuevo.

—Más rápido y, sobre todo, más limpio —apostilló Donovan, riendo también.

—Eso, y más limpio —ratificó Rachel, cómplice con el norteamericano, mientras mostraba una sonrisa como ya no recordaba.

Araceli volvió a comprobar que la mirada era también un medio de comunicación, a veces más potente que las palabras. Por eso, los ojos de Rachel Azikri le acababan de informar de lo que había sucedido, y de las consecuencias que suponía que ahora mismo se hallara a bordo de un

helicóptero del ejército de los Estados Unidos de América.

A los cinco minutos de haber partido, Rachel se acercó al oído de Donovan y susurró:

—De *sabbat* a *sabbat*.

El agente de la CIA la miró extrañado.

—Que si salimos de esta —le aclaró—, me meto en la cama contigo desde un *sabbat* hasta el *sabbat* siguiente. Para que lo entiendas, una semana completa.

El Boeing Vertol, poderoso y seguro dueño de los cielos, atravesaba el Mar Muerto en dirección este, rumbo a Jordania.

Araceli contempló desde una de

las ventanillas cómo unas nubes esteliformes empezaban torpemente a dibujarse en un cielo que comenzaba a clarear. Contrariamente a lo que podía haber imaginado, hacía tan solo media hora, la española estaba presenciando un nuevo amanecer.

Epílogo

Rachel Azikri había abandonado el despacho de Golda Meir con el firme convencimiento de que no iba a consentir que el Estado israelí asesinara a una persona inocente, y completamente ajena a sus reivindicaciones y a las hostilidades que mantenían con los países árabes. Si no hubiera hecho nada por Araceli, se habría arrepentido toda su vida.

Habló con su amigo Jimmy Donovan y este se tomó el asunto, que conocía por los periódicos, con el mismo interés como si Araceli Artigas fuera una ciudadana de su país. Además,

para el espía norteamericano, introducir un helicóptero en Israel no suponía problema alguno ya que ambos países eran aliados militares. Tardó escasos minutos en obtener la autorización de la Secretaría de Estado y del propio presidente Johnson. El rey Hussein, informado del asunto por la CIA, accedió entusiasmado a acoger al Boeing Vertol con la arqueóloga española a bordo.

Desde Ammán, Rachel negoció con Golda Meir el indulto absoluto para la española, a lo que, al cabo de una semana, acabó accediendo el gobierno israelí, que lo planteó cínicamente al mundo como una muestra más de generosidad hebrea hacia el pueblo

árabe al que siempre consideró su amigo. Eso sí, establecieron dos condiciones. La primera era que Araceli nunca hablara de todo aquel asunto con nadie, ni en público ni en privado. La segunda que jamás volviera a pisar suelo del Estado de Israel. A lo primero la española aceptó disciplinada; a lo segundo accedió encantada. También Rachel negoció que si ella o la arqueóloga española desaparecían en sospechosas circunstancias, la CIA haría públicos los métodos que usaba el Mossad. Meses después, nadie recordaba el asunto.

La policía francesa encontró el cuerpo sin vida de Patrash Pasha dentro de un deportivo estrellado en la

carretera que discurre entre las localidades de Menton y Roquebrune, en la Costa Azul. La autopsia reveló que el fallecido había consumido una cantidad tal de cocaína que le tenía que haber impedido, incluso, sentarse al volante. Pero no encontraron pruebas incriminatorias contra nadie por lo que el caso fue archivado.

A finales de junio de 1967 la UNESCO consiguió repatriar ileso al profesor Laurent Didot. Al año siguiente le concedieron la Gran Cruz de la Legión de Honor. Ya no volvió a Petra.

Ivri Lavie, el corrompido abogado defensor de Araceli Artigas, sufrió un atropello dos meses después del juicio, cuando estaba a punto de

entrar en su domicilio de Tel Aviv. No pudo recuperarse de las heridas letales que le causó el vehículo que lo arrolló, el cual se dio a la fuga sin que jamás se detuviera a su ocupante. A juzgar por la declaración de dos testigos, el automóvil iba conducido por una mujer.

Tal y como pronosticaban los observadores políticos, Golda Meir alcanzó el puesto de Primer Ministro del Estado de Israel en 1969. Respecto al Mossad tomó dos determinaciones. La primera, cesar a Meir Amit. La segunda, no nombrar como *memuneh* a quien todos le aconsejaron: Rachel Azikri. La ucraniana no soportaba tener cerca a alguien más inteligente y con más valor que ella. Por esa razón, la fiel *katsa* de

los servicios de inteligencia más eficaces del mundo se casó ficticiamente con otro agente del Mossad que fingió ser escultor, y se trasladaron a San Carlos de Bariloche, en Argentina, donde aparentaron llevar la vida de una acomodada familia canadiense. Los servicios de inteligencia israelíes habían confirmado que en aquella región se concentraba un importante número de alemanes huidos de Europa. El caso Eichmann había animado a las autoridades de Jerusalén a incrementar la búsqueda de asesinos nazis, honorables ancianos hoy pero seres crueles y despiadados en un pasado que los judíos ni podían ni querían olvidar.

Estaba predestinado que la

noche en la que iba a cumplirse la sentencia tenía que cerrarse forzosamente con una baja en el apellido Artigas. Flora, la asistente, se encontró por la mañana con el cuerpo de don Dionisio Artigas tirado junto al reclinatorio que el procurador había mandado instalar en su alcoba, donde todas las noches rezaba por la memoria de su mujer. Aunque oficialmente la causa del fallecimiento fue un derrame cerebral, el forense supo que la verdadera razón por la que aquella noche el padre de Araceli se reunió con su esposa fue por las enfermedades del espíritu: la pena, la desesperación, la impotencia, la incredulidad.

Araceli Artigas estableció su

residencia en Ammán, aceptando así la invitación formal del rey Hussein, que tuvo marcado interés en retenerla en su país. No trascendió si volvió a verse con el monarca, pues fue algo que encubrió la discreción de ambos. Con el fallecimiento de su padre, la arqueóloga madrileña entendió que España había dejado de tener interés para ella, ya que el vínculo que la unía con Ricardo Zalbidegoitia lo consideró demasiado inconsistente y quebradizo. Aprendió árabe y tres años después comenzó a dar clases en la Universidad de Ammán, compartiendo grupos con su gran amigo Abdallah Obeidat, el cual se repuso pronto de las heridas físicas que recibió por aquella paliza; para las psicológicas

necesitó más tiempo.

La menorah en la que tanto interés puso la falsa arqueóloga norteamericana Linda Cobb nunca llegó a aparecer. Nadie supo jamás si fue objeto de un expolio o si su desaparición fue debida a un azar del destino.

Quizá sí lo supieron las arenas del desierto, pero ellas nunca hablan, son mudos testigos de los hechos y de la historia.

Así pasen los años. Así pasen los siglos.

Salam. Shalom. Paz.

Agradecimientos

Estoy seguro de que al profesor Laurent Didot le habría encantado tener la oportunidad que ha tenido este escritor de documentarse en los libros de la historiadora Carmen Blánquez Pérez, la voz más autorizada en nuestro país sobre Petra y el universo nabateo.

Quiero agradecer expresamente lo mucho que enseñó a Araceli Artigas la Doctora en Arqueología Rosario Cebrián Fernández, la verdadera directora de las excavaciones arqueológicas en Segóbriga. Nunca olvidaré la mañana de trabajo que pasé con ella y con su equipo en el

yacimiento de la ciudad romana.

Me ha encantado conocer a Elena Yuguero, y estoy muy agradecido por los apuntes que me facilitó sobre el mundo árabe.

Agradezco a Mari Carmen López la preciosa portada que ha preparado para la novela así como a Cita Franco por el magnífico trabajo de maquetación.

Como siempre, agradezco muy especialmente a Magdalena Cenjor, Mónica Nadal, Rosario Sánchez, José Antonio Arenal, Javier Díaz, Eugenio González y Jorge Mora el trabajo que realizan sobre el borrador final, sus siempre interesantes y meditados comentarios, y el entusiasmo que me

transmiten.

Pero, como digo en todas mis presentaciones, a quien de verdad tengo más que agradecer es a usted, amable lector, que ha acompañado a mis personajes durante muchos días de su vida y que ha permitido que se conviertan en el centro de su ocio. El oficio de escritor vive gracias a que ustedes están ahí, aunque ni lectores ni personajes se vean jamás la cara.

Por ello le quedaría muy agradecido si deja una opinión sobre lo que le ha parecido esta *Menorah de Petra* en la plataforma de compra que utilizó, la cual leeré con la misma ilusión con que escribí esta novela.

Un fuerte abrazo.

Carlos Díaz Domínguez.



Carlos Díaz Domínguez

Lo primero que escribí, con pretendido rigor literario, fueron relatos de viaje, allá por los años 90. En el 2000 afronté mi primer reto: *Los impares de Sagasta*, novela que publiqué en 2006 (Editorial Arráez). Desde ese momento no he parado de vivir historias a través de los personajes que he ido creando: *Los ascensores dormidos de La Habana* (Arráez, 2007), *Tres colores en Carinhall* (Ediciones B, 2011), *Lágrimas sobre Gibraltar* (Ediciones B, 2012) y *A las ocho en el Novelty* (Ediciones B, 2014).

También he publicado dos novelas cortas y varios relatos dentro de libros colectivos.

Vine al mundo en una fría noche del mes de noviembre de 1959, en una casa llena de libros ubicada en la madrileña calle de Hermosilla. Mis padres fueron personas muy viajeras, algo que sin duda me transmitieron en los genes. Fui un niño soñador, imaginativo, curioso e inquieto. A lo largo de estos años he leído para vivir y he vivido leyendo, y si alguna vez me pierdo se me puede encontrar en la butaca de un cine o de un teatro.

Creo que hoy soy la lógica consecuencia de todo lo anterior.

Web del autor:

www.carlosdiazdominguez.com

Facebook:

www.facebook.com/carlosdd59

Twitter: @carlosdd59